LA TABLA DE ESMERALDA

Robert Kanters - Robert Amadou

Antología del ocultismo



ESOTERISMO

EDAF



MADRID

Robert Kanters
Robert Amadou

Antología del ocultismo

ESOTERISMO
LA TABLA DE ESMERALDA

Título del original francés:
ANTHOLOGIE LITTÉRAIRE DE L'OCCULTISME

Traducción del doctor
JESÚS FLORENTINO DÍAZ PRIETO
Médico Psiquiatra

I. S. B. N.: 84-7166-214-0
Depósito legal: M. 31.437-1976

IMPRESO EN ESPAÑA PRINTED IN SPAIN

IMPRENTA FARESO - PASEO DE LA DIRECCION, 5 - MADRID-29

Antología del ocultismo

PREFACIO A LA VERSIÓN ESPAÑOLA

Nadie pone en duda que asistimos a lo que Kenneth Grant ha llamado «la resurrección mágica» *(The Magical Revival)*, dando título a una conocida obra. Resurrección o renovación a la que se le quieren buscar explicaciones de todo tipo: psicológicas, religiosas, sociológicas, etc., y que, al margen y más allá de todas ellas, constituye uno de los rasgos de nuestro tiempo.

Pero, en realidad, ¿qué es lo que ha resucitado? ¿En qué consisten estos hechos, estas concepciones que tanto interesan a algunos y que inquietan, incluso angustiosamente, a otros?

El ocultismo o esoterismo, como la mayor parte de las expresiones humanas, posee una doble vertiente o significación: la vulgar, populachera, y la culta, o real. En un sentido vulgar, se unirían aquí todas las viejas supersticiones, las creencias más trasnochadas y los más antiguos errores, hijos del miedo ancestral del hombre, al encarar el universo y su propio destino.

Lo cierto es que desde una perspectiva más ajustada a la que podríamos denominar—para utilizar una expresión muy actual—ideología ocultista, nos encontramos frente a una verdadera filosofía, en el sentido más neto de interpretación del universo. Por otro lado, no hay una ideología unitaria y única dentro del esoterismo, sino que se han ido manifestando diferentes escuelas, interpretaciones y aproximaciones de muy diversa índole; pero, de manera similar a como las ciencias de la naturaleza o las ciencias culturales poseen rasgos en común, vamos a intentar mostrar un esquema muy general y, por tanto, quizá excesivamente lacónico, de los trazos más comunes a todos los que han dedicado su pensamiento a estas concepciones.

El primero de todos ellos es la creencia en realidades que escapan a la percepción sensorial normal, fuerzas que actúan desde dimensiones distintas a la material en que nos movemos. Algunos de estos hechos, más o menos conocidos desde antiguo, han originado en los últimos tiempos una conciencia que se ha ido desgajando del ocultis-

mo, la metapsíquica o parapsicología. Una de las cualidades de estos fenómenos es su rareza y la casi imposibilidad de repetirlos a voluntad, en prueba experimental, como sucede con otros, lo que hace más complejo y difícil su estudio, siguiendo la metodología de las ciencias de la naturaleza.

Otro de los puntos característicos del pensamiento esotérico es su «teoría del conocimiento». Para el ocultista hay distintos modos de percibir y aprehender la realidad: el sensorial, la introspección y la intuición. Así como los dos primeros son comunes con las ciencias naturales (el primero de ellos) y con las culturales (el segundo), la intuición, al menos utilizada metódicamente, es típicamente ocultista. A ello hemos de añadir la creencia en la revelación, en su sentido místico-religioso, como posibilidad de captar realidades o ideas a través de seres superiores al hombre, lo que es admitido por todos los credos religiosos.

Siguen unos principios, que podríamos llamar generales, como la llamada ley de analogía expresada en la célebre *Tabla de Esmeralda,* por la sentencia: «Lo que está arriba es como lo que está abajo y lo que se encuentra abajo es como lo que está arriba, para hacer los milagros de una sola cosa».

Otro es la creencia en la posibilidad de alcanzar unos especiales estados de conciencia, a través de una disciplina, más o menos compleja, especie de comunión mística, que pondría en comunicación con dimensiones, planos de realidad o seres no materiales, captando de esta forma el conocimiento de las leyes no conocidas de la Naturaleza. La adquisición de estos conocimientos es lo que se conoce con el nombre de *iniciación,* lo que conferiría una serie de cualidades nuevas al individuo, que después sería en realidad un «hombre nuevo», habiendo sufrido un «segundo nacimiento».

Los conocimientos adquiridos mediante el proceso iniciático constituirían la llamada «sabiduría arcaica», que habría sido revelada a la humanidad primitiva en épocas remotas y recogida en las cosmologías y los libros religiosos de las primeras generaciones. Esta comunicación iniciática se realizaría de dos formas: a través de la «cadena iniciática» (la cadena de oro de Homero), o se renovaría la revelación, de forma periódica, mediante la manifestación terrena de unos seres superiores al hombre medio, depositarios de dicha ciencia; éstos serían los «superiores desconocidos» que se mencionan en determinados textos. De una u otra forma, la iniciación, al conferir lo que podríamos llamar un grado superior de humanidad o peldaño superior de la evolución, no podría otorgarse más que a determinados

hombres, verdadera élite, y después de haber demostrado plenamente que eran merecedores de dicha distinción.

Con objeto de salvaguardar estos conocimientos, que no deben estar nunca al alcance del vulgo, no por un sentido de discriminación social o racial—al contrario, los ocultistas han abogado en todo momento en contra de la lucha de clases—, sino para evitar que no fueran incomprendidos, por un lado, y por otra parte, por el hecho de que estos conocimientos proporcionarían a la vez el dominio de ciertas energías, hoy desconocidas para la ciencia, y la posibilidad de un uso negativo de las mismas. Para velar estos conocimientos, el ocultista se vale de una serie de signos y símbolos, entre los que figuran las fábulas, los mitos e, incluso, una serie de leyendas. De esta forma, muchos relatos populares tendrían un doble sentido: el vulgar, de historia más o menos entretenida, interesante o aleccionadora moralmente, y el oculto, sólo visible para el que ha recibido el conocimiento necesario, de la misma forma que un mensaje en código Morse, que además de una sucesión de sonidos rítmicos tiene para el que conoce la clave el sentido de letras, frases y expresiones diversas.

Teniendo presente lo esbozado en las líneas que anteceden, es como debe abordarse toda lectura de tipo esotérico, sea un cuento de hadas o un comentario del *Sefer-ha-Zohar,* una página alquímica o un cuento de *Las mil y una noches* (al que también se ha buscado sentido ocultista).

Si a todo lo dicho añadimos que las obras esotéricas más difícilmente comprensibles han sido escritas hace siglos, en latín en su inmensa mayoría, muchas en árabe o hebreo y traducidas posteriormente a idiomas modernos, es fácil darse cuenta de la dificultad de encontrar unas claves, que según todas las probabilidades se hallan perdidas para siempre. No es éste el caso del libro que hoy presentamos. En él se recoge una selección de textos literarios, escritos por grandes escritores, muchos de los cuales han sido al mismo tiempo ocultistas, algunos de justificado renombre, otros simples aficionados o relacionados con esta corriente de pensamiento de forma accidental o episódica. La selección ha sido muy meticulosa, y a cada fragmento o fragmentos de un autor precede una nota biográfica del mismo.

Hemos añadido en la edición castellana un apéndice con otros textos, que consideramos deben figurar muy adecuadamente en esta antología.

J. F. D. P.

INTRODUCCIÓN

Al presentar una antología literaria del ocultismo somos conscientes de correr un doble peligro, de arriesgarnos a encontrar una doble desconfianza: la de los escritores, y la de otros muchos, en relación al ocultismo, por una parte; por otra, la de los ocultistas serios, en relación a lo que no es más que literatura. Nuestra ambición ha sido rendir un doble servicio: a la literatura, mostrándole que el ocultismo permite una más certera visión de determinadas obras de arte; al ocultismo, demostrándole que no es, como muchos creen todavía, sólo un objeto de vana y sospechosa curiosidad, sino que se trata de una amplia y profunda corriente de la civilización que ha impresionado a los más profundos espíritus. El objetivo de nuestra antología, como la de todas, es aislar una «familia» humana, un poco en el sentido en el que se habla de aislar en las ciencias químicas; también el de demostrar la semejanza de esta familia con las más ilustres y fecundas; o dicho en otros términos, «desocultar» un tanto el puesto del ocultismo dentro del tesoro espiritual de la humanidad.

Labor de extrema delicadeza, porque no siempre resulta fácil fijar los límites y la naturaleza de aquello que se oculta. Es necesario también ponerse en guardia, con objeto de no ser ni excesivamente vago ni demasiado preciso. El ocultismo no es el cajón en el que se recolecta la pacotilla de lo sutranormal o «sobrenatural», los cuentos de comadre y las piruetas de los cartománticos, las historias de brujas y hechiceros, las comunicaciones espiritistas y el faquirismo de teatro. Tampoco es la doctrina de tal pensador o determinada escuela, ni la propiedad exclusiva de una determinada «capilla», de la Sociedad Teosófica o de alguna de las hermandades Rosa + Cruces, dispuestas a lanzar el anatema de la excomunión contra el resto del universo. Nosotros creemos que se ha de dispensar una credulidad diferente, que se ha de evitar todo «fideísmo» servil y que las riquezas del ocultismo no se descubren más que cuando se ha evitado *a priori* el ser un maniático de tal o cual ciencia oculta, o el adepto fanático de una determinada doctrina esotérica. Se descubre enton-

ces una serie variada de conocimientos y de rasgos comunes, un conjunto de datos que permiten la consideración del ocultismo como un mundo vivo y a la vez como una visión del mundo, como una constante del pensamiento.

En este sentido el ocultismo es tan viejo como el primer hombre y tanto como la religión, con la cual, sin duda alguna, no ha dejado nunca de coexistir. Tiene la misma edad que el pensamiento, del que ha sido la primera manifestación filosófica. Porque los hombres de las cavernas, antes de partir para la caza que les proporcianaba el cotidiano sustento, hechizaban la pieza y, al morir, practicaban sobre sus muertos los ritos de la inhumación. Como fuente de arte, la mentalidad tradicional, que los etnólogos llaman también primitiva, engendra la concepción simbolista y organicista del mundo. Las aplicaciones del ocultismo, las prácticas psicológicas y sociales fundadas sobre él—y que se escalonan desde las supersticiones a las liturgias primitivas—son tan numerosas que no se podría comprender la historia de la civilización sin tener en cuenta esta gigantesca construcción. Por otra parte, la puesta al día de las influencias ocultistas que se han ejercido sobre determinada rama de la actividad humana permiten apreciar mejor el papel perpetuo desempeñado por la tradición.

Se considere al ocultismo como una cadena de doctrinas emparentadas, o simplemente como una forma de pensamiento común a ciertos espíritus, en suma, como una filosofía o como una mentalidad, se encuentra siempre en su centro una proclamación particularmente imperiosa y precisa de relaciones del universo. Ciertamente, todo sistema de pensamiento rechaza lo contingente y busca, un poco, como pretendía Meyerson, la suprema relación o enlace que es la identificación: toda la ciencia reposa sobre el determinismo, que sólo puede ser íntegro, a menos que se niegue a sí mismo, y que postule, por tanto, la relación recíproca de todos los fenómenos. Pero, prácticamente, la ciencia está obligada a limitarse al estudio de solamente determinadas relaciones, a las que puede poner en evidencia, verificarlas y demostrarlas, aplicando para ello los métodos que le son propios. Está además obligada a considerar como no apreciables y, por tanto, a desechar determinadas relaciones, a negarles toda importancia, incluso a negarlas de manera pura y simple. Es imposible negar la existencia de una relación entre el curso de los astros y las cotizaciones de la Bolsa, pero tampoco resulta posible el poner en evidencia, de forma científica, la existencia de dicha relación y valorarla cuantitativamente; para la ciencia seguirá siendo una relación oculta, es decir, ignorada, y es aquí donde interviene el ocultismo,

que se niega a rechazar nada y trata de poner en evidencia la unidad secreta. Desde su punto de vista, el mundo aparece como un inmenso documento cifrado, siendo la labor del espíritu humano, y sin duda su esencia, el descifrarlo.

Mientras que la ciencia descubre entre los objetos de su investigación relaciones abstractas que los sitúan en el espacio y el tiempo, el ocultismo pretende revelar la existencia de lazos más sutiles y a la vez más concretos. «La localización—ha dicho muy acertadamente Eddington—es un concepto artificial en un universo en interrelación.» El ocultismo asegura que existe una total relación mutua entre todos los seres. El *ser* es soberano en el mundo científico, pero el universo ocultista es el reino del *haber*. Sin participación, dice la tradición, no hay ser. ¿Cómo imaginar, por tanto, un objeto puro o un sujeto puro? Todo está en todo, el objeto se encuentra preformado en el sujeto. El conocimiento ocultista no puede ser más que una profundización en la participación elemental, al mismo tiempo que una toma de conciencia de esta participación. El mito científico del observador ideal no tiene puesto en el ocultismo; es preciso, por el contrario, investigar la percepción simpática de las esencias y desarrollar, por medio de la analogía, el contenido de una intuición plenamente bergsoniana de la vida universal. Todo conocimiento debe ser vivido, todo conocimiento recibido deberá ser «reencontrado». Se adivina con esto el porqué el ocultismo se difundió tanto en el terreno abonado del romanticismo.

El ocultismo es un nuevo mundo, el camino de un conocimiento inédito que nos revela la faz hasta ahora ignorada de las cosas. No intentemos aplicarles nuestros hábitos ordinarios de pensamiento; no es posible situar el ocultismo sin admitir su total originalidad.

La inteligencia discursiva, la razón racional, pertenecen a otro dominio. Aquí la verdad no aparece más que ante una mirada simple y primordial, a la luz de la coincidencia, mediante el uso de esta «facultad única y original» de la que André Breton ha hablado en un lenguaje verdaderamente ocultista, añadiendo que «es ésta la facultad que hoy es preciso utilizar para volver a crear, ya que, entre otras muchas, la oposición entre percepción y representación es el origen y la causa de angustia y tormentos».

Con objeto de poder alcanzar este conocimiento personal del mundo, de obtener esta sabiduría verdaderamente comprometida, el ocultismo sugiere variados métodos. La ascesis teosófica más pura se encuentra al lado de las formas más inferiores de la mística, y junto a procedimientos semifisiológicos estudiados por M. de Félice, y que

van desde los «tóxicos sagrados» a las danzas extáticas. Pero se trata siempre de escapar a las apariencias denominadas realidad; se trata de escuchar la Voz de la Sombra, de vivir en el Infierno durante una temporada, de visitar el más allá, el Infierno, el Paraíso, el Purgatorio, de abordar el oráculo de la Diva Botella, en donde florece la Rosa y reposa el Graal o Grial. Todas las alegorías son buenas porque nos introducen en un mundo diferente al de nuestros sentidos y nuestra razón y nos hacen aceptar las perspectivas de una especie de simpatía sintética.

Es necesario situar al ocultismo en esta perspectiva, en relación a las ciencias, y no se puede hacer sino otro tanto en lo que respecta al arte. Del arte también se puede decir que es, por esencia, un esfuerzo para penetrar en la clave de las cosas, para poner en evidencia los sincronismos y las significaciones, las relaciones, por último, que escapan al pensamiento racional. Un cuadro, una sinfonía, es la presentación de una relación cuyo conocimiento nos enriquecerá y modificará nuestra visión del mundo, e incluso de nuestro destino. Esto, entiéndase bien, sólo es válido para el arte considerado en sus más elevadas ambiciones y sus mayores exigencias. Limitándonos y ciñéndonos a nuestro objeto, esto es válido para las formas más elevadas de la literatura. Su supremo dominio, como el del ocultismo, es una vista de la relación, de la distancia, o de la no-distancia, del hombre y de Dios.

La más eficaz de las claves de que disponemos para descifrar el universo es probablemente la poesía, en sentido *lato* la poesía de los poemas, pero también la que se difunde sobre las modas de expresión. Desde el momento en que una literatura sobrepasa la totalidad de los modos de expresión, se carga en determinada medida de poesía y se preocupa entonces de iluminar determinadas relaciones existentes entre las cosas, las relaciones mutuas de los hombres, la situación de los entes y sobre todo la de los hombres en el conjunto de un universo en constante devenir. No es posible componer un verso hermoso, no se puede crear una obra que merezca la pena y que no revele esta concepción de la literatura, y no pueda encajarse en este esquema.

¿Cómo sería posible, en estas condiciones, que no existieran estrechas relaciones entre el arte y el ocultismo y, más particularmente, entre el ocultismo y la literatura? Más próximo a la ciencia que al arte, porque constituye una forma más explícita del conocimiento, el ocultismo está también muy cerca del arte, más que las ciencias, por los medios que utiliza para alcanzar este conocimiento. Esta posición

equívoca ha contribuido con frecuencia a su descrédito, por parecerle demasiado literaria a los científicos y excesivamente pedante a los literatos. Pero ocurre también, y es uno de los fines de esta antología el demostrarlo, que determinados escritores, entre los más grandes, han comprendido el valor de las especulaciones ocultistas y el magnífico trampolín que pueden representar para su propio pensamiento. En suma, para el artista, como para el ocultista, el objetivo supremo es un conocimiento, un conocimiento de orden subjetivo, es decir, relacionado especialmente con el sujeto, o mejor aún, como hemos dicho más arriba, un conocimiento que se esfuerza por situarse en una región en la que la oposición entre lo subjetivo y lo objetivo no tiene demasiado sentido, puesto que todo corresponde con todo. Tanto para el ocultista como para el artista, este conocimiento—incluso si utiliza técnicas ya constituidas, como es el caso de la alquimia (o de la prosodia)—es, ante todo, el fruto de una experiencia interior.

Resultaría fácil subrayar el paralelismo general de los rasgos principales y citar los puntos de contacto particulares. Para nosotros hay un punto, que es capital, cuando se piensa en la noción de las analogías. «La imaginación es la más científica de las facultades humanas—decía Baudelaire—, porque ella sola comprende en sí misma la analogía universal.» Llevándonos de esta forma más allá de toda oposición entre la ciencia y el arte, la analogía nos conduce también al punto interior en que existe una perspectiva única, en la que la creación poética y la metodología ocultista aparecen como singularmente idénticas. La imagen poética, la de las correspondencias y las alquimias verbales, la que definía en una ocasión Pierre Reverdy, aparece como la intuición de las analogías ocultas, de las que el ocultismo es la ciencia, y altera el orden establecido de los fenómenos; más aún, limita el valor de este orden y destruye su pretensión universalista. El ocultista, el poeta, buscan más allá de la realidad social y del mundo racional el cosmos regido por las correspondencias. El ocultismo y la poesía son, de esta manera, un juego, el movimiento gratuito de la inspiración, de la escritura automática y de las mesas espiritualistas. Solamente la voluntad de sus adeptos es capaz de ponerlas al servicio de la sociedad. Durkheim señalaba de manera acertada que no existe una iglesia mágica. Pero el ocultismo realiza esta paradoja: escapa a lo social, pero se apoya en lo sagrado que se opone a lo profano y, sin embargo, le sirve de base. De esta forma, los poetas y los ocultistas comparten el mismo gusto por la utopía,

idénticas tendencias revolucionarias, y las mismas reacciones los acogen en la sociedad que los retiene a pesar de todo ello.

Estas reacciones son: asombro, sorpresa, escándalo y hostilidad, que se manifiestan también en forma de burla.

Pero al mismo tiempo, y esto es sin duda lo que más importa, el poeta y el ocultista pueden hacer una buena parte del camino juntos hacia otras realidades, las de la vida mística. Ha sido una vez más André Breton el que ha expresado mejor la relación de la analogía poética (u ocultista) con la analogía mística. «La analogía poética—dice—tiene en común con la analogía mística que transgrede las leyes de la deducción para hacer apreciar al espíritu la interdependencia de dos objetos de pensamiento, situados en planos diferentes, entre los cuales el funcionamiento lógico del espíritu no es apto para proporcionar ningún punto y se opone, *a priori,* a que se proporcione ningún punto. La analogía poética difiere en gran medida de la analogía mística, precisamente en el hecho de que no presupone de ninguna forma, a través de la trama del mundo visible, un universo invisible que tiende a manifestarse. Es sin duda empírica en su quehacer y solamente el empirismo puede asegurarle la total libertad de movimiento necesaria para el fin que debe cumplir. Considerada en sus efectos, es cierto que la analogía poética parece, como la analogía mística, militar a favor de una concepción de un mundo ramificado hasta perderse de vista, y en su totalidad recorrido por la misma energía, pero se mantiene sin ningún obstáculo en el cuadro de lo sensible, es decir, de lo sensual, sin marcar ninguna propensión a verterse sobre lo extranatural. Tiende a hacer entrever y valorar la verdadera vía «ausente» y no apoya en el ensueño metafísico su substancia, no soñando ni un instante en hacer girar sus conquistas hacia la gloria de cualquier tipo de más allá.» Es verdad que la empresa ocultista, lo mismo que la empresa poética, exige de sus fieles el disfrute de la más absoluta libertad y que lleven sus experiencias hasta más allá de toda sujeción intelectual. Pero también es cierto que, como ha admitido André Breton, el mundo conocido por la analogía aparece como un mundo unido, en el que todas las cosas se manifiestan sin número, peso, ni medida. Es verdad que la contemplación activa de este universo eleva el alma de sus profetas hacia el principio de orden y unidad, que después de haberlo instaurado mantiene el orden y la unidad sin cesar. En la cúspide del ocultismo, el sabio encuentra la teosofía, y su revelación es tanto más viva, cuanto que él nunca hubiera soñado en poder hallarla. Consideremos solamente el camino recorrido por los autores, tan diversos sin embargo, que se han reunido en este volumen. ¿Cómo no encontrar a Dios, que permanece

inmanente menos que se le busque? El ocultismo es una filosofía y se utilizaría inadecuadamente con otro fin que no fuera la búsqueda de una especial visión del universo. La poesía no es sino una visión expresada del mundo, y estas dos visiones son similares. Pero circula la misma savia por el tronco y a través de las ramas.

«Existen en la Sofía—dice Jacobo Boehme—recodos en los que se encuentran las relaciones y las marcas ejercidas sobre las más dispares de las criaturas.» El estudio de la signatura de las cosas puede ayudar a reconocer estos recodos ocultos y adivinar su origen. Un inventario incluso sumario de los escritores ocultistas muestra que este estudio es común al ocultismo y a la poesía y que tanto uno como otra obtienen de este estudio idéntica conclusión religiosa.

Se podría mostrar, entrando en detalles, una historia de la literatura en sus relaciones con el ocultismo. Si nosotros no hacemos esto aquí es porque nos parece que esta historia se hará espontáneamente, por sí misma, al leer la antología y dejando que hablen los textos. Todo lo más que hace falta es indicar algunas corrientes particulares. Si es posible hablar de ocultismo de una forma muy general y como si presentara una unidad relativa, no se puede tampoco silenciar su pluralidad. En el seno del ocultismo existen numerosas moradas, hay ciencias ocultas y doctrinas esotéricas cuyas diferencias son con frecuencia importantes. Ante ambiciones de este tipo y mediante métodos analógicos, según las disciplinas y de acuerdo con los temperamentos, las vías del ocultismo son muy variadas. Sin intentar una clasificación de las ciencias ocultas, que nos llevaría demasiado lejos, se puede decir que alrededor de las ciencias constituidas existe con frecuencia una zona o franja que corresponde al dominio de lo oculto; de esta forma, alrededor de las matemáticas hay una ciencia mística de los números; en relación con la astronomía tenemos a la astrología, en torno a la química gravita la alquimia, etc. En esta franja que las ciencias desdeñan estudiar, provisional o definitivamente, para que se constituya un conocimiento positivamente definido, existen hechos preciosos, en ocasiones incluso con las únicas cosas apreciables, los centros de perspectiva desde los que se marcha más lejos y más adecuadamente. Estos son los objetos que las hermanas ocultas de las grandes ciencias tratan de recuperar y conservar. De la misma forma se podría decir que al lado de la teología, positiva y netamente definida por las grandes religiones, como el cristianismo, existe un saber de Dios, irreductible por razones muy variables a las construcciones dogmáticas, constituyendo una teosofía que pertenecerá igualmente a nuestro dominio.

Inspirada en estas diversas ciencias y doctrinas existe una inmensa

literatura especializada. De ella no se encontrará gran cosa en el presente volumen, ya que, por otro lado, es preciso no callarlo, es detestable en su casi totalidad. Y ello no refiriéndonos a aquellos productos de un grosero charlatanerismo, llenos de falsedades y mentiras, sino que incluso dentro del ocultismo «sincero», en donde la buena voluntad suele existir en mayor cantidad que el juicio crítico o el talento literario. La mentalidad ocultista es paracientífica, tanto por su ambición como por metodología, por lo que permite los más netos desbordamientos de infantilismo, los más insulsos ensueños, las mayores extravagancias, estando muy mal preparado para defenderse de todo esto. Pero, a la inversa, para algunos espíritus verdaderamente superiores el ocultismo ha sido precioso alimento y, a su vez, ellos han alimentado sus especulaciones con creaciones verdaderamente geniales. Ciñéndonos al terreno puramente literario, es a estos grandes espíritus a los que querríamos consagrarnos. Se verá, por lo tanto, entre nuestros autores a representantes de determinadas facetas o campos del ocultismo, a representantes de ciertas formas de teosofía, que, a decir verdad, rara vez se presentan en estado de pureza, porque no hay nada más difundido, dentro del terreno que nos ocupa, que el sincretismo. Así, hay quien se interesa a la vez por la astrología y la alquimia, los que sufren al mismo tiempo influencias del ocultismo oriental y de la tradición occidental, etc. Se ha podido estudiar así la formación de la «religión» de Víctor Hugo y ver un verdadero popurrí de todas las doctrinas del iluminismo, de inspiración pagana, cristiana, cabalista, socialista, teosófica, swedenborgiana, etc. Resulta conveniente diferenciar fibras en la realidad ocultista y cadenas en su historia, pero es completamente vano e incluso peligroso tratar de aislar unas de otras de una forma definitiva o total.

Por ello, no vamos a entrar en la discusión del concepto de tradición. Que el ocultismo se transmite de una forma general, que han existido en el pasado maestros, espíritus de primera categoría, y que existen influencias entre ellos, es la mayor de las evidencias. Pero intentar precisar de forma concreta y dar al encadenamiento de los pensadores ocultistas, a lo largo de siglos y siglos, la forma definida de una filiación iniciática, es condenarse a peligrosas acrobacias en materia de cronología y, en todo caso, salirse de lo que se puede establecer, de una manera cierta, con una metodología «no ocultista».

Por otro lado, se puede establecer utilizando dicho método, y sin dificultad, lo que hemos ensayado en determinados casos particulares, la existencia de cadenas de transmisión muy reales. El pitagorismo originario, con sus especulaciones numéricas, concretamente, se vuelve

a encontrar en Platón, Virgilio y de nuevo más tarde en Dante, pasados doce siglos, y en Favre d'Olivet seiscientos años después de Dante, y no ha sido una casualidad que Dante eligiera a Virgilio como guía para su excursión por los valles infernales. Favre d'Olivet tradujo los *Versos dorados de Pitágoras*; la vena de iniciación isiaca aparece en Apuleyo y, de manera menos evidente, vuelve a hallarse en Ronsard y Gérard de Nerval. Al mismo tiempo, es la alquimia la que da la clave de determinados sonetos de las *Quimeras*, e inspira ciertas páginas del *Romance de la rosa* y *El otro mundo*, de Cyrano de Bergerac. Hélos aquí a todos ellos muy cercanos en el tiempo y mucho más aún por la formación—aquí se puede incluso hablar de una iniciación en el sentido más preciso del término—, algunos de los más grandes espíritus que ha conocido el mundo: Saint-Martin, Cazzote, Joseph de Maistre, Honorato de Balzac...; pero no se les puede aislar de una forma absoluta. Saint-Martin se une al pitagorismo por sus especulaciones sobre los números, está ligado a la teosofía de Jacobo Boehme y a la cábala por Martines de Pasqually. Balzac, por su parte, une el martinismo y el swedenborgismo. El martinismo se volverá a encontrar, hasta nuestros días, entre hombres muy diferentes a Balzac... Estos agrupamientos no tienen nada de arbitrario ni de forzado, se fundamentan en textos o sobre declaraciones explícitas, y permiten manifestar el ocultismo, como una familia espiritual de una realidad innegable. Más aún, se trata de una familia a la que pertenecen algunos de los más grandes nombres de la literatura occidental.

Las notas precedentes acerca de la naturaleza del ocultismo y sus relaciones con la literatura han guiado nuestra elección.

Los textos elegidos deberían, ante todo, poseer un verdadero valor literario, y se podrá descubrir, tal vez con gran sorpresa por parte de algunos, que la mayoría de los fragmentos han sido tomados de escritores de nombre y fama universales. Llamará la atención que hayamos eliminado algunos grandes nombres del ocultismo, cuyas obras, indispensables para un conocimiento profundo de su contenido, han sacrificado frecuentemente la forma al fondo. Hemos reservado estos nombres para una antología más técnica en la que Jacobo Boehme y Hamann, Leibniz y Stanislas de Guaita, los cabalistas y los filósofos de la naturaleza, tendrán el puesto de honor al que con justicia tienen derecho.

Plenamente literarios, los textos elegidos deben ser, al mismo tiempo, verdaderamente ocultistas. Deben expresar en bellas frases los datos fundamentales de la filosofía tradicional o algunas de sus aplicaciones en el dominio del saber o de su práctica. Y no basta que el

autor elegido nos describa esta filosofía desde el exterior, esto no es un verdadero conocimiento ocultista, es preciso que el autor tome por su cuenta las creencias que expone, que el escritor haya recibido y meditado el ocultismo, participando de la tradición, y haya asimilado los mitos eternos. Por esto, hemos desdeñado citar los autores que podríamos denominar narradores del ocultismo, como Plutarco y Luciano, Luis-Sebastián Mercier y Anatole France, que se han contentado con referir honestamente enseñanzas que sólo conocían de oídas. Por razones semejantes hemos rechazado a escritores en los que el ocultismo sólo aparece de manera episódica, como ciertos exegetas que han podido dar una interpretación tradicional al sueño de Descartes, e incluso, si se acepta su demostración, ¿diríamos que el autor del *Discurso del método* era un autor ocultista? Ciertamente que no, por lo que no se encontrará en esta *Antología* ningún fragmento de Descartes, ni de Chénier, de Restif de la Bretonne o de Jean Paulhan. El cuadro queda así demasiado estrecho y definido para que podamos permitirnos citar a autores cuyo ocultismo no era evidente o que sólo se adivinaba en determinados fragmentos.

Finalmente, lo fantástico que acompaña con frecuencia las narraciones ocultistas, y que se supone una de sus notas, con frecuencia no se identifica con él. Los escritores fantásticos no son necesariamente ocultistas. Para el estudio de este dominio, vecino, pero diferente del nuestro, remitiremos al lector a la magnífica *Antología del Cuento fantástico francés,* recopilada por Pierre Castex.

Después de haber constituido de esta forma la lista de los escritores ocultistas, hemos dejado entre ellos a los más grandes. Ensayamos una selección, sin engañarnos sobre lo que podía tener de arbitraria, considerando a la vez la perfección del estilo y la conformidad tradicional de cada autor. Era normal en una *Antología literaria* publicada en francés dar preferencia a los escritores de esta lengua, pero hemos querido también que figuraran algunos autores antiguos y de otras nacionalidades, con el fin de mostrar la universalidad del fenómeno «literario-ocultista».

Dentro de esta perspectiva, nuestra selección se ha hecho entre autores y textos muy diversos. Unos y otros ofrecerán ejemplos del misticismo ocultista más noble (Novalis, Mílosz, el *Romance de la rosa)* y de las más bajas perversiones de la magia negra y el satanismo. Hemos querido solamente que los fragmentos citados fueran representativos del pensamiento del autor y permitieran al mismo tiempo, por su yuxtaposición, una visión general, a vista de pájaro, del inmenso y amplio dominio del ocultismo.

Con el fin de caracterizar mejor a cada uno de los autores y la rama del ocultismo que ha cultivado y que él representa, dentro de esta *Antología,* hacemos preceder cada serie de textos de una corta nota en la que se han eliminado cuidadosamente las consideraciones más generales sobre la vida y obra del autor. Con frecuencia es inútil mostrar que tal o cual autor era un gran escritor, basta con decir que era un escritor ocultista. Esto es lo que hemos tratado de mostrar en las notas previas.

El profesor A.-M. Schmidt, que enseña en la Facultad de Letras de la Universidad de Lille, nos ha aconsejado en la elección de determinados textos ocultistas del siglo XVI, que conocía mejor que cualquiera. Por su parte, el abate Géraud Venzac, profesor del Instituto Católico de París, nos ha hecho partícipes, de manera amistosa, de sus conocimientos profundos sobre las ideas religiosas y filosóficas de Víctor Hugo. Que los señores Schmidt y Venzac se sirvan recoger aquí el testimonio de nuestro más sincero agradecimiento.

Si se le permite a los autores de esta *Antología,* desgraciadamente muy incompleta, el formular un voto, querríamos desear que nuestro intento favorezca un mejor conocimiento de la prodigiosa síntesis ocultista y permita, al mismo tiempo, difundir los rayos de un nuevo sol, que iluminó a los hombres geniales que se dejaron seducir por la luz oscura y el calor helado, que los astrólogos y geománticos dicen que irradia la estrella negra.

HESÍODO

(Siglo VIII antes de Jesucristo)

Las antiguas teogonías, las cosmogonías legendarias, transmitidas hasta nuestros días por la tradición ocultista y la revelación religiosa, proceden en su totalidad del viejo fondo común a los pueblos indoeuropeos, fondo cuyo origen según algunos, entre ellos Platón, ha sido situado en la Atlántida. Esta herencia, que trata de reconstruir el método comparatista, según Georges Dumézil, se fragmenta en doctrinas múltiples a lo largo de las diversas civilizaciones. Los primeros artistas de dichas civilizaciones han bebido de esta forma en la fuente primitiva, en la que se encontraban, y de alguna manera más próximos por su mentalidad, sin cesar modelada por los mitos sociales. La evocación de los muertos en la *Odisea,* las invocaciones de Orfeo, son los reflejos de creencias tradicionales que inspiran de esta forma las instituciones de Roma y Grecia. Pero otros escritores, no contentos con dejar traslucir estas creencias en sus escritos, trataron de reunirlas y exponerlas de la forma más didáctica, si no de la más científica. Ésta es la forma en que nacieron los libros sagrados de la Antigüedad y las obras de Hesíodo. Los temas centrales de la *Teogonía, Los trabajos y los días, El escudo de Hércules,* se vuelven a encontrar de forma casi idéntica en los vedas y en las tradiciones sudamericanas. El caos original convertido en universo ordenado por el soplo de la Sabiduría, la lucha de los Titanes que, como los hombres de Babel, quisieron elevarse hasta el cielo, la caída de las razas superiores y los ángeles de Enoch uniéndose a los mortales. Prometeo o Lucifer, robando el fuego del cielo y trayéndolo a la Tierra, en unión del conocimiento que hace semejantes a los dioses, la edad de oro o el paraíso terrestre perdido por la rebelión, la edad de hierro que los hindúes llaman Kali-Yuga, son, entre otros ejemplos que podrían multiplicarse, formulados por Hesíodo, los *Vedas,* la Biblia, los Apócrifos, etc., que describen las mismas aventuras de los dioses y la humanidad.

Hesíodo encarna la tradición, más que expresarla o representarla. En sus obras, las doctrinas gnósticas, rosacruces, cátaras, están en germen, tal como serían contenidas más tarde en la monumental *Doctrina Secreta* de Helena Petrovna Blavatsky. Ninguno de estos autores, ninguna de estas sectas, sin embargo, puede asegurarse que hubiera leído o conocido a Hesíodo. Por ello, el valor tradicional de Hesíodo aparece aún mayor. Sus obras producen, en efecto, una versión a la vez más primitiva y más completa de los mitos eternos que, caminando por las innumerables ramificaciones del esoterismo, constituyen la materia tradicional, que es el patrimonio de los autores ocultistas [1].

[1] Los extractos que siguen se citan según la traducción de M. E. BERCOUGNAN, *Hésiode et les poètes élegiaques et moralistes de la Grèce,* ed. Garnier frères

El nacimiento del mundo y de los dioses

Ante todo existió el Caos, después la Tierra de gran seno, residencia, nunca destruida, de todos los seres y el Amor, el más hermoso de los dioses inmortales, que adormece los miembros y despierta, en el pecho de todos los dioses y de todos los hombres, el espíritu y la prudente voluntad.

Del Caos surgieron Erebo y la sombría Noche. De la Noche, a continuación, nacieron el Éter y el Día. La Tierra, por su parte, dio a luz un hijo tan grande como ella, el Cielo estrellado, con el fin de que la cubriera completamente y fuera para los dioses bienhechores una residencia jamás destruida. Después engendró las altas Montañas, agradable retiro de las diosas, las ninfas que habitan en sus valles. La Tierra produjo también el estéril mar, que se mueve de forma impetuosa, el Pontos, sin recurrir al amable Amor. Pero más tarde se unió al Cielo y engendró el Océano, de profundos remolinos, y a Creyo, Ceos, Hiperión y Yapeto, Teia, Rea, Temis y Mnemosina, Febe, con la corona de oro, y la amable Tetis. Después de estos seres divinos nació el más joven, Cronos el astuto, el más dudoso de sus hijos, que se puso a disputar con su fecundo padre. Alumbró todavía a los Cíclopes, con el corazón lleno de violencia, a Brontes, Esteropes, Argos, de corazón violento; ellos eran, por lo demás, semejantes a los dioses, pero no tenían más que un solo ojo en mitad de la frente y poseían el vigor y la habilidad para los más complicados y difíciles trabajos.

Una vez más nacieron hijos de la unión del Cielo y la Tierra, tres hijos de una gran fuerza y tamaño, cuyo nombre es tenebroso: Cotos, Briareo y Gías, orgullosos y de cuyos hombros surgían cien brazos terribles, sobre sus cuellos se destacaban cincuenta cabezas y su invencible vigor y potencia les daba una tremenda apariencia.

Porque entre todos los hijos nacidos de la Tierra y del Cielo éstos eran los más temibles, y su propio padre les tenía aversión desde su origen. Apenas nacían los ocultaba, sin dejarles ver a la luz del día, encerrándoles en el seno de la Tierra. Esta obra detestable alegraba al Cielo, pero, en su profundidad, la Tierra lloraba, porque siendo enorme, sufría, y por ello meditó una cruel perfidia. Con gran rapidez, creó la materia del brillante acero y construyó una enorme guadaña, explicando su intención a sus hijos, y para darles valor les dijo con el corazón lleno de cólera: «Hijos, nacidos de mí y de un padre insensato, si me queréis obedecer nos vengaremos de su cruel ultraje, porque aun siendo vuestro padre, él ha sido el primero en planear accio-

nes indignas». Cuando hubo terminado de decir esto todos se vieron llenos de temor, hasta tal punto que ninguno se atrevió a elevar la voz. Pero tomando valor, el gran Cronos, con el espíritu alterado, dirigió esta respuesta a su madre venerable: «Madre, yo seré quien se encargue de poner en práctica esta empresa; no me inquieto lo más mínimo por este odioso padre, ya que aun habiéndonos engendrado ha sido el primero en poner en práctica indignas acciones». Cuando esto escuchó, la Tierra se vio invadida de una inmensa alegría. Llevó con ella a su hijo a un lugar oculto y le puso en sus manos la guadaña de agudo filo, exponiéndole todo su astuto proyecto. Cuando llegó la noche vino el Cielo rodeando a la Tierra deseoso de amor y se extendió por todas partes. Desde su escondite, el hijo elevó la mano izquierda, manteniendo en la derecha la larga y afilada guadaña de dientes acerados, y de un tremendo tajo cortó el miembro viril de su padre, y mediante un segundo movimiento, lo arrojó lejos. Pero no era un miembro estéril el que se escapó de su mano, porque todos sus restos sangrientos fueron recogidos por la Tierra, y cuando el tiempo fue llegado dio a luz a las poderosas Erinias, los grandes Gigantes de brillante armadura, teniendo en sus manos largas jabalinas, y a las Ninfas llamadas Melienas, sobre la ilimitada tierra. Pero el miembro mutilado, después que Cronos lo hubiera cortado con un golpe de su poderoso acero, y que desde el continente fuera arrojado al mar, se vio rodeado durante mucho tiempo por una blanca espuma, en la que una joven fue tomando forma. Después se aproximó a la divina Citerea, luego a Chipre, y cuando desde la profundidad del mar surgió la venerable y bella diosa, a su alrededor y bajo sus rápidos pies crecía el césped. Los dioses y los hombres la llamaron Afrodita, porque fue formada de la espuma y de Citerea, que procedía de Citeres. Amor y Buen deseo fueron sus compañeros desde el nacimiento y su marcha hacia la asamblea de los Dioses. He aquí su privilegio y su hacienda, entre los hombres y los dioses inmortales, éstos son los entretenimientos, propios de las jóvenes, las sonrisas, los juegos amorosos, el delicioso placer, el amor y la ternura.

En cuanto a estos hijos que el propio dilatado Cielo, su padre, había engendrado, los maldijo y dio el nombre de Titanes, diciéndoles que, tendiendo los brazos, tenían en su corazón un orgullo insensato y habían cometido un gran crimen, por lo que en el futuro sufrirían el castigo.

La Teogonía.

Las razas y los tiempos

En otra época, las tribus de los hombres vivían sobre la tierra, al abrigo de los males, de la penosa fatiga y de las dolorosas enfermedades que dan la muerte a los seres humanos. Pero la mujer, habiendo con sus propias manos quitado la tapa al jarro, dejó que los males se repartieran por el mundo, entre todos los hombres, con triste éxito. Sólo la Esperanza permaneció donde había estado, en su infranqueable prisión, en el interior del jarro, cerca de los bordes, porque la mujer lo vació y reemplazó la tapadera, según la voluntad de Zeus que tiene la égida, el formador de nubes. Pero un gran número de miserias, que pueden contarse por millares, caminan errabundas por el mundo, entre los mortales; la Tierra está cuajada de males y la Mar plena de ellos. Sea de día o de noche, según su capricho, las enfermedades marchan a la aventura para llevar el mal a los hombres, silenciosamente, porque el prudente Zeus les ha retirado la palabra. Y es que resulta imposible escapar a los designios del padre de los dioses, del gran Zeus.

Si tú lo deseas, como fin y colofón de mi relato, te contaré otra historia, de forma sabia y hermosa, y tú, recogiéndola en tu espíritu, la mantendrás en tu memoria. Es el relato de cómo fue formada la primera de las razas de hombres mortales por los eternos habitantes del Olimpo. Estos hombres existían en el tiempo en que Cronos reinaba en el cielo. Entonces, ellos vivían como si fueran dioses, con el corazón libre de inquietud, al abrigo de las fatigas y las miserias; la lamentable vejez no les amenzaba, y sin perder jamás el vigor de sus piernas ni de sus brazos pasaban la feliz existencia entre festines y lejos de todo mal; no estaban libres de la muerte, pero ésta llegaba lánguidamente y morían como dominados por un dulce sueño. Todos los bienes les pertenecían, la fértil tierra les daba espontáneamente sus frutos con generosa abundancia, y ellos, satisfechos de su suerte, tranquilos, vivían en sus campos, en medio de una superabundancia de bienes. Después que la tierra cubrió los restos de los hombres de aquella raza, sus espíritus se han convertido, gracias a la voluntad del gran Zeus, en Genios bienhechores, que habitan sobre la tierra, protegiendo a los mortales y distribuyendo las riquezas; tal es el real privilegio que han obtenido.

Más tarde, los habitantes del Olimpo volvieron a crear una segunda raza de plata, muy inferior y apenas semejante a la raza de oro, no recordándola ni por el cuerpo ni por el espíritu. Durante cien

años el niño quedaba sometido a los cuidados de su madre, como un inocente lactante; pero cuando crecían y llegaban al término de la adolescencia su vida se prolongaba muy poco tiempo, a causa de los pecados que cometían por su estupidez; porque eran hombres que no podían abstenerse, entre ellos, de un egoísmo insensato y, sin embargo, no querían honrar a los dioses inmortales y realizar los sacrificios sobre los sagrados altares de los bienhechores, como es justo entre los hombres que viven bajo techado. Entonces Zeus, hijo de Cronos, los destruyó, por su irritación, a causa de no rendir honores a los dioses bienhechores, dueños del Olimpo, y una vez que cubrió con la tierra a esta raza, sus miembros fueron llamados, por los mortales, Bienhechores de los Infiernos, genios de segundo rango, pero también rodeados de consideraciones.

Y Zeus, padre de los dioses, creó otra raza de hombres mortales, la tercera, raza de bronce, completamente diferente de la raza de plata, nacida de los fresnos, poderosa y muy temible, que sólo amaba los trabajos de fuerza, fuente de dolores, y las obras de violencia; no comían pan, tenían el corazón duro, hecho de acero, y eran muy temibles; su fuerza era enorme, sus brazos invencibles y miembros vigorosos. Tenían armas de bronce, sus casas estaban construidas con el mismo metal, y también lo utilizaban para construir sus herramientas de trabajo, ya que el negro hierro todavía no existía. Destruidos por sus propios brazos, marcharon hacia la negra y húmeda mansión del Hades, sin gloria, y dejaron la luz brillante del sol, llevados por los brazos de la Muerte, a pesar de lo temibles que eran.

Cuando la tierra todavía estaba llena de esta raza, el divino Zeus, hijo de Cronos, creó de nuevo, sobre la universal nodriza que es la Tierra, una cuarta raza, más justa y mejor, raza divina de héroes a los que se llama semidioses y que es la que nos ha precedido sobre la tierra sin límites. Unos murieron víctimas de la guerra funesta y la lucha devastadora, bien en Tebas, la de las siete puertas, o en la tierra cadmea, en lucha contra las tropas de Edipo, o en Troya, adonde habían marchado en grandes navíos, al otro lado del abismo del mar, por causa de Helena, la de los hermosos cabellos, y en donde la muerte, último término, los envolvió. A los demás, Zeus, hijo de Cronos, padre de los dioses, les asignó una existencia y una morada a cubierto de los hombres, colocándolos en las extremidades de la tierra.

Ahora habitan, con el corazón tranquilo, en las Islas de los Bienaventurados, sobre los bordes del océano de profundas simas. Héroes afortunados, para ellos la fecunda tierra produce, tres veces al año, una floreciente recolección, dulce como la miel.

¿Por qué razón he tenido que vivir entre los hombres de la quinta raza, en lugar de morir antes o nacer después? Porque, sin duda alguna, ésta es plenamente la edad de hierro y nunca para estos hombres cesarán las fatigas ni las penas, ni de día ni durante la oscura noche, y constantemente los dioses les proporcionarán penosas inquietudes. Aunque también para ellos habrá mezcla de bien entre los males.

Y una vez más Zeus destruirá esta raza de mortales cuando, al nacer, tengan las sienes grises. El padre ya no será semejante al hijo, ni los hijos a sus padres; el huésped no será querido por su anfitrión, ni el compañero por su semejante, ni los hermanos entre sí, como ocurría antes. Tratarán con desprecio a sus padres cuando éstos envejezcan, los miserables les dirigirán duros reproches, sin temer la venganza de los dioses inmortales, y negarán a sus ancianos padres el alimento que de ellos recibieran. No se respetará ni la fidelidad de los juramentos, ni la justicia, ni el bien, pero se honrará especialmente al autor de malas acciones y al insolente; el derecho será la fuerza y el sentimiento del honor habrá desaparecido; el malvado se impondrá al honesto, atacándolo por sus acusaciones mentirosas, que apoyará con juramentos; la calumniosa envidia, que se alegra con el mal y muestra una faz siniestra, se cebará en las desgracias humanas. Y escondiendo sus hermosos cuerpos en blancas vestiduras, la Conciencia y la Equidad abandonarán la Tierra para marchar al celeste Olimpo, dejando la compañía de los hombres para gozar de la de los dioses inmortales. No quedará para los mortales más que el sufrimiento duro, y contra sus males no dispondrán de ningún remedio.

Los trabajos y los días.

PITÁGORAS

(Siglo VI antes de Jesucristo)

Considerado como un semidiós por sus sucesores inmediatos, Pitágoras es calificado por los modernos historiadores como un genio de la mayor envergadura, «un iluminado con una ciencia prodigiosa y una indomable energía» (Glotz). Su biografía es pobre en datos: Nacido en la isla de Samos hacia el año 570 antes de Jesucristo, hizo posiblemente varios viajes (Egipto); pero lo que sí se sabe como cierto es que abandonó de manera definitiva su país hacia el año 530 para dirigirse a Italia. En Crotona destacó por su predicación filosófica y religiosa, fundando una escuela que llegó incluso a jugar durante algunos años un papel político, y murió, posiblemente en Metaponto, de edad avanzada, hacia el final del primer tercio del siglo v antes de Jesucristo. Después de su muerte, la leyenda lo envolvió: tenía un muslo de oro, era hijo de Apolo o Hermes, había descendido a los infiernos, etc.

Lo que es importante para nosotros, y que queda fuera de toda duda, es la existencia de una escuela pitagórica, hacia finales del siglo VI, cuyo papel en la historia del pensamiento humano ha sido capital. Todo el mundo sabe lo que la medicina o las matemáticas deben al pitagorismo. La ciencia pitagórica de los números posee todas las características de una filosofía mística secreta. Los pitagóricos estuvieron posiblemente en relación con el Oriente y seguramente con el orfismo, llegando a constituir una doctrina de salvación mística, una verdadera religión, cuyas enseñanzas, aunque impartidas en el mayor de los secretos, han tenido una enorme influencia, de la que iremos viendo la señal, incluso fuera de los círculos propiamente pitagóricos o neopitagóricos, en Platón o Virgilio, en Dante y en Favre d'Olivet. Con el pitagorismo se inicia una de las más importantes cadenas de la tradición occidental, si no se trata del origen de todas ellas.

Pitágoras propone una ascesis y una mística, una regla de vida muy precisa, que llega incluso al detalle cotidiano, para encaminarnos de forma más completa hacia la salvación. En los versos dorados se encuentra la idea de que el universo y el destino constituyen enigmáticos mensajes que sólo el iniciado puede interpretar. El golpe genial de Pitágoras, en la euforia de los primeros descubrimientos aritméticos, consiste en señalar que se trata de mensajes «cifrados». Los pitagóricos juraban por «Aquel que ha revelado la naturaleza eterna». Y también decían: «¿Qué existe que esté dotado de mayor sabiduría?: el número. ¿Qué hay que sea más hermoso?: la armonía». Se trate del mundo de los sonidos, de las formas o de las ideas, el número impone su ley de oro. Y se fuerza posiblemente menos la nota de lo que parece utilizando la intuición pitagórica, en unión a la intuición atomística de Leucipo y Demócrito, prefigurando la más moderna de las físicas.

El texto capital del pitagorismo se conoce con el nombre de *Versos de oro.* No se trata de una obra escrita por Pitágoras, ni posiblemente tampoco por ninguno de sus discípulos, sino de una serie de preceptos pertenecientes a su escuela y que datan, según todas las probabilidades, de los siglos II o III de la era cristiana. De los 71 versos que comprende, los críticos modernos consideran que 54 por lo menos podrían ser fragmentados de un «Discurso sagrado», originario de los primeros tiempos del pitagorismo. La primera parte comprende consejos morales, hasta el verso 45.

Reproducimos, en segundo lugar, un capítulo del comentario de Hierocles (filósofo del siglo V de la era cristiana) y un fragmento al comentario de Fabre d'Olivet.

Los Versos de Oro de Pitágoras *

— Honra antes que nada a los Dioses inmortales, en el orden que les ha sido asignado por la Ley.
— Respeta el Juramento.
— Honra luego a los Héroes glorificados.
— Venera así mismo a los Genios terrestres, cumpliendo todo aquello que es conforme a las leyes.
— Honra también a tu padre y a tu madre y a tus parientes próximos.
— Entre los demás hombres, toma por amigo a aquel que descuelle en la virtud.
— Cede siempre a las palabras de blandura y a las actividades salutíferas.
— No llegues nunca, por una culpa leve, a aborrecer a tu amigo, cuando esto te sea posible; porque lo posible reside cerca de lo necesario.
— Sabe que estas cosas son así, y acostúmbrate a dominar también las siguientes: la gula en primer lugar, y el sueño, y la lujuria, y la cólera.
— Jamás cometas ninguna acción de la que puedas avergonzarte; ni con otro,

* En el original de la *Antología* de Amadou y Kanters sólo figura parte de los *Versos de Oro.* En la traducción castellana los incluimos completos, utilizando la versión francesa de Mario Meunier, por considerar que sólo resultan comprensibles para el hombre moderno en su total contexto. Respecto a los comentarios de Hierocles, que también nos agradaría dar íntegros, hemos añadido algunos fragmentos a los incluidos en el original. *(N. del T.)*

— ni tú particularmente. Y sobre todo, respétate a ti mismo.
— Practica luego la justicia en actos y en palabras.
— No te acostumbres a proceder sin reflexión en cosa alguna, por pequeña que ésta sea.
— Mas recuerda que todos los hombres están destinados a morir;
— y llega a saber de la misma manera a adquirir y a perder los bienes de la fortuna.
— Respecto a todos los males y desgracias que los hombres tienen que sufrir por obra de los augustos fallos del Destino,
— acéptalos como suerte que has merecido; sobrellévalos con mansedumbre y no te enojes por ellos.
— Te conviene ponerles remedio, en la medida en que esté en tu mano hacerlo. Pero, piensa bien en esto:
— que el Destino evita a las gentes de bien la mayor parte de estos males.
— Multitud de discursos, mezquinos o generosos, caen ante los hombres;
— no los acojas con admiración, pero tampoco te permitas alejarte de ellos.
— Pero, si adviertes que dicen algo falso, sobrellévalo con paciencia y mansedumbre.
— En cuanto a lo que a decirte voy, obsérvalo en todo momento y ante toda circunstancia:
— Que nunca nadie, ni con sus palabras ni con sus actos, te pueda inducir a que profieras palabras o hagas cosa alguna que para ti no sea útil.
— Reflexiona antes de obrar, para que no lleves a cabo acciones insensatas,
— porque es propio de los desdichados decir o hacer cosas insensatas.
— No hagas nunca, por lo tanto, algo de lo que después puedas avergonzarte o entristecerte.
— Jamás comiences a hacer nada que no conozcas; al contrario, tienes que aprender,
— todo lo que es preciso que sepas, y con esto vivirás la más dichosa de las existencias.
— No debes descuidar la salud de tu cuerpo,
— sino que, siempre con mesura, le concederás la bebida, el alimento y el ejercicio físico;
— y llamo mesura a aquello que jamás pueda perjudicarte.
— Acostúmbrate a una existencia decorosa, sencilla,

— y guárdate de hacer todo lo que pueda atraerte la envidia de los demás.
— No hagas gastos inútiles, a semejanza de aquellos que ignoran en qué consiste lo hermoso.
— Tampoco seas avaro; excelente es en todo la Justa medida.
— Jamás tomes a tu cargo empresa que pueda perjudicarte y reflexiona antes de obrar.
— No permitas al dulce sueño que se deslice bajo tus ojos,
— antes de que hayas examinado cada una de las acciones de la jornada.
— ¿En qué he faltado? ¿Qué he hecho? ¿Qué he omitido de aquello que debía hacer?
— Empieza a recorrer tus acciones por la primera de todas y luego, si hallas haber cometido culpas, amonéstate; pero, si has obrado rectamente, regocíjate.
— Esfuérzate en poner en práctica estos preceptos, medítalos; es necesario que pongas interés y amor en ellos,
— y ellos te pondrán sobre la pista de la virtud divina;
— te lo juro por Aquel que transmitió a nuestra alma el sagrado Cuaternario,
— fuente de la Naturaleza cuyo curso es eterno.
— Pero no empieces a tomar sobre ti empresa alguna,
— sin pedir a los Dioses que la acaben con bien. Cuando todos estos preceptos te sean familiares,
— conocerás la constitución de los Dioses inmortales y de los hombres sometidos a la muerte; sabrás
— hasta qué punto difieren entre sí las cosas y hasta qué punto se reúnen.
— Conocerás, también, en la medida de la Justicia, que la naturaleza es en todo semejante a sí misma;
— de suerte que no esperarás lo inesperable y nada estará ya oculto para ti.
— Sabrás igualmente que los hombres escogen por sí mismos y libremente sus males:
— ¡Pobres de ellos!, no son capaces de ver ni comprender los bienes que tienen cerca de sí.
— Muy pocos en número son los que han aprendido a libertarse de sus males.
— Tal es la suerte que turba los ánimos de los mortales. Semejantes a cilindros,
— ruedan de aquí para allá, abrumados por infinitos males.

— Innata es en ellos la aflictiva Discordia, que los acompaña y perjudica, sin que se den cuenta;
— no debemos provocarla, sino huir de ella, cediendo.
— ¡Oh Zeus, padre nuestro, a todos los hombres librarías de los numerosos males que los abruman,
— si hicieras ver a todos de qué Genio se sirven!
— Pero tú, cobra ánimos, ya que sabes que la raza de los hombres es divina,
— y que la sagrada Naturaleza les revela francamente las cosas en su totalidad.
— Si a ti te las descubre, conseguirás cuanto te he dicho:
— habiendo curado tu alma, quedará libre de todos esos males.
— Pero abstente de los alimentos que hemos dicho, aplicando tu juicio
— a todo aquello que pueda servir para purificar y libertar tu alma.
— Reflexiona sobre cada cosa,
— tomando por cochero a la excelente Inteligencia de lo alto.
— Y si, después de haber abondando tu cuerpo, llegas al libre éter,
— serás un Dios inmortal, incorruptible y para siempre emancipado de la muerte.

Primer fragmento del comentario de Hierocles

— Conocerás, también, en la medida de la Justicia, que la Naturaleza es en todo semejante a sí misma;
— de suerte que no esperarás lo inesperado y nada estará ya oculto para ti.

La Naturaleza, modelando este Universo aparente en el modelo de la divina Armonía, la ha hecho por todas partes, de acuerdo con esta conformidad, semejante a sí misma en muy diversos aspectos y ha meditado sobre la belleza divina, tanto de una como de otra forma, en todos los aspectos y en todos los objetos repartidos por el mundo. De esta manera le ha dado al cielo el eterno movimiento, a la tierra la estabilidad, y estos dos estados opuestos llevan en sí los rasgos de la imagen de la divinidad. Le ha prescrito a los cuerpos celestes el cerrar el círculo del universo y a la tierra el ocupar su centro. Pero, en determinada esfera, el centro, en una cierta relación, puede ser considerado como el comienzo y en otros como el término de lo que en él

está contenido. En virtud de esta disposición, si las regiones están pobladas de astros, y si por debajo de ellas viven seres inteligentes, y la tierra está poblada por plantas y animales que no poseen más que cualidades sensitivas; entre estas dos clases de seres tan diferentes unos de otros, el hombre se mantiene en el centro, por ser un animal apto a una doble existencia: es el último de los seres superiores y el primero de los inferiores. De ello procede el que, tan pronto se pone en contacto con los seres inmortales y recobra gracias a esto su sendero hacia la inteligencia, que es la suerte que le corresponde, como, por el contrario, se une a las especies más bajas y mortales y se aleja de la luz, olvida las leyes divinas, la dignidad que le conviene. Porque es el último de los seres razonables y no está en su naturaleza el poder actuar siempre de manera constante, haciendo uso de sus dotes intelectuales, porque si así pudiera hacer, ya no sería un hombre, sino un dios inmortal. No puede utilizar su inteligencia de manera continua, como tampoco le es posible de una forma que sea inmutable, porque sería colocado en el rango de los mensajeros. El hombre, consecuentemente, no se encuentra aquí más que para elevarse, por semejanza de lo que existe de mejor, siendo por naturaleza inferior a los dioses inmortales y a los héroes glorificados, es decir, a los dos géneros de seres superiores y medios que le preceden en el orden cósmico. También les es inferior porque no siempre utiliza de manera constante su inteligencia, sino que cae muchas veces en la ignorancia, en el olvido de su esencia y de la iluminación que desciende de los dioses sobre él; pero, de la misma forma que no permanece constantemente sumido en esta ignorancia, sobrepasa a los animales carentes de razón y a las plantas, y siendo por su esencia superior a toda la naturaleza terrestre y mortal, tiene en su esencia el poder de volver a la divinidad, de hacer cesar este olvido por la reminiscencia y de recobrar las enseñanzas que ha perdido y curar su alejamiento y su huida del cielo mediante la búsqueda del camino que lleva en sentido inverso.

Ya que la esencia humana es como acabamos de exponer, conviene a los hombres conocer la constitución de los dioses inmortales y de los hombres mortales, es decir, el orden y el rango de los seres que forman el conjunto de los seres racionales. Le es necesario también conocer que la naturaleza es en todo semejante a sí misma, es decir, saber que la sustancia corporal, desde la más elevada a la más baja, está embellecida por un reflejo de su modelo divino. Pero, por otra parte, le es útil saber que todas estas cosas han de ser consideradas dentro de la medida de la justicia, conociéndolas como han sido establecidas por la ley, como los dioses las han producido y como han

sido ordenadas con arreglo a las leyes, tanto las cosas materiales como las espirituales, porque es en relación a todas ellas como deberá comprenderse la frase: «En la medida de la justicia».

Según la versión francesa de MARIO MEUNIER.

Otros fragmentos de Hierocles [1]

— Antes recuerda que todos los hombres están destinados a morir.

Sabe que *todos los hombres están destinados a morir,* que existe un tiempo determinado para nuestro estar en cuerpos perecederos y que cuando este tiempo toca a su fin no hay que enojarse, sino obedecer de buen grado, como orden divina que es. Esto es lo que quiere decir la palabra *Destino.* Significa que nuestra vida perecedera está limitada, señalada con infranqueables y rigurosos límites. Pero es propio de la Prudencia obedecer los decretos de los seres superiores, buscando no evitar la muerte, sino morir adecuadamente.

— No permitas que el dulce sueño se deslice bajo tus ojos, antes de que hayas examinado una por una tus acciones de la jornada.
— ¿En qué he faltado? ¿Qué he hecho? ¿Qué he omitido de aquello que debía hacer?
— Empieza a recorrer tus acciones por la primera de todas, y luego, si hallas haber cometido culpas, amonéstate, pero si has obrado rectamente, regocíjate.

Cuando llegues a poner en obra estos versos, reúne en tu mente todos los preceptos que se te han dado, con el fin de que el tribunal interior de tu alma, mirándolos como a leyes divinas, examine y decida si has obrado bien o mal. ¿Cómo podría, en efecto, ponernos ese examen en condiciones de dirigirnos reproches cuando hemos obrado mal y de felicitarnos cuando nos hemos comportado excelentemente, si la reflexión que precede a nuestros actos no nos hubiera permitido concebir ciertas reglas según las cuales conviene que cada uno disponga su vida y con arreglo a las cuales dirige el secreto de la conciencia, como hacia una meta cierta, a lo largo de toda nuestra existencia? De esta forma, estos versos nos ordenan que enjuiciemos todos nuestros actos, cada día de nuestra vida, para que el continuo recuerdo de la ley conserve y guarde intacta la rectitud de nuestro juicio.

... ...

[1] Agregados en la versión castellana por el traductor.

El poeta nos exhorta, por tanto, a que hagamos recaer ese examen sobre todos los actos de nuestra jornada, yendo por orden de los primeros a los últimos * y sin omitir ninguno de los intermedios; eso es lo que entiende por recorrer. A menudo ocurre que un trastorno en el orden de los acontecimientos equivoca el juicio y nos hace excusar fácilmente, por obra de una confusión de la memoria, el mal que hemos cometido. Por otra parte, esta rememoración de la vida cotidiana se convierte en un ejercicio propio para recordarnos lo que en nuestras vidas anteriores hemos hecho, dándonos así conciencia de nuestra inmortalidad [1].

[1] Ciertos autores antiguos y modernos, al interpretar este pasaje de los *Versos de Oro,* referente al examen de conciencia, escribe C. Martha, en sus *Estudios morales sobre la antigüedad,* cap. IV, *El examen de conciencia entre los antiguos,* págs. 196 y ss.: «Han caído en un extraño error. Han pensado, con ingenuidad que nos pasma, que Pitágoras recomendaba a sus discípulos que recordasen cuanto habían hecho, visto, oído, hasta las cosas más indiferentes, y que el fin que con ello se había propuesto era fortalecerles el espíritu y afirmar así su memoria, precisamente porque es difícil recobrar y retener la fútil sucesión de los menudos incidentes cotidianos. No han sospechado que lo que aquí se explicaba era un ejercicio moral...» Cicerón, al tropezar con la prescripción de Pitágoras, lo interpreta como pudiera hacerlo el menos sutil de los estudiantes. En su tratado *De la senectud,* II, en que alaba la infatigable actividad de Catón el Antiguo, hace decir al viejo censor, con una visible alusión a los *Versos dorados* y a dicho precepto: «A la manera de los pitagóricos, recuerdo por la noche cuanto he hecho, dicho u oído en el día, *para ejercitar mi memoria, memoria exercenda gratia*». Diodoro de Sicilia escribía también (X, fragmento, pág. 257 de la trad. de Hoefer): «Los pitagóricos ejercitaban su memoria con tal cuidado, que no abandonaban el lecho sin haber repasado en su espíritu cuanto habían hecho la víspera de la mañana a la noche». Jamblico, en su *Vida de Pitágoras,* refiere así mismo: «Un pitagórico no salía nunca de su lecho sin haber repasado en su espíritu todo lo que había hecho la víspera. Esforzándose por recordar todo lo que había pasado, observando bien el orden y sucesión de todos sus actos y palabras». En nuestra opinión, el examen de conciencia tenía una doble finalidad: moral, propia para que cada uno aprenda a conocerse a sí mismo y a juzgarse, animándose a practicar el bien; otra, mnemotécnica, es decir, propia para fijar los recuerdos y ejercitar la memoria. El error de ciertos escritores está en no haber visto la conexión de esas dos finalidades y haber olvidado la una en detrimento de la otra. Esa introspección, al despertar nuestros recuerdos, podía también, al decir de Hierocles, recordarnos nuestro comportamiento en las anteriores existencias, ya que nuestros actos de antaño han ido dejando su marca en el cuerpo luminoso y en nuestro inconsciente. (Nota de Mario Meunier.)

* Este ejercicio figura en la mayoría de las *instrucciones* de las escuelas ocultistas actuales, pero con la variante de que se recomienda hacer la rememoración en sentido retrógrado, es decir, desde los últimos acontecimientos de la jornada hasta los primeros. *(N. del T.)*

— Y si, después de haber abandonado tu cuerpo, llegas al libre éter,
— serás un Dios inmortal, incorruptible y para siempre liberado de la muerte.

Tal es el más bello final de nuestros trabajos. Éste es, como dice Platón, el gran combate y la gran esperanza que se nos ofrecen. Éste es el fruto más perfecto de la filosofía; éste, el fin supremo del arte iniciático y sagrado: haber instruido y conducir, cerca de los bienes verdaderos, a aquellos que han seguido los caminos que acabamos de trazar; libertarles de los trabajos terrenales, como de la profunda caverna de la vida material, alzarlos a los esplendores de la luz etérea y establecerlos en las Islas de los Bienaventurados. A esos viajeros se halla reservada como recompensa la deificación, ya que no está permitido llegar a la estirpe de los dioses a nadie más que a aquel que ha adquirido en su alma la verdad y la virtud, y que ha logrado con su carro espiritual la pureza. Sano y completo gracias a esto, es restablecido en la forma de su primer estado, porque a sí mismo se ha recuperado al unirse a la recta razón, ha reconocido el orden divino del universo y ha descubierto, en cuanto es posible, que pueda hacerlo el hombre, al organizador del mundo universal. Después de su purificación, ha devenido, en la medida de sus posibilidades, en lo que son aquellos seres que jamás caen por naturaleza en la generación; se ha unido mediante la inteligencia a ese Todo y se ha alzado hasta la misma vera de los dioses.

Según la versión francesa de MARIO MEUNIER.

Fragmento del comentario de Fabre d'Olivet

— Pocos saben ser felices: sujetos a las pasiones,
— De un lado para otro conducidos por corrientes contrarias,
— En un mar sin orillas, por el que flotan, ciegos,
— Sin poder resistir ni ceder a la tormenta.

Lisis muestra en estos versos cuáles son los mayores obstáculos que se oponen a la felicidad del hombre. Se trata de los efectos negativos producidos por el movimiento desordenado que el entendimiento les deja tomar. Es a esto a lo que es preciso prestar gran atención, para no caer en el error de los estoicos. Pitágoras, como he dicho, no

ordenaba a sus discípulos destruir sus pasiones, sino moderar el ardor y dirigirlas correctamente. «Las pasiones—decía este filósofo—nos han sido dadas para que sirvan de ayuda a la razón; es necesario que sean sus servidores y no sus amos.» Ésta es una verdad que los platónicos, e incluso los peripatéticos, habían reconocido, según los comentarios de Hierocles. De esta forma, Pitágoras veía las pasiones como instrumentos de los que se sirve el entendimiento para edificar la mansión intelectual. Un hombre que estuviera totalmente desprovisto de pasiones parecía una masa inerte y sin movimiento en la carrera de la vida; ciertamente que podría no actuar con depravación ni maldad, pero tampoco le cabría gozar de la noble ventaja de la perfectibilidad. La razón se ha establecido en el entendimiento, para desde allí tener el total dominio de las pasiones. Debe gobernarlas como un soberano absoluto y dirigirlas hacia el objetivo que le indique la sabiduría. Si desconoce las leyes que le da la inteligencia y que, presuntuosamente, ella vigila, en lugar de actuar según principios dados, es ella misma la que impone los principios, cae en el exceso, y se transforma, bien en un hombre supersticioso o en un escéptico, un fanático o un ateo. Si, por el contrario, recibe las normas por las que ha de gobernar de las pasiones a las que debería mandar, su debilidad la deja subyugarse y, por defecto, se transforma el hombre en un ser estúpido o furioso, encenagado en el vicio, o audaz hasta el crimen. No existen otros razonamientos verdaderos que los que produce la sabiduría, los falsos deben ser considerados como los gritos de un alma insensata, abandonada a los movimientos de una razón anárquica, que las ciegas pasiones confunden.

Pitágoras consideraba al hombre como portador de lo mejor entre los entes intelectuales y sensibles, el último de los seres superiores y el primero de los inferiores, con libertad para dirigirse, bien hacia lo alto o en dirección a los abismos, en medio de sus pasiones, que reducen en el acto el movimiento ascendente o descendente que posee su voluntad; uniéndose a los inmortales, y por su vuelta a la virtud recobrando el puesto que le corresponde, o replegándose entre las especies mortales y por la transgresión de las leyes divinas, viéndose desposeído de su dignidad. Esta opinión, que es la de todos los sabios que lo han seguido, incluso de aquellos que entre teósofos cristianos por sus prejuicios religiosos se han alejado más ampliamente que nadie de su doctrina.

Los versos dorados de Pitágoras
(explicados y traducidos por primera vez en versos eumólpicos franceses, 1813).

PLATÓN

(429-347 antes de Jesucristo)

La intención pedagógica no abandona nunca a los escritores ocultistas, que no tratan tanto de convencer a los incrédulos como de dirigir a los hombres de buena voluntad. Así, todos los autores que tratan de la Alta Ciencia invitan a los futuros adeptos a estudiar a los autores clásicos y tradicionales, pero sobre todo a seguir el ejemplo de su vida. Es de destacar que en las listas propuestas por los alquimistas y los astrólogos, por los cabalistas cristianos y los discípulos de Marción y Valentín, ocupa siempre Platón el primer lugar. Es también Platón quien encabeza la relación que proponen los teósofos. Al recomendar la lectura de los *Diálogos,* los ocultistas no hacen sino enviar a los estudiantes a beber en una de las fuentes más importantes de la doctrina tradicional. Charles Lenormant pretendía que la filosofía platónica no era sino una vulgarización genial de las revelaciones transmitidas en el curso de los Misterios griegos. La tesis es muy verosímil, si no para el conjunto del platonismo, al menos para sus principales concepciones metafísicas y religiosas, así como para sus referencias a costumbres muy antiguas y a ritos primitivos. Sea como sea, la inspiración ocultista de Platón no puede ser puesta en duda. Se puede observar en la dialéctica amorosa del *Banquete* y en la iniciación dispensada para Diotimo—o aun en la dialéctica de lo uno y lo múltiple del mismo y en la exposición hecha en *Parménides*—. Pero parece que el ocultismo sea más manifiesto en los diálogos, *Cratilo, Timeo* y *Critias.*

En *Cratilo* expone, en términos que los autores posteriores han reproducido fielmente, la concepción ocultista de la palabra, siendo, desde este punto de vista, un verdadero tratado de magia teórica.

En *Timeo* describe la creación del mundo por el Demiúrgo sobre un modelo ideal, del que toma las correspondencias y la armonía. En un último análisis, dice Platón, son los números los que gobiernan el universo y cuyas relaciones se manifiestan a nosotros a través de la música. ¿No se hablará en la Edad Media de la música de las esferas?

En *Critias,* por último, Platón refiere la historia de un continente desaparecido, real o imaginario, en el que sitúa el punto de partida de la Tradición occidental y hacia el cual se dirigen todavía en nuestros días los ensueños y los estudios de los sabios, los ocultistas y los novelistas. Porque Platón fue el «inventor» de la Atlántida...

Algunos extractos del *Timeo* y del *Critias* serán suficientes, sin duda alguna, para mostrar la gran influencia que ha ejercido y sigue ejerciendo Platón en la

evolución del pensamiento, concepciones y literatura ocultista, siendo él, mejor que nadie y sobre todo que los seudo-Platones medievales o renacentistas, un admirable representante [1].

El alma del mundo

He aquí de qué elementos y de qué manera él compuso el alma del mundo. Con la sustancia indivisible y siempre idéntica, y con la divisible que nace de los cuerpos, formó, combinando ambas, una tercera especie de sustancia intermediaria, que participa a la vez de la naturaleza del Mismo y de la Otra, y la colocó en medio de la sustancia indivisible y de la corporal divisible. Después, tomando las tres, combinó la totalidad en una forma única, armonizando con energía la Misma y la naturaleza de la Otra, que repugna ser mezclada. Una vez que hubo mezclado las dos primeras con la tercera y de las tres hecho un solo todo, la dividió en tantas otras partes, como le era conveniente, siendo cada una de ellas una mezcla de la Misma, la Otra y la Tercera sustancia. He aquí cómo actuó: de la totalidad separó una parte; después separó otra, doble; a continuación una tercera, una vez y media más grande que la segunda y triple que la primera; después una cuarta, doble de la segunda; siguieron una quinta, triple de la tercera; a continuación una sexta, óctuple de la primera, y por último, una séptima, veintisiete veces más grande que la primera. Hecho esto, llenó los intervalos dobles y triples, separando fracciones de la primitiva mezcla y colocándolas en los intervalos, de forma que había en cada uno de ellos dos mitades, una que sobrepasaba los extremos, sobrepasada a su vez por los de la misma fracción de cada uno de ellos, la otra sobrepasaba un extremo del mismo número, siendo a su vez sobrepasada por la otra. De estas partes colocadas en los primitivos intervalos resultaron nuevos intervalos de una parte y media, de una parte y un tercio, de una parte y un octavo. Entonces, el dios rellenó todos estos intervalos de uno más un tercio, con la ayuda del intervalo de uno más un octavo, dejando en cada uno de ellos una fracción tal que el intervalo resultante quedara definido por la relación entre el número doscientos cincuenta y seis y doscientos cua-

[1] Los extractos que siguen se han tomado y citado, siguiendo la traducción hecha por Emile CHAMBRY, *Oeuvres complètes de Platon*, París, ed. Garnier frères, 1939.

renta y tres. De esta forma la mezcla sobre la que había separado las partes quedó completamente utilizada.

Después de esto cortó la totalidad de la mezcla en dos partes, en sentido longitudinal, y cruzando cada una de estas dos mitades sobre la otra en forma de X, las curvó en círculo y las unió por los extremos consigo mismas y las del otro en el punto opuesto a su intersección. Les dio un movimiento uniforme, que gira hacia el mismo punto, e hizo que uno de los círculos fuera exterior y otro interior. Designó el movimiento del círculo exterior para que fuera el movimiento de la naturaleza del Mismo y el del círculo interior para que fuera el movimiento de la naturaleza del Otro. Hizo que el movimiento del Mismo se realizara de izquierda a derecha y el del Otro siguiendo la diagonal hacia la izquierda, y le dio preeminencia a la revolución del Mismo y del Semejante, porque sólo a esta sustancia la dejó sin dividir. Por el contrario, dividió la revolución interior en seis partes e hizo con ella siete círculos irregulares, correspondientes a cada intervalo del doble y del triple, de forma que hubo tres de cada clase. Ordenó a estos círculos que marcharan en sentido contrario, unos respecto a otros, tres con la misma velocidad, cuatro con velocidades diferentes, tanto entre ellos como respecto a los tres primeros, pero siguiendo una proporción ajustada.

Cuando la composición del alma se hubo concluido de acuerdo con las intenciones de su autor, dispuso en su interior cuanto hay de corporal y ajustó el conjunto, relacionándolo todo centro a centro. Entonces el alma, tejiendo a través de todo el cielo, del centro a las extremidades, haciendo una envoltura circular por fuera, girando sobre ella misma e inaugurando el comienzo divino de una vida divina y sabia para toda la sucesión de los tiempos. De esta manera nacieron, por una parte, el cuerpo visible del cielo y, por otra, el alma invisible, pero participando de la razón y de la armonía, la mejor de las cosas engendradas por el mejor de los seres inteligentes y que poseen eterna existencia...

(...)

Cuando el padre que lo había engendrado se dio cuenta de que el mundo, que había formado a imagen de los dioses eternos, se movía y vivía, se regocijó y, en su alegría, pensó hacerlo todavía más similar a su modelo. Como este modelo es un animal eterno, se esforzó en hacer de esta forma a todo este eterno universo, en la medida de lo posible. Pero esta naturaleza eterna del animal no había medio de adaptarla completamente a lo que es engendrado. Por ello pensó en hacer una imagen móvil de la eternidad, y al mismo tiempo que orga-

nizaba el cielo hizo de la eternidad que persiste en la unidad esa imagen eterna que progresa siguiendo el número y que hemos denominado el tiempo. En efecto, los días, las noches, los meses, los años, no existían antes del nacimiento del cielo, y fue al construir el cielo como concibió el darles nacimiento... Así ha sido, y por estas razones, como han sido engendrados los astros que, en su curso a través del cielo, están sometidos a conversiones, con el fin de que este universo sea lo más parecido posible a un animal perfecto e inteligente e imite su eterna naturaleza.

Con el nacimiento del tiempo, el mundo se encontró ya construido a semejanza de su modelo, pero no contenía todavía la totalidad de los animales que han nacido en su seno; le faltaba todavía este rasgo de semejanza. Por este motivo el dios terminó lo que le faltaba, imitando la naturaleza del modelo. De esta manera todas las formas que la inteligencia puede percibir en el animal que existe realmente, sean las que sean la naturaleza y el número, el dios juzgó que debía recibirlas este mundo, las mismas y en número idéntico. En consecuencia, existen cuatro; la primera es la raza celeste de los dioses; la segunda la raza alada, que circula por los aires; la tercera la especie acuática, la cuarta la que camina sobre la cerrada tierra.

Timeo, 35 a-40 a.

La Atlántida

1. El relato de Solón

«Existe en Egipto—dijo Critias—, en el delta del Nilo, en el punto en que dicho río se divide, una región denominada Saítica, cuya principal ciudad es Sais, patria del rey Amasis. Los habitantes honran como fundadora de su ciudad a una diosa cuyo nombre egipcio es Neith y la denominación griega, según aseguran, Atenea. Distinguen de forma especial a los atenienses porque pretenden tener un cierto parentesco con ellos. Habiéndolo llevado su viaje hasta esta villa, Solón me ha referido que fue recibido con grandes honores y que, un día, habiendo preguntado sobre las antigüedades, los sacerdotes más versados en estas materias le habían dicho que ni él ni ningún otro griego podían tener exacto conocimiento de una serie de hechos. Otro

día, deseando que los sacerdotes le hablaran sobre la antigüedad, se dedicó a referirles lo que nosotros sabemos de más antiguo; les habló de Foroneo, que se asegura fue el primer hombre, y de Níobe; les contó cómo Deucalión y Pirra sobrevivieron al diluvio; hizo la genealogía de sus descendientes y trató, diferenciando las generaciones, de contar cuántos años habían transcurrido desde estos acontecimientos.

»Entonces, uno de los sacerdotes, que era muy anciado, le dijo: "¡Oh Solón, Solón, vosotros los griegos sois todos unos niños. No existe en realidad ningún viejo en Grecia". A estas palabras Solón respondió: "¿Qué es lo que quieres decir con eso?" "Vosotros sois todos jóvenes de espíritu, le contestó el sacerdote, porque no poseéis en vuestra alma ninguna opinión fundada en viejas tradiciones y encanecida por los tiempos. He aquí la razón: ha habido y todavía habrá en el futuro muchas destrucciones de hombres originadas por diversos elementos, las mayores lo son por el fuego y el agua y otras menores por mil otras causas. Por ejemplo, se refiere entre vosotros que Faetón, hijo del Sol, había un día robado el carro de su padre, y no pudiéndolo mantener por el camino paterno, incendió y abrasó todo cuanto había sobre la tierra, pereciendo él mismo en el incendio; esto, que ciertamente tiene todo el aspecto de una fábula, es rigurosamente cierto, ya que los cuerpos que circulan por los cielos, alrededor de la tierra, originan en su curso grandes conflagraciones que se producen de forma cíclica, con grandes intervalos, y que destruyen cuanto hay sobre la superficie de la tierra. En estos casos, aquellos que viven en lo alto de las montañas y en los lugares más elevados son los primeros en parecer, así como los que habitan en sitios áridos, mientras que los habitantes de las riberas de ríos y mares sobreviven más tiempo. Nosotros tenemos el Nilo, nuestro ordinario salvador, que, en parecidos casos, nos preserva de esta calamidad por sus desbordamientos. Cuando, por el contrario, los dioses sumergen la tierra bajo las aguas para purificarla, los habitantes de las montañas, pastores y vaqueros, escapan a la muerte, pero los que residen en nuestras ciudades son arrastrados por las corrientes fluviales hacia el mar; pero entre nosotros, ni en este caso ni en los otros el agua no sobrepasa nunca la altura de los campos; por el contrario, suben naturalmente de abajo arriba. He aquí cómo y por qué razones se dice que entre nosotros se han conservado las más viejas tradiciones. Pero la realidad es que en todos los puntos de la tierra, en que ni el frío ni el calor excesivos se oponen, la raza humana subsiste siempre más o menos numerosa. De esta manera, cuanto se ha hecho de bello, grande o notable bajo otras influencias, entre vosotros, aquí, o en otros países de

los que hayamos oído hablar, todo ello se encuentra aquí consignado por escrito en nuestros templos, desde tiempo inmemorial, habiéndose conservado de dicha forma.

"En vuestro país, en cambio, y como en él en los demás pueblos, apenas se han establecido las letras y demás instituciones necesarias a los Estados, sobrevienen en ciertos intervalos lluvias torrenciales como una verdadera plaga, que cae sobre vosotros, que no dejan con vida más que a los que desconocen las letras y a los extraños a las Musas; de manera que volvéis a empezar y os rejuvenecéis sin saber nada de los acontecimientos remotos de vuestro país ni de los otros pueblos. Los datos genealógicos que acabas de exponerme me parecen cuentos de niños, porque además de que no hacéis mención más que de un solo diluvio, el último, a pesar de haber sido precedido por otros, ignoráis también qué raza más perfecta de hombres existió en vuestro país, de los cuales descendéis tú y todos los ciudadanos de tu Estado, gracias a un pequeño germen escapado al desastre. Esto lo ignoráis porque los supervivientes, durante muchas generaciones, han muerto sin dejar nada recogido por escrito. Sí, Solón, hubo un tiempo en que, antes de la mayor de las destrucciones operadas por las aguas, la ciudad que hoy es Atenas fue la más valiente en la guerra y, sin comparación, la más cuidada en todos sentidos; fue ella la que se asegura realizó las más bellas cosas, creando las instituciones políticas más perfectas de que se haya oído hablar bajo los cielos".

»Solón me refirió que tras oír hablar de esta manera se sintió muy asombrado y rogó a los sacerdotes que le contaran exactamente y a continuación todo lo relativo a sus conciudadanos de otro tiempo. Entonces, el viejo sacerdote le respondió: "No hay ninguna razón para negarnos a esto, Solón, y yo voy a hacerte un relato en honor a ti y a tu patria, sobre todo para rendir homenaje a la diosa común que protege tu ciudad y la nuestra, que las ha criado e instruido, la vuestra, que ella ha formado la primera, mil años antes que la nuestra, de un germen tomado a la Tierra y a Hefesto, y la nuestra más tarde. Después del establecimiento de nuestra ciudad pasaron ocho mil años —ésta es la cifra que traen nuestros libros sagrados—, siendo, por tanto, sobre tus conciudadanos de hace nueve mil años lo que te voy a exponer brevemente, sobre las instituciones y lo más glorioso de sus hazañas. Estudiaremos todo esto con mayor detalle en otra ocasión, cuando nos sea posible, con los textos en la mano. Compara en primer lugar vuestras leyes con las nuestras, y verás cómo gran número de nuestras actuales normas han sido copiadas de las que entonces estaban en vigor entre vosotros. Por tanto, la clase de los sacerdotes

está separada de las demás, y lo mismo sucede con los artesanos, los cuales poseen cada uno su profesión dedicada a una especial labor, sin mezclarse unas con otras, y lo mismo los campesinos, cazadores, jardineros. La clase de los guerreros ya habrás sin duda reparado que está igualmente separada entre nosotros de las demás, porque la ley les prohíbe ocuparse de otra cosa que no sea el hacer la guerra. Añade a esto la forma de las armas, arcos, lanzas, de las que nos hemos servido, antes que ningún otro pueblo de Asia, habiendo aprendido su uso de la diosa que os lo había enseñado a vosotros anteriormente. En cuanto a la ciencia, ves sin duda con qué cuidado la ley se ha ocupado aquí de ella desde el principio, así como del orden del mundo. Partiendo del estudio de las cosas divinas, se han descubierto todas las artes útiles a la vida humana, llegando hasta la adivinación y la medicina, que vela por nuestra salud, y se han ido adquiriendo todos los conocimientos que con todo esto se relacionan.

"Fue esta misma constitución y este orden que la diosa había establecido entre vosotros, cuando fundó vuestra ciudad eligiendo el lugar en que habéis nacido, porque había previsto que su clima tan felizmente templado produciría hombres de elevada inteligencia. Como ella amaba al mismo tiempo la guerra y la ciencia, a continuación eligió otra tierra capaz de producir hombres muy semejantes a ella misma, y es la que ha poblado. Así vosotros os gobernáis por estas leyes y otras todavía mejores, sobrepasando a todos los hombres en todo género de mérito, como no era menos de esperar de vástagos y alumnos de los dioses. Nosotros tenemos recogidas por escrito muchas de las grandes acciones de vuestra ciudad que provocan la admiración, pero hay una que sobrepasa a todas en grandeza y heroísmo. En efecto, los monumentos escritos dicen que vuestra ciudad destruyó en una ocasión a una inmensa potencia que se dirigía insolentemente sobre toda Europa y Asia, procedente de otro continente situado en el océano Atlántico. Entonces se podía navegar a través de este océano, porque allí existía una isla, más allá de aquel estrecho al que vosotros llamáis las Columnas de Hércules. Esta isla era más grande que Libia y el Asia reunidas, y de ella se podía pasar a otras islas y ganar el continente que se extiende encerrándolas y bordea aquel verdadero mar. Porque lo que quedó destruido, y de lo que estamos hablando, se parecía a un puerto de entrada muy estrecha, mientras que lo que queda más allá forma un verdadero mar, y la tierra que lo rodea posee con todo derecho la denominación de continente. Sobre esta isla Atlántica, los reyes habían formado una gran y admirable potencia, que extendía su dominio sobre toda la isla y otras muchas, así como algunas partes del conti-

nente. Además, y ya más acá del estrecho y a nuestro lado, eran dueños de Libia, hasta Egipto, y de gran parte de Europa, hasta el mar Tirreno. Un día esta poderosa potencia reunió todas sus fuerzas, quiso ocupar de un solo golpe vuestro país, el nuestro y todos los pueblos que están para aquí del estrecho. Fue entonces cuando, Solón, la potencia de vuestra ciudad mostró a los ojos del mundo su valor y energía. Ella descollaba sobre todas las demás por el valor y el conocimiento en todos los artes de la guerra y fue ella la que se puso al frente de todos los pueblos helenos; pero reducida a sus solas fuerzas por la deserción de las otras, y colocada en la más crítica de las situaciones, venció a los invasores, elevó un monumento y liberó de la esclavitud a pueblos que no habían sido aún dominados, dando generosamente la libertad a todos los que, como nosotros, habían sucumbido de los que habitaban en el interior de las Columnas de Hércules. Pero en el tiempo que siguió hubo numerosos terremotos e inundaciones extraordinarias, y en el espacio de un solo día y una sola noche nefastas todos los combatientes fueron englutidos de un solo golpe en la tierra, y la isla Atlántida, habiéndose hundido en el fondo de los mares, desapareció igualmente. Éste es el motivo de por qué hoy día aún este mar es impracticable e inexorable, viéndose dificultada la navegación por la abundancia de limo, que la isla formó al hundirse".

»He aquí, Sócrates, brevemente resumido, lo que me ha referido Critias, que a su vez lo había oído de labios de Solón.»

Timeo, 21 e-25 c.

2. El culto de Poseidón

El gobierno y los cargos públicos estaban reglamentados desde el origen de la forma siguiente: Cada uno de los diez reyes, en su distrito y en su ciudad, tenía todo el poder sobre los hombres y sobre la mayor parte de las leyes; castigaba y podía condenar a muerte a los que quería. Pero su autoridad sobre los demás monarcas y sus mutuas relaciones estaban reglamentadas por las instrucciones de Poseidón, tal como les habían sido transmitidas pos la ley y las inscripciones grabadas por los primeros reyes, sobre una columna de cobre aurífero situada en el centro de la isla en el templo de Poseidón. Era en dicho templo donde se reunían cada cinco años o cada seis, alternativamente, honrando así tanto a los números pares como a los im-

pares. En esta asamblea deliberaban sobre los comunes problemas y se veía si alguno de ellos quebrantaba la ley y lo juzgaban. En el momento de prestar su juramento se intercambiaban regalos y otras pruebas de su buena fe mutua de la manera siguiente. Había en el recinto del templo de Poseidón toros en libertad. Los diez reyes quedaban solos y rogaban al dios que les concediera la captura de una víctima que le fuera agradable, y seguían a las bestias sin más armas que bastones y cuerdas, llevaban hasta la columna el toro que habían cogido y lo degollaban haciendo correr la sangre sobre la inscripción de la columna. En ella, además de las leyes, había grabado un juramento con terribles imprecaciones contra los que desobedecieran. Una vez sacrificado el toro, de acuerdo con los ritos, consagraban todo el cuerpo del animal, y a continuación, llenando de vino una crátera, arrojaban en ella una porción de sangre, en nombre de cada uno de ellos, y arrojaban el resto al fuego, después de haber purificado la columna. Tras esto, hacían libaciones en vasos de oro del líquido contenido en la crátera, sobre el fuego, jurando que juzgarían de acuerdo con las leyes inscritas en la columna y castigarían al que las quebrantase, así como que en el futuro no tratarían de cambiar ninguna de las prescripciones escritas y que no obedecerían ni ordenarían más que de acuerdo con las leyes de sus padres. Cuando cada uno de ellos había pronunciado este juramento en su nombre y en el de sus descendientes, bebía y consagraba su copa en el templo del dios; después se ocupaba de comer y de realizar las ceremonias necesarias. Cuando la oscuridad venía y el fuego de los sacrificios se había extinguido, cada uno de ellos revestía una ropa color azul oscuro de una gran belleza, se sentaban en tierra junto a las cenizas del sacrificio sobre las que habían prestado juramento, y durante la noche, después de haberse consumido totalmente el fuego en el templo, eran juzgados y juzgaban si alguno de ellos acusaba a otro de haber quebrantado las prescripciones legales. Una vez hechos los juramentos, los inscribían, al volver a amanecer, sobre una plancha de oro, y la colgaban en las paredes del templo, junto a sus túnicas, para memoria y ejemplo.

Critias, 119 c-120 b.

Otros fragmentos sobre la Atlántida [1]

3. La Isla de Poseidón o Atlántida

El rey de quien la isla y aquel mar tomaron el nombre de Atlántida, por ser el primero que reinó, fue Atlas. A su hermano gemelo le correspondió en la distribución la extremidad de la isla que se encontraba hacia las Columnas de Hércules, la parte de la comarca que se llama Gadeiros, en la lengua del país, y Eumele en griego, de donde esta comarca ha tomado el nombre.

(...)

Habitaron este país durante largas generaciones, sometieron en estos mares a gran número de otras islas y extendieron su dominación hacia allá, llegando hasta Egipto y el mar Tirreno. La posteridad de Atlas permaneció siempre muy honrada, ya que el más anciano de los reyes transmitía su autoridad al hijo mayor, de manera que conservaron el poder real en su familia durante largos años. Sus riquezas eran tales como ninguna casa real las ha tenido jamás ni las tendrá.

(...)

Gracias a su poderío fueron importados muchísimos productos del exterior, pero la isla producía la mayor parte de los que son necesarios para la vida, empezando por los metales sólidos o fusibles, y hasta aquel del que sólo conservamos el nombre, pero que es una realidad y se extraía en mil sitios de la isla, el cobre aurífero, el metal más preciado entonces, después del oro.

(...)

Aprovechando todas las riquezas de su suelo, edificaron sus habitantes templos, palacios, puertos y dársenas para sus barcos y embellecieron la isla del modo siguiente: comenzaron por tender puentes sobre los fosos circulares que el mar llenaba y que rodeaba la antigua metrópolis, poniendo así en comunicación la residencia real con el resto del país. Esta residencia había sido construida desde el principio en los mismos lugares habitados por el dios y sus antepasados.

(...)

A partir del mar cavaron un canal de tres pletros de anchura, cien pies de profundidad y cincuenta estadios de longitud, que desembo-

[1] Añadimos aquí algunos extractos del diálogo *Critias*, de interés por contener descripciones de la Atlántida. *(N. del T.)*

caba en la cintura exterior; de esta manera consiguieron que las embarcaciones, al volver de sus viajes, pudiesen entrar allí como en un puerto, pues para ello había una bocana en la que los mayores navíos podían moverse sin dificultad. En las cinturas de tierra que separaban los fosos inundados por el mar abrieron debajo de los puentes trincheras bastante anchas para dejar pasar un trirreme y unieron sus bordes por medio de techumbres que permitían a los barcos atravesarlas bajo cubierto, porque las cinturas de tierra se elevaban mucho sobre el nivel del mar. La cintura mayor, que era la que comunicaba directamente con el mar, tenía tres estadios de anchura, y la contigua, de tierra, las mismas dimensiones. De las dos cinturas siguientes, la de mar tenía dos estadios de anchura y la de tierra la misma que la precedente. Por último, la cintura que rodeaba inmediatamente a la isla interior tenía solamente un estadio de anchura. La isla interior misma, en la que estaba el palacio de los reyes, tenía cinco estadios de diámetro. Revistieron todo el contorno de esta isla, las cinturas y el puerto de una muralla de piedra; construyeron torres y puertas en las cabezas de puente, y a la entrada bóvedas bajo las cuales pasaba el mar. Para llevar a cabo todas estas obras, las piedras que necesitaron, que eran en parte blancas, negras y rojas, fueron extraídas de las laderas de la isla central y del pie de la muralla exterior, aprovechándose las excavaciones para hacer de ellas arsenales, cuyo techo eran las mismas rocas del terreno. Entre estas construcciones las había sencillas y otras formadas de diversas clases de piedras, para recreo de la vista, que ofrecían también toda clase de comodidades. Cubrieron de bronce en toda su extensión, como si se tratara de un barniz, todo el muro de la primera cintura exterior, de estaño el segundo y de cobre aurífero con reflejos de fuego la propia Acrópolis.

(...)

El suelo de la isla estaba muy elevado sobre el nivel del mar y los bordes cortados a pico; alrededor de la ciudad se extendía una llanura, y ésta, a su vez, estaba rodeada por un círculo de montañas que se prolongaban hasta el mar; esta llanura era lisa y uniforme, oblonga, teniendo de un lado tres mil estadios, y del mar al centro más de dos mil. Esta parte de la isla es la que miraba al Mediodía y no tenía nada que temer de los vientos del Norte.

(...)

La llanura tenía la forma de un rectángulo alargado, y si en algún paraje se apartaba de dicha forma, se había corregido esta irregularidad al trazar un foso que la rodeaba. En cuanto a la profundidad, anchura y longitud de dicho foso, cuesta trabajo creer lo que de sus

dimensiones se refiere, porque se trata de un trabajo hecho por la mano del hombre, cuando se le compara con otras obras del mismo género; mas así y todo os repetiré lo que oí decir. Lo cavaron en una profundidad de un pletro, tenía un estadio de anchura, y trazado alrededor de la llanura su longitud no era menor de diez estadios. En él desembocaban todos los cursos de agua que se precipitaban desde las montañas, sus dos extremos llegaban a la capital y desde allí iban a desembocar al mar. Del borde superior de este foso partían trincheras de cien pies de anchura que cortaban en línea recta la llanura y se unían al mismo foso en la proximidad del mar; distaban unas de otras cien estadios. Para transportar por agua a la ciudad los maderos de las montañas y los diversos productos de cada estación se había hecho que las diversas trincheras se comunicaran entre sí y con la ciudad por canales transversales. Tenéis que saber que la tierra producía dos cosechas al año, porque estaba regada en invierno por las lluvias de Júpiter y fecundada en verano por el agua de las trincheras.

(...)

Durante muchas generaciones, mientras conservaron alguna cosa de la naturaleza del dios del que habían procedido, obedecieron los habitantes de la Atlántida las leyes que habían recibido y honraron el principio divino que constituía su parentesco... Pero cuando la esencia divina se fue debilitando en ellos por su continua mezcla con la naturaleza mortal, cuando la humanidad se les impuso, entonces, impotentes para sobrellevar la prosperidad presente, degeneraron. Los que supieron ver comprendieron que se habían vuelto malos y habían perdido el más preciado de los bienes, y los que eran incapaces de ver lo que hace la vida feliz, juzgaron que habían llegado a la cumbre de la virtud y de la dicha en el tiempo en que habían estado poseídos por la loca pasión de acrecentar riquezas y poderío.

Entonces fue cuando viendo Júpiter, el dios de los dioses que gobierna según las leyes de la justicia y cuyas miradas disciernen en todo el bien y el mal, la depravación de un pueblo antes tan generoso y deseando castigarlo, para que volviera a la virtud y a la sabiduría, reunió a todos los dioses en la parte más brillante de las celestiales mansiones, en el centro del universo, desde donde se contempla todo lo que participa de la generación, y al verlos les dijo... *[Aquí termina lo que se conserva de este diálogo, habiéndose perdido la continuación.]*

Platón, *Critias*.

VIRGILIO

(70-19 antes de Jesucristo)

Existe en la obra de Virgilio el relato de diversos episodios maravillosos, una amplia serie de alusiones a tradiciones mitológicas y religiosas. Pero ¿hay algo más que eso para autorizarnos a hacerle un lugar dentro de esta antología, siendo aquel tipo de relatos muy común en los escritores de su tiempo? La Égloga, escrita entre octubre y diciembre del año 40, nos obliga a plantear la interrogante y a responder de manera afirmativa.

Égloga a Polión, banal homenaje a un protector con ocasión del nacimiento de su hijo. Pero hay allí unos temas curiosos: la Virgen, la Edad de Oro y el Gran Año... ¿Se trata de un poema profético y Virgilio anunciaba, sin saberlo, o bien con plena conciencia, el nacimiento de Cristo? Siglos más tarde Dante tomaría como guía a Virgilio, pero ¿lo hacía en calidad de pre-cristiano o de iniciado?

Jerónimo Carcopino ha indicado que esta IV Égloga es de inspiración pitagórica. Virgilio, como más tarde haría Apuleyo, ¿ha buscado sus reseñas y fuentes en las diversas doctrinas iniciáticas? Probablemente no. La invasión de doctrinas orientales está todavía muy lejos, en el año 40 antes de Jesucristo, de tener la amplitud de que gozaría más adelante. Pero el poeta ha conocido sin duda alguna el sincretismo neopitagórico de su tiempo con diversas creencias; de esta forma, encontramos en él temas como la Edad de Oro, el Gran Año, la renovación de un ciclo o edad cósmica, la Virgen, probablemente como constelación zodiacal, etc.

Respecto a las relaciones de Virgilio con el pitagorismo tenemos varios indicios seguros, como el descenso a los Infiernos del VI libro de la *Eneida* y el tema de la edad de oro que se menciona de nuevo a propósito del Emperador Augusto. Por otro lado, Paul Maury se ha dedicado a desvelar los secretos de la construcción numérica de las *Bucólicas* y ha llegado a resultados un tanto inquietantes. Los diez poemas, para Maury, se corresponden dos a dos, la IV Égloga corresponde a la XVI. La prueba que da es de orden numérico: el total de los versos de las églogas I, II, III y IV es de 330, y el de las églogas VI, VII, VIII y IX es de 333, y según el texto se puede demostrar que faltan tres versos en las primeras, de forma que si restituimos estos tres versos podemos establecer el cuadro siguiente:

I	IX	150
II	VIII	183
III	VII	183
IV	VI	150
333	333	666

Resulta evidente que tal distribución no puede ser efecto del azar, sino que es el resultado de la aplicación del número de oro. Esto nos justificará, posiblemente, de dar a leer páginas muy comunes y conocidas, pero cuya intencionalidad no es ciertamente demasiado clara...

Égloga IV

¡Musas de Sicilia, elevemos un poco nuestros cantos! A todos no agradan los abrigados y humildes tamarindos; si nosotros cantamos a los bosques, es porque los bosques son dignos de un cónsul.

He aquí que ha llegado el último de los períodos predichos por la sibila de Cumas; el gran orden de los siglos renace de nuevo. Ya vuelve la Virgen, vuelve el reino de Saturno; ya de lo alto de los cielos desciende una nueva raza. ¡Oh tú, casta Lucina, dígnate solamente proteger al naciente niño, que pondrá fin inmediatamente al siglo de hierro y hará surgir en el mundo entero la generación de la edad de oro: ya reina tu hermano Apolo!

Es precisamente bajo tu consulado cuando dará comienzo esta gloriosa época, Polión, y cuando los grandes meses darán comienzo a su curso; bajo tus auspicios, si subsiste algún vestigio de nuestra insensatez, destrúyela para siempre, porque si no llenarán la tierra perpetuamente de terror. Este niño vivirá la vida de los dioses y verá a los héroes mezclados con las divinidades, y él mismo será visto entre ellos y regirá un mundo pacificado por las virtudes de su padre.

Entonces, la tierra, sin precisar ninguna clase de cultivo, hijo, te prodigará sus primeros dones: las lianas subiendo por todas partes, unidas a las flores y al gracioso acanto. Las propias cabras vendrán a las casas a ofrecer sus ubres llenos de leche y las ovejas no temerán a los enormes leones. Incluso tu cuna estará llena de suaves flores. Perecerá la serpiente, perecerá la planta llena de pérfido veneno y en todas partes crecerá el amomo de oriente.

Pero cuando tú puedas leer las hazañas de los héroes y los altos hechos llevados a cabo por tu padre y conocer lo que es el valor, poco a poco el tierno y rubio trigo cubrirá las llanuras, y los terrenos más incultos se verán cubiertos de hierba, y las duras encinas destilarán una fuente de miel.

Todavía quedarán algunos restos de la antigua perversidad, que llevarán a los mortales a luchar contra Tetis en sus navíos, a reducir

a cenizas los cimientos de sus ciudades, a destruir los surcos en el seno de la tierra. Y habrá una nueva Tifis y otra Argos, que transportará a la élite de los héroes, estallarán nuevas guerras y, por segunda vez, un gran Aquiles será enviado delante de Troya.

Más adelante, a medida que corra el tiempo y te hayas hecho un hombre, las algas renunciarán al mar y el pino navegante no crecerá sobre los acantilados; toda la tierra producirá de todo. La tierra no sufrirá las heladas, el robusto campesino desatará los toros del yugo y no hará falta lana para vestirse con colores variados y mentirosos, sino que, de forma espontánea, el propio carnero producirá lana coloreada en las praderas, con los colores escarlata y púrpura o con las tintas del azafrán, y también espontáneamente, el sandix vestirá a los borregos. « ¡Date prisa, oh hijo de tales siglos! », han dicho a su vez las Parcas, poniendo de acuerdo la estable voluntad del destino.

¡Recibe los mayores honores, cuando tu tiempo sea venido, querido niño, nacido de los dioses, potente vástago de Júpiter! Contempla cómo oscila la masa convexa del mundo; ve a la tierra y los espacios del océano y el cielo profundo; mira cómo todo se estremece al aproximarse el nuevo siglo.

¡Ah, que una larga vida me permita conservar el soplo y la fuerza para celebrar tus altos hechos! Yo cantaré y no seré vencido ni por Orfeo de Tracia ni por Lino, aunque el uno haya tenido como inspiración a su madre y el otro a su padre, Orfeo Calíope, Lino el bello Apolo. El propio Pan, si viniera a competir conmigo, y pongo a Arcadia por juez, el propio Pan, en el Juicio de Arcadia, se declararía vencido.

¡Comienza, pequeño niño, con tu sonrisa a reconocer a tu madre; tu madre, a la que diez meses han traído largos sufrimientos! Comienza, pequeño niño, aquel que nunca ha reído a su madre, a quien ningún dios ha considerado digno de su mesa, ni ninguna diosa de su lecho.

Bucólicas.

El descenso a los infiernos: Anquises

En el fondo de un valle, el venerable Anquises contemplaba, con mirada pensativa y ferviente, las almas que esperaban un día poder ascender hacia la luz; pudo incluso contar a los suyos, observar a sus queridos descendientes, ver sus destinos, su fortuna, sus costum-

bres y hazañas. De pronto vio a Eneas avanzar sobre el césped, y le tendió los brazos, lleno de alegría y con las mejillas preñadas de lágrimas, gritando: «Por fin estás aquí, y la piedad en la que yo tenía razón de contar ha triunfado sobre el áspero camino. Hijo mío, me ha sido concedido el poder ver tu rostro, oír tu voz y contestarte. Ciertamente lo esperaba, y confiaba que esto sucedería, cuando contaba impaciente los días y las horas. ¡Cuántas tierras has atravesado, cuántos mares, antes de poder llegar hasta mí! ¡Cuántos peligros, hijo mío! ¡Y cómo he temido los males que podían haberte sucedido en el reino de Libia! »

Eneas le respondió: «Eres tú, oh padre mío, es tu triste imagen la que ha aparecido súbitamente ante mí y me ha decidido a franquear el umbral de los infiernos. Mis naves han tocado las playas del mar Tirreno. Dame tu mano, padre, dámela, y no huyas de mis brazos». Y mientras así hablaba el llanto surcaba su rostro. Por tres veces quiso rodearle el cuello con sus brazos y por tres veces la sombra se escapó de entre sus manos como un soplo de brisa, como la imagen engañadora de un ensueño...

Entre tanto, Eneas divisó un valle, un bosque secreto y las ramas de los árboles agitados por la brisa y el río Leteo, que bañaba unos lugares tranquilos. Allí, pueblos y naciones se movían en gran número, semejantes a las abejas que se posan en las flores multicolores o sobre la blancura de los lirios, en los cálidos días del verano. Ante esta imagen, Eneas se admiró y pidió una explicación; quería saber cuál era aquel río y quiénes constituían la inmensa masa que se reunía en sus orillas.

Su padre, Anquises, le contestó: «Estas almas, a las que el destino ha prometido dotarlas de otros cuerpos, beben en las aguas del Leteo la tranquilidad y el largo olvido.

»—¡Oh padre mío, es preciso pensar que hay almas que prefieren al cielo el ocupar un cuerpo desgraciado? ¿Y qué triste deseo puede impulsarlas en este sentido?

»—Yo te lo explicaré, hijo mío, para que puedas salir de esa inquietud.»

Y a continuación le reveló los secretos del orden del mundo.

«En principio, el cielo, la tierra, los mares, el globo luminoso de la luna y todos los astros del firmamento, poseen un alma. Este alma general distribuida por todo el universo es el principio del movimiento de todos los cuerpos. De ahí proceden las diferentes especies de animales, los hombres, los cuadrúpedos, los pájaros, los peces. Todos ellos poseen una parte, pura y viva, de este alma universal; pero la

materia terrestre de que están formados, como está sometida a diversas transformaciones, puede también hacer que se corrompa su alma individual. Éste es el origen de las pasiones, del miedo, de los deseos, de la angustia, de la alegría. Mientras el alma se encuentra aprisionada en el cuerpo, se ve inclinada hacia la tierra y ofuscada por las tinieblas. Rotos estos lazos por la muerte, conserva las ligaduras adquiridas durante la vida por su unión con un cuerpo terrestre. Los vicios, de los que había adquirido un gran hábito, la siguen en las infiernos, y es por ello por lo que les es preciso a las almas expiar los crímenes cometidos en otro tiempo sobre la tierra, mediante terribles suplicios. Unos, suspendidos en los aires, se ven expuestos a los vientos; otros son precipitados en un enorme estanque que lava sus manchas, y otros purificados por el fuego. A cada alma se le asigna una divinidad infernal que vigila su castigo. Después pasan a los Campos Elíseos, al menos un pequeño número que recibe tal gracia. Cuando ha terminado el tiempo y se han desvanecido todas sus ataduras, cuando estas almas han vuelto a encontrar su primordial pureza y la simplicidad de su esencia, un dios, al cabo de unos mil años, las conduce a las orillas del Leteo, el río del olvido, con el fin de que vuelvan de nuevo a la existencia terrena, y unirlas, de acuerdo con sus deseos, a nuevos cuerpos...»

Eneida, VI.

APULEYO

(Hacia 125-170)

Este joven africano del siglo II está, como tantos otros de sus contemporáneos, pleno de inquietud religiosa. Hizo sus estudios en Atenas y se aficionó a la filosofía platónica. Pero nos encontramos en una época en que el paganismo romano está invadido por los cultos orientales y no se retrocede ante los más serios sincretismos. Apuleyo consiguió ser iniciado en la mayor parte de los *misterios* de las religiones de la época. Más tarde, en Alejandría, es muy posible que se dedicara a experiencias mágicas. Al menos pudo eludir la acusación de haber, mediante el uso de encantamientos, atraído y desposado a una mujer muy rica y bastante mayor que él. En todo caso, dentro de la filosofía platónica y en su religión, afectada por numerosas creencias de origen egipcio, el lugar que ocupaba la magia no puede negarse. Que la parte dedicada a la retórica sea considerable dentro de los escritos de Apuleyo, que han llegado hasta nosotros, no resulta dudoso. Pero él había pasado verdaderamente por las diversas iniciaciones, cuyo impacto podemos encontrar incluso en su obra *El asno de oro,* novela de apariencia frívola, pero llena de rasgos de carácter iniciático. En toda su obra *Las Metamorfosis* abundan los episodios mágicos, ¿se trata de unos relatos simplemente maravillosos o son la expresión de una creencia profunda? La propia historia de Lucio transformado en asno y de sus vicisitudes antes de volver a recuperar la forma humana, ¿no es por sí un apólogo de salvación y de salutación por las pruebas y sufrimientos? ¿Y la aventura de Psiquis, no es con toda seguridad el símbolo de las tribulaciones del alma?

Del Libro XI y último de *El asno de oro,* que posee un tono más serio que el conjunto de la obra, vamos a presentar unos extractos que recogen el pasaje clásico sobre la iniciación en los misterios de Isis. Lucio ha sido transformado en asno y ha conocido numerosos sufrimientos y muchas desgracias. Se dirige a la diosa Isis, considerada como diosa lunar, para pedirle que lo desposea de esta maldita figura de cuadrúpedo (¿será necesario recordar su importancia en la tradición y en la masonería, o evocar a Gérard de Nerval?). Isis se le aparece en sueños y le ordena que vaya a la fiesta que se va a celebrar en su honor (fiesta del día cinco de marzo, que coincidía con la fecha en que se había vuelto a navegar por el Mediterráneo). Su aventura toca a su fin, y después de recibir instrucciones del sumo sacerdote, Lucio, vuelto a su figura humana, decide recibir la iniciación en los misterios de la diosa Isis.

Iniciación en los misterios

> Efectivamente, las claves del cielo y el infierno, la garantía de la salvación, se encuentran en manos de la diosa. El propio acto de la iniciación es una muerte voluntaria figurada y una salvación lograda por la gracia. Los mortales que, alcanzando el término de su existencia, llegan al umbral en que la luz termina y con la condición de que se les pueda confiar sin temor los augustos secretos de la religión, la potencia de la diosa los atrae y los hace renacer de alguna manera por su providencia y obra, devolviéndoles con la vida una nueva carrera.
>
> (XI, 21).

Reconfortado en lo más íntimo de mi espíritu, y sin esperar a que se hiciera plenamente de día, sacudí mi sueño y me rendí directamente a la morada del sumo sacerdote. Salía él, justamente, de su casa cuando lo encontré y le deseé los buenos días. Estaba más resuelto que nunca a reclamarle, y en esta ocasión como algo que me correspondía de pleno derecho, la admisión en el santo ministerio. Pero él, tan pronto como me vio, tomó la delantera y dijo: « ¡Oh bienaventurado Lucio, qué felicidad es la tuya por haberte juzgado la augusta deidad digno de su favor y su bendición! » Y continuó: «¿Qué es lo que tú deseas, por lo tanto?—dijo—. ¿Estás ahí dudando, y no es por lo tanto de ti de quien proceden los retrasos? He aquí el día que no dejabas de pedir al hacer tus votos, en que bajo el divino mandato de la diosa de múltiples nombres, estas manos te introducirán en el piadoso retiro de nuestra religión». Y poniendo afectuosamente su mano derecha sobre mí, el anciano me condujo hasta la misma puerta del imponente edificio. Allí, tras haber celebrado en la forma consagrada el rito de la apertura del templo y cumplido el sacrificio de la mañana, sacó de una arqueta que había en el fondo del santuario unos libros en los que había dibujados unos caracteres para mí desconocidos; sobre unos había figuras de animales de toda suerte y eran la expresión abreviada de fórmulas litúrgicas, en otros había rasgos sinuosos o redondeados en forma de rueda, o volviendo sobre sí mismos como una esperial, todo cuyo conjunto servía para evitar que el texto pudiera ser comprendido si caía en manos profanas. Fue siguiendo el texto de estos libros como él me instruyó en los preparativos exigidos para recibir la iniciación.

A continuación, sin pérdida de tiempo ni pensar en los gastos, hice por mí mismo, o ayudado por mis compañeros, los preparativos necesarios. Entonces el sacerdote nos previno de que había llegado el mo-

mento, y me condujo, rodeado por una piadosa cohorte, a la piscina próxima. Una vez tomado el baño ritual, y después de haber invocado la divina gracia, me purificó mediante aspersiones de agua lustral y me volvió a llevar al templo—habían pasado entonces los dos tercios de la jornada—, me detuve a los propios pies de la imagen de la diosa y allí me dio en secreto algunas instrucciones que sobrepasan cuanto puede expresar la humana expresión verbal. En seguida, y esta vez ante todo el mundo, me recomendó que durante diez días evitara los placeres de la mesa, no comer la carne de ningún animal y no beber vino, conjunto de abstenciones que observé con escrupuloso respeto. Llegó por fin el día fijado por la divina citación. Ya estaba el sol en su declinación y se aproximaba la negra noche, cuando me vi rodeado por todos los costados por una masa de gente que, según la antigua costumbre observada en los misterios, me honraban con numerosos presentes. Después se alejó a todos los profanos y me pusieron una túnica de lino que jamás había sido usada, y el sacerdote, tomándome de la mano, me llevó a la parte más oculta del santuario.

Posiblemente, lector deseoso de instruirte, te preguntes con cierta ansiedad qué fue lo que se dijo y se hizo a continuación. Te lo diría si me estuviera permitido comunicarlo y tú lo aprenderías si te fuera permitido escucharlo, pero tus oídos y mi lengua se harían igualmente acreedores al castigo por una impía indiscreción o una curiosidad sacrílega. De todas formas, no atormentaré el piadoso deseo que posiblemente te tenga en suspenso y te colme de una larga angustia. Escucha, por lo tanto, y cree que todo cuanto te voy a decir es cierto. He llegado a los confines de la vida y la muerte, he ollado el umbral de Proserpina y he vuelto, cabalgando sobre todos los elementos; he visto brillar el sol de una forma radiante, en plena noche; me he aproximado a los dioses de lo alto y a los del abismo, los he mirado cara a cara y los he adorado de cerca. He aquí mi relato, y cuanto has escuchado estás obligado a olvidarlo; yo me limitaré a referir lo que me está permitido, sin sacrilegio, revelar a la inteligencia de los profanos.

Llegada la aurora y realizados todos mis ritos, me presenté, teniendo ante mí doce túnicas de consagración; de esta forma, a pesar de su carácter místico, no me impide hablar ninguna obligación, ya que todo pasó en presencia de numerosos testigos. En el propio centro del sagrado edificio, ante la imagen de la diosa, se había levantado un estrado de madera sobre el que se me invitó a subir. Allí, de pie y revestido con una túnica del más fino lino, bordada de vivos colores, atraía la totalidad de las miradas. Desde mis hombros caía hacia atrás, llegando hasta los talones, una clámide de lo más rico, y por todos los costados

estaba adornado con figuras de animales multicolores: aquí había dragones de la India, allí grifos hiperbóreos engendrados en otros mundos y dotados de alas como las aves. Los iniciados dan a este vestido el nombre de ropa olímpica. En mi mano derecha sostenía una antorcha encendida y mi cabeza estaba ceñida por una noble corona de palmas, cuyas brillantes hojas se proyectaban hacia adelante como si fueran rayos. Así, semejante a la imagen del sol, se me expuso como una estatua, y bruscamente se descorrieron las cortinas, apareciendo un desfile de gentes deseosas de verme. De esta forma celebraba yo el feliz día de mi nacimiento a la vida religiosa, mediante una comida de fiesta y un luminoso banquete. El tercer día se renovaron idénticas ceremonias y un desayuno sacramental terminó la iniciación, según el orden establecido.

Yo permanecía allí todavía algunos días, siendo un placer indescriptible el poder contemplar la imagen de la diosa, a la que ya estaba ligado por una buenaventura que jamás podría abandonar. Siguiendo sus propias advertencias, y tras haber, insuficientemente sin duda, pero siempre en la medida de mis posibilidades, pagado mi humilde tributo de acción de gracias, me disponía a celebrar a mis penates, largo tiempo abandonados, rompiendo con disgusto los lazos de una ardiente unión, y finalmente, prosternado ante la diosa, contemplando durante mucho tiempo con mis ojos sus pies, inundados con mis lágrimas e interrumpido por lágrimas que no dejaban que mi discurso fuera inteligible y ahogaban mi voz, le dije:

« ¡Santa tú que velas sin descanso por la salvación del género humano, siempre pródiga hacia los mortales, otorgándoles cuidados que los reaniman, que dispensas a los infortunados el dulce consuelo de una madre! Ni de día ni de noche, no hay un fugitivo instante que dejes pasar sin marcar con tus beneficios, sin proteger a los hombres en mar o en tierra, sin alejar de ellos las tempestades de la vida, sin tenderles una mano con socorros que desata los más complicados nudos de la fatalidad, calma las tempestades de la fortuna y gobierna el funesto curso de las estrellas. Los dioses del cielo te rinden homenaje, los del infierno te respetan; mueves el mundo alrededor de su eje, enciendes el fuego del sol, gobiernas el universo y aplastas con tus pies el Tártaro. Los astros son dóciles a tu voz, las estaciones vuelven según tu voluntad, los dioses se rejuvenecen ante tu vista, los elementos están a tus órdenes. Haces un gesto y la brisa se anima, las nubes se desplazan, germinan las semillas, crecen los gérmenes. Tu majestad llena de un santo temor a los pájaros que recorren el cielo, a los animales que marchan sobre las montañas, a las serpientes que se ocultan bajo

la tierra, a los monstruos de los océanos. Pero para poder decir las alabanzas merecidas, mi espíritu es demasiado pobre; para ofrecerte sacrificios, mi patrimonio es demasiado escaso. Me faltaría la voz para poder expresar los sentimientos que me inspira tu grandeza; no bastarían para ello mil voces, ni mil lenguas, ni discursos sostenidos sin desfallecer durante toda la eternidad. Pero al menos cuanto pueda, dentro de su pobreza, un piadoso fiel, tengo necesidad de hacerlo; tus divinos rasgos, tu sagrada persona, los guardaré encerrados para siempre en el secreto de mi corazón y los contemplaré con mi espíritu.»

Las Metamorfosis o el Asno de Oro, Libro XI, capítulos XXI a XXV, según la traducción de Paul VALLETTE al francés.

LA BÚSQUEDA DEL SANTO GRIAL

(Siglos XII-XIII)

El Santo Grial ocupa un puesto central en la más francesa de las mitologías. Si vamos más lejos aún, se puede asegurar que está en la cúspide de la imaginación mítica occidental desde la Antigüedad. Los textos son muchas veces difíciles de establecer y las versiones con frecuencia son muy diferentes unas de otras, pero lo que importa es la existencia de un fondo común. Sus elementos: las pruebas de los caballeros, el castillo misterioso y la copa de la vida, el rey pecador o impotente, el sitio peligroso, etc., combinados de forma más o menos diversa, trazan de forma clara las etapas de una verdadera conquista iniciática. Se puede buscar su enlace con otras manifestaciones más o menos contemporáneas, como el catarismo. Es posible fundamentalmente indagar sus orígenes en un paso muy lejano, del lado del orfismo o del maniqueísmo. El Grial en su época constituye la gran forma de un mito del destino, de la vocación y de la salvación, y testimonia la persistencia en las fronteras del mundo católico de una mitología precristiana. Expresándola en un simbolismo, cuyos elementos revelan sin duda el inconsciente colectivo de la humanidad, y que podrían volver a hallarse un poco por todas partes, es un secreto de la sabiduría pagana vuelto a encontrar en el punto culminante de la civilización cortesana en la hora más humanista de la Edad Media.

Este mito, al que Chrétien de Troyes da una forma literaria en su novela *Perceval,* fue inmediatamente, y de forma consciente, bautizado y cristianizado por los monjes. Operación de doble sentido, y que para nosotros no ha tenido un resultado puramente negativo, si bien corta de forma amplia la leyenda del Grial, separándola de su trasfondo pagano, permite también entrever determinados enlaces profundos de la verdad cristiana con las verdades tradicionales. Por ello hemos elegido dos extractos diferentes, pero sobre idéntico tema, el de la liturgia del Grial, que ha sido objeto de tantas interpretaciones y comentarios eruditos, en donde se ha visto una ceremonia pagana, y también una descripción traspuesta de la Gran Entrada en el ceremonial de la Iglesia ortodoxa griega. La primera liturgia ha sido tomada de la novela de Chrétien de Troyes, obra escrita aproximadamente en 1180; la segunda, de *La búsqueda del Grial,* cristianizada y escrita por un monje cisterciense del siglo XIII.

Primera liturgia del Grial

Las llamas iluminaban la sala con tal claridad que no se podría encontrar en todo el mundo un palacio alumbrado con más brillo. Mientras descansaban tranquilamente, apareció un lacayo que salió de una habitación vecina, llevando cogida por el medio del asta una lanza de una blancura deslumbrante. Entre el fuego y el lecho en que descansaban los contertulios pasó el lacayo y todos vieron la lanza y el hierro, en su blancura. Una gota de sangre perlaba la punta del hierro de la lanza y bajaba hasta la mano del portador. El recién llegado vio esta maravilla y guardó silencio, no atreviéndose a preguntar lo que significaba. Fue que se acordó de forma súbita de las enseñanzas de su maestro en caballería; ¿no había aprendido de él que es necesario evitar el hablar demasiado? Si hacía una pregunta, temía lo consideraran como una villanía y, por lo tanto, permaneció mudo.

Entonces vinieron otros dos lacayos; eran dos hombres de gran belleza, cada uno llevando en su mano un lustro de oro esmaltado, y en cada lustro brillaban diez cirios por lo menos. Después apareció un Grial, que llevaba entre sus dos manos una hermosa y gentil doncella noblemente vestida, que seguía a los lacayos. Una vez que hubo entrado con el Grial, se inundó la sala con una enorme claridad tal que los cirios empalidecieron, como sucede con las estrellas o la luna al levantarse el sol. Tras esta joven venía otra, llevando un tajo de plata. El Grial que estaba allí era del más puro oro, lleno de piedras preciosas de lo más rico y variado que existe, tanto en tierra como en el mar; no hay gema que pueda compararse a las del Grial. Inmediatamente después de que hubiera pasado la lanza por delante del lecho, hicieron lo propio las doncellas, para desaparecer en la otra habitación. El lacayo vio el cortejo y, fiel a la lección del sabio y prudente hombre, no osó preguntar qué significaba este Grial. Yo temía que las cosas se estropearan, porque he oído contar que muchas veces el callar demasiado no es mucho mejor que hablar demasiado. Viniera en buena o mala hora, el lacayo guardó silencio.

El señor ordenó distribuir agua y poner los manteles; los servidores obedecieron. Mientras el señor y el lacayo se lavaban las manos en agua caliente, otros dos sirvientes trajeron una gran mesa de marfil, hecha de una sola pieza, y la colocaron al momento ante el señor y su huésped, mientras los otros lacayos traían dos caballetes, cuya madera poseía un doble mérito, por ser de ébano y de una especial dureza,

tratada de tal forma que se esforzaría cualquiera en vano si intentara quemarla o que se pudriera, dos peligros que no podrían nunca alcanzarla. Sobre estos caballetes se colocó la mesa y sobre la mesa se dispuso el mantel. ¿Qué cabe decir de este mantel? Nunca un embajador, cardenal, ni siquiera el Papa, han podido comer sobre otro de mayor blancura. El primer plato era una pierna de ciervo, sazonada con especias y cocida en su grasa. No faltó ni el vino claro ni el rapé que bebían en copa de oro. Un lacayo trinchó el ciervo sobre una fuente de plata y fue colocando los trozos sobre un largo pastel.

Por delante de los invitados pasó por segunda vez el Grial, y el lacayo tampoco preguntó para qué servía. Pensó en el hombre prudente que era tan gentil y lo había puesto en guardia para que no hablase demasiado, y su advertencia estaba todavía presente en su memoria. Pero él estaba más retraído de lo conveniente, porque a cada nuevo plato que se colocaba ante ellos iba viendo pasar de nuevo el Grial por delante de sus ojos, completamente al descubierto, y seguía ignorando cuanto aquello podía significar. No era que no deseara saberlo, sino que en algún momento sería oportuno el preguntarlo, pensó, a uno de los lacayos, cuando fuera recibido por el señor y todos sus sirvientes por la mañana. De esta forma, difirió la cuestión para el día siguiente, esperando hacer honor a la comida.

La mesa estaba servida profusamente con todos los platos que acostumbran a comer los monarcas, emperadores y aristócratas, y los vinos eran de lo más selecto y agradable. Después de la comida los dos pasaron la velada hablando, mientras que los criados hacían las camas y preparaban lo necesario para acostarse, disponiendo también toda suerte de frutas: dátiles, higos y nueces moscadas, granadas para el final y pasta de jengibre de Alejandría, helada con esencias. Después de haber bebido licores estimulantes, vino con pimienta, en donde no había ni miel ni otras especias, y buen vino de moras y aguardiente claro.

El lacayo estaba maravillado, ya que no tenía costumbre de tales festines. Por último, el hombre prudente le dijo: «Amigo, ésta es la hora de irse a acostar; si lo permitís, voy a mi cámara, donde me aguarda mi lecho, y vos dormiréis aquí, cuando os convenga. Yo no tengo ningún poder sobre mi cuerpo y es preciso que lo deje reposar».

Tras decir esto, salieron cuatro robustos sargentos de una habitación vecina y cogiendo por los cuatro ángulos el lecho sobre el que se había tumbado lo transportaron a su cámara. Con el el extranjero quedaron únicamente los lacayos para servirle y cuidar de él. Cuando

le pareció bien, lo ayudaron a desnudarse y lo acostaron entre blancas sábanas de lino finísimo.

Chrétien de TROYES, *Perceval el Galés*, traducido de la versión en francés moderno de Lucien FOULET, ed. por Stock.

Segunda liturgia del Grial

En la hora de vísperas cambió el tiempo, se oscureció y se levantó un intenso viento, que entraba en la sala, tan caliente que muchos creyeron que iban a ser quemados y otros temblaron de terror. Una voz les dijo: «Que aquellos que no deben sentarse a la mesa de Jesucristo se marchen, porque ha llegado el tiempo en que los verdaderos caballeros han de ser alimentados con la celestial comida».

Ante estas palabras, todos salieron de la sala sin esperar más, salvo el rey Pellés, que era un hombre sabio y de muy santa vida, Elyézer, su hijo, y una doncella, nieta del rey, la más religiosa que había en todo el país. Con ellos permanecieron los tres compañeros, para ver qué manifestación les reservaba Nuestro Señor. Al cabo de un instante vieron penetrar a través de la puerta a nueve caballeros armados de punta en blanco, que se fueron despojando de sus armaduras, e inclinándose ante Galaad, dijeron: «Señor, hemos venido con gran prisa para sentarnos contigo en la mesa, en la que participaremos de la más elevada de las comidas». Galaad les contestó que llegaban a tiempo, porque él mismo y sus compañeros acababan de llegar. Todos tomaron asiento alrededor de la mesa y Galaad les preguntó de dónde venían. Tres le contestaron que de la Galia, otros tres que de Irlanda, y el resto de Dinamarca.

Mientras hablaban vieron surgir de una habitación próxima un lecho de madera, llevado por cuatro doncellas, en el que descansaba un hombre que parecía haber sido herido y ceñía sus sienes con una corona de oro. Lo dejaron en medio de la sala y se retiraron. El hombre que ocupaba el lecho levantó su cabeza y, dirigiéndose a Galaad, dijo: «Sed bienvenido, señor; he deseado mucho vuestra llegada, y esto me hacía sufrir hasta tal punto que otro hombre no hubiera podido soportarlo mucho tiempo. Pero, si Dios así lo dispone, he aquí llegado el tiempo en que mi dolor será consolado y podré, por fin, abandonar este mundo tal como se me ha prometido».

A continuación escucharon una voz que decía: « ¡Que todos los que no son compañeros de la búsqueda del Santo Grial salgan de aquí, porque no tienen derecho a permanecer por más tiempo». Entonces el rey Pellés, su hijo Elyézer, y la doncella abandonaron la sala, no quedando más que los que a sí mismos se reconocían como compañeros de la «búsqueda». En este momento creyeron ver descender del cielo a un hombre cuya vestimenta recordaba la de un obispo, con una cruz en su mano y una mitra en la cabeza. Cuatro ángeles lo traían sobre una espléndida silla y lo depositaron sobre la mesa en la que estaba el Santo Grial. El hombre que semejaba un obispo tenía en la frente letras que decían: «He aquí a José, el primer obispo de Nuestro Señor, consagrado en la ciudad de Sarraz, en el Palacio espiritual». Los caballeros leían bien estas letras, pero se preguntaban con sorpresa lo que podían significar, puesto que el José a que hacían referencia hacía mucho tiempo que había muerto, más de trescientos años. Él les habló de esta manera: « ¡Oh caballeros de Nuestro Señor, sargentos de Jesucristo, nos os asombréis de verme ante vosotros, tal como estoy, al lado de este Santo Vaso; el mismo en que lo serví cuando era una criatura terrena y el mismo en que le sirvo ahora en espíritu! ».

Luego se aproximó a la mesa de plata y se prosternó con las rodillas y los codos en el suelo, ante el altar. Había transcurrido un buen rato cuando se oyó abrir la puerta de la cámara con gran estrépito. Miró hacia aquel costado, y todos los presentes lo hicieron a su vez para ver cómo aparecían los cuatro ángeles que habían traído a José; dos de ellos portaban cirios, el tercero una tela de seda bermeja y el cuarto una lanza que sangraba tan abundantemente que las gotas caían en forma de chorro en el interior de una vasija que mantenía en la otra mano. Los dos primeros dejaron los cirios sobre la mesa, el tercero depositó la seda al lado del Santo Vaso, el cuarto mantuvo la lanza derecha por encima del Santo Vaso, de tal forma que la sangre escurría a lo largo del hierro y allí se derramaba. Cuando todo esto se hubo cumplido, José se levantó, elevó un tanto la lanza por encima del Santo Vaso y lo cubrió con la tela.

Entonces José hizo como si entrase en el sacramento de la misa. Al cabo de un momento, tomó del Santo Vaso una hostia hecha semejando al pan, y cuando la elevó descendió del cielo la figura de un niño que tenía el rostro rojo y abrasado, como si fuera de fuego; la figura infantil penetró en la hostia, y cuantos se encontraban en la sala vieron cómo el pan tomaba forma de hombre carnal. José la tuvo un momento elevada y después la volvió a colocar en el Santo Vaso.

Cuando José hubo hecho cuanto incumbe al sacerdote en el oficio

de la misa, se dirigió hacia Galaad, lo besó y le indicó que besara a su vez a sus hermanos; así lo hizo éste, y entonces José dijo: « ¡Sargentos de Jesucrito, que habéis soportado tantas penas y trabajos para poder contemplar una parte de las maravillas del Santo Grial, sentaos a esta mesa y allí seréis alimentados por la propia mano de vuestro Salvador, con la mejor comida que un caballero haya podido gustar jamás, y así podréis decir que vuestros sufrimientos no han sido en vano, ya que habéis logrado la más alta recompensa del mundo». Habiendo hablado así, José desapareció, sin que se pueda saber lo que ha sido de él. Se sentaron entonces a la mesa, no sin gran temor, y la emoción llenó sus rostros con las más tiernas de las lágrimas.

Vieron salir entonces del Santo Vaso a un hombre completamente desnudo, cuyas manos y pies sangraban, y que les dijo: «Vosotros, mis caballeros, mis sargentos, mis hijos leales, vosotros que en esta vida mortal habéis alcanzado el convertiros en criaturas espirituales, que tanto me habéis buscado, ya no puedo por más tiempo ocultarme a vuestros ojos y es conveniente que contempléis una parte de mis misterios y de mis secretos, puesto que vuestras hazañas os han conducido hasta mi mesa, a la que ningún caballero se había vuelto a sentar desde el tiempo de José de Arimatea. Por otra parte, ellos han tenido el premio que corresponde a los buenos servidores, es decir, que los caballeros aquí presentes y otros muchos se han nutrido con la gracia del Santo Vaso, pero ninguno lo ha logrado tan directamente como vosotros ahora. Recibid, por tanto, el más elevado de los alimentos, que deseáis desde hace tanto tiempo, y para lograr el cual tanto habéis tenido que laborar y sufrir».

Tomando el Santo Vaso se aproximó a Galaad, que se hincó de rodillas y recibió jubilosamente a su Salvador, con las manos juntas. Los demás, cada uno a su vez, hicieron lo propio, y cada uno estaba seguro de que se le había puesto en su boca la hostia entera. Cuando todos hubieron recibido la más elevada de las comuniones, tan maravillosamente dulce que creían tener en su cuerpo todas las suavidades del mundo, Aquel que les había alimentado habló de esta forma, dirigiéndose a Galaad: « ¡Hijo mío, tú que eres tan puro como puede serlo un ser terrestre, ¿sabes lo que hay entre tus manos?» «No, respondió Galaad, a menos que vos me lo digáis.» «Es, le contestó, el plato en el que Jesucristo comió el corderó con sus discípulos el día de Pascua. Éste es el plato que ha servido a todos los que he juzgado como mis buenos servidores. Un plato que jamás ha podido ver un malvado sin quedar confundido. Y a causa de que este plato ha sido del agrado de todos los hombres de bien, se le denomina el Santo Grial.

Has visto, por lo tanto, aquello para lo que fuiste invitado y que deseabas contemplar; pero no has podido percibirlo tan manifiestamente, como un día llegará en que lo hagas. ¿Sabes dónde ocurrirá esto?, en la ciudad de Sarraz, en el Palacio espiritual. Te es necesario ir acompañando este Santo Vaso, que debe partir este noche del reino de Logres, al que no volverá jamás y en donde no vivirá ninguna otra aventura. ¿Sabes por qué se marcha de aquí?, porque no ha sido ni servido ni honrado como debiera serlo por los habitantes de estas tierras, que han elegido un modo de vida malvado y secular, a pesar de estar alimentados con la gracia de este Santo Vaso. Y puesto que lo han recompensado tan mal, yo les he privado del honor que en principio les había otorgado. Por ello, marcharás mañana al amanecer hasta el mar, donde encontrarás, junto a la playa, el navío del que tomaste la espada del extraño tahalí. Con objeto de que no estés solo, quiero que te acompañen Perceval y Bohort, y como deseo que no abandones este país sin haber curado al rey Méhaignié, te ordeno que tomes la sangre de esta lanza y que con ella frotes sus piernas; es lo único capaz de devolverle la salud.» «¡Oh señor!, dijo Galaad, ¿por qué no permitís que vengan todos conmigo?» «Porque no lo deseo, y, además, todo esto debe hacerse a semejanza de mis apóstoles. De la misma forma que ellos comieron conmigo el día de la Cena, al igual vosotros comeréis hoy conmigo en la mesa del Santo Grial. Vosotros sois doce, al igual que lo fueron los apóstoles. En lo a mí relativo, soy el número trece, que debe ser vuestro pastor y maestro. De la misma forma que los separé unos de otros para que fueran a través del mundo a predicar la verdadera ley, de la misma manera hago con vosotros, enviándoos por diferentes caminos, y todos moriréis en el cumplimiento de este servicio, con la excepción de uno solo de todos vosotros.» Después les dio su bendición y desapareció sin que pudieran saber lo que de él había sido, sino que lo vieron subir a los cielos.

Galaad se acercó a la lanza que estaba sobre la mesa, tocó su sangre y se fue a ungir con ella las lesiones que el rey Méhaignié tenía en las piernas. Inmediatamente, el rey se sintió curado y dejó su lecho sano y salvo, dando gracias a Nuestro Señor por haberle curado de forma tan portentosa. Vivió largos años todavía, pero lejos del mundo, retirado en un monasterio de monjes blancos, y Nuestro Señor hizo, por amor suyo, muchos y maravillosos milagros, que la narración no refiere aquí porque de ello no hay ninguna necesidad.

La búsqueda del Grial, puesta en francés moderno por Albert BÉGUIN, L. U. F.

JEAN DE MEUNG

(¿1240-1305?)

De las dos partes que componen *El romance de la Rosa*, está fuera de toda duda que la escrita más recientemente, hacia 1277, presenta al mismo tiempo el carácter más hermético, tanto por su fondo como por la forma. Se ha destacado con frecuencia la oscuridad aparente de esta segunda parte, a la que la interpretación puramente alegórica no es suficiente para aclarar el sentido. Es necesario para comprenderla investigar en un sentido simbólico y analógico. El mismo cuadro del amor cortés permite efectivamente a Guillaume de Lorris redactar una carta del Tierno y a Jean de Meung abordar el difícil género de la poesía didáctica. El continuador del *Romance de la Rosa* no es un poeta anodino, sino el autor de numerosos manuscritos de alquimia catalogados por Claude d'Ygé. Su reputación queda, pues, perfectamente asentada, designándolo como un hereje. El parentesco espiritual de Jean de Meung, con los albigenses y la secta de los Fieles de amor, le atrajo las iras de Gerson. Su *Visión*, publicada en 1402, muestra que el canciller era tan hostil al ocultismo de Jean de Meung como al misticismo de Ruysbroeck. La reacción de Gerson, encarnación del espíritu de la filosofía moderna, sirve para destacar mejor el tradicionalismo del *Romance de la Rosa*, plenamente medieval.

Para Jean de Meung sólo existe un objeto digno de ser deseable y de servir de finalidad a la investigación: el conocimiento, el gay saber de los trovadores. Lo simboliza en una fuente que es el origen de la vida y el pozo de la juventud. De esta ciencia universal la alquimia se presenta como el aspecto operativo; pero las prácticas y las doctrinas ocultistas están estrechamente ligadas; el simbolismo hermético que describe las operaciones de la Gran Obra, es al mismo tiempo el vehículo de la filosofía tradicional perseguida. Los lamentos que la Naturaleza dirige al alquimista son un verdadero curso de teoría ocultista. Otros pasajes, como el relativo a la edad de oro, el de la armonía oculta del universo, la astrología, etc., no son menos netos. A veces el tema tratado presenta una vía de actualidad, y Jean de Meung se ciñe a la prudencia, que no excluye la astucia. De esta forma, las doctrinas de Joachim de Flore no se exponen, al parecer para poder criticarlas mejor. Pero ¿a quien corresponde interpretar el sentido de esta crítica? No al portavoz del autor, ciertamente no, sino a... ¡Faux Semblant (Falso Aparente), el disimulador y engañador por excelencia!

Se impone la comparación del *Romance de la Rosa* con *La Divina Comedia*. Jean de Meung y Dante bebieron en las mismas fuentes, y bajo una forma literaria comparable han producido idéntico compendio de los problemas de su tiempo y de respuestas tradicionales. El *Romance de la Rosa* puede muy bien calificarse, según numerosos autores modernos, como un breviario de alquimia.

Marot ya lo sabía; pero con la condición de ver en el *Ars Magna* la expresión plena de toda la doctrina ocultista. Con esta condición, también, se pueden repetir las palabras de Eliphas Lévi: «La rosa de Flamel, la de Jean de Meung y la de Dante, florecen en el mismo árbol» [1].

La alquimia

El arte que enseña la alquimia es capaz de teñir todos los metales en diversos colores—porque moriría antes de transmutar las especies, si no se logra reducirlas a la materia prima—; actúa mientras se posee vida, pero nunca podrá igualar a la Naturaleza. Y deseando comprender cómo conseguirlo, será necesario saber cómo obtenerlo, cuando confeccione su elixir, esta conveniente proporción de la que ha de surgir la nueva forma, proporción que diferencia las substancias entre ellas mediante diferencias específicas, como aparecen en la definición.

Sin embargo, hay una cosa que es perfectamente sabida, la alquimia es un verdadero arte, y aquel que lo utilice con sabiduría realizará verdaderas maravillas, porque sean las que fueren las especies, los cuerpos particulares sometidos a inteligentes preparaciones resultan modificables en tantas formas, llegando incluso a cambiar entre ellos de naturaleza y haciéndolos entrar en otras categorías. ¿No habéis visto cómo los maestros vidrieros transforman una masa amorfa en un frasco o un vaso? Pero la masa de vidrio no es el vaso, ni éste la masa. Cuando se producen tormentas y brama el trueno, brillando los relámpagos, se ve con frecuencia caer piedras de los vapores que no poseen en sí nada de piedra. El sabio puede conocer la causa de tales alteraciones de la materia. Éstas son las especies transmutadas o individuos que se alejan por substancia y accidente, unos por propia naturaleza, otros por las invenciones del arte.

De la misma forma se podrían fabricar metales si se llega a extraer en determinadas substancias, separando las heces y logrando sus formas puras, vecinas por su constitución y llevadas de unas a otras, porque son todas de la misma materia, sea cual fuere la disposición de sus elementos; los libros de los filósofos, en efecto, nos dicen que las diversas especies de metales nacen en las minas de azufre y de mercurio. Aquel que posee la habilidad de separar los espíritus, de tal forma que

[1] Citamos el *Romance de la Rosa*, siguiendo la versión en francés moderno de André Mary, ed. por Gallimard en París en 1949.

tengan la propiedad de entrar en los cuerpos y fijarse en ellos a condición de que los encontraran muy puros, y que el azufre, blanco o rojo, no los queme, haría lo que deseara y produciría metales a voluntad. Los maestros de alquimia hacen surgir oro fino de la plata, añadiéndole peso y color por ingredientes poco costosos, y del oro fino hacen todas las piedras preciosas, claras y brillantes, y también despojan de su forma a los demás metales, si bien los transmutan en plata, mediante el uso de drogas blancas, penetrantes y finas. Pero éstos que sofistican no serán nunca capaces de realizar algo similar; que trabajen cuanto quieran, no alcanzarán a la Naturaleza.

Romance de la Rosa.

La fuente de la vida ("Sermón de Génius")

La fuente de la que os hablo es un manantial saludable, bello y maravilloso. Escuchadme atentamente: Sus aguas son de agradable sabor y buenas para las bestias afectas de melancolía; surgen claras y vivas de tres manantiales admirables, que están cerca uno de otro, y que se reúnen en uno solo, si bien al contemplarlos tan pronto veréis uno como tres, pero jamás cuatro; ésta es su singularidad. Nunca hemos visto una fuente como ella, porque surge de sí misma, y son las otras las que alimentan las venas extranjeras. Se basta a sí misma y no toma ningún conducto extraño, no tiene necesidad de bases de mármol, ni de hojarasca, porque el agua no puede jamás faltar viniendo de una fuente tan alta que ningún árbol puede alcanzarla; todo lo más, como ejemplo, pensad en un olivo bajo, bajo el cual pasa la ola, y cuando el pequeño árbol siente las aguas frescas que mojan sus raíces, recibiendo tal alimento que inmediatamente le crecen mil ramas y se llena de hojas y de frutos, y se hace tan grande y grueso, que el pino que se os ha descrito no podría llegar a su altura ni sus ramas se extenderían hasta tan lejos, ni sería capaz de dar tanta sombra.

Este olivo, con sus altas ramas, cubre de sombra la fuente, y allí, en la frescura de la sombra, se esconden los animales y nace el rosal con sus flores destilando y la tierna hierba. En el árbol está colgado un rodillo que lleva esta inscripción en diminutos caracteres: AQUÍ, BAJO EL OLIVO QUE PRODUCE EL FRUTO DE SALVACIÓN, CORRE LA FUENTE DE

LA VIDA. ¿Qué pino valdría como tal árbol? Yo os diré, por otra parte —las gentes alocadas tendrán dificultad para creer esto y otros lo tendrán por fábula—, que en aquella fuente brilla un carbunclo admirable, mejor que todas las piedras preciosas; es completamente redondo y posee tres facetas, estando colocado de tal forma que se le ve brillar desde todo el parque, y ni el viento, ni la lluvia, ni las nubes son capaces de oscurecer la intensidad de sus rayos, por lo bello y magnífico que es. Y sabed que tal es la virtud de la piedra, que cada una de sus facetas vale tanto como las otras dos, y que las dos no valen más que la tercera, y nadie es capaz de diferenciar una de otra, de tal forma están dispuestas, que por más que lo intente, las observe o analice incluso por reflexión no las podrá encontrar diferentes. Pero no lo ilumina ningún sol, por ser más resplandeciente que el sol, tanto que hace que el brillo del cristal de la otra fuente aparezca pálido y oscuro en su presencia. ¿Qué más podría deciros? No existe ningún sol que irradie luz como ese carbunclo, que es capaz de iluminar aquellos lugares con una magnificencia incapaz a ninguna estrella del mundo inferior. Hace que la noche quede desterrada y hace que el día sea eterno, sin principio ni fin; es en realidad un sol que se encuentra perpetuamente en el mismo lugar, sin atravesar los signos del año, ni por las horas que miden el día; es un sol sin mediodía ni medianoche. El carbunclo posee un poder tan maravilloso que los que se aproximan y miran sus facetas en el agua son capaces de ver todo cuanto ocurre en el parque, de cualquier costado que se muevan, y los conocen tan propiamente como a sí mismos, y después que han visto esto ya no serán nunca el juguete de las ilusiones, ya que se convierten en clarividentes y sabios.

Os mostraré otra particularidad: los rayos de este sol no perturban la vista de los que lo contemplan, y no los deslumbra, sino que rejuvenece, refuerza y da nuevo vigor a sus ojos, por esta claridad y este calor templado se difunden por el parque los más deliciosos aromas.

Para poder expresarlo todo en una palabra, el que viera aquel parque encantado juzgaría que no hay mejor paraíso y tendría razón, puesto que Adán no fue formado en otro lugar.

Señores, sabedlo bien, si lleváis una vida sabia y cumplís con vuestro deber, beberéis de esta fuente. Para ello debéis seguir las enseñanzas que os he transmitido, es decir, pensad en honrar la Naturaleza, servidla trabajando en sus mismos fines, y si no podéis rendir los bienes dispensados o debidos, tened la firme intención de hacerlo cuando os encontréis en la abundancia. No cometáis homicidio, tened

limpias las manos y la boca, sed leales y compasivos, y así podréis ir al campo delicioso, siguiendo las huellas del cordero eternamente vivo y beber en la fuente que os convertirá en inmortales, e iréis gozosamente hacia la eternidad, cantando cancioncillas e himnos festivos y danzando bajo el olivo entre las flores.

Romance de la Rosa.

DANTE ALIGHIERI

(1265-1321)

«El *Romance de la Rosa* y el poema de Dante, escribe Eliphas Lévi, son dos formas opuestas de una misma obra: la iniciación en la independencia intelectual, la sátira de las instituciones contemporáneas y la fórmula alegórica de los grandes secretos de la sociedad Rosa-Cruz.» Sólo nos interesa aquí este último aspecto de la obra de Dante. Pero no es inútil destacar cuántos autores tradicionales han mezclado las preocupaciones metafísicas con los deseos políticos, la acusación de herejía que sufrieron tantos ocultistas, la intolerancia de parte del poder temporal o religioso, que les movió muchas veces a disimular prudentemente bajo el velo de los símbolos las enseñanzas que perpetuaban y cómo, en tales condiciones, no habrían podido dejar de desear el advenimiento de una era en la que el pensamiento fuera libre de poder expresarse. Beatriz, la figura de la Sabiduría, es un poco el antepasado de la diosa Razón. Estas dos cualidades no son contradictorias en «la más bella y honesta hija del emperador del universo, a la que Pitágoras dio el nombre de Filosofía». No deja de llamar la atención el hecho de que los ocultistas, posesores de verdades teóricas, hayan vislumbrado las consecuencias prácticas que guiarían una nueva organización de la sociedad. Este gusto por la utopía, que se encuentra en Platón, Rabelais, Fabre d'Olivet, Víctor Hugo, Joseph de Maistre y Milosz, y en la *Oda a Fourier*, de André Breton, se manifiestan también.

En los sonetos, en la *Vita Nuova,* en *La Divina Comedia,* Beatriz ejerce su más alta función, representa a Diotima, a Laura, es la Dama de los caballeros, es la iniciadora. Conduce al poeta por los caminos del paraíso y le muestra el espectáculo del mundo penetrado por el amor. En este espectáculo se reconocen con facilidad las grandes líneas de la concepción ocultista del universo. La partida de Dante desde un lugar y en un instante elegidos nos recuerda los viajes impuestos a los futuros iniciados. ¿No afirmaba Dante, en su conversación y de forma bastante misteriosa, que Beatriz es un número que descubre todo conocimiento, el número nueve? La *Vita Nuova* expresa por su parte toda una filosofía de los números (especialmente en el capítulo XXX), que se vuelve a encontrar de nuevo en *La Divina Comedia,* estructura que es a la vez expresión e instrumento del esoterismo de Dante. He aquí el plan de la obra:

La Divina Comedia comprende tres partes, cada una de las cuales se divide en 33 cantos. A ello se ha de añadir el Canto I, que es una introducción general $(33 \times 3) + 1 = 100$.

Beatriz aparece en medio del Canto XXX del *Purgatorio* (3×10), precedida por 63 cantos y seguida de otros 36.

He aquí, por otro lado, las divisiones del más allá de la tumba:

I.	*Infierno.*	
	Vestíbulo de los perezosos	1
	Círculos	9
		10
II.	*Purgatorio.*	
	Playa de la isla	1
	Antepurgatorio	1
	Cornisas	7
	Paraíso terrestre	1
		10
III.	*Paraíso.*	
	Cielos de los planetas	7
	Cielos de las estrellas fijas	1
	Cielo del primer móvil	1
	Empíreo	1
		10

Es decir: $3 \times 10 = 30$.

Resulta curioso el comparar este esquema simbólico[1] con el del *Asno de Oro,* de Apuleyo, o el de la *Desligada,* de Maurice Scève.

Beatriz y el número nueve

Como el número nueve ha sido mencionado con frecuencia en las líneas y en lo dicho precedentemente, y se podría creer que esto se ha hecho sin tener para ello una buena razón, y como, por otro lado, dicho número ha jugado un importante papel en la muerte de cierta persona (Beatriz), es preciso hacer aquí algunas aclaraciones sobre este tema. Por esto voy a decir a continuación cómo el número nueve intervino en el accidente de su muerte, y después señalaré la razón por la cual este número ha sido tan favorable a dicha dama.

Yo diré, en consecuencia, y siguiendo la costumbre de Arabia, que el alma tan noble de esta dama se ha separado de su cuerpo durante la primera hora del noveno día del mes, y siguiendo el uso de Siria,

[1] Estas indicaciones, así como la traducción de los extractos del *Paraíso,* que siguen, se han tomado de Alexandre Masseron, *La Divina Comedia,* editada en París en lengua francesa por Albin Michel, 1947-1950. Para la interpretación tradicional del simbolismo de los números remitimos al interesado a la obra de René Guénon, *El esoterismo de Dante,* París, 1949.

durante el noveno mes del año. Porque, en este país, *Sirim,* el primer mes corresponde a nuestro octubre, y siguiendo la costumbre, ella ha abandonado este mundo en este año de nuestro calendario, es decir, en los años del Señor, en los que el número perfecto quedaba comprendido nueve veces en el siglo. Éste fue también el número de los cristianos del siglo XIII.

Si buscamos el porqué este número nueve la ha acompañado siempre de forma tan amigable, he aquí una razón probable: según Ptolomeo y las verdades cristianas, hay nueve cielos que se mueven y que, según la opinión común de los astrólogos, estos nueve cielos transmiten hacia aquí abajo las combinaciones armónicas a las que están sometidos en lo alto; este número ha sido amigo de Beatriz, para hacer comprender que cuando fue engendrada, los nueve ciclos móviles se comportaban en perfecta armonía. Ésta es ya una de las razones. Pero considerando la cosa más sutilmente, y de acuerdo con la verdad infalible, este número era ella misma. Al establecer esta comparación, he aquí cómo entiendo yo el asunto: el número tres es la raíz cuadrada de nueve, porque sin ayuda de ninguna otra cifra, y por sí mismo, es capaz de producir el indicado número nueve. Puesto que es evidente que tres veces tres hacen nueve, y siendo, por lo tanto, el tres creador del nueve, y el gran operador de milagros por naturaleza es triuno, es decir Padre, Hijo y Espíritu Santo, siendo tres y un todo a la vez, esta dama ha estado constantemente acompañada del número nueve, para dar a entender que era un nueve, es decir, un milagro cuya raíz es la admirable Trinidad. Se podría sin duda establecer esta verdad por razones todavía más sutiles, pero las que yo acabo de dar me complacen mucho más que todas las que puedo entrever.

Vita Nuova, XXX.

El orden del mundo

Las cosas todas, tal como existen, poseen un orden entre ellas, y esto es lo que hace que el universo sea la imagen de Dios.

Las criaturas más elevadas ven la marca del Poder eterno, que es el fin para el que se ha hecho la norma de que acabo de hablar;

a este orden que yo indico están sometidos todos los seres creados, según su diversa condición, y más o menos semejantes a su principio;

de esta manera camlnan hacia los diversos puertos a través del

océano del ser, cada uno guiado por el instinto que se le ha dado para que le sirva de piloto.

Es este instinto el que lleva el fuego hacia la luna, el que hace palpitar el corazón de los animales, que condensa la tierra y que proporciona la cohesión.

No son sólo las criaturas sin inteligencia las que se ven alcanzadas por las flechas que lanza este arco, sino las que poseen intelecto y amor.

La Providencia, que regula este orden, mantiene con su luz, éter absolutamente inmóvil, el cielo en el cual se desplaza aquel cuyo movimiento es más rápido.

Y es precisamente allí, como en un lugar predestinado, donde nos lanza la fuerza de esta cuerda que dirige hacia un objetivo feliz a aquellos a quienes lanza como si fueran saetas.

La Divina Comedia, El Paraíso, I, 103-124.

La influencia de las esferas celestes

El Bien, que pone en movimiento y satisface la totalidad del reino hacia el que tú asciendes, hace que su providencia llegue a ser en estos grandes cuerpos una virtud activa;

no solamente todas las naturalezas están previstas en el Pensamiento, que es perfecto por sí mismo, sino que su conservación se encuentra igualmente prevista;

porque todo cuanto este arco proyecta está dispuesto para alcanzar el fin previsto, como objeto que se dirige rectamente hacia su fin.

Si esto no sucediera de dicha manera, el cielo por el que ahora caminas produciría tales efectos que su resultado no serían obras de arte sino ruinas.

Y esto no puede ocurrir, a menos que las Inteligencias que hacen mover las estrellas fueran defectuosas, e igualmente la Primera que no las habría conducido a la perfección.

¿Quieres que te aclare más esta verdad? Yo le respondí: «No ciertamente, porque veo con claridad que es imposible que la naturaleza se encuentre en falta en aquello que es necesario» [1].

[1] Es Charles Martel el que se dirige a Dante. Primera parte del razonamiento de Charles Martel: Dios ejerce su Providencia sobre la tierra por intermedio de los cielos, y como consecuencia su influjo debe actuar con vistas a un fin predeterminado, si fuera de otra manera, los efectos obtenidos no

Él continuó: «Pero dime, ¿sería peor para el hombre no vivir como ciudadano de la tierra?» «Sí, le contesté, y aquí arriba no tengo necesidad de pruebas.»

«¿Y podrá ser esto si no se vive de diversas formas y mediante distintas funciones?» «No, pero vuestro maestro (Aristóteles) ha escrito muy acertadamente sobre esto.»

Una vez alcanzado este punto de las deducciones, llegó a esta conclusión: «Es preciso que sean diversas las raíces de vuestros actos; es por esto por lo que uno nace como Solón, otro como Jerjes, un tercero Melquisedec, y otro aun, como aquel que perdió a su hijo volando por los aires» [1].

La revolución de las esferas, que marca con su señal la cera de los mortales, hace bien su obra, pero no diferencia una morada de otra.

Así sucede que, desde el momento de la concepción, Esaú era diferente de Jacob y Quirino nació de un padre tan vil que se le atribuyó a Marte.

La naturaleza de los hijos Seguiría siempre la misma vía que la de los padres, si la divina Providencia no se opusiera [2].

La Divina Comedia, El Paraíso, VIII, 97-135.

serían obras de arte, sino ruinas, lo que es imposible. Las inteligencias que hacen mover los astros no podrían ser imperfectas, porque si lo fueran se llegaría al absurdo de que Dios es imperfecto. (Nota de Alexandre MASSERON.)

[1] Segunda parte del razonamiento de Charles Martel: Estando establecido que las influencias de las esferas celestes se ejercen con vistas a un fin determinado de antemano, deben actuar de manera que el hombre pueda vivir en sociedad; de ahí se deduce la necesidad de que existan profesiones y oficios diversos y que éstos estén condicionados por aptitudes variadas. (Nota de Alexandre MASSERON.)

[2] Tercera parte del razonamiento de Charles Martel: La influencia de las esferas celestes, que da a los hombres sus diferentes aptitudes, debe por lo tanto ejercerse y se ejerce, sin tener en cuenta para nada a las familias, sin hacer diferencia entre ricos y pobres, y la Providencia impide que la naturaleza de los hijos siga el mismo derrotero que la de los padres. (Nota de Alexandre MASSERON.)

LEONARDO DE VINCI

(1452-1519)

Si le hemos dedicado un lugar en este libro a Leonardo de Vinci, es preciso convenir que es más por ilustración que a causa de los escritos emanados de su pluma. Espíritu universal, se ha dicho y repetido hasta la saciedad, Leonardo no ha estado ciertamente separado de las corrientes ocultistas de su tiempo. Según todas las probabilidades, se ha relacionado frecuentemente con alquimistas, astrólogos, místicos; nadie duda tampoco que ha conocido a la perfección el movimiento neoplatónico que se desarrolló alrededor de Marcelo Ficino. Pero si él nos ha legado una filosofía y una mística que proceden de la gran tradición secreta, ha sido en su obra pictórica donde ha ido dejando entrever sus tendencias. Hacia las prácticas de los necrománticos y también las de los alquimistas, no muestra ninguna compasión, posiblemente porque, al mismo tiempo que un artista, era un sabio que ejercía su perspicacia intelectual en todos los dominios, poniendo siempre de manifiesto su espíritu altamente crítico. Esto le da patetismo al texto que reproducimos más abajo, en el cual Leonardo trata de destruir la creencia en los espíritus, y a lo largo del cual vemos cómo utiliza laboriosamente dicho sentido con este objeto, mediante razonamientos tomados de una ciencia experimental que todavía se encontraba en plenos balbuceos.

Pero es dirigiéndose hacia sus pinturas y dibujos cómo se puede ver hasta qué punto su visión del mundo estaba impregnada de teología mística. Se puede demostrar en los más mínimos detalles, porque hay en los lienzos de Leonardo un constante recurso al simbolismo, una composición casi litúrgica: simbolismo en los colores, posiciones, gestos, situación y dirección del índice en particular, etc. Esto se observa también en la elección de los temas: Vulliaud ha trazado un satisfactorio paralelismo entre el Baco y el Bautista, demostrando que el primero es también un anunciador del Mesías, un hombre dos veces nacido, es decir, plenamente un iniciado. Incluso si no se viera en la ancolía, que Leonardo de Vinci pinta con predilección, la flor mística del amor perfecto y asexuado, sería necesario explicar el gusto manifiesto del pintor por una especie de androginado y la correspondencia de este tipo con las concepciones platónicas y cabalistas. La obra de Leonardo, como la de Dante, está impregnada de simbolismo teológico—y el Dios que celebra es también el Dios del Evangelio eterno más que el de la simple ortodoxia romana—. La enigmática sonrisa de la Gioconda y tantos otros personajes de Vinci es posiblemente una invitación a meditar sobre los enigmas...

Contra la creencia en los "espíritus"

Si la magia ha desaparecido de entre los hombres, siéndoles tan necesaria, es porque no ha existido ni existirá jamás.

Por definición, el espíritu es aquello que existe de invisible en un cuerpo y en los otros elementos; nada hay que sea incorporal, porque donde no hay cuerpo está el vacío y el vacío carece de existencia en los elementos, porque se encontraría inmediatamente lleno por éstos...

Y si tú dices que el cuerpo se rige por sí mismo, no puede ocurrir lo mismo en los elementos, porque si el espíritu es algo cuantitativo e incorporal, esta cantidad es dicho vacío, y como no existe vacío en la naturaleza, dado esto que se da, muy pronto se produciría la ruina del elemento en el que se produjera el vacío.

Tomemos la definición de peso que dice: La gravedad es una potencia accidental, creada por un elemento extraído o colocado en otro, de lo que se concluye que ningún elemento que no pese en su propia naturaleza no es un punto en el elemento superior más sutil, como debe ocurrir. Una parte de agua no posee más peso o ligereza que otra, pero si la arrojamos al aire entonces adquiere un peso, y este peso no puede sostenerse, consecuentemente es fatal su ruina, y cualquier cosa que caiga en el agua, no importa dónde, desplaza este líquido.

De esta forma, ocurriría que si el espíritu se encontrara entre los elementos, continuamente generaría vacío en el elemento en el que estuviera, y por ello le sería necesario huir sin cesar hacia el cielo, hasta que abandonara la zona elemental.

Hemos demostrado que el espíritu no puede mantenerse en los elementos sin poseer un cuerpo, ni moverse por un acto voluntario, si no es en sí mismo. Ahora, diremos que si el espíritu toma un cuerpo aéreo, es necesario que se incorpore a este aire, porque si no estuviera incorporado se encontraría separado y engendraría vacío, como se ha dicho más arriba.

Por tanto, es preciso, de querer permanecer en el aire, que se infunda una cantidad de este aire, y si se une al aire (se volatiliza), existen dos inconvenientes, a saber: vuelve demasiado ligera la cantidad de aire a la que está unido, y por ello el aire, por sí mismo, lo llevaría hacia lo alto y no se mantendría en el aire, siendo éste más pesado que él. Por otro lado, la virtud espiritual se dispersaría y, perdiendo su naturaleza propia, se anularía.

Añadamos un tercer inconveniente: este cuerpo aéreo tomado por

el espíritu está sometido a la penetración de los vientos, que sin cesar desunen y separan las partes unidas del aire, giran y forman torbellinos en el otro aire. Como consecuencia, el espíritu infuso en el aire se desmembraría y quedaría completamente destrozado y roto por el desmembramiento del aire en el que habría sido infundido.

Es imposible que el espíritu infundido en una cantidad de aire pueda movilizar dicho aire, y resulta manifiesto que el espíritu hace ligera la cantidad de aire en la cual se infunde. Por tanto, este aire se elevará hacia lo alto por encima del aire, y esto sucederá a causa de la propia ligereza del aire, y no de acuerdo con la voluntad del espíritu, y ¿qué sucederá si este aire sufre la acción del viento?

* * *

Queriendo demostrar si el espíritu es capaz de hablar o no es necesario definir en qué consiste la voz y cómo se produce. Diremos, en consecuencia, que la voz es un movimiento del aire frotado en un cuerpo denso, y un cuerpo denso al ser friccionado por el aire, lo que es la misma cosa. Esta fricción de lo denso con el aire lo condensa, lo enrarece y produce una cierta resistencia [1], y todavía a causa de la rapidez del enrarecimiento, cuya lentitud de producción hace que se condensen uno en otro, por el contacto, dando lugar a un sonido y un gran ruido.

Y el sonido o murmullo hecho por el movimiento, como la gran llama que genera sonidos en el aire, y el gran ruido producido por el enrarecimiento en el objeto enrarecido, cuando la rapidez de este proceso hace que sea muy rápidamente desplazable, como la llama de fuego que surge de una bombarda y produce una gran detonación en el aire; e incluso la llama salida de las nubes que rompe los aires para engendrar el rayo.

Diremos, pues, que el espíritu no puede generar voces sin que haya un movimiento del aire, y que no existe aire en el espíritu, y que si lo hubiera no podría hacerlo salir, y que si desea que se movilice aquel en que está infuso, será necesario que el espíritu lo multiplique, o no es capaz de lograrlo si no posee la cantidad suficiente por la razón que dice; nada que esté enrarecido se mueve si no tiene un lugar esta-

[1] Todas estas divagaciones tienen poco de esotéricas, y su único interés descansa en expresar las ideas científicas medievales, en las que, pese a lo dicho por los autores del libro, no encontramos ninguna aplicación de carácter experimental, por primitiva y balbuciente que fuera. *(N. del T.)*

ble de donde pueda tomar el movimiento; y sobre todo teniendo que mover el elemento en el elemento que no se mueve por sí mismo más que por evaporización uniforme en el centro de la materia vaporosa, como sucede en una esponja cerrada en la mano que se coloca sobre el agua, y de la que el agua fluye por cualquier costado con un movimiento igual a través de las aberturas de los dedos de la mano que la presiona.

¿Posee el espíritu capacidad de articular voces y de poder hacerse entender?

¿En qué consiste el entender, y qué es la voz? Las ondas de la voz van a través del aire, como la imagen de los objetos va hacia el ojo.

¡Oh, matemáticos, iluminadme en lo relativo a este error!

El espíritu no posee voz, porque donde existe una voz hay un cuerpo y en donde hay un cuerpo existe ocupación, y ocupación de lugar, lo que impide que el ojo vea las cosas situadas detrás de él.

Por tanto, este cuerpo llena todo el aire de su alrededor, a saber, por sus imágenes.

No puede haber voz donde no haya movimiento, ni percusión del aire allí donde no exista un instrumento, y no existe ningún instrumento incorporal.

Establecido cuanto antecede, un espíritu no puede tener ni voz ni forma, ni fuerza, y si toma cuerpo, entonces no podrá ni penetrar ni entrar en donde se hayan cerrado las salidas. Y si alguien dice: por congregación del aire y atrayéndolo hacia él, el espíritu toma cuerpo de forma variada, y por este medio habla y se mueve con fuerza, a todo esto digo yo que donde no hay ni nervios, ni huesos, no existe fuerza operatoria, utilizada por ningún movimiento hecho por espíritus imaginarios.

Textos seleccionados por PÉLADAN, 345-358.

Fragmentos

El hombre ha sido calificado por los antiguos de mundo menor, denominación justa, porque está compuesto de tierra, agua, aire y fuego, igual que el cuerpo terrestre, y se le asemeja. Si el hombre posee sus huesos para servirle de armadura y sostén de la carne, el mundo posee sus rocas que sostienen la tierra; si el hombre tiene en sí un lago de sangre en el que crece y disminuye el pulmón mediante la res-

piración, el cuerpo de la tierra posee su mar océana, que crece y disminuye cada seis horas por su respiración; si este lago de sangre origina las venas que parten de él y se ramifican por todo el organismo, así el mar océano llena el cuerpo terrestre de innumerables venas de agua, pero le faltan a nuestro globo los nervios, que no le han sido dados, porque están destinados al movimiento. Es decir, el mundo, en su perpetua estabilidad, no se mueve nunca, y donde no hay movimiento los nervios son inútiles. Pero en todo lo demás, el hombre y el mundo son semejantes.

* * *

¡Que las figuras, los colores y todas las especies y partes del universo se queden reducidas a un solo punto, qué maravilla es este punto!

¡Oh admirable y sorprendente necesidad, tú obligas por las leyes a que todos los efectos obedezcan a su causa, por la vía más breve. Éstos son los verdaderos milagros!

Yo he escrito en mi *Anatomía* cómo en un espacio tan pequeño la imagen visual puede renacer y recomponerse en la dilatación.

* * *

Las obras de la naturaleza son mucho más dignas que las palabras, que son obra del hombre. Entre la obra humana y la natural, hay la misma proporción que entre el hombre y Dios.

* * *

La pintura tiene la finalidad de establecer una comunicación entre todas las generaciones del universo; este fin está subordinado a la facultad visual y no pasa a través del oído para llegar al sentido común de la misma forma que pasa a través de la vista.

Por tanto, la pintura no tiene necesidad de ser interpretada en ningún idioma, al contrario de lo que sucede con la literatura; inmediatamente satisface el espíritu humano, como hacen todas las cosas producidas por la naturaleza.

* * *

Por nuestro arte, merecemos ser llamados sobrinos de Dios. Si la poesía se eleva hasta el nivel de la filosofía moral, la pintura practica la filosofía natural. Si la primera describe la operación de la inteligencia que reflexiona, la otra lo hace con la inteligencia que opera por el movimiento. Si una asusta al pueblo por las ficciones infernales, la otra hace lo mismo con idénticas cosas produciendo un similar efecto. Si el poeta y el pintor se esfuerzan en representar la belleza, la ferocidad, una brutal crueldad, una monstruosidad, existe imaginación en efecto, en la misma proporción que la sombra al cuerpo que la proyecta; y esta misma proporción se observa entre la poesía y la pintura; porque la poesía habla a la imaginación con las letras, mientras que la pintura da realmente ante el ojo una imagen que recibe toda la semejanza, como si las cosas que representa fueran naturales. La poesía no da esta semejanza y no actúa sobre la sensibilidad por vía de potencia visual como consiguen los pintores.

Textos elegidos por PÉLADAN, Mercurio de Francia. Fragmentos 28, 334, 235, 356, 358.

FRANÇOIS RABELAIS

(1494?-1553)

Es el propio Rabelais quien nos invita, en el *Prólogo* del Primer Libro, a buscar bajo las bufonerías de las aventuras de *Gargantúa y Pantagruel* un sentido más profundo, tanto religioso como político. La forma de la obra, que recuerda el *Sueño de Polífilo,* mezcla constante y plenamente lo cómico con lo serio. Existen numerosas alusiones a las doctrinas herméticas por todo el texto de los cinco libros. No negaremos que con frecuencia el ocultismo es puesto violentamente aparte por Rabelais y que el humor no falta ni aun en las más serias de sus páginas. Incluso *La Muy cierta profecía pantagruélica, verdadera e infalible para el año perpetuo* nos deja con la incertidumbre de si verdaderamente el autor creía de hecho en sus profecías. Un profundo conocimiento del hermetismo y de las ciencias ocultas aparece en toda la obra de Rabelais. Esto no es sorprendente en el sabio que practica la mayor parte de las disciplinas recomendadas a Gargantúa, en el amigo de Lascaris, alquimista y bibliotecario de Francisco I y de Luis de Estissac, del que Fulcanelli ha demostrado que poseía un castillo que era al mismo tiempo el templo del Arte Real. Las consultas de Panuergo a la sibila de Her Trippa constituyen un repertorio muy completo de los diversos procedimientos adivinatorios. La permanencia en el reino de la quintaesencia, el viaje hacia la isla Sonante, el oráculo de la divina botella, son otros tantos símbolos de la búsqueda del más profundo de los conocimientos. El sentido místico del vino es una alegoría universal, que vuelve a encontrarse en Rabelais, Lafontaine, como fuente de toda ciencia que figuraba ya en el *Romance de la Rosa.* Y las pequeñas líneas que concluyen el Quinto Libro y la totalidad de la obra de Rabelais exponen, sin la más mínima ironía, la doctrina esotérica del Dios que penetra el mundo y del mundo donde todas las cosas se corresponden. ¿Era Rabelais un ocultista, un adepto de la magia? ¿Quién osaría afirmarlo? Pero Rabelais conoció la doctrina hermética. Su influencia es sensible en el relato de vidas tremendamente terroríficas y aventuras espantosas. En ocasiones «el hechicero de Meudon», como lo llamaba Eliphas Lévi, parece admitir los grandes principios de la enseñanza tradicional, y esto nos ha parecido suficiente para citarlo en esta antología.

Prólogo

¿A qué viene, pensaréis, este preludio e intento de ensayo? Por tanto, vosotros, mis buenos y queridos discípulos, y algunos otros locos, leyendo los alegres títulos de algunos libros de nuestra invención, como *Gargantúa, Pantagruel Fesepinto, la Dignidad de las braguetas, El peso de los cerdos, con comentarios,* etc., juzgáis demasiado fácilmente que no es más que un tratado de humorismo, locuras y alegres mentiras, viendo la enseña exterior (éste es el título), antes de hacer ningún previo estudio, lo que se considera corrientemente una holgazanería. Pero con tales ligerezas no conviene estimar las obras de los humanos, ya que vosotros mismos decíais que el hábito no hace al monje; y tal que está vestido con hábito monocal que con desdén dice que no es sino un monje; y tal que va tocado con capa española y que, con valor, afirma no ser español. Es porque es necesario abrir el libro y cuidadosamente sopesar lo que en él se ha vertido. Cuando conozcáis que la droga contenida en su interior es de muy diferente valor del que prometía la botella, es decir, que las materias aquí tratadas no son tan necias como el título que figura más arriba pretendía.

Y, una vez expuesto el caso, leído en sentido literal, encontraréis materia muy alegre y plenamente en concordancia con el nombre; pero no os mantengáis sólo ahí, no vaya a ser preciso, como al oír el canto de las sirenas, dejar de interpretar en su más alto sentido lo que por aventura consideréis dictado con el corazón alegre.

¿Descorcharéis vosotros tales botellas? ¡Cáspita! Reducid a la memoria la consecuencia que sacaréis. Pero ¿no habéis visto a semejantes perros volviendo a hallar algún hueso medular? Es, como dice Platón, *Libro II de la República,* la bestia más filosófica del mundo. Si lo habéis visto, habréis notado con qué devoción lo coge, con qué cuidado lo guarda, qué fervor usa para llevarlo, la prudencia con la que lo sostiene, la afección con la que lo quiebra y la diligencia con la que lo masca. ¿Qué le induce a hacer esto? ¿Cuál es la esperanza que anima su estudio? ¿Qué bien pretende alcanzar de ello? Nada más que poder extraer un poco de médula. Verdad que este poco de tuétano es más delicioso que todo lo demás, porque la médula ósea es el alimento elaborado a la perfección por la naturaleza, como dice Galeno, III, *Facu. natura.,* y XI, *De Usu parti.*

A ejemplo de los que he citado, os conviene ser sabios, para seleccionar, sentir y estimar estos hermosos libros de alto peso, ligeros para

la reflexión y dispuestos a la búsqueda; entonces, por curiosa lección y meditación frecuente, romperéis el hueso y podréis chupar la sustanciosa médula; es decir, que lo que yo entiendo por estos símbolos pitagóricos, con la esperanza cierta de ser hechos esfuerzos y haber aprendido mucho con dicha lectura; porque en ella encontraréis bien otro placer y una doctrina más abstrusa, la que os revelará los más altos sacramentos y heroicos misterios, tanto en lo que concierne a nuestra religión como al estado político y a la vida económica.

Libro I, Cap. I.

Cómo Panurgo consultó a Her Trippa

Con estas palabras, tomó Her Trippa una rama de tamarindo: «—Suena bien, dijo Epistemón, Nicandro la llamaba adivinadora.

—¿Queréis—dijo Her Trippa—saber más ampliamente la verdad por piromancia, airomancia, celebrada por Aristóteles en sus *Nubes*, por hidromancia, por lecanomancia, en otra época tan alabada por los asirios y utilizada por Hermolao Bárbaro? Ante una vasija llena de agua te mostraré la mujer futura zarandeándose entre dos paletos.

—Y cuando—le interpeló Panurgo—introduzcas tu nariz en mi culo, ten mucho cuidado de quitarte previamente las gafas.

—Por catoptromancia—dijo Her Trippa continuando—, mediante la cual Dido Juliano, emperador de Roma, pudo ver todo cuanto le debía suceder; y no te harán falta gafas, tú la verás en un espejo reluciente tan perfectamente como si te la mostrase en la fuente del templo de Minerva cerca de Patrás. Por coscinomancia, en otra época tan religiosamente observada entre las ceremonias de los romanos: teniendo esta mano una criba y dos arpones, verás los diablos. Por alfitomancia, designada por Teócrito en su *Farmaceutría*, y por aleuromancia, mezclando queso con harina. Por astragalomancia: yo tengo aquí cuanto es preciso, plenamente dispuesto. Por tiromancia: yo tengo un queso de Brehemont a propósito. Por giromancia: te haré aquí girar describiendo círculos, todos los cuales caerán a la izquierda, te lo aseguro. Por esternomancia: por mi fe, que tienes unas narices bastante mal proporcionadas. Por libanomancia: no hace falta más que un poco de incienso. Por gastromancia, que en Ferrara hace mucho tiempo que es utilizada por la dama Jacoba Rodogina, Engastrimita. Por cefalomancia: que suelen usar los alemanes, asando la cabeza de un asno en

carbones al rojo. Por ceromancia: utilizando cera fundida en agua, verás la figura de tu mujer y sus tahúres. Por capnomancia: arrojando sobre carbones ardientes semillas de adormidera y sésamo. ¡Oh cosa maravillante! Por axinomancia: haciendo aquí provisión solamente de una pequeña porción de arena y una piedra de azabache, que pondremos bajo el brazo. ¡Oh, de qué forma lo utilizó Homero, con todo valór y eficacia, en relación a los amantes de Penélope! Por onimancia: utilizando hulla y cera. Por teframancia: verás cómo se funde en el aire figurando una mujer embarazada. Por botanomancia: tengo aquí hojas de sauce a propósito. Por sicomancia: ¡Oh arte divino, en hojas de higuera! Por ictiomancia, antaño tan celebrada y practicada por Tiresias y Polidamas, tan ciertamente que en otra época se hacía en la fosa Dina sobre el buey sagrado de Apolo, en la tierra de los licios. Por claromancia: como prueba la búsqueda de hierbajos la vigilia de la Epifanía. Por antropomancia, que utilizaba Heliogábalo, emperador de Roma: es un proceder un poco fastidioso; pero tú lo lograrás fácilmente, porque por tu destino eres un presumido. Por estilomancia sibilina. Por onomatomancia... ¿cuál es tu nombre?

—Comemierda—respondió Panurgo.

—O bien por alectromancia. Yo haré un círculo galantemente, que dividiré, como verás y considerarás, en veinticuatro porciones iguales. En cada una de ellas figurará una letra del alfabeto, en cada una de las cuales colocaré trigo; después cogeré un hermoso gallo, virgen además. Verás, te lo aseguro, cómo irá comiendo los granos correspondientes a las letras: C. O. Q. U. S. E. R. A., tan fatídicamente, como sucedió en tiempo del emperador Valente, que estaba perplejo por everiguar el nombre del que había de ser su sucesor y el gallo vaticinador comió sobre las letras θ. ε. ο. Δ.

»¿Deseas conocer el arte de la aruspicina?, ¿por extispicina?, ¿por augurio tomado del vuelo de los pájaros, del canto de los oscinos, del baile solistino de los ánades? —Por estronspicina, respondió Panurgo—. ¿O bien por necromancia? Yo os haré resucitar inmediatamente a cualquiera que un poco antes estuviera muerto, como hizo Apolonio de Tyana con Aquiles, como hizo la pitonisa en presencia de Saúl: que nos dirá cuanto queramos, no menos que hizo ante la invocación de Ericteo, un difunto que predijo a Pompeyo todo el desarrollo y terminación de la batalla de Farsalis. O, si tienes miedo a los muertos, como tienen naturalmente todos los necios, utilizaré solamente la esciomancia.»

Libro III, Cap. XXV.

Cómo, habiendo tomado consejo de Bacbuc, abandonaron el oráculo de la Botella

«De aquí a satisfacer, respondió Bacbuc, no estéis en inquietud: en todo estaréis satisfecho, si de nosotros quedáis contento. Aquí abajo, en estas regiones circuncentrales, estableceremos el bien soberano, no para tomar y recibir, sino para donar y regular, y seremos reputados de felices, no si de otros tomamos y recibimos mucho, como por ventura decretan las sectas de vuestro mundo, sino cuando a otros regalamos y damos mucho. Solamente se os piden vuestros nombres y países aquí en este libro de ritual, en el que deberéis dejarlos por escrito.»

Entonces abrió un hermoso y gran libro, en el que nosotros dictamos y uno de sus mistagogos fue escribiendo, con una pluma de oro, algunos rasgos proyectados, como si hubieran sido escritos como comúnmente se hace, pero no nos parecieron nada similar a una escritura.

Hecho esto, nos llenó tres medidas del agua fantástica, y con la mano nos ayudaba a respirar, diciendo: «Marchad, amigos, en protección de esta esfera intelectual que es de todos los lugares el centro y en ninguna parte posee la circunferencia, y que nosotros llamamos Dios; y llegados a vuestro mundo, llevad el testimonio de que bajo la tierra existen los grandes tesoros de las cosas admirables. Y no sin discernimiento, Ceres, reverenciada por todo el universo, porque había mostrado y enseñado el arte de la agricultura, y por la invención del trigo, abolió entre los humanos la brutal alimentación de bellotas; ha lamentado tanto y tanto que su hija fuera raptada y traída a nuestras regiones subterráneas, previendo ciertamente que su hija encontrase bajo la tierra los bienes y excelencias que su madre había hecho por encima. ¿En qué ha quedado el arte de evocar de los cielos el rayo y el fuego celeste, antaño inventado por el sabio Prometeo? Vosotros ciertamente lo habéis perdido, ha partido de vuestro hemisferio; pero aquí, bajo la tierra, todavía está en uso. Y tontamente algunas veces os asombraréis viendo estallar incendios en ciudades y quemarse todo por el rayo y el fuego etéreo, y estáis ignorantes de qué, y por qué, y de qué parte, aparece este horrible chasco ante vuestros ojos; pero a nosotros nos es familiar y útil. Vuestros filósofos, que se complacen en considerar todas las cosas de acuerdo con las antiguas escrituras, nada les ha quedado que puedan inventar de nuevo, por lo que, evidentemente, se equivocan. Aquello que del cielo se os aparece y que llamáis

fenómenos, lo que la tierra os muestra, lo que la mar y otras aguas contienen, nada de eso es comparable a lo que está oculto en la tierra.

»Como consecuencia, el subterráneo dominador, de forma acertada es denominado en casi todas las lenguas con un epíteto de riqueza. Cuando se dedicaron a su estudio y a la labor de investigar concienzudamente, implorando al Dios soberano, al que antaño los egipcios en su idioma llamaron el Escondido, el Agazapado, el Oculto, y con este nombre lo invocaban, suplicándole que se manifestara a ellos y les impartiera el conocimiento suyo y de sus criaturas; partiendo de esta forma guiados por la buena Linterna. Porque todos los filósofos y sabios de la antigüedad, con toda seguridad, y con placer, han hecho el camino del conocimiento divino y la caza de la sabiduría y han estimado dos cosas necesarias: la guía de Dios y la compañía del hombre. Así, entre los filósofos, Zoroastro tomó a Asimaspes como compañero en sus peregrinaciones; Esculapio a Mercurio; Orfeo a las Musas; Pitágoras a Agleofene; entre los príncipes y gentes belicosas, Hércules realizó sus más difíciles empresas teniendo como singular amigo a Teseo; Ulises a Diómedes; Eneas a Acates. Y vosotros habéis hecho otro tanto, tomando como guía a vuestra ilustre dama Linterna. E iros con Dios, que Él os guíe.»

Libro V, Cap. XLVII.

Cómo el pontífice Bacbuc presentó a Panurgo ante la divina Botella y de qué manera Bacbuc interpretó la palabra de la Botella

Allí hizo Bacbuc, el noble pontífice, que Panurgo besara y volviera a besar, una y otra vez, el borde de la fuente; después lo hizo levantarse y bailar alrededor tres «itimbones». Hecho esto, le ordenó sentarse, con las posaderas en tierra, entre dos sillas que allí estaban preparadas. Después, desplegando su libro ritual y soplándole en la oreja izquierda, le hizo cantar una «epilenia» como sigue:

Oh
Botella
Plena toda
De misterios,
Con una oreja
Yo te escucho;
No tardes,
Y la palabra profiere
De la que pende mi corazón,
En la que tan divino licor
Como en tus flancos se encierra,
Baco, que fue de la India vencedor,
Tiene toda la verdad encerrada.
Un vino tan divino, que lejos de ti está excluida
Toda mentira y toda falsedad.
Con alegría sea el aire de Noach cerrado,
La cual de ti nos hizo la templanza.
Suene la hermosa palabra, yo te lo ruego,
Que debe librarme de esta miseria.
De forma que no se pierda ni una gota
De ti, sea blanca o sea granate.
Oh Botella
Plena toda
De misterios,
Con una oreja
yo te escucho;
No tardes.

Una vez tarareada esta canción, Bacbuc arrojó yo no sé qué en la fuente, y súbitamente el agua empezó a hervir con fuerza, como hace la gran marmita de Bourgueil cuando se la invita a bastonazos. Panurgo escuchaba con un solo oído silenciosamente, mientras que Bacbuc permanecía arrodillado a su lado. De pronto, de la Botella sagrada surgió un ruido semejante al que hacen las nacientes abejas, al brotar de la carne de un joven toro muerto y sacrificado siguiendo el arte inventado por Aristeo o el que hace un guardián al montar la ballesta o una intensa y fuerte lluvia al caer súbitamente. Cuando le fue posible diferenciar los sonidos, ésta fue la palabra que escuchó: *Trinca.* «Por la virtud de Dios, gritó Panurgo, se ha roto o reventado, no miento; de esta forma hablan las botellas cristalinas de mi tierra cuando se encuentran cerca de un fuego intenso y se quiebran.»

Entonces Bacbuc se levantó, y tomando a Panurgo por debajo de los brazos, dulcemente le dijo: «Amigo, da gracias a los cielos, la razón os obliga, ya que habéis oído prontamente la voz de la divina Botella. Y yo digo que es la palabra más alegre, más divina, más cierta, que nunca se haya escuchado desde que yo soy el ministro de su muy sa-

grado oráculo. Levantaos y marchemos al capítulo, en la glosa del cual se interpreta la hermosa palabra». «Marchemos, dijo Panurgo, de parte de Dios. Yo soy tan sabio como estoy encantado, pero aclaradme: ¿dónde está ese libro? Volved: ¿dónde está ese capítulo? Veamos esa alegre glosa.»

Bacbuc, lanzando no se sabe qué sobre el casco, hizo que de manera súbita se pusiera a hervir el agua encerrada y condujo a Panurgo al templo principal, al lugar central en que estaba la vivífica fuente. Allí, sacando un grueso volumen encuadernado en plata, de medio o cuarto folio, que contenía Sentencias, y apoyándolo delante de la fuente, le dijo: «Los filósofos, investigadores y doctores de vuestro mundo os alagan los oídos con hermosas palabras; aquí, nosotros realmente incorporamos nuestros preceptos por la boca. Por tanto, yo no os digo: leed este capítulo, comprended este gesto, sino que os digo: gustad este capítulo, saboread esta hermosa glosa. En otro tiempo, un antiguo profeta de la nación judaica comió un libro y fue clérigo hasta los dientes; ahora vos beberéis uno y seréis clérigo hasta el hígado. Tened, abrid las mandíbulas».

Teniendo Panurgo las fauces abiertas, tomó Bacbuc el libro de plata, y pensemos que era verdaderamente un libro, a causa de su forma, que era parecida a la de un breviario; pero era un breviario verdaderamente de una naturaleza semejante a una botella, llena de vino de Palermo, haciéndoselo beber todo a Panurgo.

«He aquí, dijo Panurgo, un notable capítulo y una glosa verdaderamente muy auténtica: ¿es esto todo cuanto pretendía la palabra de la Botella trimegista? Estoy verdaderamente muy complacido.» «Nada más, respondió Bacbuc, porque *Trinca* es una palabra panonfea, muy celebrada y comprendida en todas las naciones, y que significa: ¡Bebed! Vosotros, en vuestro mundo, decís que saco es vocablo común en todo idioma, y con buen derecho y justamente admitido por todos los países, ya que como indica el Apólogo de Esopo, todos los seres humanos nacen con un saco al cuello, desgraciados por naturaleza y mendigando unos de los otros. No existe monarca bajo los cielos tan poderoso, que pueda poseer el de otro, ni pobre tan arrogante que no lo tenga semejante al del rico; ved si no cómo le sucedía a Hipias el filósofo, que lo hacía todo. Todavía ocurre menos bebiendo que llenando el saco del gaznate, y he aquí que no es el reír, sino el beber, lo propio de la naturaleza del hombre, y no digo beber pura y simplemente, porque así lo hacen las bestias; yo digo beber vino bueno y fresco. Notad, amigos, que el vino nos hace divinos y no existe argumento de mayor seriedad, ni arte de adivinación menos falaz. Vuestros académicos lo

afirman, buscando la etimología del vino que dice procede del griego οιΝοΣ, que es semejante a *vis*, fuerza, poder. Porque posee el poder de llenar el alma con toda verdad, todo saber y toda filosofía. Si habéis notado lo que aquí está en letras jónicas escrito sobre la puerta del templo, habréis podido comprender que en el vino está oculta la verdad. La divina Botella os envía a él y habéis de ser vos mismo el intérprete de vuestra empresa.» «No es posible, dijo Pantagruel, decir mejor que lo hace este venerable pontífice. Otro tanto os he dicho yo, cuando me hablasteis por vez primera de la palabra *Trinca*, ¿no es cierto? Y por tanto, ¿qué es lo que os dice el corazón, elevado por el mayor de los báquicos entusiasmos?» « ¡Trinquemos, dijo Panurgo! »

Libro V, Caps. XLV y XLVI.

MAURICE SCEVE

(1510-1564)

Entre los poetas del siglo XVI, Maurice Scève ha sido uno de los que durante mayor tiempo se ha visto ignorado u olvidado. Pero ha bastado la renovación que siguió a Mallarmé, de un hermetismo literario *(lato sensu)*, para que se vuelva a descubrir a este verdadero precursor. Es igualmente cierto que su densa poesía encierra todavía mayores secretos de lo que a primera vista pueda parecer y que invita a un comentario «iniciático». En la larga y rica historia del ocultismo lionés, es preciso dedicarle un puesto destacado al maestro de la escuela poética de Lyon.

La obra principal de Scève, *Delia, objeto de la más elevada virtud* (1544), es un poema de amor, y se puede sin duda identificar a la dama con Pernette du Guillet y seguir la aventura de los amantes hasta en los más precisos detalles. Más allá de este amor carnal, se sabe desde hace mucho tiempo que es preciso buscar otro de naturaleza filosófica, y que Maurice Scève estuvo profundamente influenciado por los poetas italianos de fines del siglo XV, y más tarde por el petrarquismo, e incluso por el platonismo y el neoplatonismo. De esta forma es posible ver en el nombre *Delia* el anagrama de *idea,* y en la construcción numérica de la obra una combinación de los números: 3 (la trinidad, las virtudes teologales), 7 (los sacramentos) y 9 (los coros de ángeles).

Pero es preciso ir todavía más lejos: el nombre *Delia* aparece entonces como una alusión a la isla de Delos y al culto de Artemisa, y la distribución de las 449 décimas del conjunto según la fórmula

$$5 \text{ (prólogo)} + 9 \times 49 + 3 \text{ (epílogo)}$$

sugiere a uno de los más eruditos comentaristas de Scève una precisa interpretación: «*Delia* refiere las aventuras iniciáticas de un alma encarnada, pero ya desarrollada en la "rosa de tres pétalos" de los misterios o en la flor de "cinco hojas" (el cinco), que se orienta hacia la reintegración final (nueve), pateando todos los escalones de la alta ciencia (cuarenta y nueve), con la esperanza de atravesar la puerta de la iluminación suprema (cincuenta), para participar sustancialmente en la obra de una deidad eternamente activa y creadora (tres)». (A.-M. Schmidt, *Cahiers d'Hermes,* I, pág. 14.) En sus detalles, la obra se desarrolla en tres planos (Hécate, Diana, Delia de la décima XXII), que son el de los infiernos, el cielo y la tierra, con una complicación casi ininteligible y sirviéndose de una emblemática extremadamente rica. Más tarde se volverán a encontrar en el *Microcosmos* (1562) de Scève, con sus (3.000 + 3) versos, algunas de estas preocupaciones.

Nos limitaremos a reproducir tres décimas: dos lunares, y una de las fle-

chas de amor, utilizando un simbolismo alquímico (oro, Sol; plomo, Saturno), dando las gracias a Albert-Marie Schmidt, que ha tenido la atención de autorizarnos a utilizar un texto adaptado y punteado por él.

Delia

Como Hécate, me harás errar,
Vivo y muerto, cien años entre las sombras;
Como Diana, encerradme en el cielo,
De donde descendiste envuelta en mortales apariencias;
Como soberana de las sombras infernales,
Disminuirás o aumentarás mis penas;
Pero como Luna, infundida en mis venas,
Sólo tú has sido, eres, y serás Delia,
Que el amor ha ligado a mis vanos pensamientos,
Tan intensamente, que la muerte no será capaz de desatarlo.

Cuanto más crece la Luna y sus cuernos refuerza,
Más se alivia el febricitante.
Más se empequeñece, perdiendo su fuerza,
Más se debilita, su mal manifestando.
Pero tú, cuanto más me excitas,
Elevando mi fiebre, antes de que llegue la hora,
En tu presencia ante mí se disminuye,
Redoblando mis accesos febriles de mil formas.
Y cuando contemplo tu rostro semidesnudo,
De enfermo en muerto me transformas.

Bien, manifiéstate sobre aquel que el amor cegó,
Niño, arquero, pálido, delgado, veleidoso,
Porque disparando sus dardos, a sus amantes ciega,
Ablandando, como si fueran niños, su valor,
Pálidos por el tratamiento y delgados por su gran rabia.
Más inconstante que el otoño o la primavera,
Así, oh Dios mío, sobre nuestros corazones extiendes
El amor por el oro complaciente, cálido, atractivo,
Y por el plomo nos haces descontentos,
Como blando, frío, pesado y retraído.

PIERRE DE RONSARD

(1524-1585)

Poeta amoroso, incluso libertino, lleno de gracia y de fácil versificación, Ronsard tiene, sin embargo, sus secretos. Nos ha dicho incluso que es preciso en muchas ocasiones disimular:

La verdad preciosa, después de haberla aprehendido...
Con el fin de que el hombre vulgar tenga deseos de buscarla
La cubre la belleza de forma que él no se atreve a aproximarse.

Una veintena de razones de índole político o religioso, en aquellas épocas tan profundamente alteradas, le recomendaban prudencia. Pero el estudio de sus textos permite precisar que tenía una concepción universal como la de tantos de sus contemporáneos, y que su curiosidad no ha desdeñado los dominios del ocultismo. Desde luego que la dignidad del poeta, para este espíritu lleno de la antigua cultura, no podía ser muy diferente de la del profeta y el vidente. Posiblemente tuvo experiencias personales de determinadas relaciones con el más allá, y las refiere en la Caza salvaje que narra en su *Himno de los daimones,* compuesto sin duda en alusión a una visión que puede situarse hacia 1552. Poeta campestre, se interesa muy vivamente en las creencias rurales, en la hechicería, la ingenua demonología de los campos; pero no lo hace en menor grado por la demonología erudita de los libros. En su docto comentario de este *Himno de los daimones,* que considera como «el primero cronológicamente de los tratados o sumas de demonología del siglo XVI», Albert-Marie Schmidt ha demostrado cuánto Ronsard debía a un tratado en forma de diálogo del bizantino Psellos (siglo XI), titulado *Timoteo o la energía y operación de los demonios*[1]. Por sí mismo, este tratado es ya una tentativa de síntesis entre las enseñanzas neoplatónicas y patrísticas. Los hombres del Renacimiento no podían desinteresarse de una labor que se presentaba de tal forma ante sus sentidos, y fue sin duda a través de una traducción fragmentaria de Marsilo Ficino como Ronsard conoció la obra de Psellos. Mejor resulta, siguiendo a Ronsard, conservar la ortografía «daimón», que nos hace pensar en Sócrates y los antiguos griegos, más que en los ángeles caídos del cristianismo. Es principalmente a través de dos pasajes donde vemos a Ronsard otorgando a estos daimones un papel demiúrgico de primer plano. Así, uniendo el fragmento cosmológico que se encuentra al comienzo del poema del *Gato,* y que nos ilustra sobre la concepción «ronsardiana» de las relaciones de Dios con el mundo, al de la visita al palacio

[1] *Dialogus de energia et operatione doemonum,* de Miguel Psellus, es el título original de dicho texto. *(N. del T.)*

de la Naturaleza en el *Himno al Otoño,* es posible hacerse una primera idea de la gnosis de Ronsard.

Vamos a citar también casi todo el final del *Himno de los daimones.* Se verá, tras el relato de la caza demoniaca (la Mesnie Hellequin), una serie de consideraciones muy precisas sobre la hechicería, los encantamientos, la posesión. Ronsard sigue, en ocasiones casi literalmente, a Psellos, y cuando se aleja de él se puede, de acuerdo con Schmidt, aclarar su texto con la ayuda de Agrippa o Paracelso...

La caza demoniaca

Una ocasión, cerca de la medianoche, guiado por la juventud
Que gobierna a los amantes, iba a ver a mi amada,
Completamente solo, por las márgenes del Loira, y al girar por una [curva
Ante un gran crucero, en una encrucijada,
Escuché lo que me pareció una ruidosa cacería,
Y los perros que seguían, paso a paso, tras mis huellas;
Vi junto a mí, sobre un gran caballo negro,
Un hombre, del que sólo se distinguía el esqueleto,
Que me tendía una mano para ayudarme a montar a la grupa;
Yo veía a mi alrededor toda una espantosa tropa
De piqueros que corría tras una Sombra, que muy bien
Parecía tratarse de un usurero, que poco ha había muerto,
Y del que el pueblo pensaba que, por su vida miserable,
Debía ser castigado allá abajo a manos de Radamanto.
Un escalofrío de terror recorrió todo mi cuerpo hasta los huesos,
Aunque llevaba una cota sobre la espalda,
Y tomé todo cuanto lleva un amante al que la Luna
Conduce solitario de noche en busca de su felicidad:
Daga, espada y arco, y sobre todo un corazón,
Que por naturaleza no está sometido al miedo;
Y me vi ahogado por un mortal ahogo,
Pero Dios pronto me inspiró el pensamiento
De sacar mi espada y de esgrimirla fiero,
Lanzando estocadas al aire a mi alrededor con el acero desnudo:
Lo que hice en seguida, y tan pronto ellos hubieron oído
Silbar la espada en el aire, se desvanecieron,
Y ya no pude oírlos ni caminar ni hacer ruido,
Temiendo verse hendidos por mi acero,

Y su cuerpo cortado, aunque no tuvieran venas,
Ni arterias, ni nervios, como nuestra carne mortal,
Porque al igual que nosotros tienen sentimientos,
Ya que el nervio nada siente, lo hace el espíritu solamente.
En un punto nos diferenciamos, cuando el hierro nos hiere,
Nuestra carne pasa un tiempo antes de verse alterada,
Pero los daimones al instante se destruyen, como lo hace
El aire, o el viento, o el agua, tan rápidamente se esfuman.
¿Qué más os diré? Ellos están llenos de aire y de ciencia,
En cuanto al resto, son impúdicos y llenos de presunción.
Sin ningún juicio, son alocados, mentirosos,
Variables, inconstantes, traidores y decepcionantes,
Malignos, impacientes, de forma que jamás aparecen
Ante los que su naturaleza y abusos conocen;
Pero si ven a alguien que abandona la esperanza,
Y que camina errabundo por un bosque, lo tratan de engañar,
Así engañan el corazón de las más simples pastoras
Que guardan los ganados y las convierten en brujas.
Tan pronto tienen el corazón roto y captado
Por las ilusiones de los malvados espíritus,
Hacen grandes males, paran las nubes,
Y los ríos son por ellas retenidos,
Atraen a la Luna y las espigas encrestadas
Son por ellas de un campo al otro arrastradas,
Y por su causa con frecuencia el rayo se ve retrasado.
Tales fueron antaño Circe, Tracia, Medea,
Urganda, Melusina y otras mil cuyo nombre,
Por maravilloso efecto, ha adquirido especial renombre.
Son tan necios y fatuos y tan ingenuos que temen
A los encantadores inoportunos que, maestros del arte, los detienen
Evitando que ejerzan su servicio y los mantienen sujetos
En los espejos y anillos mágicos,
Y no osan salir, encantados por un murmullo
O una voz bárbara, o por ciertas figuras.
Algunas veces, malignos, entran en nuestro cuerpo
Y nos atormentan, dejándonos como muertos,
O produciéndonos fiebre, o alterando nuestro valor,
Y hacen que nuestra lengua hable más de diez mil idiomas.

Himno de los daimones, V, 347-412.

Cosmología

Dios está en todas partes, y cuanto existe se mezcla con Dios,
El comienzo, el fin y la parte media
De cuanto vive, y por tanto el alma está incluida
En la totalidad, y mantiene en su vigor todas las cosas,
Como nuestra alma infundida en nuestros cuerpos.
Desde hace mucho tiempo los miembros estarían muertos
De este gran Todo, si este alma divina
No se difundiera por toda la máquina,
Dándole vida, y fuerza, y movimiento,
Ya que de todo ello es el principio.
De los elementos y este alma infusa,
Hemos nacido nosotros: el cuerpo mortal que se utiliza
Por algún tiempo, de los elementos está constituido:
De Dios viene el alma y como él es perfecta,
El alma es perfecta, intocable, inmortal,
Como procedente de una esencia eterna;
El alma no ha tenido, por tanto, ni principio ni fin,
Porque la parte sigue constantemente al todo.
Por la virtud de este alma mezclada
Gira el cielo de bóveda estrellada,
La mar se ondula y la tierra produce
Durante las estaciones, hierbas, hojas y frutos:
Digo la tierra, feliz parte del mundo,
Madre benigna, de gruesas mamas fecunda,
De gran seno: de ella todos los animales,
Los emplumados, los escuadrones de las aguas;
De allá, oh hermosura, los que tienen como lecho,
Bien la roca o el bosque solitario,
Viven y tienen su existencia, e incluso los metales,
Los diamantes, los rubíes orientales,
Perlas, zafiros, poseen de él su esencia,
Y mediante el alma tienen fuerza y poder,
En mayor o menor grado, según estén más o menos llenos:
Y otro tanto sucede con nosotros los pobres seres humanos.

El Gato, V, 1-34.

Himno al Otoño (fragmentos)

El día en que nací, el demonio que preside
Las musas, me sirvió en este mundo de guía,
Me animó con un espíritu sutil y vigoroso,
Y me hizo de la ciencia y honor enamorado.
... Elevó mi corazón y elevó la fantasía,
Inspirándome el don de la poesía
Que Dios sólo concede al espíritu agitado
Por los punzantes aquilones de su Divinidad.
Cuando el hombre se siente tocado por ellos, se convierte en profeta,
Y predice todas las cosas antes de que ocurran,
Conoce la naturaleza y secretos de los cielos,
Y con un ferviente espíritu se eleva entre los dioses.
Conoce la virtud de las hierbas y las piedras preciosas,
Encierra los vientos y encanta las tormentas:
Ciencia que el pueblo admira y no sabe
Que Dios al darse a los hombres de aquí abajo,
Cuando poseen de lo humano sus almas separadas,
Y para que furor son preparados
Mediante la oración, el ayuno y la penitencia también,
De todo lo que el mundo hoy tiene poco deseo.
Porque Dios no comunica a los hombres sus misterios,
Si no son virtuosos, devotos y solitarios,
Alejados de los tiranos y de los pueblos que poseen
La malicia en la mano y el impudor en la frente,
Quemados por la ambición y atormentados por el deseo,
Que les sirve de verdugo todo el tiempo de su vida.
... Ah, pero yo no me engañé en mi santa empresa:
Porque la gentil Euterpe habiendo tomado mi diestra,
Para alejar mi naturaleza mortal, por nueve veces me lavó
En el agua de una fuente a la que muy pocos acuden,
Me encantó por nueve veces, después con una boca llena
(Habiendo sobre mi cabeza su aliento soplado)
Herizó mis pelos con el miedo y el furor,
Y llenó mi corazón de ingeniosos errores,
Diciéndome de esta manera: «Puesto que deseas seguirnos,
Feliz después de la muerte, te haremos revivir
Por tu gran renombre, y un tono enoblecido,

De forma que al ser depositado en la tumba no irás hacia el olvido...»
(...)
... El palacio magnífico en el que Natura habitaba
Sobre pilares frigios elevado se encontraba:
Las bóvedas eran de oro, de oro era la cerca
Y de plata refinada la elevada techumbre;
Allá había cien puertas todas ellas de diamante,
Y en las paredes brillaban grandes diamantes,
Hermosos rubíes, enormes zafiros, que la hábil maniobra
Del dedicado artesano engarzó en ingeniosa obra maestra.
Allí están de edad parecida cien jóvenes donceles,
Hermosos, bermejos, de pelo rizado, con el mentón femenino,
Y los codos arremangados, y cien ninfas bermejas,
Todas de una edad, rostro y belleza, parecidas,
Que tienen, una tras otra y en toda estación,
A su cargo el cuidado de tal mansión.
Llevan en sus manos grandes cántaros profundos,
Uno escancia en grandes chorros la semilla de las ondas;
Otro lo hace con plomo; otro del seno
De los antros de Plutón, ríos de estaño;
Otro caudales de oro, otro afina el cobre;
Otro la viva plata que siempre desea ser seguida;
Otro busca azufre, y otro es diligente
En el rastreo de las vetas de hierro y plata.
Allí se encuentran encerrados en botes, sobre mesas, depositadas
Con sus correspondientes rótulos las semillas de las cosas
Que los jóvenes muchachos guardan con el objeto
De que este gran universo no tenga nunca fin,
Sembrándolas todos los años en un mutuo oficio,
Para que el envejecido mundo rejuvenezca,
Que tenga el aire sus aves y el mar sus peces,
Y la tierra sus flores de todo tipo.

Himno al Otoño.

MILTON
(1608-1674)

John Milton ha dado a la literatura inglesa su mayor poema teológico. Pero ¿a qué religión cabe atribuir esta teología? Milton es hereje, tanto desde el punto de vista del catolicismo romano como del calvinista, y una tentativa de exégesis de su doctrina obligaría a hacer una verdadera catalogación de las herejías clásicas, encontrándose siempre algún punto de contacto. Además, estrechamente mezclado con las querellas políticas y religiosas de su tiempo, Milton da pruebas de una gran prudencia en cuanto a las fuentes, resultando muy difícil de decir si, como los exegetas contemporáneos han asegurado, ha conocido las obras de Jacobo Boehme o de autores inspirados por la cábala hebrea. Fundamentalmente, lo que aparece con mayor claridad en su doctrina es un materialismo fundamental—o podría decirse mejor, un monismo—. La materia es eterna, pudiendo pasar por transiciones progresivas desde los objetos hasta las criaturas más elevadas, e incluso hasta los ángeles, el hombre, por consecuencia es un cuerpo, una sustancia animada, sensible y racional, y en el momento de morir todo fallece, o al menos se sumerge en un sueño plúmbeo, hasta el momento de la resurrección. Éstas son las grandes tesis de una secta religiosa, de la que Milton era contemporáneo, la secta de los mortalistas. Pero si en ciertos puntos Milton saca también consecuencias lógicas de la eternidad de la materia, sobre otras se puede mostrar, como ha hecho Denis Saurat, la concordancia de sus opiniones con las tesis de la Gnosis y sobre todo del Zohar, tanto en lo que se refiere a la metafísica de la creación como a la psicología trascendental. Milton es el heredero, no del neoplatonismo del Renacimiento, sino de los cabalistas, y es teniendo presentes las enseñanzas de estos últimos como es preciso ler por ejemplo todo lo que en *El Paraíso perdido* aparece como comentario del Génesis.

Entiéndase bien: esta inspiración impregna la obra, aunque no se exponga de una manera sistemática y didáctica; nos limitaremos solamente a algunos cortos pasajes que reproducimos, vertiéndolos de la traducción tan cuidadosa, y sin embargo tan moderna, en su exigencia de exactitud, de Chateaubriand.

Las enseñanzas de Rafael

a) La condición humana

«¡Oh Adán!, existe solamente un ser único, Todopoderoso, de quien proceden todas las cosas, y al que todas vuelven, si su bondad primordial no ha sido depravada, todas ellas han sido creadas semejantes en perfección, todas formadas con una sola materia prima y dotadas de forma diversa, diferente grado de sustancia y vida en las cosas que viven. Pero estas sustancias son más refinadas, más espirituales y puras a medida que están más cerca de Dios o tienden a aproximarse más, cada una en sus diversas esferas activas asignadas, hasta que el cuerpo se eleva al espíritu en los límites proporcionados a cada especie.

»De esta forma, de la raíz se produce más ligera la verde rama; de ella surgen las hojas más aéreas y, finalmente, la flor exhala sus espíritus olorosos. Las flores y sus frutos, alimento del hombre, volatilizadas en una gradual escala, aspiran a los espíritus vitales, animales, intelectuales; dan a la vez la vida y el sentimiento, la imaginación y el entendimiento, de donde el alma recibe la razón.

»La razón, discursiva o intuitiva, es la esencia del alma: la razón discursiva os pertenece de la forma más propia, la intuitiva nos corresponde primordialmente a nosotros; no diferenciándose más que en grados, en especie son idénticas. No os asombréis, por tanto, de lo que Dios ha hecho por vosotros, yo no lo critico; aunque yo lo convirtiera, como vosotros, en mi propia sustancia. Puede venir una época en la que los hombres participen de la naturaleza de los ángeles, ya no precisando ni una dieta incómoda, ni el más ligero de los alimentos. Posiblemente nutridos por estos alimentos corporales, vuestros cuerpos podrán llegar a la larga a ser simplemente espíritus, perfeccionados al correr del tiempo, y provistos de alas volar como nosotros por el éter; o bien podrán habitar a su elección aquí o en el paraíso celeste, si se os encuentra obedientes y guardáis inalterable el amor pleno y constante a aquel a quien debéis la progenitura. Esperando esto, gozad de toda la felicidad que este feliz estado os proporciona, incapaz de una mayor.»

El patriarca del género humano replicó:

«¡Oh espíritu favorable, huésped propicio!, tú nos has mostrado el camino que puede dirigir nuestro saber, y la escala de la naturaleza

que va del centro a la circunferencia, y desde ella, en contemplación de las cosas creadas, podemos ascender por grados hasta Dios. Pero dime, ¿qué significa esta advertencia que has añadido al decir: "Si sois obedientes"? ¿Podemos nosotros dejar de obedecer, o nos será factible el desertar del amor del que nos formó del polvo y nos colocó aquí, colmándonos en amplia medida de felicidad, más allá de cuanto los deseos humanos pueden buscar o concebir?»

El ángel:

« ¡Hijo del cielo y de la tierra, escucha! Si eres feliz se lo debes a Dios, y el que continúes siéndolo te lo deberás a ti mismo, es decir, que dependerá de tu propia obediencia; permanece en esta obediencia. Ésta es la advertencia que te doy: escúchala y recuérdala. Dios te ha hecho perfecto, no inmutable; te ha hecho bueno, pero te ha dejado con el poder de perseverar o no; ha mandado que tu voluntad fuera libre por naturaleza, que no estuviera gobernada por el destino inevitable o la inflexible necesidad. Se exige nuestro voluntario servicio, no nuestra actividad forzada: un tal servicio no es ni puede ser aceptado por él, porque ¿cómo asegurarse que los corazones no libres actúen voluntariamente o no, ellos que desean que lo que el destino les fuerza a desear y que no sean capaces de otra elección? Yo mismo y todo el ejército de los ángeles, que permanecemos en presencia del trono de Dios, nuestro feliz estado no dura como el vuestro, tanto como lo hace nuestra obediencia, no tenemos otra seguridad. Libremente servimos, porque somos capaces de amar libremente, por estar en nuestra naturaleza el amar o no hacerlo; gracias a esto nos mantenemos o nos hundimos en el abismo. Algunos de nosotros han caído, por haber sido precipitados en la desobediencia, y así, desde lo alto de los cielos, han sido arrojados en lo más profundo del infierno. ¡Oh caída! ¡Desde qué elevado estado de felicidad hasta qué gran desgracia! »

El Paraíso perdido, libro V, versículos 469-542.

b) La creación

... Para referir las obras del Todopoderoso, ¿qué palabras, qué lengua de serafín podría bastar o qué corazón de hombre bastaría para comprenderlas? Sin embargo, lo que tú puedes esperar, lo que puede servir para mejor glorificar al Creador y hacerte de esta manera más feliz, no se le hurtará a tus oídos. He recibido de lo alto la comisión de responder a tus deseos de conocimiento, dentro de determinados

límites; más allá de ellos, abstente de preguntar, no permitas que tu propia imaginación espere el conocimiento de cosas no reveladas, que el rey invisible, el único omnisciente, ha conservado en la oscuridad, incomunicables a todo el mundo en la tierra y en el cielo; permanece así ajeno a esta investigación y dicho conocimiento. Pero la ciencia es como la comida, no tiene menos necesidad de templanza, para poder regular el apetito y saber en qué medida el espíritu puede soportarla; de otra manera oprime por su exceso y cambia inmediatamente la sabiduría en locura, como la comida se transforma en humo.

[Después de la caída de Lucifer, Dios decide la creación de otro mundo. Dios habla]:

«Mientras esperáis, no os mostréis tan apresurados, vosotros, potencias celestes; y tú, mi Verbo, hijo engendrado, por ti opero yo aquí: ¡habla, y que se haga! Contigo envío mi poder y mi espíritu, que todo lo cubre con su sombra. Ve y ordena al abismo, en límites precisos, que sean el cielo y la tierra. El abismo no posee límites, porque soy yo mismo, el infinito está lleno de mí y el espacio no está vacío. Aunque no estoy circunscrito por ningún límite, me retiro y me extiendo por todas partes según mi voluntad, que es libre de actuar o no hacerlo; necesidad y azar no tienen poder sobre mí, porque aquello que deseo es el destino.»

De esta manera habló el Todopoderoso, y lo que había dicho, su Verbo, la divinidad filial, lo ejecutó. Los actos de Dios son inmediatos, más rápidos que el tiempo y el movimiento, pero en los oídos humanos no pueden ser pronunciados más que mediante la sucesión del discurso, y dichos de tal forma que la inteligencia terrestre pueda comprenderlos.

(...)

[El Hijo] no se detuvo, sino que llevado por alas de querubines, lleno de la gloria paterna, penetró en el caos y en el mundo que todavía no había nacido; porque el caos escuchó su voz y el cortejo de los ángeles le siguió en una brillante procesión, para contemplar la creación y las maravillas de su poder. Entonces, él detuvo las ardientes ruedas, y tomando en sus manos el compás de oro preparado en el eterno tesoro de Dios, para trazar la cincunferencia de este universo y de todas las cosas creadas. Una punta de este compás se apoyó en el centro y la otra giró por la vasta y profunda oscuridad; entonces dijo:

« ¡Extiéndete hasta aquí, éstos son tus límites, que ésta sea tu exacta circunferencia, oh mundo! » *

* Esta imagen poética nos recuerda un célebre grabado de William Blake, en el que se representa al Creador manejando un gigantesco compás en medio de unas espesas nubes e irradiando la luz de la creación. *(N. del T.)*

De esta forma Dios creó el Cielo, la Tierra, la materia informe y el vacío. Las profundas tinieblas cubrieron el abismo, pero sobre la calma de las aguas el espíritu de Dios extendió sus paternales alas e impuso la virtud vital y el calor de vida a través de la masa fluida.

El Paraíso perdido, libro VII, 112-130, 162-179, 218-237.

La semejanza profanada

Adán:

«¡Oh desgraciada especie humana!, ¡hasta qué grado de bajeza caída!, ¡a qué miserable estado reducida!, ¡mejor te valdría no haber nacido! ¿Por qué la vida nos ha sido de esta forma arrebatada? Pero, más aún, ¿por qué nos ha sido en este grado impuesta? Porque, si conociéramos lo que nos estaba reservado y lo que recibíamos, ¿habríamos aceptado la vida ofrecida o, por el contrario, no habríamos pedido que nos la quitaran, contentos de ser despedidos en paz? ¿La imagen de Dios creada en principio en el hombre, tan bella y recta, aunque haya sido fugitiva, puede haber sido abandonada a sufrimientos terribles de contemplar, a torturas inhumanas? ¿Por qué el hombre, guardando todavía una parte de la semejanza divina, no podría ser liberado de estas deformidades? ¿Por qué no se podría ver exento, por el parecido que guarda con la imagen de su Creador?»

«La imagen de su Creador—respondió Miguel—se ha retirado de ellos cuando se han envilecido a sí mismos para satisfacer sus apetitos desordenados; tomaron entonces la imagen de aquel a quien servían, el vicio brutal que indujo a Eva al pecado. Es por esto por lo que el castigo es tan abyecto; ya no desfiguran la semejanza de Dios, sino la suya, y si esta semejanza se ha volatilizado en ellos, ha sido porque han pervertido las santas reglas de la naturaleza pura, convirtiéndola en enfermedad deformante, y fueron castigados de manera adecuada, porque no han sido capaces de respetar en sí mismos la imagen de Dios.»

«Yo reconozco que esto es justo—dijo Adán—, y me someto. Pero ¿no existen otros senderos más que estas penosas vías para llegar hasta la muerte y poder mezclarnos con nuestro polvo consustancial?»

«Existe uno—dijo Miguel—, si observas la regla: nada en demasía, norma dada por la templanza...»

El Paraíso perdido, libro XI, 497-528.

CYRANO DE BERGERAC

Mejor aún que Descartes, su contemporáneo, se podría llamar a Cyrano de Bergerac el filósofo enmascarado. Es de general conocimiento que tras los héroes de la comedia heroica de Rostand existe un poeta dramático al que Molière no dejaba de imitar, un personaje de la bohemia burlesca del tiempo de Luis XIII y Mazarino, al que se puede situar literalmente al lado de Rabelais o Charles Sorel. Pero esto no es más que mera apariencia, basta leer las dos utopías de Cyrano, *Los estados e imperios de la Luna* y *Los estados e imperios del Sol*, para darse cuenta de que al lado de las ironías libertinas y las alusiones políticas, bajo una ficción burlesca, se encuentra una exposición filosófica del mismo orden que la que se puede descubrir en Rabelais.

En el siglo XVII había un sistema de filosofía y de física, oficiales, de los que la historia del pensamiento cartesiano muestra la pesada tiranía. Marginalmente, y en ocasiones perseguidos, algunos hombres intentan continuar las investigaciones y las especulaciones de los «filósofos» del Renacimiento. Como centro de un reducido núcleo de Aix-en-Provence, Jacques Gaffarel, que fue bibliotecario del cardenal Richelieu y limosnero del rey, publicó una defensa de la cábala *(Abdita divinae Kabbalae Mysteria)* * y acogió en Francia a Campanella al ser proscrito en su país. A través de Gassendi y sus discípulos La Mothe, Le Vayer, Tristan l'Hermite, Chapelle, esta corriente llegó hasta Cyrano de Bergerac, impregnando profundamente su obra. En el comienzo de *Los estados de la Luna* lo vemos teniendo sobre la mesa «un libro abierto que yo no había puesto», y es un libro de Jérôme Cardan. Hace alusión a Cornelio Agrippa, a Juan Trithemio, al doctor Fausto, y no ignora «una determinada cábala de jóvenes que el hombre vulgar ha conocido con el nombre de Caballeros de la Rosa+Cruz». Se leerá en *El otro mundo,* que buscando bajo el velo de la ficción una exposición de la filosofía inspirada en parte por Gassendi, en parte por Descartes (con el que Cyrano tomó contacto después de 1645) y que no se podría exponer de otra manera, pero sí podría hacer dicha exposición buscando «la gran obra de los filósofos» y revelando los símbolos y las ideas de la filosofía hermética en sentido lato. Se encuentra así mismo en las obras de Cyrano el presentimiento de los ingenios voladores de Montgolfière y el fonógrafo, junto a los más profundos conocimientos alquímicos, y esto es lo que hace que su lectura sea todavía hoy un verdadero y extraordinario viaje para el espíritu.

* Existe versión francesa de esta obra, con el título: *Los profundos misterios de la cábala divina,* hecha por el Dr. Marc Haven y editada por Beaudelot en 1912. *(N. del T.)*

Unidad de la materia

«... Se me ha querido entregar a la Inquisición en mi patria, porque ante la propia cara de los pedantes había yo sostenido que existía vacío en la naturaleza y que desconocía la existencia de materias que fueran más pesadas que otras.» Yo le pregunté en qué probabilidades apoyaba una opinión tan poco aceptada. «Es necesario, me dijo, para llegar al objeto, suponer que existe un elemento; porque aunque nosotros veamos agua, tierra, aire y fuego separados, no se les encuentra nunca de forma tan perfectamente pura, sino que están unos ligados a los otros. Cuando, por ejemplo, miráis el fuego, no es tal fuego, sino solamente el aire desplazado en grado sumo; el aire no es sino el agua muy dilatada, el agua no es otra cosa sino la tierra fundida, y la tierra tampoco es más que agua sumamente concentrada. De esta forma, al penetrar seriamente en la estructura de la materia, sabrás que no es más que una sola, que como una excelente comediante representa aquí abajo todo tipo de obras y personifica a cualquier personaje, bajo todos los disfraces; de otra manera sería necesario admitir tantos elementos como tipos de cuerpos, y si me preguntáis por qué el fuego quema y brilla, el agua enfría, ya que no es sino una sola e idéntica materia, os respondo que esta materia actúa por simpatía, según la disposición en que se encuentra en el tiempo en que dicha acción se produce. El fuego no es más que tierra todavía más enrarecida de como lo está en el aire y trata de transformar de idéntica suerte a todo cuanto encuentra. Así el calor del carbón, siendo el fuego más sutil y el más propio a penetrar en un cuerpo, se mezcla entre los poros de nuestra masa al principio, porque se trata de una nueva materia que nos llena, haciéndonos exhalar el sudor; este sudor enrarecido por el fuego se convierte en humo que se transforma en aire; este aire, aún más fundido por el calor de la antiperístasis, o de los astros que están en su proximidad, se llama fuego, y la tierra abandonada por el frío y la humedad, que unen todas las partes caídas en tierra; el agua, por otra parte, aunque no difiere de la materia del fuego más que en que está más concentrada, no nos quema, porque siendo más condensada exige por simpatía el rodear a los cuerpos que encuentra, y el frío que sentimos no es sino el efecto de nuestra carne que se repliega sobre sí misma por la vecindad de la tierra o del agua que la obliga a asemejarse. De ahí procede que los hidrópicos, llenos de agua, cambien en agua la comida que ingieren; de ahí procede que los biliosos transfor-

men en bilis toda la sangre que forma su hígado. Supuesto que no existe más un único elemento, resulta ciertísimo que todos los cuerpos, cada uno según su cualidad, se inclinan igualmente hacia el centro de la tierra.»

El otro mundo.

La naturaleza del fuego

Otra de las cosas que pueden producir asombro, a saber, por qué la proximidad de este globo ardiente no me consumía a causa de que yo había alcanzado casi la plena actividad de su esfera; pero, he aquí la razón: no es en absoluto, hablando propiamente, el propio fuego el que consume, sino una materia más grosera que el fuego, distribuida por todas partes en razón de su naturaleza móvil; y este polvo de centellas al que denomino *fuego,* móvil por sí mismo, hace posible toda su acción del giro en redondo de sus átomos, porque son capaces de chispear, calentar o quemar, según la forma del cuerpo con el que entran en contacto. De esta forma la paja no produce nunca una llama tan ardiente como la madera; la madera quema con menor violencia que el hierro, y esto procede de que el fuego de hierro, de madera y de paja, aunque en sí es el mismo fuego, actúa de manera totalmente distinta según la diversidad de los cuerpos sobre los que actúa. Por esto, en la paja el fuego (esta polvareda casi espiritual), no viéndose afectado más que por un cuerpo blando, es menos corrosivo; en la madera, cuya sustancia es más compacta, actúa más duramente, y en el hierro, cuya masa es casi toda de gran solidez y unida en partes angulares, penetra y consume cuanto se pone en contacto con él en un santiamén. Todas estas observaciones, siendo tan familiares, permiten que uno no se asombre de que cuando me aproximaba al sol lo hiciera sin quemarme, puesto que lo que quema no es el fuego, sino la materia a la que se liga; y que el fuego del sol no puede ser mezclado a ninguna otra materia. ¿No experimentamos en nosotros mismos que la alegría, que es un fuego, puesto que procede de una sangre aárea cuyas partículas altamente desligadas chocan dulcemente contra las membranas de nuestra carne halagada y hacer nacer yo no sé qué ciega voluptuosidad, y de esta voluptuosidad, o por mejor decir, este primer progreso del dolor, no llegando hasta amenazar al animal de muerte, pero sí haciéndole sentir que el deseo cause un movimiento en nuestros espíri-

tus que llamamos *alegría?* No se trata de la fiebre, puesto que ésta produce accidentes completamente diferentes, y no es un fuego de la misma categoría que la alegría, sino un fuego envuelto en un cuerpo cuyas partículas son cornadas, tal como la bilis, atrábilis o la melancolía, que viene a herir con sus puntas aceradas por todas las partes en las que su naturaleza móvil le hace pasearse, tomar, cortar, lacerar y producir por esta violenta agitación lo que se llama *ardor de fiebre.*

El otro mundo.

El "Lenguaje de los pájaros"

De golpe, después de haber caminado un buen rato, llegué a una foresta en la que encontré a un hombrecillo completamente desnudo sentado sobre una piedra, en la que reposaba. No recuerdo si fui yo el que habló primero, o él quien me interrogó; pero tengo la memoria completamente fresca y el recuerdo vivo, como si estuviera escuchándole ahora. Me habló durante tres largas horas en un idioma que sé perfectamente que no lo había oído jamás, y que ningún parecido ni relación tiene con ninguno de este mundo, y que, sin embargo, yo comprendí más rápidamente y con más claridad que el que hablaba mi nodriza. Me explicó, una vez que hube entrado en materia, una cosa verdaderamente maravillosa, que en las ciencias existía una Verdad, fuera de la cual se estaba siempre alejado de lo fácil; que cuanto más un idioma se alejaba de esta Verdad, más se encontraba por debajo de la concepción y de la menos fácil inteligencia. «De la misma forma —continuó—, en la música esta Verdad no se encuentra jamás, más que con el alma lo suficientemente elevada que no se comporta de forma necia y ciega. Nosotros no lo vemos, pero sentimos que la naturaleza lo ve, y sin poder comprender de qué manera somos absorbidos, no deja de inquietarnos aunque no sepamos señalar en qué consiste. Respecto a las lenguas ocurre lo mismo. El que conoce esta Verdad en las letras, las palabras, y en lo demás, no puede nunca al expresarse caer por debajo de la concepción: habla siempre en consonancia con su pensamiento, y es por no tener el conocimiento de este perfecto idioma por lo que permanecéis cortos, no conociendo el orden ni las palabras que pueden explicar lo que imagináis.» Yo le dije que el primer hombre de nuestro mundo se había servido de este idioma sin duda alguna, utilizándolo como lengua matriz, puesto que todos los

nombres que había impuesto a cada una de las cosas declaran su esencia. Él me interrumpió y continuó diciendo: «No es sólo necesaria para expresar todo lo que el espíritu concibe, pero sin ella no es posible ser entendido de todos. Como este idioma es el instinto o la voz de la naturaleza, debe ser inteligible a cuanto vive bajo el amparo de la Naturaleza, siendo la causa de que si poseéis inteligencia podéis comunicar y descubrir todos vuestros pensamientos a las bestias y las bestias a vosotros todos los suyos, a causa de que es éste el lenguaje mismo de la Naturaleza, a través del cual se hace entender de todos los animales.

»Que la facilidad con la que sois capaz de comprender un idioma que no ha sonado nunca en vuestros oídos no os asombre. Cuando yo hablo, vuestra alma vuelve a encontrar, en cada una de mis palabras, esta Verdad que busca tanteando en la oscuridad, y aunque su razón no la entienda, ella tiene en sí una naturaleza que no podría dejar de ser comprendida.

»—¡Oh!, es sin duda—grité—, por intermedio de este enérgico idioma, como en otros tiempos nuestro primer padre conversaba con los animales y se hacía entender de ellos. Porque como le había sido otorgado el dominio sobre todas las especies, ellas le obedecían y él les daba sus órdenes en un lenguaje que les era conocido; y es así por lo que (esta lengua matriz se ha perdido) hoy día no vienen cuando los llamamos, como sucedía en otros tiempos, a causa de que no somos capaces de hacernos comprender de ellos.»

El otro mundo.

CHARLES PERRAULT

(1628-1703)

Perrault ha sabido recoger y conservar bajo su forma definitiva los más famosos y antiguos cuentos del folklore francés, transmitidos por la tradición popular. Sin duda alguna las leyendas sufren transformaciones, en ocasiones deformaciones, y existen para cada una de ellas diversas variantes. Es la propia vida del cuento, expresión figurada de las creencias primitivas que las ceremonias y los ritos mantienen también a su manera. Pero Perrault supo discernir lo esencial, y la trama en los cuentos populares, que está siempre presente en el libro de *Mi madre oca.* ¿Hasta qué punto Perrault, recopilador de talento, penetró en el sentido íntimo de las historias pueriles y profundas que transcribía? Esta interrogante no debe servirnos de freno. Los *Cuentos de Perrault* son para nosotros el mejor de los ejemplos, y el más literario, de los descubrimientos renovados sin cesar, del mundo ocultista, por el alma del pueblo. Conservado y renovado sin cesar. No nos asombremos de la analogía, bien estudiada y conocida, de estos cuentos, con las leyendas de otros países u otras civilizaciones. Después de los *Mabinogion* de Joseph Lothe, *La leyenda de la muerte* de Anatole Le Braz, los trabajos de Pierre Saint-Yves, los estudios de los etnólogos y los psicoanalistas, la mitología comparada ha penetrado en una fase científica. Las interpretaciones propuestas por las diversas disciplinas se superponen, pero no se contradicen. El cuento nos lleva al paraíso del simbolismo. La correspondencia universal permite transponer el mismo apólogo sobre diferentes planos. Así, la enseñanza de las leyendas posee incluso un orden social y nos introduce en el mundo de la civilización tradicional, cuyos modos de vida han sido descritos y analizados por André Varagnac. Pero la leyenda nos enseña, al mismo tiempo que la organización de la sociedad, la concepción del mundo que implica dicha organización. Las misteriosas relaciones entre los seres vivos y las cosas, las prácticas mágicas y adivinatorias, concurren a formar un clima fantástico. Pero el cuento puede igualmente revelar al adepto las especulaciones más elevadas del hermetismo. El mundo de los cuentos es un universo único en el que todo vive, todo habla o todo actúa. Este mundo posee un sentido; el menor detalle, el más insignificante acontecimiento, lo poseen igualmente. La tradición no admite un acto verdaderamente creador o libre. El valor absoluto de los hechos referidos por los cuentos sobrepasa su situación en el tiempo mítico, es decir, fuera del tiempo. Las reflexiones de M. Eliade sobre el eterno retorno de las cosas que tienen su origen «in illo tempore» se aplican también a los hombres «que eran una vez». ¿No acabamos con esto de diseñar las grandes líneas del mundo ocultista?

Vamos a citar, para ilustrar lo que acabamos de señalar, el cuento tan célebre de «La bella durmiente del bosque». Se trata posiblemente de la figura dormida pero siempre viva, y el valiente caballero es seguramente el buscador obstinado que la encuentra y despierta.

La Bella Durmiente del bosque

Había una vez un rey y una reina que estaban muy disgustados por no tener hijos, tanto como no sería posible decir. Acudieron a todas las aguas del mundo: votos, peregrinaciones, todo fue realizado, pero nada se conseguía. Por fin la reina tuvo una hija. Se le hizo un maravilloso bautizo, y como madrinas de la princesita se invitó a todas las hadas que se pudo encontrar en el país (encontraron siete), con el fin de que cada una de ellas le otorgara un don, como era la costumbre de las hadas en aquellos tiempos; así la princesa tuvo todas las perfecciones imaginables.

Después de la ceremonia del bautismo, todo el acompañamiento volvió al palacio real, en donde se dio un gran festín a las hadas. Se puso ante cada una de ellas un magnífico cubierto con un estuche de oro macizo en el que había una cuchara, un tenedor y un cuchillo de oro fino, guarnecidos de diamantes y rubíes. Pero cuando todos hubieron ocupado su puesto en la mesa, se vio penetrar a un hada muy vieja, a la que no se había invitado porque hacía más de cincuenta años que no había salido de una torre y se la creía muerta. El rey le hizo dar un cubierto, pero no hubo medio de regalarle un estuche de oro macizo como a las otras, porque solamente se habían encargado siete, para las siete hadas invitadas. La vieja creyó que se la despreciaba y masculló algunas amenazas entre dientes. Una de las hadas jóvenes, que se encontraba muy cerca de ella, la entendió, y juzgando que le había otorgado algunos molestos dones a la pequeña princesa, se fue, cuando se hubieron levantado de la mesa, a esconderse detrás de la tapicería, con objeto de hablar la última y poder reparar, en el grado en que le fuera posible, el mal que la vieja hubiera hecho.

Entre tanto, las hadas comenzaron a otorgar sus dones a la princesa. La más joven le concedió ser la más hermosa de las personas del mundo; la que seguía, le otorgó el don de poseer un espíritu como el de un ángel; la tercera, que tendría una gracia admirable en todo cuanto hiciera; la cuarta, que bailaría con gran habilidad; la quinta, que cantaría como un ruiseñor; la sexta, que tocaría todo tipo de instrumentos musicales con la mayor perfección. Había llegado el turno a la vieja hada, y dijo, levantando la cabeza, con más rencor que vejez, que la princesa se pincharía la mano con un huso y moriría.

Este terrible don hizo estremecer a cuantos allí se encontraban y no hubo nadie que no llorara. En este momento la joven hada salió de

detrás del tapiz y dijo en voz alta: «Tranquilizaos, reyes, vuestra hija no morirá; pues si bien es cierto que no poseo el poder suficiente para destruir enteramente esto que mi vieja hermana ha hecho, sí puedo modificarlo: la princesa se pinchará en la mano con un huso, pero en lugar de morir caerá en un profundo sueño que durará cien años, al cabo de los cuales el hijo de un rey vendrá a despertarla».

El rey, con objeto de evitar el mal anunciado por el hada, hizo publicar un edicto por el cual se prohibía a todos los súbditos poseer husos en su casa, bajo pena de muerte.

Pasados quince o dieciséis años, habiendo ido los reyes a uno de sus palacios de vacaciones, ocurrió que la joven princesa, recorriendo un día el castillo, y subiendo de habitación en habitación, llegó hasta un desván, en donde una vieja estaba trabajando con la rueca. Esta buena mujer no había oído hablar nunca de las prohibiciones que el rey había hecho de poseer un huso. «¿Qué hacéis aquí, buena mujer?», dijo la princesa. «Hija mía, yo estoy hilando», le contestó la anciana, que no la conocía. «¡Esto es muy bonito!—replicó la princesa—. ¿Cómo lo hacéis?; permitidme que trate de hacerlo a mi vez.» No bien hubo cogido el huso, como tenía gran viveza y según lo dispuesto por las hadas, se picó en la mano y cayó desvanecida.

La buena anciana, muy azorada, pidió socorro y acudió gente de todas partes; se arrojó agua sobre el rostro de la princesa, se le frotaron las manos, se la golpeó, le frotaron las sienes con el agua de la reina de Hungría, pero nada la hizo volver en sí.

Entonces el rey, que había subido al escuchar todo el griterío, se acordó de la predicción de las hadas, y juzgando que todo esto sucedía porque así lo habían dispuesto ellas, hizo poner a la princesa en una de las más hermosas habitaciones de palacio, sobre un lecho bordado en oro y plata. Se habría dicho que era un ángel, tan hermosa estaba, ya que su desvanecimiento no le había alterado los colores vivos de su piel, sus mejillas estaban sonrosadas y sus labios eran de coral; tenía únicamente los ojos cerrados, pero se podía observar cómo respiraba dulcemente, lo que hacía ver que no estaba muerta.

El rey dio orden de que se la dejara dormir en paz, hasta que hubiera llegado la hora de despertarse. El hada buena, que le había salvado la vida condenándola a dormir cien años, se encontraba en el reino de Mataquin, a doce mil leguas de allí, cuando le ocurrió el accidente a la princesa; pero lo supo al instante por un enanito que poseía las botas de siete leguas (se trataba de unas botas con las que se recorrían siete leguas de un solo paso). El hada partió inmediatamente y se la pudo ver, al cabo de una hora, llegar en un carro de fuego arrastrado

por dragones. El rey acudió a besarle la mano cuando ella descendió del carro. El hada aprobó cuanto se había hecho, pero, como previsora en una inmensa medida, pensó que cuando la princesa despertara se vería muy apurada al encontrarse sola en el castillo, y he aquí lo que hizo: tocó con su varita cuanto había en el castillo (con excepción del rey y la reina), los criados, las damas de honor, las camareras, los gentileshombres, oficiales, mozos de comedor, cocineros, pinches, mozos de cuadra, guardias suizos, pajes, criados de a pie; tocó igualmente a los caballos que había en las cuadras, con los palafreneros, los grandes mastines, y a la pequeña Pouffle, la perrita de la princesa, que estaba a su lado sobre la cama. Una vez que eran tocados quedaban dormidos, para despertar al mismo tiempo que la princesa, con objeto de estar todos dispuestos a servir a la vez a su dueña y señora, cuando de ellos tuviera necesidad. Los propios asados que se estaban cocinando, con perdices y faisanes, y el mismo fuego, se durmieron a su vez. Todo esto se hizo en un instante, porque las hadas no precisan mucho tiempo para poner en juego sus deseos.

Entonces el rey y la reina, tras haber besado a su querida hija, sin que se despertara, salieron del castillo e hicieron promulgar un edicto prohibiendo terminantemente a cualquiera que se aproximara al castillo. Esta prohibición no era en absoluto necesaria, porque al cabo de un cuarto de hora todo el parque se llenó de una inmensa cantidad de árboles y de matas espinosas entrelazadas, de tal forma que ni un hombre ni un animal podrían intentar pasar; quedó de tal forma que ya no se veían más que las torres del castillo, y ello desde muy lejos. El hada había dispuesto todas las cosas de manera que la princesa, mientras durmiera, no tendría nada que temer de los curiosos.

Pasados cien años, el hijo del rey que entonces gobernaba y que pertenecía a otra dinastía diferente a la de la princesa dormida, habiendo ido a cazar por aquella parte del país, preguntó qué eran aquellas torres que podía ver por encima de un inmenso y espeso bosque. Cada uno de los interrogados le contestaba de acuerdo con lo que había oído contar: unos aseguraban que se trataba de un viejo castillo en que se aparecían los espíritus de los muertos; otros que todos los brujos del país celebraban allí su «sabbat». La opinión más común era que allí habitaba un terrible ogro y que secuestraba a cuantos niños podía hallar para devorarlos a su gusto, y esto sin que nadie pudiera seguirlo, por ser él el único con poder para hacerse un pasaje a través del bosque.

El príncipe no sabía a quién creer, cuando un viejo campesino se le acercó y le dijo: «Alteza, hace más de cincuenta años he oído decir a mi padre que existía en ese castillo una princesa, la más hermosa que

se haya podido ver jamás; que esta princesa debía dormir cien años y que sería despertada por el hijo de un rey, a quien estaba reservada».

El joven príncipe, al escuchar estas palabras, se sintió inflamado interiormente y creyó, sin pararse a pensarlo, que él podría realizar plenamente tan arriesgada aventura, resolviendo sobre el terreno lo que había de cierto. A medida que iba penetrando en el bosque, todos los enormes árboles, los arbustos espinosos y otros obstáculos, se separaban para dejarle penetrar. De esta forma marchó en dirección al castillo, que contemplaba al final de una gran avenida. Penetró en él y quedó sorprendido al ver que ninguno de los miembros de su séquito había podido seguirle, a causa de que los árboles se habían ido juntando de nuevo a medida que él pasaba. No dejó por ello de continuar su camino; un príncipe joven y galante es siempre valiente. Entró en una enorme antecámara, en donde todo lo que vio era capaz de helar la sangre en las venas. El silencio era espantoso y la imagen de la muerte se mostraba por todas partes, ya que no había más que cuerpos caídos de hombres y animales que parecían muertos. Pudo reconocer la nariz achatada y la faz bermeja de los suizos, que sólo estaban dormidos, y sus vasos, en los que había aún algunas gotas de vino, demostrando que se habían dormido mientras bebían.

Atravesó una amplia sala tapizada de mármol y subió la escalera, entrando en el cuerpo de guardia, en donde estaban los soldados, alineados en el suelo, con el arma a la espalda y durmiendo a pierna suelta. Pasó a lo largo de diversas habitaciones, llenas de gentileshombres y damas, todos dormidos, unos de pie, otros sentados. Así llegó a una cámara dorada y allí vio sobre un lecho, cuyos cortinajes estaban abiertos por todos los lados, el más bello espectáculo que jamás nadie pudo contemplar: una princesa de unos quince o dieciséis años, en cuyo rostro resplandeciente había algo de luminoso y divino. Se aproximó tembloroso y admirativo, hincándose de rodillas cerca del lecho.

Entonces, como el encantamiento tocara a su fin, la princesa se despertó, y mirándole con los más dulces ojos que una primera impresión permitía, dijo: «¿Eres tú, mi príncipe?, te has hecho esperar mucho». El príncipe, encantado por estas palabras y más todavía por la forma en que fueron pronunciadas, no sabía cómo testimoniarle su alegría y su reconocimiento; aseguró que la amaba más que a sí mismo. Sus discursos estaban descabalados y lloraron mucho, hubo poca elocuencia y mucho amor. Él estaba más azorado que ella, y no se debe uno asombrar por esto, porque ella había tenido tiempo de soñar en lo que le iba a decir, por haber sido inspirada (aunque la historia nada dice) por la buena hada, durante un sueño tan largo, procurándole el

placer de sueños agradables. Así pasaron cuatro largas horas, durante las cuales no pararon de hablar, pero sin poder decirse la mitad de las cosas que tenían que contarse.

Mientras tanto, todo el palacio se había despertado al mismo tiempo que la princesa y cada uno trataba de cumplir su cometido, y como todos no estaban enamorados, morían de hambre. La dama de honor, apurada como las demás, se impacientaba, y dijo en voz alta a la princesa que la comida estaba servida. El príncipe ayudó a la princesa a levantarse; ella estaba completamente ataviada, y con gran magnificencia, pero él se guardó muy bien de decirle que estaba vestida como su abuela y que llevaba una esclavina alta, pero no por eso estaba menos hermosa.

Pasaron a un salón lleno de espejos en donde tuvo lugar la comida, servida por los oficiales de la princesa. Los violones y los oboes interpretaban viejas melodías, pero de una manera excelente, aunque hacía cien años que no tocaban sus instrumentos; después de la comida, sin pérdida de tiempo, el gran limosnero y capellán de la corte los casó en la capilla del castillo, y la dama de honor corrió sus cortinas. Durmieron poco, la princesa no tenía una gran necesidad de ello. El príncipe la dejó por la mañana para volver a la ciudad, en la que su padre estaba intranquilo por él.

El príncipe le contó que cazando se había perdido en el bosque y que había dormido en la choza de un carbonero que le había dado pan negro y queso. El rey, su padre, que era un buen hombre, lo creyó; pero su madre no quedó convencida, y viendo que iba casi todos los días de caza y que constantemente tenía una razón para excusarse cuando había pasado dos o tres noches fuera de palacio, no dudó de que su hijo tenía una aventura galante; porque él vivió de esta guisa con la princesa cerca de dos años completos y tuvo dos hijos, el primero de los cuales, que era una niña, fue llamada *Aurora,* y el segundo, que era varón, *Día,* porque parecía todavía más hermoso y radiante que su hermana. La reina habló varias veces con su hijo, tratando de obtener una explicación y aconsejándole que debería cada uno contentarse con lo que poseía, pero él jamás confió su secreto; la temía, aunque la amaba, porque era de raza de ogros, y el rey se había casado con ella únicamente a causa de sus inmensas riquezas. Se murmuraba incluso en la corte que tenía las mismas inclinaciones que los ogros, y que cuando veía pasar a los niños pequeños sufría la más profunda angustia por no poder arrojarse sobre ellos; así que el príncipe nada quería decirle.

Pero cuando falleció el rey, lo que sucedió pasados dos años, y se vio coronado y dueño del poder, declaró públicamente su matrimonio

y marchó con toda la pompa en busca de su esposa al castillo. Se les hizo un magnífico recibimiento en la capital, donde penetró rodeada de toda la corte.

Algún tiempo después el rey marchó a la guerra contra el emperador Cantalabuta, su vecino. Dejó la regencia del reino a su madre, recomendándole vivamente a su esposa e hijos. Debía permanecer en campaña durante todo el verano. Una vez que hubo partido, la reina madre envió a su nuera y a sus nietos a una casa de campo en medio del bosque, para poder así más fácilmente cumplir sus horribles deseos. Ella fue algunos días después, y le dijo una noche a su jefe de cocina: «Voy a comer mañana, en mi almuerzo, a la pequeña Aurora.» « ¡Oh, señora...! », respondió el cocinero. «Así lo deseo», respondió la reina (y lo dijo en un tono de ogresa que tiene deseo de comer carne fresca), «y deseo comerlo en salsa de Robert».

El pobre hombre, viendo que no podía discutir con una ogresa, tomó su enorme cuchillo y subió a la habitación de Aurora. La niña tenía entonces cuatro años y vino saltando y gritando de alegría a colgarse de su cuello pidiéndole un bombón. Él se echó a llorar y el cuchillo se le cayó de la mano. Bajó al corral y degolló un pequeño corderillo, haciendo una sabrosa salsa, de tal forma que su ama aseguró que nunca había tomado nada mejor. El cocinero se había llevado al mismo tiempo a la pequeña Aurora y la había confiado a su mujer, que la tenía escondida en el alojamiento que poseían en el fondo del patio.

Pasados ocho días, la malvada reina dijo a su jefe de cocina: «Deseo comer mañana como cena al pequeño Día.» Nada le dijo él, decidido a engañarla como la otra vez.

Fue en busca del pequeño, al que encontró con un pequeño florete en la mano, haciendo esgrima con un gran mono; no tenía entonces más de tres años. Lo llevó a casa de su mujer, que lo ocultó en compañía de la pequeña Aurora, y en su lugar le sirvió a la reina un pequeño cabrito, que la ogresa encontró admirablemente sabroso.

Todo había ido bien hasta entonces; pero una noche aquella malvada reina le dijo al jefe de cocina: «Deseo comer a la reina en la misma salsa que a sus hijos». Fue entonces cuando el pobre cocinero desesperó de no poder seguir engañándola. La joven reina tenía entonces veinte años cumplidos, sin contar los cien que había estado durmiendo; su piel era un poco dura, aunque bella y blanca, por lo que no era fácil encontrar en la despensa o entre los animales del corral una bestia con estas características. Tomó, por tanto, la resolución, para salvar su vida, de cortarle el cuello a la reina, y subió a su habitación, con

intención de no intentarlo dos veces. Se excitó, y furioso penetró, con un puñal en la mano, en la habitación de la joven reina; pero tampoco deseaba sorprenderla, por lo que le dijo, con mucho respeto, que había recibido la orden de la reina madre de matarla y servírsela. «Hazlo entonces—le dijo ella, y tendió su blanco cuello—. Cumple la orden que has recibido, así podré ir a reunirme con mis hijos, mis pobres niños a los que tanto he amado.» Ella los creía muertos, porque se los habían quitado sin decirle nada.

«No, no, señora—dijo el pobre jefe de cocina, completamente enternecido—. No moriréis; pero no por ello dejaréis de ir a reuniros con vuestros hijos; pero esto ocurrirá en mi casa, en donde están ocultos, y yo volveré a engañar a la reina, haciéndole comer una joven ternera en vuestro lugar.» La condujo a su morada, en donde pudo abrazar y llorar con sus hijos, y fue a preparar la ternera, que la reina comió en su cena, con el mismo apetito que si hubiera sido la reina; estaba muy satisfecha por su crueldad y se preparaba para decir al rey, cuando volviera, que los lobos rabiosos habían devorado a la reina y a sus dos hijos.

Una tarde que caminaba como de costumbre por los patios y el corral del castillo, para olfatear alguna carne fresca, oyó cómo en una sala baja el pequeño Día lloraba y su madre la reina le quería pegar, a causa de que se había portado mal, y pudo también escuchar a la pequeña Aurora que pedía perdón para su hermano. La ogresa reconoció la voz de la reina y de sus hijos, y furiosa por haber sido engañada, ordenó a la mañana siguiente, con una espantosa voz que hizo temblar a todo el mundo, que se colocara en el centro del patio una enorme cuba, que hizo llenar de sapos, víboras, culebras y serpientes, para hacer arrojar allí a la reina y a sus hijos, al jefe de cocina, su mujer y su criada, a los que había ordenado traer a su presencia con las manos amarradas a la espalda.

Allí estaban ellos, y los verdugos se preparaban para arrojarlos a la cuba, cuando el rey, al que se esperaba de un momento a otro, penetró a caballo en el patio; había venido en la posta y preguntó, muy asombrado, qué significaba aquel horrible espectáculo. Nadie osó informarle, y la ogresa, rabiosa por ver lo que estaba ocurriendo, se arrojó en la cuba de cabeza y fue devorada en un instante por las asquerosas bestias de que estaba llena. El rey no dejó de entristecerse, al fin y al cabo era su madre, pero se consoló en seguida con su hermosa esposa y sus dos hijos.

Los Cuentos de mi madre oca.

NICOLÁS MONTFAUCON DE VILLARS

(1638-1673)

¿Se puede tomar en serio al abate de Villars? Este interrogante se sigue imponiendo después de tres siglos y no parece tener solución. Espíritus demasiado ligeros continúan, y seguirán haciéndolo, viendo en *El conde de Gabalis* una ingeniosa sátira de creencias supersticiosas que tendrían su apoteosis, cien años más tarde, en el Iluminismo muy puro de un Saint-Martin. Así, Anatole France no se ha interesado más que en el lado irónico de la obra que le proporcionó el tema de *El figón de la reina Pedaquia.* La posteridad de Jérôme Coignard no acaba de desaparecer. Pero otros espíritus demasiado aficionados al misterio no dejarán jamás de subrayar que las *Conversaciones sobre las ciencias secretas* poseen una serie de referencias tradicionales. Creerán posiblemente que el abate de Villars, como Rabelais y los alquimistas de la Edad Media, se vieron forzados a rodear de una resistente corteza sus lecciones de ocultismo. Pero posiblemente también suscriban el juicio de Stanislas de Guaita: «El abate de Villars, habiendo profanado y puesto en ridículo los arcanos de la Rosa+Cruz, en la que estaba iniciado, fue condenado por un tribunal vehémico y ejecutado en pleno día en la carretera de Lyon».

La ausencia de todo documento, la oscuridad que rodea la muerte del abad de Villars, no permiten aprobar ni una ni otra de dichas hipótesis. Nos queda un curioso retrato de este abate cortesano, como ladrón y asesino, gran desflorador de doncellas, teatral a lo Racine y Molière. Nos queda también su obra maestra, *El conde de Gabalis,* de considerable influencia en la época de su aparición, y que abrió el camino al atragantamiento de ocultismo que acapararía el siglo XVIII moribundo; véase Cazotte, el duque de Orleáns, Cagliostro...

Íncubos y súcubos

—Una vez que usted forme parte de los Hijos de los Filósofos, y sus ojos estén fortificados por el uso de la Muy Santa Medicina, entonces descubrirá que los elementos están habitados por criaturas de extrema perfección, a las que el pecado del desgraciado Adán ha privado del conocimiento y comercio con su muy infeliz posteridad. El inmenso espacio que existe entre la Tierra y los cielos posee su habitantes,

mucho más nobles que los pájaros y los moscardones; estos mares tan vastos tienen en su seno a otras criaturas que no son ni los delfines ni las ballenas; y la profundidad de la tierra no pertenece únicamente a los topos; y el elemento del fuego, más noble que los otros tres, no ha sido creado para permanecer vacío e inútil.

»El aire está lleno de una inmensa multitud de pueblos de figura humana, un poco fieros en su apariencia, pero muy dóciles en realidad; muy aficionados a las ciencias, sutiles, amistosos con los sabios y enemigos de los necios y los ignorantes. Sus mujeres e hijas son bellezas viriles, tal como se ha descrito a las amazonas.

—¿Cómo, señor?—le interrumpí—. ¿Queréis decirme que estos trasgos están casados?

—No se excite usted, hijo mío, por tan poco—replicó él—. Le aseguro, y puede usted creerlo, que cuanto le he dicho es cierto y fundamentado. Aquí no hablo sino de los elementos de la antigua cábala, y sólo le faltará que lo compruebe con sus propios ojos; pero debe usted recibir con espíritu dócil la luz que Dios le envía por intermedio mío. Olvide cuanto pueda haber oído sobre estos temas en las escuelas de los ignorantes, o tendrá el disgusto, cuando quede convencido por la experiencia, de reconocer que sus opiniones no eran nada adecuadas.

»Escuche usted hasta el final y sepa que los mares y los ríos están habitados lo mismo que el aire; los sabios de la antigüedad llamaron ondinas o ninfas a esta clase de pueblos. Entre ellos los varones son escasos y las hembras en gran número; su belleza es extrema y las hijas de los hombres no pueden compararse les.

»La Tierra está llena, hasta casi su centro, de gnomos, seres de escasa estatura, guardianes de los tesoros de las minas y de las piedras preciosas; son ingeniosos, amigos del hombre y fáciles de dominar. Proporcionan a los hijos de los sabios toda la plata que precisan y no piden nada a cambio de sus servicios, más que la gloria de ser mandados. Las gnómidas, sus mujeres, son pequeñas, pero muy agradables, y su vestido de lo más curioso.

»En cuanto a las salamandras, habitantes inflamados de la región del fuego, son servidores de los filósofos, pero no buscan con mucho interés su compañía y sus hijas y mujeres se dejan ver muy rara vez.

—Tiene razón en ello—le interrumpí—, y yo me guardaría mucho de su aparición.

—¿Por qué?—dijo el conde.

—Porque, señor, ¿qué necesidad tendría yo de conversar con una bestia tan fea como una salamandra, macho o hembra?

—Está usted equivocado—replicó—. Ésta es la idea que tienen los

pintores y los escultores ignorantes. Las mujeres de las salamandras son muy hermosas, más que todas las otras, ya que pertenecen a un elemento más puro. No voy a hablarle más, y pasaré muy sucintamente por la descripción de estos pueblos, ya que usted los podrá ver cuando quiera y con facilidad, si tiene esta curiosidad. Así verá sus costumbres, su modo de vida, sus hábitos, su limpieza y admirables leyes. Quedará encantado de la belleza de su espíritu, más aún que de su cuerpo; pero no podrá por menos que compadecer a estos miserables cuando sepa que su alma es mortal y que no tienen en absoluto esperanza en el juicio eterno del Ser Supremo, al que conocen y adoran religiosamente. Os dirán que están compuestos de las más puras partículas del elemento en el que habitan, no teniendo en su seno cualidades contrarias, puesto que no están hechos más que de un elemento, no muriendo más que al cabo de muchos siglos; pero ¿qué es este lapso comparado con la eternidad? Tendrán que permanecer eternamente en la nada, pensamiento que les aflige mucho, y deberemos consolarlos.

»Nuestros padres los filósofos, hablando a Dios cara a cara, se lamentan ante él de la desgracia de estos pueblos, y Dios, que es la misericordia sin límites, les revela que no era imposible encontrar un remedio a este mal. Les inspira que lo mismo que el hombre, por la alianza establecida con Dios, ha sido hecho partícipe de la Divinidad, los silfos, los gnomos, las ninfas y las salamandras, mediante alianzas con los hombres, pueden llegar a participar en la inmortalidad. Así, las ninfas o las salamandras se convierten en inmortales y son capaces de la felicidad a que nosotros aspiramos, cuando son lo suficientemente felices para casarse con un sabio; e igualmente, un gnomo o un silfo cesan de ser mortales al esposar a una de nuestras hijas.

»De ahí procede el error de los primeros siglos, de Tertuliano, de Justino el Mártir, de Lactancio, Cipriano, Clemente de Alejandría, Atenágoras, filósofo cristiano, y por lo general de todos los escritores de aquel tiempo. Ellos habían aprendido que estos seres semihumanos, elementales, habían buscado el comercio con las jóvenes y han imaginado, como consecuencia, que la caída de los ángeles no procedía sino del amor que les habían inspirado las mujeres. Algunos gnomos deseosos de llegar a ser inmortales habían querido conseguir los favores de nuestras hijas y les habían ofrecido las piedras preciosas de las que son los guardianes naturales, por lo que dichos autores han creído, apoyándose en el Libro de Enoch, mal interpretado, que éstas eran las trampas que los ángeles enamorados tendían a la castidad de nuestras mujeres. Al principio, estos hijos del cielo engendraron los famosos gigantes, tras haberse hecho amar por las hijas de los hombres,

y los malvados cabalistas José y Filón (al igual que todos los judíos ignorantes), y después de ellos todos los autores que he nombrado hace un momento, han dicho también, como Orígenes y Macrobio, que se trataba de ángeles y no que eran los silfos y otros pueblos de los elementos lo que con el nombre de Hijos de Elohim se distinguen de los hijos de los hombres. De la misma forma, el sabio Agustín ha tenido la modestia de no pronunciarse, en relación a las hazañas de los llamados faunos o sátiros, por los africanos de su tiempo, lo que queda aclarado por lo que acabo de decir acerca del deseo que tienen todos estos habitantes de los elementos de aliarse a los hombres, como único medio de poder alcanzar la inmortalidad que no poseen.

» ¡Oh!, nuestros sabios se han abstenido de imputar al amor de las mujeres la caída de los primeros ángeles, y no menos que de someter a los hombres al poder del demonio, para atribuirle todas las aventuras de los silfos y las ninfas de las que todas las historias están llenas. No ha habido nunca nada de criminal en todo esto. Se trataba de los silfos que buscaban la inmortalidad. Sus inocentes intentos, lejos de escandalizar a los filósofos, nos han parecido tan justos que hemos resuelto de común acuerdo el renunciar enteramente a las mujeres y no dedicarnos más que a inmortalizar a las ninfas y sílfides.

—¡Oh, Dios mío!—le repliqué—. ¿Qué es lo que acabo de escuchar? Hasta dónde llega la f...

—¡Sí, hijo mío—interrumpió el conde—; admiraos de saber hasta dónde llega la felicidad filosófica! Miedo a las mujeres cuyos débiles encantos se marchitan en pocos días y les siguen horribles fealdades, los sabios poseen bellezas que no envejecen nunca y que tienen la gloria de convertir en inmortales. Juzgad el amor y el reconocimiento de estas invisibles amantes y con qué ardor tratan de complacer al caritativo filósofo, que se dedica a inmortalizarlas.

El conde de Gabalis, segunda conversación.

MÁS SOBRE EL ABATE DE VILLARS Y EL CONDE DE GABALIS

Voltaire, en la lista de escritores que incluye al final de su célebre obra *El siglo de Luis XIV*, al referirse al abate Montfaucon de Villars, dice lo siguiente: «Nacido en 1635, célebre por *El conde de Gabalis*, que comprende una parte de la antigua mitología de los persas. El autor murió, en 1675, de un tiro de pistola. Se dijo que los silfos lo habían asesinado por haber revelado sus misterios» [1].

El abate Villars fue, además, autor de otras obras:

— *La crítica de Berenice*, París, 1671, 2 vol.
— *Reflexiones sobre las constituciones de la abadía de la Trapa*, Villefranche, folleto.
— *Sobre la delicadeza*, París, 1671.
— *El amor sin debilidades* o *Ana de Bretaña y Almanzaris*, París, 1671, 3 tomos.
— *Reflexiones sobre los «pensamientos»* de Pascal, s. l. n. d.
— *Liber aureus, cabalisticus, astronomicus, chiromanticus, onomanticus, fatidicus...*, manuscrito existente en la biblioteca del arsenal de París; de hacia 1715.

No existe seguridad de que todas ellas se deban a la pluma del autor reseñado, pero por lo menos se le han atribuido.

Es de su conocida obra *El conde de Gabalis*, cuyo estilo más parece irónico que esotérico, de la que hemos creído conveniente añadir algunos extractos a los publicados por los autores de la presente antología.

El conde de Gabalis

No se debe condenar ligeramente a este hombre sabio sin haber estado iluminados sobre su conducta. Él me lo ha descubierto todo, es cierto, pero no lo ha hecho más que con toda la circunspección cabalística. Es preciso rendir este testimonio en su memoria, pues era un gran celador de la religión de sus padres los filósofos, y ha sufrido antes

[1] Voltaire, *El siglo de Luis XIV*, París, Flammarion, ed., tomo II, pág. 304.

el fuego que profanar la santidad, abriéndose a algún príncipe indigno, a algún ambicioso o incontinente, tres clases de personas que han sido excomulgadas en todo tiempo por los sabios. Por fortuna yo no soy príncipe, tengo poca ambición, y se verá a continuación que practico más la castidad de lo que debe hacer un sabio. Él me encontró con espíritu dócil, curioso, poco tímido; no me falta un tanto de melancolía para hacer gritar a todos los que querrían condenar al señor conde de Gabalis por no haberme ocultado nada, ya que yo era un sujeto muy apto para el aprendizaje de las ciencias secretas. Es verdad que sin melancolía no se pueden hacer grandes progresos, pero la escasa que poseía no he tenido cuidado en rechazarla. Usted tiene (me ha dicho cien veces) Saturno en un ángulo, en su casa, y retrógrado; por ello no puede dejar de ser un día tan melancólico como un sabio debe serlo (como sabemos por la cábala). Tenía, como usted, a Júpiter en el Ascendente, a pesar de lo cual no se ha reído una sola vez en toda su vida, tan intensa era la influencia de su Saturno; aunque sea un tanto más débil que la suya.

Es, por tanto, a mi Saturno y no al conde de Gabalis a quien los señores curiosos deben atribuir el que yo prefiera divulgar sus secretos a practicarlos. Si los astros no cumplen con su deber, el conde no tiene por qué ser criticado, y si yo no tengo la suficiente grandeza de alma para tratar de ser dueño de la Naturaleza, de invertir los elementos, de conversar con las Inteligencias supremas, de mandar a los demonios, de engendrar gigantes, de crear nuevos mundos, a hablar a Dios en su trono temeroso y de obligar al querubín que guarda la entrada del paraíso, para que me permita ir a pasearme por sus avenidas; es a mí a quien se ha de reprender o amonestar.

(...)

El sentido común siempre me había hecho suponer que existe mucho vacío en lo que se conoce como ciencias secretas, por lo que nunca me vi tentado en perder el tiempo hojeando los libros que de ellas tratan.

(...)

... Estos grandes secretos, y sobre todo la Piedra filosofal, son de difícil investigación y que muy pocas personas los poseen. Felizmente los más importantes [de los ocultistas] esperaban entonces con impaciencia la llegada de un alemán, gran señor y gran cabalista, originario de las tierras que son fronterizas a Polonia. Él había prometido en sus cartas a los Hijos de los filósofos, que viven en París, venir a visitarlos y pasar por Francia camino de Inglaterra. Yo tuve la comisión de contestar a la carta de este gran hombre, enviándole al mismo tiempo la

figura de mi natividad, con el fin de que pudiera juzgar si me era posible aspirar a la sabiduría suprema. Mi tema natal y mi carta tuvieron la fortuna de obtener el honor de que contestara, diciéndome que yo sería una de las primeras personas a las que vería en París, y que si el cielo no se oponía, haría lo posible para que pudiera ser admitido en la sociedad de los sabios.

(...)

Yo admiraba un día una de sus más sublimes epístolas, cuando vi entrar un hombre de muy buena facha que, saludándome gravemente, me dijo en lengua francesa con fuerte acento extranjero: «*Adorad, hijo mío, adorad al muy bondadosa y muy grande Dios de los Sabios, y no os enorgullezcáis jamás de que se os envía uno de los hijos de la sabiduría para asociaros a su Compañía y haceros partícipe de las maravillas de su omnipotencia*».

La novedad de la salutación me asombró sobremanera, y empecé a dudar por primera vez si no me encontraba en presencia de una aparición; de todas formas, asegurándome lo mejor que pude y contemplándolo lo más cortésmente, que el cierto temor que me embargaba permitía, le dije:

«Seáis quien seáis vos, cuyos cumplidos no son de este mundo, me hacéis un gran honor al venir a visitarme; pero estaréis de acuerdo, si os place, que antes adorar al Dios de los Sabios he de saber quiénes son tales sabios y de qué Dios habláis; así que si os resulta agradable sentaos en este sillón y tomaros la molestia de decirme quién es ese Dios, esos sabios, esa Compañía, esas maravillas de omnipotencia, y después o antes de todo esto, a qué clase de criaturas tengo el honor de hablar.»

El conde de Gabalis, primera conversación.

Oración de las salamandras

Inmortal, eterno, inefable y sagrado Padre de todas las cosas, que es conducido en la carroza rodante sin cesar, por los mundos que giran constantemente. Dominador de los campos etéricos, en los que se eleva el trono de la Potencia, de lo alto del cual tus ojos amedrantadores lo descubren todo, y tus hermosos y santos oídos todo lo oyen, libera a los hijos que han amado del nacimiento de los siglos; porque tu dorada, grande y eterna majestad resplandece por encima del mundo, del cielo y las estrellas; tú estás por encima de ellas, ¡oh fuego chispean-

te! Allí alumbras y te mantienes a ti mismo por su propio esplendor, y surgen de tu Esencia ríos innumerables de luz que nutre tu espíritu infinito. Este espíritu infinito produce la totalidad de las cosas y crea este tesoro no valorable de la materia, que no puede faltar en la generación, que todo lo rodea constantemente a causa de las infinitas formas a las que está sometido y a la que Tú has colmado desde el principio. En este espíritu tienen su origen los tan santos reyes que están debajo de tu trono y componen tu corte. ¡Oh Padre universal! ¡Oh único! ¡Oh Padre de los bienaventurados mortales e inmortales! Tú has creado en particular las potencias, que son maravillosamente semejantes a tu eterno pensamiento, y a tu Esencia adorable. Tú las has establecido superiores a los ángeles que anuncian al mundo tus voluntades. Por último, Tú has creado una tercera especie de soberanos en los Elementos. Nuestra constante labor es alabarte y adorar tus deseos. Nos quemamos en el deseo de poseerte. ¡Oh Padre! ¡Oh Madre, la más tierna de las madre! ¡Oh el Ejemplar admirable de los sentimientos y del cariño de las madres! ¡Oh Hijo, la flor de todos los hijos! ¡Oh Forma de todas las formas!, alma, espíritu, armonía y número de todas las cosas.

El conde de Gabalis, quinta conversación.

JACQUES CAZOTTE

(1719-1792)

La obra de Cazotte proporciona una ilustración novelesca, y su correspondencia, una explicación de las doctrinas ocultistas. Pero la vida de Jacques Cazotte nos muestra también cómo los escritores se adhieren a la tradición, por su propia investigación o a través de lecciones que reciben antes de reavivarla. Para el autor de *El diablo enamorado,* el ocultismo es ante todo un descubrimiento personal. Había leído pocos tratados de magia y no conocía ninguna sociedad secreta cuando publicó su célebre novela. Sin embargo, demuestra un asombroso conocimiento de las ciencias ocultas..., verdaderamente tan asombroso, que un misterioso personaje se presentó un día en casa de Cazotte, que nos refiere esta escena, y le preguntó a qué secta estaba afiliado. Cazotte tuvo que responderle que no pertenecía a ninguna y que dentro de este terreno era un simple autodidacto. Pero el extraño emisario, inquieto por los profundos conocimientos de Cazotte, insistió para que recibiera lo antes posible la iniciación y penetrara en las escuelas que poseen el depósito de las verdades que se habían hecho manifiestas tan fortuitamente a su inteligencia. Cazotte se negó a aceptar esta invitación, que por otra parte estuvo rodeada de amenazas, y algunos años más tarde debía confirmar ante el Tribunal Revolucionario su pertenencia a agrupaciones esotéricas. El presidente Lavau, martinista por su parte, rindió homenaje al carácter del acusado y acompañó el veredicto de muerte que se vio obligado a pronunciar de un comentario elogioso sobre la vida de Cazotte. En cuanto a las dotes personales de Cazzote para la práctica del ocultismo, quedaron plenamente confirmadas por su célebre profecía, de la que habla La Harpe, y en la que predijo, varios años antes de 1789, las ejecuciones de nobles, la muerte violenta de la reina María Antonieta y de Luis XVI.

El diablo enamorado, bajo forma novelesca, proporciona las reglas del arte mágico, tan diferentes de las leyes científicas. Se trata, en suma, de una «novela de tesis», en la que la tesis es la afirmación de la realidad y potencia de lo fantástico. En Cazotte, dice muy bien Lucien Maury, se encuentra «una noción de lo fantástico que no es sólo un juego de imaginación». Gérard de Nerval, en *Los iluminados,* muestra en cierta forma la ortodoxia tradicional de Cazotte.

Esta ortodoxia aparece más claramente todavía en la correspondencia mística intercambiada entre Cazotte con Laporte y Pouteau, sus amigos. «El conocimiento de las cosas ocultas, escribe Cazotte, es un mar tempestuoso, en el que no se vislumbra la orilla.» Y después de haber puesto en guardia de esta forma a sus corresponsales contra el ocultismo práctico, Jacques Cazotte hace el elogio de la mística y la teosofía que deberían iluminar los últimos años de su existencia. Con el fin de dar una idea de la calidad de las ideas religiosas de Cazotte,

bastará recordar que fue un discípulo fiel de Saint-Martin y que practicó los consejos dados en sus obras, habiéndolo conocido más íntimamente por intermedio de una amiga común, la marquesa de la Croix.

El azar

«—¿No conoce todo el mundo los juegos de azar? ¿No sería capaz cualquiera de enseñármelos?

—Sí, prudencia a un lado, se aprenden los juegos de suerte, que usted llama impropiamente juegos de azar. No existe el azar en el mundo; todo ha sido siempre y seguirá siendo una serie de combinaciones necesarias que no se pueden comprender más que mediante el conocimiento de la ciencia de los números, cuyos principios son al mismo tiempo profundos y abstractos, hasta el punto de que no es posible comprenderlos si no es conducido por un maestro; pero es necesario saber obtenerlo y serle fiel. No me es posible mostraros este sublime conocimiento si no es mediante el uso de una imagen. El encadenamiento de los números constituye la cadencia del universo, regula lo que se llaman acontecimientos fortuitos y los pretendidamente determinados, forzándolos, mediante cadenas invisibles, a que se vayan realizando cada uno en su momento, desde lo que acontece de mayor importancia en las esferas alejadas, hasta los miserables cambios de escasa importancia que os han desposeído de vuestro dinero.»

Esta perorata científica en una boca infantil, esta proposición un poco brusca de proporcionarme un maestro, me produjo un ligero estremecimiento, un poco de este sudor frío que me había asaltado bajo la bóveda de Portici.

El diablo enamorado.

Una evocación mágica

Observamos el más perfecto silencio. Mi compañero, con ayuda de una caña que le servía de apoyo en su marcha, trazó un círculo alrededor de él en la arena ligera de que estaba cubierto el terreno, saliendo de él tras haber trazado diversos caracteres.

—Penetrad en ese pentáculo, mi valiente—me dijo—, y no salgáis más que tras buenas señales...

—Explicadme mejor; ¿a qué señales deberé salir?

—Cuando todo haya quedado sometido a vuestra voluntad; pero antes de dicho momento, si el miedo os inclina a hacer una falsa maniobra, estaréis expuesto a los más serios peligros.

Entonces me indicó una fórmula de evocación corta, impresionante, mezclada con ciertas palabras que no olvidaré jamás.

—Recitad—me dijo—esta conjuración con firmeza, y llamad en seguida y por tres veces claramente *Belzebuth,* y sobre todo no olvidéis lo que habéis prometido hacer.

Yo me acordé entonces de haber presumido diciendo que iba a tirarle de las orejas.

—Cumpliré mi palabra—le dije, no queriendo quedar por embustero.

—Os deseamos que tengáis éxito—me respondió—; una vez que hayáis terminado, nos lo advertiréis. Estáis directamente enfrente de la puerta a través de la cual debéis salir para reuniros con nosotros.

Entonces se marcharon.

Nunca un fanfarrón se vio en una situación crítica más delicada: me encontraba en el momento de recordarlo todo y había muchos motivos para que me avergonzara; tendría que renunciar a todas mis esperanzas. Me aseguré sobre el lugar que ocupaba y me quedé meditando un momento.

«Han querido asustarme, me dije, quieren saber si soy pusilánime. Las personas que quieren ponerme a prueba están a dos pasos de mí, y tras mi evocación, debo esperar cualquier tentativa de su parte para aterrorizarme. Hagamos las cosas correctamente y volvamos la broma contra los mal intencionados.»

Este razonamiento fue muy rápido, aunque un poco perturbado por los gritos de los búhos y los murciélagos que moraban en el interior de la caverna.

Un poco tranquilizado por mis reflexiones, me enderecé y comencé la evocación; con voz clara y sostenida y aumentando su tono, llamé por tres veces seguidas y con corto intervalo: *¡Belzebuth!*

Un escalofrío recorrió todas mis venas y los cabellos se me rizaron sobre mi cabeza.

Apenas había terminado, cuando una ventana se abrió mediante dos batientes, enfrente mismo de mí, en lo alto de la bóveda, y un torrente de luz, más intenso y deslumbrador que la del día, pasó por dicha abertura; una cabeza de camello, horrible, tanto por su tamaño

[illegible]
como por su grosor y forma, se presentó en la ventana; especialmente poseía unas desmesuradas orejas. El odioso fantasma abrió sus fauces, y con un tono adecuado al resto de la aparición, me respondió: *Che vuoi?*

Todas las bóvedas, la totalidad de las cuevas de los alrededores, temblaron al sonido del terrible *Che vuoi?*

No sabría decir cuál era mi situación entonces, no sería tampoco capaz de indicar qué valor me sustuvo y me impidió caer sin sentido ante el aspecto de este cuadro, ante el ruido más terrible que resonaba en mis oídos.

Sentí la necesidad de llamar a todas mis fuerzas, aunque un sudor frío las disipaba, pero pude hacer finalmente un gran esfuerzo sobre mí mismo.

Es preciso asegurar que nuestra alma es muy vasta y posee un don prodigioso de recursos; una multitud de sentimientos, ideas, reflexiones, asaltaron mi corazón, pasaron por mi espíritu, haciendo sus propias impresiones a la vez.

La resolución se produjo y pude hacerme dueño de mi terror. Miré, entonces, altivamente al espectro.

—¿Qué pretendes tú mismo, temerario, mostrándote bajo esta forma tan horrorosa?

El fantasma se balanceó durante un momento.

—Tú me has llamado—dijo en un tono de voz más bajo.

—¿El esclavo—le contesté—trata de asustar a su amo? Si vienes a recibir mis órdenes, toma una forma conveniente y un tono sumiso.

—Amo—me dijo el fantasma—, ¿bajo qué forma me presentaré para serte agradable?

La primera idea que me vino a la cabeza era la de un perro:

—Ven—le dije— bajo la forma de un perrito faldero.

Apenas había dado esta orden, cuando el espantoso camello alargó el cuello en dieciséis pies de longitud, bajó su cabeza hasta el centro del salón y vomitó un perrillo blanco de fina lana y brillantes orejas que se arrastraban hasta el suelo.

La ventana se cerró y cualquier otra visión desapareció, no quedando bajo la bóveda, lo suficientemente alumbrada, más que el perro y yo.

El diablo enamorado.

Peligros del ocultismo

El venerable no se hizo esperar; imponía su solo aspecto, incluso antes de pronunciar una sola palabra, por la gravedad de su expresión. Mi madre me hizo volver a repetir ante él la confesión sincera por mi ligereza y las consecuencias que había tenido. Me escuchó con atención mezclada de asombro y sin interrumpirme. Una vez que hube concluido, tras unos segundos de reflexión, tomó la palabra en estos términos:

«Ciertamente, señor Álvaro, acabáis de escapar al mayor de los peligros a los que un hombre puede verse expuesto por sus faltas. Habéis provocado al espíritu maligno y le habéis proporcionado, por una serie de imprudencias, todos los elementos que él precisaba para poder engañaros y perderos. Vuestra aventura es de lo más extraordinario; yo nada había leído de semejante en la *Demonomanía* de Bodin, ni en el *Mundo encantado* de Bekker. Es necesario reconocer que, después de lo que estos grandes hombres han escrito, nuestro enemigo se ha refinado en la forma de realizar sus ataques, en aprovecharse de las astucias que los hombres del siglo utilizan recíprocamente para corromperse. Sabe imitar a la naturaleza fielmente y con tino, utiliza el recurso del talento más amable, da fiestas bien organizadas, hace hablar a las pasiones con su más seductor lenguaje; incluso imita hasta un cierto punto la virtud. Esto me abre los ojos sobre muchas de las cosas que pasan y veo que hay muchas grutas bastante más peligrosas que las de Portici y una multitud de obsesos que desgraciadamente no se dan cuenta de que lo son. Respecto a vos, tomando las sabias precauciones indicadas para el presente y el porvenir, os creo completamente liberado. Vuestro enemigo se ha retirado y esto no es equívoco. Él os ha seducido, es cierto, pero no ha podido lograr corromperos; vuestras intenciones, vuestros remordimientos, os han preservado, con la ayuda de los extraordinarios socorros que habéis recibido. De esta forma su pretendido triunfo y vuestra derrota no han sido, para vos y para él, más que una *ilusión,* de la que el arrepentimiento acabará por limpiaros. Respecto a él, una retirada forzosa ha sido su ganancia; pero admirad la forma como ha sabido disimularla, dejando al partir la duda en vuestro espíritu y la inteligencia en vuestro corazón, para poder volver a iniciar el ataque si le proporcionáis la ocasión. Después de haber mostrado las debilidades en el grado que os ha parecido bien, él obedece como un esclavo

que medita la rebelión; no quiere que tengáis ninguna idea razonable y clara, mezclando lo grotesco y lo terrible, lo pueril de sus caracoles luminosos con el descubrimiento espantoso de su horrible cabeza y, por último, la mentira con la verdad, el reposo con la vigilia, de forma que vuestro espíritu confuso no sea capaz de distinguir nada y que podáis creer que la visión que habéis tenido es menos el efecto de su malicia que un ensueño ocasionado por los vapores de vuestro cerebro; pero ha aislado cuidadosamente la idea de este agradable fantasma del que se ha servido durante mucho tiempo para engañaros y lo volverá a hacer si lo hacéis posible. No creo, sin embargo, que la barrera del claustro o de nuestro estado sea lo que le debáis oponer. Vuestra vocación no está completamente decidida; las personas instruidas por su experiencia son necesarias en el mundo. Creedme, formad unos lazos legítimos con un ser del otro sexo y que vuestra respetable madre presida vuestra elección, y una vez que recibáis de su mano todas las gracias y los talentos celestes, ya no volveréis a ser tentado de tomarla por el diablo.»

El diablo enamorado.

LOUIS-CLAUDE DE SAINT-MARTIN

(1743-1803)

Aunque Louis-Claude de Saint-Martin es sin duda uno de los menos conocidos de los escritores que figuran en esta antología, está muy lejos de encontrarse en ella desplazado. A pesar de lo oscuro de su estilo, oscuridad de la que es en parte responsable él mismo, aficionado a la apelación de «filósofo desconocido», con la que se le conoció. En realidad se trata de la figura más grande del ocultismo occidental. Llegado muy joven a la secta teúrgica fundada por Martines de Pasqually, el filósofo de Amboise se dedicó desde entonces a las prácticas mágicas, a las operaciones rituales y los estudios cabalísticos, que justifican la acción de palabras y gestos sobre los seres invisibles, dejando a los adeptos la esperanza de evocar un día al Reparador. Aunque hasta el final de su vida Saint-Martin permaneció fiel a las enseñanzas de su primera escuela y buscó en todo momento la salvación, que siguiendo el ejemplo de su maestro llamaba reintegración, se separó de la vía activa de la magia y eligió el caminar hacia Dios por la vía del corazón. Bajo la guía espiritual de Jacobo Boehme, Louis-Claude de Saint-Martin fue sin discusión un ocultista, y de los mejores, haciendo de la filosofía tradicional lo que debe ser en realidad, el trampolín del misticismo, el umbral de la teosofía. En sus obras: *Acerca de los errores y de la verdad; Cuadro natural de las relaciones que existen entre Dios, el hombre y el universo; El hombre de deseo; El ministerio del hombre-espíritu*, etc., se encuentra la expresión más exacta y completa de los temas fundamentales del ocultismo, con gran influencia de Martines de Pasqually en sus primeros escritos y de Boehme en los últimos. Se puede decir que a través de sus maestros, Saint-Martin aparece como el heredero de todo el pensamiento tradicional occidental. Pero esta herencia él la vuelve a razonar y la rehace, aclarándola y sentando las bases de un misticismo teosófico al mismo tiempo profundo y luminoso. En esta labor se vio ayudado por sus innegables dotes de gran escritor. Joseph de Maistre veía en él al «más instruido, más sabio y más elegante de los teósofos». Saint-Beuve, durante dos lunes muy penetrantes, ha alabado al hombre y al escritor, del que colocaba algunas páginas en el nivel de las más bellas expresiones religiosas escritas en lengua francesa. Chateaubriand ha referido en sus *Memorias de ultratumba* la entrevista que había tenido con nuestro filósofo, si bien se burla un tanto de esta figura extraña, tan diferente de las que se encuentran corrientemente en el mundo. Pero existe como una especie de arrepentimiento, y Chateaubriand indica que sus palabras ligeras no han de afectar la reputación de un hombre al que venera y admira. El lector que se pone en contacto con la obra de Saint-Martin, en un primer momento, comparte sin duda los primeros sentimientos de Chateaubriand. Hay frases, capítulos enteros que echan para atrás, oscuridades que parecen inaclarables; pero el que

quiere tomarse el trabajo de franquear estas barreras no puede, si es sincero, dejar de aprobar también el arrepentimiento de Chateaubriand y rendir al teósofo el homenaje de todos los que, siguiendo su ejemplo, eligen a la providencia como su secta, a la justicia como su culto y a sí mismo como sus discípulos. La discreta irradiación del pensamiento de Saint-Martin que ha llegado hasta la literatura contemporánea es posiblemente más importante de lo que puede creerse...

Vamos a citar dos series de extractos, que tomamos del volumen publicado por André Tanner.

La mitología

El hombre vulgar no ve en los relatos mitológicos más que el juego de la imaginación de los escritores, la corrupción de tradiciones históricas, o posiblemente de la idolatría, de los temores ancestrales de los pueblos primitivos ante los hechos maravillosos. Así, exceptuando algunas alegorías ingeniosas, todo en las fábulas les parece bizarro, ridículo, extravagante.

Hombres muy estimables, que pertenecen a la clase de los sabios, han utilizado la más vasta erudición para poder establecer en este sentido sistemas más sensatos que la opinión común; pero como no han profundizado bastante en la naturaleza de las cosas, su doctrina, por imponente que pueda ser, queda por debajo de las tradiciones que han tratado de interpretar.

En efecto, si no se puede emitir otro juicio que el que han limitado exclusivamente a un objeto inferior y aislado de las tradiciones mitológicas y que se han esforzado en hacer ver como el sistema por ellos adoptado, sin percibir que estas tradiciones no poseen todas el mismo carácter, y por tanto, no pueden ser interpretadas de forma idéntica; que unas, originadas en la más alta antigüedad, encierran los símbolos de las más profundas verdades, y que otras, mucho más modernas, no deben su existencia más que a la superstición y la ignorancia de los pueblos, que, no habiendo podido comprender las tradiciones primitivas, las han alterado y confundido con las tradiciones más modernas y particulares de cada nación; que la mezcla de estas tradiciones, el prejuicio de los historiadores y los frutos de la imaginación de los poetas habían aumentado esta oscuridad. De forma que, lejos de querer concentrar la mitología en un objeto particular, se debería más bien convenir en que presenta hechos que no tienen ninguna analogía.

Finalmente, le está permitido a todos los observadores buscar las relaciones que hay entre las diferentes clases de entes que les son conocidos, la razón rechaza el ser tan ciego para no ver nada más allá y para reducir a un objeto inferior y limitado, símbolos que pueden tener un objetivo más amplio y elevado; se opone más aún a que se dé a las tradiciones y los símbolos un sentido y unas alusiones que no les han correspondido jamás.

Éstas son las aplicaciones falsas y retrógradas que nos proponemos destruir, con el fin de elevar el pensamiento del hombre a interpretaciones más justas, reales y fecundas. Sin embargo, para no alejarnos del camino que nos hemos trazado, nos limitamos a examinar los dos principales sistemas mitológicos, lo que debe bastar para fijar la opinión que se debe tener sobre los demás.

El primero de estos sistemas está presente en todas las fábulas de la antigüedad, la representación de los trabajos campestres, los índices de los tiempos y las estaciones propias a la agricultura, y todas las leyes de la naturaleza terrestre y celeste que forzosamente ha de seguir para el crecimiento, el entretenimiento y la vida de los productos vegetales.

Este sistema, una vez concebido por los observadores, les ha obligado a realizar terribles esfuerzos en pro de su justificación y para encontrar relaciones entre todos los detalles de la mitología; pero para darse cuenta de los fallos será suficiente la más ligera de las atenciones.

En ningún momento, ni en el seno de ningún pueblo, se ha visto utilizar figuras más hermosas y nobles que las cosas figuradas. ¿No será preciso darle la vuelta a todas las nociones que tenemos de la marcha del espíritu del hombre que pretender que ha utilizado lo superior como emblema de lo inferior y que ha imaginado símbolos y jeroglíficos más elevados y espirituales que el objeto que quería señalar?

No será más bien cierto, por el contrario, que el verdadero objetivo del emblema o el símbolo es velar a los ojos profanos y a los seres vulgares alguna verdad cuya profanación o abuso serían de temer si fuera revelada, de actuar de forma que sea difícil a los que no son dignos de esta verdad, de descubrirla o de captar el sentido del símbolo, mientras que los que felizmente se encuentran dispuestos y lo merecen, descubren mediante un simple golpe de vista todas las relaciones que encierra.

¿No es cierto también que los símbolos y los jeroglíficos son cuadros o signos destinados a hacer sensibles al mayor número las ver-

dades y las ciencias útiles y a hacer comprender que aquellos que tienen un espíritu estrecho no pueden percibirlas, ni conservar su recuerdo, sin el auxilio de signos groseros?

Estas simples definiciones demostrarán lo suficiente que los emblemas, las figuras, los símbolos no pueden ser ni superiores, ni incluso iguales a sus tipos, porque cuando la copia se sitúa por encima de su modelo, se podría confundir con él, lo que la haría inútil.

Basta, por tanto, comparar la mayoría de los emblemas mitológicos con los tipos que los intérpretes han querido darles, para decidir, según la inferioridad de tales tipos, si sus aplicaciones presentan alguna adecuación.

Que se examine en efecto aquello que parece más noble, más ingenioso, o los detalles groseros y mecánicos del trabajo, o de las pinturas vivas en las que se hace jugar a todas las pasiones y en donde se personifican la totalidad de los vicios y las virtudes.

Que se examine, por otra parte, si es posible considerar como tipo de la mitología las constelaciones celestes y su influencia sobre los cuerpos terrestres, en lo relativo a la vegetación. Esta opinión presenta idéntica inferioridad de tipo en su figura, y los mismos motivos la hacen inadmisible. [...]

Esto debe ser suficiente para que abran los ojos los que, no dándose cuenta de que un objeto aislado en las tradiciones fabulosas tiene un especial sentido, creen que la totalidad de la mitología antigua no ha debido su origen más que a la agricultura y la astronomía. El error procede de que en épocas posteriores se han confundido determinados tipos de símbolos de estas dos ciencias con las tradiciones simbólicas primitivas. Por esto los hombres se encuentran todavía más alejados de las verdades simples e importantes que son el objeto de estas tradiciones.

De esta manera, sin pretender negar los símbolos, en número muy limitado, que la agricultura y la astronomía han proporcionado a la mitología, podemos hacer un gran servicio a nuestros semejantes advirtiéndoles que estas tradiciones, tal como las hemos recibido de los antiguos, encierran una infinidad de otros emblemas, para los cuales es de todo punto imposible admitir el mismo sentido e idénticas relaciones, puesto que su tipo no se encuentra ni en la tierra, ni en los astros, ni en ningún ser corporal. [...]

Muchos observadores han dado ya a estas tradiciones una interpretación más viva, más noble, más análoga con nosotros mismos que las que acabamos de indicar. Yo no temo abusar al adoptar la doctrina de estos juiciosos intérpretes.

El hombre, su origen, su fin, la ley que debe conducirle a su término, las causas que hacen que se aleje, en fin, *la ciencia del hombre,* inseparablemente unida a la del primero de todos los principios, he aquí los objetos que los autores de las tradiciones primitivas han querido pintar; he aquí lo que puede ennoblecer y justificar sus símbolos; he aquí el único tipo digno de sus emblemas; porque aquí el tipo es superior a la alegoría, aunque la alegoría queda perfectamente de acuerdo con el tipo.

En efecto, no existe hombre que conozca su verdadera naturaleza, por lo que si trata de penetrar en el sentido de las tradiciones mitológicas, no percibe en los símbolos, a pesar de un cierto sentido de admiración hacia ellos, más que los hechos más sobresalientes en relación con la especie humana y los más análogos consigo mismo. [...]

¿Quién no reconocerá en Alción, en ese famoso gigante que ayudó a los dioses contra Júpiter y fue arrojado por Minerva fuera del globo de la Luna, en donde estaba situado, y que poseía la virtud de resucitar; quién no reconocerá, repito, al antiguo Prevaricador, excluido de la presencia del Principio supremo, reducido al horror del desorden y encadenado en un lugar tenebroso en donde las fuerzas superiores no cesan de obligarle y molestar su voluntad siempre renaciente?

Se verá con idéntica claridad la historia del hombre criminal en Prometeo, y la de los diferentes crímenes de su posteridad en todas las desgracias que la mitología nos presenta, indicándonos nombres y suplicios. [...]

Tal es Ixión, que proyecta un comercio incestuoso con la mujer de Júpiter, su padre, y que, no abrazando más que a una nube produjo los centauros, monstruos mitad hombres y mitad caballos; por donde nuestra naturaleza mixta está evidentemente representada. Su suplicio es una imagen fiel de lo que sufre el hombre precipitado a los extremos de la circunferencia, alrededor de la cual circula y en donde no encuentra más que enemigos furiosos e implacables. [...]

Por último, en la alegoría de las Danaides que matan a sus maridos y que, sin la virtuosa conducta de Hipermnestra, habrían por siempre degradado el número perfecto centenario de que esta familia estaba compuesta. Igualmente, estando reducidas a llenar con agua toneles sin fondo, nos hacen comprender lo que pueden los seres que han perdido su guía y sostén, simbolizado en el jefe o esposo de estas criminales. [...]

Las tradiciones mitológicas griega y egipcia no se limitan a presentarnos los efectos de la justicia de los dioses sobre el hombre, nos

indican igualmente los rasgos de su amor, al ofrecernos, aunque de manera velada, los rayos de su propia luz. [...] No podemos desconocer los signos del amor vigilante de la Sabiduría para el hombre, existente en el emblema de Minerva, hija de Júpiter, cubriendo a sus favoritos con una Iglesia impenetrable. [...]

Se sabe a priori lo que cabe pensar de este famoso Hércules, del que los intérpretes de todos los géneros han hecho prototipo de sus sistemas: sus célebres y numerosos trabajos, realizados todos en pro de la especie humana, indican, de forma suficiente, de qué modelo constituye la figura emblemática; y sin detallar todos estos trabajos, se debe sentir lo que nos enseña, al matar al buitre que el desgraciado Prometeo creía debería devorar eternamente; al estrangular al gigante Anteo, que había jurado elevar un templo a Neptuno completamente realizado con cráneos humanos, y al cargar con el peso de la Tierra para que descansase Atlas, que en su verdadero significado etimológico significa un *ser que carga, un ser sobrecargado;* ¿y a quién corresponde más este sentido que al hombre sobrecargado con el peso de su región terrestre y tenebrosa? Por último, es preciso recordar que para recompensar a Hércules de sus gloriosos trabajos, los dioses, después de su muerte corporal, le hicieron esposar a Hebe o la eterna Juventud.

Las verdades físicas aparecen igualmente reflejadas a través de los emblemas mitológicos. Argos es un tipo activo del principio vivo de la naturaleza, que no detiene jamás su acción sobre ella, que la penetra y anima en todos los puntos, sosteniendo su armonía y velando constantemente sobre el todo, para impedir que se produzca cualquier desorden.

La Divinidad, que presidía a la vez los Cielos, la Tierra y los Infiernos, anunciaba el enlace triple y cuádruple que une la totalidad de las porciones del Universo; enlace del que la Luna es para nosotros el signo real, porque recibe la acción cuaternaria del Sol, porque no sólo se encuentran reunidas en ella las *virtudes* del resto de los astros, sino también porque, habitando en los cielos como ellos, lleva en sí la acción directa sobre la tierra y las aguas, que constituyen el emblema tangible de los abismos.

Es sin duda en razón de esta gran *virtud* como las *Neomenías* o lunas nuevas fueron celebradas por los antiguos. Como quiera que la Luna era la carne y el órgano de las acciones superiores a ella, no resulta asombroso que se honrara su regreso mediante fiestas. Y si los antiguos no hubieran considerado este regreso más que en relación a la luz elemental, no habrían instituido fiestas para celebrarlo.

Por lo demás, esta costumbre era tanto más natural cuanto que en una lengua primitiva, de la que no tardaremos en ocuparnos, las palabras *planeta* e *influencia* son sinónimas.

Para terminar, el famoso Caduceo, separando dos serpientes que se entrelazan, es una imagen expresiva y natural del objetivo de la existencia del Universo; lo que se repite en las más insignificantes producciones de la naturaleza, en donde Mercurio mantiene el equilibrio entre el agua y el fuego para el sostenimiento de los cuerpos y con el fin de que las leyes de los seres, quedando al descubierto ante los ojos de los hombres, puedan ser leídas en todos los objetos que les rodean. El emblema o símbolo del Caduceo que la mitología nos ha transmitido es, por tanto, un campo inapreciable del que pueden extraerse conocimientos e instrucciones, porque las verdades de carácter más grosero y material ocultan al hombre las leyes de su ser intelectual y el *término* al que debe recurrir para volver a hallar el equilibrio perdido. [...]

Todas las alegorías que acabamos de ver bastan para convencernos de que, empezando por el primer origen de las cosas temporales, las tradiciones mitológicas presentan al hombre una multitud de imágenes fieles de todos los hechos pasados, presentes y futuros que deben interesarle, haciendo posible que vea la historia del Universo material y del inmaterial, la suya propia, es decir, el cuadro de su original esplendor, el de su degradación y el de los medios que han sido utilizados para el restablecimiento de sus derechos. [...]

Pero me es posible la presentación al lector de un hilo más que puede conducirle en este laberinto, el de prevenirle que la misma alegoría, encerrando las verdades de diversos órdenes, hace necesario seguir dichas verdades según una progresión natural; es preciso ante todo buscar en la alegoría el sentido más próximo a la letra, como siendo el más inteligible y el que está más a nuestro alcance, y elevarse en seguida al sentido que le sucede inmediatamente. Por esta marcha atenta y prudente se llegará al conocimiento del más sublime sentido que la tradición puede encerrar. Si no se observa este orden, si se omite algún término de la progresión, y se vela demasiado todo para explicar los extremos, no se encontrará más que confusión, oscuridad, contradicciones, porque al despreciar un sentido intermedio, quedará privado el investigador del único medio que podría hacer inteligibles estos objetos.

Cuadro natural de las relaciones que existen entre Dios, el hombre y el universo.

El cristianismo y el catolicismo

Escritores de un gran talento han tratado de enseñarnos los efectos gloriosos del cristianismo. Pero aunque se lean sus mejores obras con una gran admiración, no se encontrará allí lo que su autor trataba de demostrar, a mi entender, viendo que reemplazaban muchas veces los principios por juegos ingeniosos de elocuencia, e incluso, si lo deseamos, por la poesía, yo no los leo más que con la más extrema de las precauciones. Sin embargo, si yo hago algunas señales sobre sus escritos, no es ciertamente ni como un ateo ni un incrédulo como oso permitírmelo. He combatido mucho tiempo a los mismos enemigos que atacan estos autores con valor, y mis principios en este género me han hecho con la edad adquirir mayor consistencia.

No es tampoco, por otra parte, ni como literato ni como erudito la forma en que ofreceré mis observaciones, aunque deje sobre estos dos puntos las ventajas de que no carecen.

Es como aficionado a la filosofía divina la manera en que me presentaré en la lid, y bajo este título no deben despreciarse las reflexiones de un colega que, como ellos, ama por encima de todo lo que es verdad.

El principal reproche que les hago es el de confundir en todos los puntos el cristianismo con el catolicismo; lo que hace que su idea fundamental, no poseyendo el suficiente aplomo, la ofrecen necesariamente en su camino hacia un traqueteo fatigante para los que quisieran seguirles, pero que están acostumbrados a marchas sobre caminos mejor pavimentados. [...]

El verdadero cristianismo es no solamente anterior al catolicismo, sino incluso al propio término «cristianismo». El nombre de cristiano no figura ni una sola vez en el Evangelio, pero el espíritu que corresponde a este término queda muy claramente expresado, y consiste, según San Juan (I, 12) *en el poder de llegar a ser hijos de Dios; y el espíritu de los hijos de Dios o de los Apóstoles del Cristo y de los que han creído en él es* (según San Marcos, XVI, 20) *que el Señor coopere con ellos y que confirme sus palabras con los milagros que las acompañen*. Bajo este punto de vista, para encontrarse realmente en el seno del cristianismo es necesario estar unido en espíritu al Señor y haber consumado la completa alianza con él.

En relación con esto, el verdadero genio del cristianismo sería menos el constituir una religión que el término y lugar de reposo de

todas las religiones y todos los caminos laboriosos, a través de los cuales la fe de los hombres y la necesidad de purgarse de sus faltas les obliga a caminar diariamente.

De esta forma, existe algo muy destacable, que en los cuatro Evangelios, que descansan en el espíritu del verdadero cristianismo, la palabra religión no se menciona ni una sola vez y que, en los escritos de los apóstoles que completan el nuevo testamento, sólo se menciona cuatro veces: una en los Hechos (XXVI, 5), en donde el autor se refiere a la religión judía; la segunda en los Colosenses (II, 18), donde el autor se limita a condenar el culto o la religión de los ángeles; la tercera y cuarta figuran en la Epístola de Santiago (I, 26 y 27), donde dice simplemente: 1) *aquel que no reprime su lengua y libra su corazón a la seducción, no posee más que una religión vana,* y 2) *la religión pura y sin mácula consiste en visitar a los huérfanos y las viudas en sus aflicciones y guardarse de la corrupción del siglo;* ejemplos a través de los cuales el cristianismo parece tender más hacia una sublimidad divina o hacia el lugar de reposo que a revestirse de los colores que acostumbramos a denominar religión.

He aquí un cuadro de las diferencias entre el cristianismo y el catolicismo.

El cristianismo no es sino el espíritu de Jesucristo en su plenitud, y una vez que este divino reparador ha realizado todos los grados de su misión, que empezó a cumplir en el mismo momento en que se produjo la caída del hombre, prometiéndole que la raza de la mujer aplastaría la cabeza de la serpiente. El cristianismo es el complemento del sacerdocio de Melquisedec; es el alma del Evangelio, es el que hace circular en dicho Evangelio todas las aguas vivas de las que las naciones tienen necesidad para liberarse.

El catolicismo, al que corresponde propiamente el título de religión, es la vía de pruebas y trabajos precisos para llegar al cristianismo.

El cristianismo es la religión de la liberación y de la libertad; el catolicismo no es sino el seminario del cristianismo, la región en donde moran las reglas y disciplinas del neófito.

El cristianismo llena toda la tierra por igual con el espíritu de Dios; el catolicismo sólo llena una limitada región del globo, aunque su título lo presente como universal.

El cristianismo lleva nuestra fe hasta la región luminosa de la eterna palabra divina; el catolicismo limita esta fe en las fronteras de la palabra escrita o las tradiciones.

El cristianismo dilata y amplía el uso de nuestras facultades in-

telectuales; el catolicismo encierra y circunscribe el ejercicio de estas mismas facultades.

El cristianismo nos muestra a Dios al descubierto en el seno de nuestro ser, sin el recurso de formas y fórmulas; el catolicismo nos hace abandonar la relación con nosotros mismos para encontrar a Dios oculto bajo el aparato de las ceremonias. [...]

El cristianismo no hace ni monasterios ni anacoretas, porque no puede aislarse más de lo que lo hace la luz del sol, y de manera idéntica trata de difundir todo su esplendor. Es el catolicismo el que ha poblado los desiertos de solitarios, y las ciudades de comunidades religiosas, unos para dedicarse con mayor aprovechamiento a su salvación individual y los otros para ofrecer al mundo, que consideran corrompido, algunas imágenes de virtud y piedad que lo espabilaran de su letargia.

El cristianismo no tiene ninguna secta, porque abarca la unidad, y siendo única, no puede dividirse consigo misma. El catolicismo ha visto nacer en su seno multitud de cismas y sectas que han ido incrementando el reino de la división, más que el dominio de la concordia, y este propio catolicismo, cuando se creyó en el más perfecto grado de pureza, apenas encuentra dos miembros de su fe que posean una creencia uniforme.

El cristianismo no ha hecho jamás cruzadas; la cruz invisible que lleva en su seno no tiene por finalidad más que el consuelo y la felicidad de todos los seres. Ha sido una falsa imitación de este cristianismo, por no decir más, el que ha inventado estas cruzadas, y ha sido inmediatamente el catolicismo quien las ha adoptado; pero es el fanatismo quien las ha dirigido, el jacobinismo quien las compuso y el anarquismo el que se puso a su frente, y por último el «bandolerismo» el que las ha realizado.

El cristianismo sólo le ha hecho la guerra al pecado; el catolicismo va por el sendero de las autoridades y las instituciones. El cristianismo no es más que la ley de la fe; el catolicismo es la fe de la ley.

El cristianismo es la instalación completa del alma del hombre en el rango de ministro y obrero del Señor; el catolicismo limita al hombre en el seno de su propia salud espiritual.

El cristianismo une sin cesar al hombre a Dios, como siendo, por su naturaleza, dos seres inseparables; el catolicismo, al utilizar en ocasiones el mismo lenguaje, nutre, sin embargo, al hombre de tantas formas que le hace perder de vista su objeto real y le hace adquirir, o incluso viciarse, en numerosos hábitos que no sirven siempre para el provecho de su verdadero avance. [...]

El cristianismo es una activa y perpetua inmolación espiritual y divina, sea del alma de Jesucristo, sea de la nuestra. El catolicismo, que descansa particularmente en la misa, no ofrece en ella más que una inmolación ostensible del cuerpo y sangre del Reparador. [...]

El cristianismo pertenece a la eternidad; el catolicismo es del tiempo.

El cristianismo es el término; el catolicismo, a pesar de la imponente majestad de sus solemnidades, y por encima de la santa magnificencia de sus admirables rezos, no es más que el medio.

Finalmente, es posible que existan muchos católicos que no sean capaces de juzgar todavía en qué consiste realmente el cristianismo; pero es imposible que un verdadero cristiano no se encuentre en estado de juzgar lo que es realmente el catolicismo y en qué consiste en realidad lo que libera al ser.

El ministerio del Hombre-espíritu.

GOETHE

(1749-1832)

No puede ponerse en duda una relación directa de Goethe con la tradición ocultista. Su universal curiosidad no podía, al igual que la del doctor Fausto, separarse de estos territorios del saber, por otra parte muy frecuentados en la segunda mitad del siglo XVIII. Desde su juventud se interesó por la francmasonería; bajo la influencia de la señorita Von Klettenberg leyó tratados de alquimia, y a imitación de su amiga instaló un laboratorio para dedicarse a experiencias de este tipo. Existen numerosos rasgos de magia en sus obras *El gran cofto* y *Fausto*, y las consideraciones astrológicas le son igualmente familiares. En relación con la religión, el doctor Albrecht le enseñó el hebreo, y Langer las lecturas de los libros de Gottfried Arnold (heredero espiritual de Jaochim de Flore, Jacobo Boehme, etc.)... Por otros mil caminos Goethe llegó a meditar sobre una forma escogida y profunda de la religión cristiana, que podríamos muy bien calificar de teosofía. Cuando, al final del libro VII de *Poesía y verdad*, formula su credo, nos dice sobre sus creencias religiosas que si el «neoplatonismo era la base, el hermetismo, el misticismo y la cábala han ido aportando a su vez elementos».

Pero precisamente por la universal curiosidad de Goethe, los elementos aportados por el ocultismo se funden intensamente con los de otro origen. Esto es lo que explica diversas divergencias de juicio. Si para Milosz, Goethe está lleno de secretos incomprendidos, y para Curtius el orfismo de Goethe es capital, para otros autores el contenido iniciático de su obra es despreciable. La verdad es que, sin duda, Goethe, apasionado por el conocimiento científico y religioso, es uno de los pocos grandes genios que han reconstruido de forma personal lo que conocían de la tradición y que han intentado integrar estos aportes en la corriente real de la cultura humana. Así se funden en su obra las riquezas más diversas, los aportes de los gnósticos y la influencia de Spinoza, la herencia de los hermetistas y los presentimientos de los sabios modernos.

Aquí vamos a limitarnos al extracto de dos textos: un corto fragmento de la *Serpiente verde*, este extraño cuento en el que es preciso buscar constantemente la significación simbólica profunda. Rudolf Steiner ha hecho de él un rico comentario, considerándolo una imagen justa del desarrollo del alma, del que Goethe conocía la finalidad, en otro tiempo denominada «iniciación en los supremos misterios». De esta forma, para el pasaje que citamos es preciso considerar en el Rey de oro la iniciación intelectual, en el Rey de plata la iniciación sentimental, en el Rey de estaño la iniciación por la voluntad. El Templo es le objetivo supremo, todavía subterráneo. Los tres secretos del viejo de la Lámpara son los de los tres reinos mineral, vegetal y animal; el cuarto secreto, el que silba la serpiente dispuesta a sacrificarse, es el cuarto reino, el reino hominal, etc.

Siguen los *Urworte* (aracismos), estas cinco estrofas de ocho versos que aparecieron en el segundo cuaderno de la *Morfología,* y que en 1820 el propio Goethe comentaba diciendo: «Estas estrofas—escribía—contienen lo que posiblemente sea más abstruso en la moderna filosofía».

Los cuatro reyes

Una vez que se hubo encontrado allí, pasó con curiosidad su mirada por todos los lados, y aunque la claridad no le permitía observar plenamente la totalidad de objetos que había en la rotonda, distinguió con bastante claridad los más próximos. Lleno de asombro y de respeto, levantó los ojos hacia un nicho en donde se elevaba la estatua de un Rey de oro macizo; era un monarca de aspecto venerable, de tamaño superior al natural, aunque representase a un hombre de poca estatura. Su cuerpo, bien proporcionado, estaba cubierto con un manto sencillo, y una corona de hojas de roble sostenía sus cabellos.

Apenas había la Serpiente contemplado la majestuosa imagen cuando el Rey se puso a hablar, preguntándole:

—¿De dónde vienes?

—De los abismos—dijo la serpiente—, que son la morada del oro.

—¿Qué hay allí que sea más espléndido que el oro?—preguntó el Rey.

—La luz—contestó la serpiente.

—¿Qué existe que sea más reconfortante que la luz?—le interesó de nuevo.

—La palabra—fue la respuesta.

Mientras intercambiaban estas palabras, la serpiente había lanzado una mirada de costado y descubierto en el nicho vecino otra estatua no menos admirable. Se trataba de un Rey de plata, sentado, de elevada estatura, aunque un tanto frágil; llevaba un vestido de gran riqueza, corona, cinturón y cetro brillantemente adornados con piedras preciosas, y su faz irradiaba serenidad. Se hubiera dicho que se disponía a hablar, cuando en el mármol del muro, donde se marcaba un negro surco, se iluminó súbitamente una veta, llenando la totalidad del Templo de una dulce claridad. La serpiente pudo ver de esta manera la imponente estatua de un tercer rey, que tronaba apoyado en su maza, con la frente ceñida con laurel y más parecido a una roca que a un ser humano. Éste era el Rey de estaño. Quiso entonces dirigir la vista hacia el cuarto, el más alejado de ella, pero se abrió

la muralla, al mismo tiempo que la vena luminosa lanzó un último destello, desapareciendo.

Avanzó un hombre de talla mediana, que llamó toda la atención de la Serpiente. Estaba vestido como un campesino y llevaba una lamparilla, cuya ligera llama, en la que apenas se podía fijar la mirada, difundió por todo el Templo una maravillosa claridad que no dejó la más insignificante sombra.

—¿Por qué vienes aquí? ¿Es acaso porque poseemos la luz?—interrogó el Rey de oro.

—Sabéis que no debo aclarar lo oscuro.

—¿Mi reino tendrá fin?—preguntó el Rey de plata.

—Tarde o nunca—dijo el Viejo.

Con una voz muy fuerte, el Rey de estaño preguntó a su vez:

—¿Cuándo me levantaré?

—En seguida—respondió el anciano.

—¿Con quién debo realizar la alianza?—prosiguió el soberano.

—Con tus hermanos mayores.

—¿Qué será del más joven?

—Se sentará.

—No estoy cansado—gritó el cuarto rey, balbuciente y con voz ronca.

Sin embargo, la Serpiente hacía silenciosamente su camino alrededor del Templo, observándolo todo, y una vez hubo llegado ante el cuarto rey, lo examinó de cerca. Estaba éste adosado a una columna, formando una figura más imponente que hermosa. A primera vista se distinguía mal de qué materia estaba hecha; más cerca se reconocía una mezcla de los tres metales de que estaban formados sus hermanos. Pero la fundición no había sido bien conseguida, ya que las vetas de oro y plata se mezclaban caprichosamente por la masa del bronce, dando a la estatua un aspecto poco agradable.

El Rey de oro volvió a preguntar al hombre:

—¿Cuántos secretos conoces?

—Tres—dijo el viejo.

—¿Cuál es el más importante?—preguntó de nuevo el Rey de plata.

—El que está manifiesto—dijo el viejo.

—¿Nos lo revelarás a nosotros también?—preguntó el Rey de estaño.

—En cuanto conozca el cuarto—dijo el anciano.

—¿Qué me importa a mí todo esto?—balbució el Rey compuesto.

—Yo conozco el cuarto—dijo entonces la Serpiente, que, aproximándose al viejo, le silbó algo al oído.

—¡El tiempo se ha consumado!—exclamó el Viejo con voz potente.

El templo tembló, el metal de las estatuas vibró, y al instante el Viejo se vio lanzado hacia el Occidente al tiempo que la Serpiente lo era hacia el Oriente. Desaparecieron ambos filtrándose por los resquicios de las rocas.

La serpiente verde, según la versión francesa de André TANNER, editada por Mermod.

Las palabras maestras

Las cinco estancias siguientes han aparecido ya en el segundo cuaderno de la Morfología, pero una parte de ellas merece llegar a un público más amplio; y por otra parte, una serie de amigos han emitido el deseo de que se hiciera algo para ayudar a la comprensión de lo que en ellas no se hace más que presentir, para lograr un concepto más claro y un más puro conocimiento.

Lo que nos ha sido transmitido por las más viejas y las más recientes doctrinas órficas, se ha tratado de rehacerlo y presentarlo en forma poética, compendiada, lacónica. Estas pocas estrofas contienen muchas cosas significativas en una secuencia que, una vez penetrada, facilita al espíritu las más importantes consideraciones.

DAIMON, *el Demonio*

Lo mismo que el día en que te di al mundo, cuando en su mayor altura el sol se ofrecía en beneficio de los planetas, e inmediatamente y sin parar jamás has prosperado según la ley bajo la que hiciste tu aparición. Así es preciso que seas, porque no puedes huir de ti mismo, así lo decía la Sibila, así los profetas, y ningún tiempo, ni ninguna potencia, modelan la forma marcada que en vivo se desarrolla.

El propio título de la estrofa necesita una aclaración. El demonio aquí significa la individualidad necesaria, inmediata, preferida al propio nacimiento, y limitada, de la persona, las características por las que un individuo se diferencia de cada uno de los otros individuos, por grande que sea el parecido que pueda, por otro lado, tener con

ellos. Esta determinación que se atribuía al astro cuya acción había operado, y a la infinita diversidad de los movimientos y las relaciones de los cuerpos celestes entre sí y con la tierra, permitiendo muy adecuadamente el establecimiento de una relación con las variedades múltiples que presiden el nacimiento de los seres. De aquí el destino futuro del hombre tomaba su principio, y una vez concedido, era lícito admitir que la fuerza y particularidad nativas determinaban más que todo el resto del destino del hombre. Por esto, la estrofa que comentamos expresa, con una seguridad solemne y reiterada, la inmutabilidad del individuo. Las características individuales pronunciadas de esta forma pueden muy bien, en tanto que límites, ser destruidos, pero mientras su núcleo permanezca inalterado no puede ser reducido a pedazos ni ser desmantelado, y esto a través de todas las generaciones de su vida.

Este ser sólido, tenaz, que no se desarrolla más que a expensas de sí mismo, se manifiesta al ponerse en contacto con los elementos de diversa índole por los cuales su primordial carácter y original modo de ser se verá dificultado en sus efectos y a la vez será conducido por sus tendencias, y a estos factores extraños que entran en juego, nuestra filosofía los llama:

TURKHE, *el Azar*

El límite austero, sin embargo, se ve fortuitamente rodeado por una fuerza cambiante que camina con nosotros y a nuestro alrededor; solo, no lo posees, siendo en la sociedad de los demás cuando lo sientes gravitar sobre ti, y esto ocurre aunque actúes de manera idéntica a los otros. En la vida, es tan pronto frágil, como contrario. La propia vida es un juego ligero, y es mediante un juego sutil, zizagueando, como lo atraviesa. Ya en silencio se ve rodeado por el círculo de los años y la lámpara espera siempre la llama que debe encenderla.

Del orden del azar no se desprende siempre el hecho de que uno surja de tal nación, raza o familia, porque las naciones que existen desperdigadas sobre la tierra, y de manera idéntica sus numerosas ramificaciones, deben ser consideradas como individuos, y el azar no puede intervenir más que a través de la mezcla y el cruzamiento. Tenemos un importante ejemplo de opinión personal en razas como la judía; naciones europeas transferidas a otros continentes no abdican de su carácter, y después que han pasado varios siglos, en América del Norte, el inglés, el francés y el alemán siguen siendo perfecta-

mente reconocibles; por otra parte, sin embargo, gracias al cruzamiento, los efectos de lo fortuito se hacen visibles como entre los mestizos, a los que señala el color más claro de la piel. En la educación, cuando no se trata de una forma de educación pública y nacional, el azar ejerce sus derechos cambiantes. La nodriza y el ama del niño, el padre o el tutor, el profesor o el vigilante, el ambiente de los primeros años, los compañeros de juego, el medio ciudadano o rural, todo condiciona la particularidad del ser, sea para retrasar o para estimular su desarrollo. El demonio bien entendido se mantiene a través de todo esto, y por ello mismo constituye la naturaleza propia, el viejo Adán, utilicemos el nombre que sea para designarlo, y que, se le expulse con la premura que sea, no retorna más que de una manera más invencible.

En este sentido, una individualidad necesariamente constituida como tal, se le ha atribuido a cada hombre su demonio, que cuando llega la ocasión murmura a su oído la cosa precisa que debe hacer, y es de esta forma como Sócrates eligió la cicuta cuando le convino morir.

El azar, sin embargo, no se da nunca por vencido y no cesa de actuar, principalmente sobre la juventud, que, a causa de sus deseos, sus juegos, su sociabilidad y su esencia ondulante, se arroja tanto sobre un costado como sobre otro y no encuentra en ningún lado ni fijeza ni satisfacción. Es entonces cuando con el crecimiento del día nace una inquietud más seria, una aspiración más profunda; la llegada de una nueva divinidad es entonces esperada:

Eros, *el Amor*

Esta llama no falta nunca a la llamada. De lo alto de los cielos, en los que de un fuerte aleteo se había refugiado, Eros se precipita. Abandonando su antigua soledad, avanza planeando sobre su aéreo plumaje, que adorna su seno y su frente. Durante todo un día primaveral, tan pronto parece huir como, después de haber desaparecido, retorna. ¡Oh, entonces aparece tan dulce y tan oprimente! ¡Qué bienhechor y en el seno de la desgracia! ¡Cuántos corazones se funden en lo universal, pero el corazón más noble se liga a un ser único!

Aquí está incluido cuanto cabe concebir, desde el capricho más ligero al más apasionado de los frenesís; aquí se unen el demonio individual y la seducción del azar; el hombre parece no obedecer más que a sí mismo, semeja dejar sólo reinar su propia voluntad, abandonarse a sus impulsos, y, sin embargo, se trata de circunstan-

cias fortuitas que lo sustituyen, es un elemento extraño el que lo separa de su camino; cree atrapar y está preso, cree haber ganado y está perdido. Aquí el azar redobla su juego y atrae al ser extraviado por nuevos y extraños laberintos, aquí no hay ningún límite al extraviado, ya que el propio sendero es un error. Estamos ahora en peligro de vernos inducidos por nuestra consideración a pensar que lo que parecía destinado a lo que hay de más particular, en realidad flota y se deshace en lo universal. Por esto, la brusca entrada en escena de los dos últimos versos tiene por objeto proporcionarnos una advertencia decisiva sobre la única forma por la que se puede escapar a este error y defenderse mediante la conquista de una seguridad que pueda durar tanto como la vida.

Porque no es sino encarando parecidas coyunturas cómo el demonio muestra de qué es capaz; él, que constituye la fuerza que tienta por sí misma, que ha penetrado en el mundo con deseo absoluto y que no manifestará más que su buen humor cada vez que el azar se cruce por su camino, helo aquí que experimenta que no está determinado y sellado por la vía, he aquí que en su fuero interno toma conciencia de que puede determinarse a sí mismo, que le es posible no sólo actuar con vehemencia sobre el objeto que la suerte le da, sino también apropiárselo, y lo que es todavía más, abrazar una inclinación eterna, indestructible, un segundo ser que le es semejante.

Apenas se ha dado este paso cuando por una libre resolución se ha perdido la libertad: dos almas deben fundirse en *un* cuerpo, dos cuerpos en *un* alma, y en el mismo momento en que tal unión es preludio de esta recíproca y amorosa obligación, un tercer ser viene a unirse: padres e hijos deben componerse de nuevo en un todo enorme que es la común satisfacción, pero mayor es la exigencia. Cuando, de acuerdo con las leyes terrestres, este cuerpo compuesto por tan gran número de miembros cae enfermo en una cualquiera de sus partes, en lugar de reunirse en todo, he aquí que es necesario que el todo sufra en la única porción afectada, y a despecho de esto, sin tenerlo en cuenta, se encuentra que tal relación sea tan deseable como necesaria. La ventaja que posee atrae a cada uno y se les deja persuadir de los inconvenientes. La familia se une a la familia, los troncos se multiplican, de forma que el destino de un pueblo se ve determinado, y este pueblo se da cuenta de que lo que decreta el individuo aislado es igualmente provechoso para la totalidad, y entonces el pueblo, a su vez, decreta y convierte dicho decreto en algo irrevocable por medio de la ley. Esto que, por un acto del libre arbitrio, la amorosa inclinación acuerda, se convierte entonces en un deber que desarrolla

millares de otros deberes, y con el fin de que todo sea contractual en el tiempo y en la eternidad, ni el Estado ni la Iglesia, ni la costumbre se muestran mezquinos de ceremonias. Gracias a los contratos que unen de forma mejor, y que proporcionan a todas las cosas el máximo de publicidad, todas las partes toman sus precauciones a la manera que el todo no se vea comprometido, esto sucede para la más insignificante de las partes, ni por la inconstancia ni por el poder arbitrario.

ANANKE, *la Necesidad*

Y de esta forma las cosas suceden, por consecuencia, como las estrellas han querido; las condiciones son conforme a la ley. Toda voluntad no es sino un querer determinado por la necesidad, y ante ella, incluso lo arbitrario para. Lo que poseemos de más querido es preciso arrancarlo del corazón y al duro destino deberán plegarse nuestras voluntades y caprichos. De manera que no somos libres más que en apariencia y después de tantos años, no lo somos más al terminar nuestros días que lo éramos al comienzo.

Esta estrofa puede pasar sin que hagamos ningún comentario especial, ninguna persona con experiencia dejaría, al margen de este texto, de dar un número suficiente de notas, y nadie hay que no se sienta dolorosamente afectado cuando evoque, aunque no sea más que por rememorarlas, situaciones semejantes a las mencionadas, y más de uno podría desesperar cuando el presente lo mantiene encadenado en cierta manera. De esta forma, alegremente nos dirigimos hacia las últimas líneas para las que toda sensibilidad delicada se encargará con buena voluntad de proporcionar los adecuados comentarios, morales y religiosos.

ELPIS, *la Esperanza*

Pero he aquí que se entreabre el postigo de esta lúgubre puerta, de esta cerca, de estos muros de bronce; en este momento puede mostrarse tan vieja como las rocas. Porque un hada ligera se agita y, liberada de todas las cadenas, lejos de los velos de bruma, de las nubes y los torbellinos lluviosos, en su alada marcha nos lleva hacia las alturas. ¡Vosotros la conocéis!, porque ella recorre todos los espacios; da un golpe de ala y dejamos atrás todos los eones del reino de la eterna fatalidad.

Según la versión francesa de Charles Du Bos.

JOSEPH DE MAISTRE

(1754-1821)

Firme sostén de las tradiciones políticas y religiosas, conservador y católico, pensador «reaccionario», el conde Joseph de Maistre ha sido también el representante de una tradición más secreta y más importante. Sus cuadernos de notas nos informan sobre sus lecturas y permiten asegurar su curiosidad por místicos como Jacob Boehme, Mme. Guyon, Eckartshausen, etc. Sobre todo sabemos que, durante largos años, Joseph de Maistre fue francmasón. Empezó por la francmasonería ordinaria en la Logia de los Tres Morteros. En 1782, en una Memoria sobre la masonería dirigida al duque de Brunswick, asigna a las logias un papel de círculo de estudios políticos, morales y religiosos. A partir de este momento se encuentra en relación con la masonería lionesa de Willermoz, accediendo a los más elevados grados. Es «Caballero profeso de la Orden Bienhechora de la Ciudad Santa», es decir, que se encuentra en el corazón de uno de los medios ocultistas más ardientes de la época. En las logias de Willermoz hay una inclinación hacia el sonambulismo, el espiritismo, las revelaciones del «agente secreto», etc. Pero se conservan también las enseñanzas de Martines de Pasqually, en las que no todo se reduce a la teúrgia. Y Joseph de Maistre oirá allí con frecuencia hablar de Saint-Martin, al que posiblemente llegase a conocer, teósofo por el que mostraría siempre la más viva admiración, leyendo, volviendo a leer, copiando con su propia mano sus obras e impregnándose de su pensamiento. Lo mismo que en Rusia más tarde, el interés del conde Joseph de Maistre por el iluminismo no se apagará nunca.

Mantendrá prudentes reservas a causa de su catolicismo, pero para él ocultismo y cristianismo no se oponen, sino todo lo contrario; el ocultismo es a sus ojos un medio de anticipar provisionalmente la tercera revelación, de ir más allá de las enseñanzas oficiales hacia un cristianismo íntegro, más profundo y rico. ¿Cómo podría dudar, por tanto, de la legitimidad de este movimiento, cuando vuelve a encontrar frecuentemente en su camino las opiniones de los Padres de la Iglesia o de los primeros grandes filósofos cristianos? El universo se le presenta como una sagrada realidad, completamente sometido al gobierno divino; la teocracia en la sociedad, la piedad en el corazón del hombre, no son más que las consecuencias evidentes de esta primera constatación. De un plano al otro, se pasa por el juego de las correspondencias y las analogías: «El mundo físico no es más que una imagen, o si queréis, una repetición del mundo espiritual, y es posible hacer el estudio de uno en el otro de forma alternativa». Todo el esfuerzo del pensador tiene que tender a poner en evidencia estas correspondencias y avanzar a su través estudiando la historia y la política, reflexionando sobre los principios de las civilizaciones, la llagada del cristianismo trascendental, etc. Algunas páginas de las *Veladas* hablan por sí solas.

Sobre el iluminismo

EL SENADOR

¡Se ha decidido usted por los iluminados, mi querido amigo! Pero yo no creo, por mi parte, ser demasiado exigente si humildemente pido que se definan adecuadamente los términos y que tenga la bondad de indicarnos qué es un iluminado, con objeto de que se sepa de qué y de quién se habla, cosa que no deja de ser útil en una discusión. Se da el nombre de iluminados a estos hombres culpables, que han osado en nuestros días concebir y organizar en Alemania, mediante la más criminal de las asociaciones, el temerario proyecto de mantener en Europa la monarquía y el cristianismo. Se da este mismo nombre al discípulo virtuoso de Saint-Martin, que no profesa solamente el cristianismo, sino que trabaja únicamente con el fin de elevarse a las más sublimes alturas de esta divina ley. Ustedes me dirán, señores, si es posible que los hombres hayan podido caer en una mayor confusión de ideas. Lo les confieso incluso que no me es posible escuchar con sangre fría, en el mundo, a los insensatos de uno y otro sexo atribuir al iluminismo la más ligera palabra que pasa por su mente, con una ligereza y una ignorancia que pondrían a prueba la paciencia más ejercitada. Pero usted, mi querido amigo Romano, usted, tan gran defensor de la autoridad, hábleme francamente: ¿Podría leer las Sagradas Escrituras sin verse obligado a reconocer un gran número de pasajes que oprimen la inteligencia y que invitan a realizar tentativas de una sabia exégesis? ¿No le han dicho a usted, como a los demás, «escrutad las Escrituras»? Le ruego que me diga en conciencia: ¿Comprende usted el primer capítulo del Génesis? ¿Entiende el Apocalipsis de San Juan y el Cantar de los Cantares? ¿El Eclesiastés no le produce ninguna preocupación? Cuando usted lee en el Génesis que en el momento en que nuestros primeros padres se dieron cuenta de su desnudez, Dios les hizo trajes de piel, ¿lo interpreta al pie de la letra? ¿Cree usted que el Todopoderoso se dedicó a matar animales, quitarles la piel y teñirla, creando, por último, hilo y agujas, para rematar estas nuevas túnicas? ¿Cree sinceramente que los culpables que se rebelaron en Babel hayan realmente intentado la empresa, para poner su espíritu en reposo, de elevar una torre, cuya parte superior solamente llegó a alcanzar la Luna (¡y digo muy poco, como puede usted comprobar!), y cuando

las estrellas caigan sobre la tierra, no tendrá usted alguna dificultad para colocarlas? Pero puesto que el tema es el cielo y las estrellas, ¿qué me dice de la forma en que este término cielo se utiliza con frecuencia por los escritores sagrados? Cuando usted lee que Dios ha creado el cielo y la Tierra, que el cielo era para el creador y que había dado la Tierra a los hijos de los hombres, que el Salvador subió a los cielos y descendió a los infiernos, etc., ¿cómo entiende estas expresiones? Y cuando lee que el Hijo está sentado a la diestra del Padre y que San Etienne al morir lo vio en esta situación, ¿su espíritu no experimenta un cierto malestar y un indescriptible deseo de que se hubieran presentado a la mente del escritor sagrado otras palabras? Mil expresiones de este género le probarán que le ha agradado a Dios, tan pronto dejar hablar al hombre como le placía, como ocultar, bajo formas en apariencia simples y en ocasiones groseras, altos misterios que no se han hecho para todos los ojos, o en el caso de las dos suposiciones, ¿qué mal habría en explorar estos abismos de la gracia y la divina bondad, como se explora la Tierra para extraer el oro y los diamantes? Más que nunca, señores, debemos ocuparnos de estas elevadas especulaciones, porque hemos de estar dispuestos a esperar un inmenso acontecimiento en el orden divino, hacia el que marchamos con una velocidad exagerada que debe afectar a todos los observadores. Ya no existe religión sobre la tierra, el género humano no puede permanecer en este estado. Los más temerarios oráculos anuncian en este momento que han llegado los tiempos...

... El espíritu profético es natural al hombre y no cesará de actuar en el mundo. El hombre, al tratar de utilizarlo, en todas las épocas y en todos los lugares, intentando penetrar en el futuro, declara que no está hecho para el tiempo; porque el tiempo es algo forzado que no exige más que su terminación. De ahí procede el que en nuestros ensueños no tengamos nunca idea del tiempo y que el estado de sueño se haya considerado en todas las épocas como favorable para las comunicaciones divinas...

... Recuerde todavía, señor conde, el cumplido que me ha dedicado sobre mi erudición respecto al número tres. Este número, efectivamente, se muestra por todas partes, en el mundo físico y en el moral, así como en las cosas divinas. Dios habló en una primera ocasión a los hombres desde el monte Sinaí, y esta revelación fue velada, por razones que ignoramos, permaneciendo encerrada en los límites de un solo pueblo y un solo país. Después de quince siglos, una segunda revelación se dirigió a todos los hombres sin distinción, y ésta es la que nosotros juzgamos; pero la universalidad de su acción debería

también quedar infinitamente restringida por las circunstancias del tiempo y el lugar. Tendrían que pasar quince siglos antes de que América viese esta luz, y estos vastos países encierran todavía una masa de hordas salvajes extrañas al gran beneficio, de forma que se estaría tentado a creer que están excluidos por su propia naturaleza o en virtud de algún anatema primitivo. Solamente el gran Lama tiene más hijos espirituales que el Papa; en Bengala hay sesenta millones de habitantes y en China doscientos, en Japón veinticinco o treinta. Piense todavía en los inmensos archipiélagos del gran océano, que forman hoy la quinta parte del mundo. Sus misioneros han hecho indudablemente esfuerzos maravillosos para anunciar el Evangelio en algunos de estos lejanos países, pero véase cuál ha sido el resultado. ¡Cuántas miríadas de hombres a los que la buena nueva no llegará jamás! La cimitarra de los hijos de Ismael ha exterminado casi completamente el cristianismo de Asia y África, y en nuestra Europa, finalmente, hay que ver el espectáculo que se ofrece a los ojos religiosos. El cristianismo se ha visto radicalmente destruido en todos los países sometidos a la reforma insensata del siglo XVI, y en nuestros países católicos no parece existir más que nominalmente. Yo no pretendo poner mi Iglesia por encima de la suya, no estamos aquí para discutir. Por desgracia, sé bien lo que nos falta, pero yo les ruego a ustedes, mis buenos amigos, que se examine con idéntica sinceridad: qué odio de un costado y del otro, qué prodigiosa indiferencia entre ustedes por lo que se refiere a la religión y lo que con ella se relaciona; qué rudos ataques por parte de los poderes católicos contra el jefe de vuestra religión. Hasta qué extremo la invasión general de vuestros principios no ha reducido entre vosotros el orden sacerdotal. El espíritu público que los inspira o los imita se ha vuelto completamente contra este orden. Ésta es una conjuración, es una especie de rabia contagiosa, y yo creo que el Papa no querría tratar mejor un asunto religioso con Inglaterra que con tal o cual gabinete católico que podría nombrarle. ¿Cuál será el resultado de la tormenta que en estos momentos vuelve a formarse? Millones de católicos pasarán posiblemente bajo cetros heterodoxos para ustedes, e incluso para nosotros. Si las cosas suceden así espero que estén ustedes lo suficientemente aclarados para contar acerca de lo que se ha denominado tolerancia, porque ustedes saben que el catolicismo no ha sido jamás tolerado en la fuerza del término. Cuando se os permite asistir a la misa y no se fusila a vuestros sacerdotes, se llama a esto tolerancia; sin embargo, esto no es todo lo que debo deciros. Examinaos a vosotros mismos haciendo callar a los prejuicios y sentiréis que vuestro

poder se os escapa de las manos; carecéis de la conciencia de la fuerza que reposaba bajo la pluma de Homero, cuando desea haceros sensibles al grado supremo del valor. Tenéis mayor número de héroes, pero nada osáis y se intenta todo contra vosotros. Contemplad este lúgubre cuadro; reunid sobre él la atención de los hombres elegidos y veréis si los iluminados están equivocados al entrever como más o menos próxima una tercera explosión de la bondad todopoderosa en favor del género humano. No terminaría nunca si quisiera reuniros la totalidad de las pruebas que se reúnen para justificar esta gran espera. Una vez más, no alejéis a las personas que se ocupan y que ven, en la propia revelación, las razones para prever una revelación de la revelación. Llamad, si lo deseáis, a estos hombres iluminados, estaré plenamente de acuerdo con ello, siempre que este término se aplique seriamente...

El conde

... En primer lugar, no aseguro que todo iluminado sea francmasón, digo solamente que todos los que he conocido, especialmente en Francia, lo eran. Su dogma fundamental es que el cristianismo, tal como lo conocemos hoy día, no constituye una verdadera *logia azul* hecha para los seres vulgares, sino que depende del *hombre de deseo* el poder elevarse de grado en grado hasta alcanzar los más sublimes conocimientos, tal como los poseían los primeros cristianos, que eran unos verdaderos iniciados. Esto es lo que ciertos alemanes han denominado *Cristianismo trascendental*. Esta doctrina es una mezcla de platonismo, origenismo y filosofía hermética, sobre una base cristiana.

Los conocimientos sobrenaturales son el gran objetivo de sus trabajos y esperanzas. No dudan en absoluto que le sea posible al hombre ponerse en comunicación con el mundo espiritual, tener comercio con los espíritus y descubrir de esta forma los más raros misterios.

Su hábito invariable es el dar nombres extraordinarios a las cosas más conocidas bajo denominación consagrada. De esta forma, un hombre para ellos es un pupilo, y su nacimiento la emancipación. El pecado original se conoce como el crimen primitivo; los actos de la potencia divina o sus agentes en el universo se llaman bendiciones, y las penas infligidas a los culpables, palmetazos. Con frecuencia los he tenido en palmetazo, cuando no era posible asegurarme que todo cuanto decían de verdad no era más que el catecismo lleno de extrañas palabras.

He tenido ocasión de convencerme, hace más de treinta años, en una gran ciudad de Francia, que una cierta clase de estos iluminados tenían grados superiores desconocidos a los iniciados admitidos a sus reuniones ordinarias. Tenían incluso un culto y unos sacerdotes que designaban con la palabra hebrea cohen.

Esto no quiere decir que no pueda haber, y que de hecho no haya, en sus obras cosas verdaderas, razonables y que llamen la atención, sino que resultan demasiado sofisticadas por mezclarse lo cierto y lo falso con lo peligroso, sobre todo a causa de su aversión por toda autoridad y jerarquía sacerdotal. Este carácter está muy generalizado entre ellos y yo jamás he podido reconocer una excepción entre los numerosos adeptos que he conocido.

El más instruido, sabio y elegante de los teósofos modernos, Saint-Martin, cuyas obras han sido el código de los hombres a los que me estoy refiriendo, participaba, sin embargo, de esta característica general. Murió sin haber querido recibir a un sacerdote y sus obras presentan la prueba más clara de que no creía en la legitimidad del sacerdocio cristiano.

Al protestar de que no había dudado en ningún momento de la sinceridad de La Harpe en su conversión (¡qué hombre honrado podría dudar!), añade, sin embargo, que este célebre escritor no le parecía haber estado gobernado por los principios verdaderos.

Pero es preciso leer sobre todo el prefacio que puso al principio de su traducción del libro de los *Tres Principios,* escrito en alemán por Jacobo Boehme; allí es donde, después de haber justificado hasta un determinado punto las injurias vomitadas por este fanático contra los sacerdotes católicos, acusa a nuestro cuerpo sacerdotal en conjunto de haber alterado su destino, es decir, en otras palabras, que Dios no ha sabido establecer en su religión un sacerdocio tal como debería haberlo hecho para llenar todas sus divinas misiones. Ciertamente, ésta es una gran lástima, porque dicho ensayo se equivoca y quedan muy pocas esperanzas. Yo seguiría mi marcha, señores, como si el Todopoderoso hubiera logrado su intención, y mientras los piadosos discípulos de Saint-Martin, dirigidos, siguen la doctrina de su maestro, en lo que atañe a los verdaderos principios, tratando de atravesar las olas a nado, yo dormiría en paz en esta barca que riela felizmente a través de los escollos y las tempestades después de mil ochocientos nueve años.

Las veladas de San Petersburgo, conversación undécima

WILLIAM BLAKE

(1757-1827)

El rasgo principal de William Blake es la espontaneidad. ¿Qué hay de mayor ingenuidad que el poema del Cordero o los relatos de la cena con Ezequiel? El segundo carácter de Blake—*last but not least* (último pero no único)—es la profundidad de su doctrina. La traslocación de los valores en *El matrimonio del cielo y el infierno* hace prever a Nietzsche, y la profecía sobre *América* alcanza las más sutiles complicaciones psicológicas y metafísicas. Entre estos dos rasgos, sin embargo, no existe contradicción alguna. Léase simplemente la carta sobre la doble visión de Teodoro Butts (22 de noviembre de 1802), y se comprenderá que el método de Blake, analógico, simbólico, primitivo, esencialmente fundamentado en la intuición y la humildad, gira en torno al conocimiento de los objetos más sublimes y misteriosos. La paradoja no se manifiesta más que en los términos que la formulan. Se asombra uno de que un indígena de Polinesia pueda pensar las especulaciones de la Escuela de Alejandría y en su vida cotidiana, que un niño posea la noción bergsoniana de la duración, que Blake—de una sola pirueta—revela la técnica poética y mágica. Y ciertamente, interpretar el comportamiento de los seres con la ayuda de tales conceptos permite poner en marcha el resorte de lo inconsciente. Éste es el resultado de un correcto psicoanálisis, de una buena crítica..., a condición de no olvidar que hemos descompuesto lo único y fragmentado, una fracción sin partes. El polinesio se contenta con comprobar que, en su mundo, todo es correspondiente; el niño se deja conducir por el tiempo. Blake es un filósofo—toda su obra de pintor y escritor demuestra que se trata de un filósofo tradicional—que caminaba como Zenón. Blake se lanza a lo desconocido como un niño en el mundo de las hadas, porque es capaz de vivir, de ver lo que otros deducen penosamente; es un ocultista y un místico y no podía ser de otra manera. No tratemos de juzgarlo como un excéntrico, al igual que sus contemporáneos, o como sabían sus amigos, como un ser genial. No pidamos que Blake demuestre sus afirmaciones, justifique sus esfuerzos, demuestre el mecanismo de su pensamiento; él es así y así expresa su pensamiento. Por su desarreglo, Rimbaud llega a ser vidente y se aproxima a Dios. Por una piedad sin peso, Blake llega también a ser vidente y canta a Lucifer. Independientemente de su videncia, no son nada. Ante los resultados y los recuerdos de Blake no se puede más que admirar su método, diferente de cualquier otro, y ver qué maravillosamente adaptado está a su fin último: la comunión universal.

El matrimonio del Cielo y el Infierno (extractos)

Un nuevo cielo ha comenzado, hace ya treinta años, y he aquí que el Infierno eterno revive. ¡Hay de mí!, Swedenborg es el ángel sentado al pie de la tumba; sus escritos son el sudario plegado. Éste es, sin embargo, el reino de Edón, y la vuelta de Adán al Paraíso. Véase Isaías, capítulos XXXIV y XXXV.

Sin los contrarios no existe progreso; la atracción y la repulsión, la razón y la energía, el amor y el odio, son necesarios a la existencia del hombre.

De estos contrarios surge lo que la religión ha llamado el bien y el mal. El bien es el pasivo sometido a la razón. El mal es el activo que carece de energía. El bien es el cielo, el mal el infierno.

La voz del diablo

Todas las Biblias, todas las Sagradas Escrituras han engendrado los siguientes errores:

1. Que el hombre posee dos principios reales, a saber: un cuerpo y un alma.
2. Que la energía, llamada el mal, procede únicamente del cuerpo, y que la razón, denominada el bien, viene únicamente del alma.
3. Que Dios castigará al hombre en la eternidad por haber seguido sus energías.

Pero las proposiciones contrarias son verdaderas:

1. El hombre no posee un cuerpo diferente de su alma; porque lo que se llama el cuerpo es un fragmento del alma que descubren los sentidos; la gran escapatoria del alma, en nuestra época.
2. La energía es la única vía y procede del cuerpo, y la razón es el límite de la circunferencia exterior de la energía.
3. La energía es el eterno placer.

Aquellos que controlan su deseo, es porque dicho deseo en ellos es lo suficientemente débil para ser controlado; y la razón que controla ocupa el ugar del deseo y gobierna al insumiso.

Y el deseo reprimido se desvanece poco a poco hasta no ser más que la sombra del deseo.

Esta historia está descrita en el *Paraíso perdido,* y el gobernador o la razón es denominado el Mesías.

Y el primer arcángel, el jefe de las milicias celestes, es denominado el Diablo o Satán, y sus hijos son llamados Pecado y Muerte.

Pero en el libro de Job, el Mesías de Milton es llamado Satán.

Porque esta historia ha sido adoptada por las dos partes.

Ciertamente, a la razón le parece que el deseo ha sido eliminado, pero, según la versión del Diablo, ha sido el Mesías el que cayó y el que ha creado un cielo despojando al abismo.

Esto se ve en el Evangelio, donde él implora al Padre que envíe al consolador o el deseo, para que la razón pueda construir sobre sus ideas; porque el Jehová de la Biblia no es otro que el que vive en el fuego flameante.

Sabed que, después de la muerte del Cristo, se convirtió en Jehová.

Pero, para Milton, el Padre es el Destino, el Hijo un símbolo de los cinco sentidos y el Espíritu Santo el vacío.

NOTA.—Si Milton fue encarcelado por escribir acerca de los ángeles y sobre Dios, y si era libre para hablar del Diablo y del Infierno, es porque era un verdadero poeta y pertenecía al partido del Diablo, sin saberlo.

Los poetas de la antigüedad dieron la vida a los objetos sensibles con ayuda de los dioses y los genios, a los que denominaban con los nombres de aquéllos y a los que conferían las propiedades de los bosques, los ríos, las montañas, los lagos, las ciudades, las naciones y de todo cuanto percibían sus sentidos numerosos y refinados.

Y, de una manera particular, investigaban el carácter de cada ciudad y de cada país, con el fin de colocarlos bajo el nombre de una divinidad.

Hasta que quedó constituido un sistema, del que algunos sacaron provecho para reducir el pueblo a la esclavitud, esforzándose en individualizar los dioses y separarlos de los objetos a los cuales estaban unidos: así nació el sacerdocio.

Se basaron para redactar los rituales en los cuentos poéticos.

Y por último decidieron que los dioses habían ordenado determinadas cosas.

De esta manera los hombres olvidaron que la totalidad de las divinidades mora en el corazón del hombre.

Los profetas Isaías y Ezequiel vinieron a comer conmigo y yo les pregunté cómo osaban de manera tan natural afirmar que Dios les había hablado y si no pensaban en la época que se les comprendería mal y que de esta forma servirían a la causa de la impostura.

Isaías contestó: «Yo no he visto a ningún Dios, y no he oído a ninguno, lo que se llama oír o escuchar; pero mis sentidos han descubierto el infinito en cada objeto y entonces me he persuadido y he quedado completamente convencido de que la voz de la virtuosa indignación es la Voz de Dios. No pensé en las consecuencias, sino que me puse inmediatamente a escribir».

FABRE D'OLIVET

(1768-1825)

Descendiente de una familia de indómitos hugonotes, funcionario de poca categoría durante una decena de años bajo el Consulado y el Imperio, Fabre d'Olivet llama nuestra atención por lo amplio de su cultura ocultista, seguida de la audacia de sus interpretaciones. Conocía el hebreo y la cábala y se había interesado por las doctrinas de los antiguos egipcios y por todas las doctrinas orientales, de la India, China, Persia, etc. Asimiló a la perfección las investigaciones de sus predecesores Court de Gébelin, Martines de Pasqually, Swedenborg, etc., y ha sabido encontrar las influencias gnósticas en los trovadores, interesándose tanto en los zíngaros como en Paracelso. Estudioso del pitagorismo, no excluía las meditaciones más elevadas sobre las más abstrusas interpretaciones de la Biblia. Conocía a Orfeo, Moisés y Ram, que es al mismo tiempo el Rama de los hindúes, el Fo de los chinos, el Dionisio de los griegos, etc. Se puede decir que se ha acercado a la puerta de todos los misterios y que ha franqueado más de una.

Pero su ambición era todavía más amplia que su erudición. Partiendo de todos sus conocimientos, teóricos y prácticos, elaboró un sistema personal. En la época del *Genio del cristianismo* trató de fundar, encarándose al catolicismo renaciente, una nueva religión politeísta, al menos en su forma más exterior, porque el monismo funcional de Fabre d'Olivet no deja lugar a dudas sobre su dogma, inspirado por un vasto sincretismo ocultista. Se sabe que murió, misteriosamente apuñalado delante de sus altares. Desde el punto de vista filológico e histórico hay mucho que decir acerca de las hipótesis, métodos y razonamiento del autor de la *Lengua hebraica restituida* y de la *Historia filosófica del género humano.* Pero no es posible por menos que admirar su curiosidad, su espíritu de síntesis, su voluntad de penetrar los misterios. Tradujo de la forma siguiente el segundo versículo del Génesis: «Pero la tierra no era más que una potencia contingente de existir en una potencia del ser; la oscuridad, fuerza astringente y comprensiva, envolvía al abismo, fuente infinita de la existencia potencial; y el espíritu divino, soplo expansivo y vivificador, ejerciendo todavía su acción generadora por debajo de las aguas imagen de la universal pasividad de las cosas». Podemos asombrarnos de este lenguaje, pero ¿no nos da la impresión también de que Fabre d'Olivet avanza en una dirección en la que se podrían realizar numerosos descubrimientos y múltiples y fecundas reflexiones?

No volveremos a tratar este problema del lenguaje, ya muchas veces evocado en esta antología. Por otra parte, hemos dado (pág. 46) un fragmento de sus comentarios sobre Pitágoras. Reproducimos aquí algunos pasajes sobre su filosofía de la historia.

El hombre, el destino, la providencia

Estas dos potencias, en medio de las que se encuentra situado el hombre, son el Destino y la Providencia. Por debajo de él se encuentra el Destino, naturaleza necesitada y naturada; por encima está la Providencia, naturaleza libre y naturante. Como reino hominal, él constituye la voluntad mediadora, la fuerza eficiente, colocada entre estas dos naturalezas para servirles de enlace, de medio de comunicación, y reunir dos acciones, dos movimientos, que serían incompatibles sin él.

Las tres potencias que acabo de nombrar, la Providencia, el Hombre considerado como reino hominal, y el Destino, constituyen el terreno universal. Nada escapa a su acción; todo les está sometido en el Universo, todo excepto el propio Dios que los envuelve en su insondable unidad formando con ella esta tétrada sagrada, este inmenso cuaternario, que es el todo en el todo y fuera del cual nada existe.

Tendría mucho que decir en la obra que seguirá sobre estas tres potencias; y señalaré, siempre que me sea posible, su acción respectiva, y la parte que cada una de ellas toma en los diversos acontecimientos que varían la escena del mundo y cambian la faz del universo. Será ésta la primera vez que se las vea aparecer juntas como causas motrices, independientes una de otra, aunque igualmente ligadas a la causa única que las rige, actuar según su propia naturaleza, conjuntamente o por separado, y dar de esta forma la razón suficiente de todas las cosas. Estas tres potencias, consideradas como principios principiantes, son muy difíciles de definir, porque de la forma en que las he enunciado no se sabría jamás definir un principio; pero pueden ser conocidas por sus actos, y captadas en sus movimientos, porque no salen de la esfera en la que el hombre-individuo se encuentra encerrado como parte integrante del hombre universal. Esto que se opone a que Dios pueda ser conocido de la misma forma que estas tres potencias que emanan, es que este Ser absoluto las contiene sin estar contenido y las encadena sin estar encadenado. Intenta, según la hermosa metáfora de Homero, la cadena de oro que liga a todos los seres y que desciende del brillante Olimpo, hasta el centro tenebroso Tártaro; pero esta cadena, que él toma a su arbitrio, lo deja siempre inmóvil y libre. Contentémonos con adorar en silencio a este Ser inefable, este DIOS fuera del que no existen dioses, y

sin tratar de sondear su insondable esencia, tratemos de conocer el potente ternario en el cual él se refleja: la Providencia, el Hombre y el Destino. Lo que voy a decir aquí no será en substancia más que lo que ya dije a propósito de mis Exámenes sobre los Versos de Oro de Pitágoras; pero en un tema tan difícil resulta imposible no repetirse.

El Destino es la parte inferior e instintiva de la Naturaleza universal, que he denominado nuaturaleza naturada. Su acción se conoce como Fatalidad, y la forma por la que se manifiesta a nosotros se denomina Necesidad; ella es la que une la causa y el efecto. Los tres reinos de la naturaleza elemental, mineral, vegetal y animal, pertenecen al dominio del Destino, es decir, que todo pasa allí de una manera fatal y forzada, según las leyes determinadas anticipadamente. El Destino no da el principio de nada, sino que se dedica a realizar, desde el momento en que se ha decretado, para producir las consecuencias. Es únicamente mediante la necesidad de estas consecuencias como influye sobre el porvenir y se hace sentir en el presente; porque todo lo que posee como propiedad se encuntra en el pasado. Se puede por lo tanto comprender como Destino a esta potencia según la cual concebimos que todas las cosas hechas se realicen y que, presentadas una vez, según su naturaleza intrínseca, dan lugar a resultados forzados que se desarrollan sucesiva y necesariamente.

En el momento en que el hombre aparece sobre la tierra, pertenece al Destino, que lo mantiene largo tiempo dentro de los remolinos de la fatalidad. Pero, aunque arrojado en estos torbellinos y sometido a su influencia como todos los seres elementales, lleva en sí un germen divino que no se confundirá jamás enteramente con él. Este germen, reaccionado por el propio Destino, se desarrolla para oponerse. Es una chispa de la voluntad divina que, participando de la vida universal, llega a la naturaleza elemental para desarrollar la armonía. A medida que este germen se desarrolla opera, de acuerdo con su energía, sobre las cosas forzadas, y opera libremente sobre ellas. La libertad es su esencia. El misterio de su principio es tal que su energía aumenta a medida que se ejerce, y que su fuerza, aunque comprimida indefinidamente, no es vencida jamás. Cuando este germen se ha desarrollado plenamente, constituye la Voluntad del Hombre universal, una de las tres grandes potencias del universo. Esta potencia, igual a la del Destino que le es inferior, e incluso a la de la Providencia que le es superior, no revela más que a Dios, a quien las otras dos están igualmente sometidas, cada una según su rango,

como he dicho anteriormente. Es la voluntad del hombre la que, como potencia media, reúne el Destino y la Providencia; sin ella, estas dos potencias extremas, no solamente no se reunirán jamás, sino que no se conocerían. Esta voluntad, ejerciendo su actividad, modifica las cosas coexistentes, creando otras nuevas que se convierten inmediatamente en propiedad del Destino y prepara para el futuro las mutaciones en lo que está hecho y las consecuencias necesarias en lo que acaba de serlo.

La Providencia es la parte superior e inteligente de la Naturaleza universal, que yo he denominado naturaleza naturante. Es una ley viva, emanada de la divinidad, en medio de la que todas las cosas se determinan en potencia del ser. Todos los principios inferiores emanan de ella; todas las causas tienen en su seno el origen y la fuerza. El objetivo de la Providencia es la perfección de todos los seres, y esta perfección recibe del propio Dios su tipo irreductible. Los medios que tiene para alcanzar este objetivo son lo que nosotros denominamos tiempo. Pero el tiempo no posee existencia por ella, siguiendo la idea que nosotros tenemos. Ella lo concibe como un movimiento de la eternidad. Esta potencia suprema no actúa de forma inmediata más que sobre las cosas universales, pero esta acción, por un encadenamiento de sus consecuencias, puede hacerse sentir mediatamente sobre las cosas particulares, de forma que los más insignificantes detalles de la vida humana pueden verse afectados, o ser deducidos, según que se liguen por nudos invisibles a los acontecimientos universales. El hombre es un germen divino que ella siembra en la fatalidad del Destino, con el fin de cambiarla y hacerse dueña, por medio de la voluntad, de este ser intermedio. Esta voluntad, siendo necesariamente libre, puede ejercerse también sobre la acción de la Providencia, así como sobre el Destino; pero con cierta diferencia, porque si cambia en realidad el desarrollo de los acontecimientos del Destino, que era fijo y necesario, y esto oponiendo necesidad a la necesidad, y Destino a Destino, nada puede contra los acontecimientos providenciales, precisamente porque es indiferente en su forma y llega siempre a su objetivo, a través del camino que sea. Es solamente el tiempo y la forma lo que varían. La Providencia no está encadenada ni a uno ni a otro, la única diferencia es para el Hombre, que modifica las formas de la vida, acorta o alarga el tiempo, se regocija o sufre según haya hecho el bien o el mal; es decir, según se una su acción particular a la acción universal o se separe de ella.

Historia filosófica del género humano.

Los atlantes

He dicho más arriba que en la época en que los celtas concluyeron la conquista de la India encontraron allí plenamente establecido un completo sistema de ciencias físicas y metafísicas. Parece, por lo tanto, cierto que la cosmogonía atlántica lo relacionara todo con la Unidad absoluta, considerando que todo emanaba y dependía de un solo Principio. Este Principio único, llamado *Iswara,* se concebía como puramente espiritual. No se puede negar que esta doctrina no presenta demasiadas ventajas; pero también se debe convenir que implica ciertos inconvenientes, sobre todo cuando el pueblo al que se da no se encuentra en circunstancias adecuadas para recibirla. Es preciso, para que el dogma de la unidad absoluta permanezca en el espiritualismo puro y no induzca al pueblo al que se da el culto materialista a un antropomorfismo abyecto, que dicho pueblo esté lo suficientemente iluminado para poder razonar siempre de una forma justa, o que lo sea tan escasamente que no pueda razonar en ningún momento. Si no posee más que una semiiluminación intelectual, y sus conocimientos físicos lo conducen a sacar consecuencias justas de determinados principios, no puede darse cuenta de la falsedàd, y su desviación es inevitable, con lo que se convertirá en ateo o modificará los dogmas.

Puesto que está demostrado que los atlantes habían admitido el dogma de un principio único, y que este principio se había encontrado hasta entonces en armonía con su situación, no puede uno negarse a creer que hubieran alcanzado el más elevado grado en la organización social de sus Estados. Su imperio había abarcado la totalidad de la tierra, pero sin duda, después de haber logrado su máximo desarrollo, la iluminación comenzó a ensombrecerse cuando los celtas se pusieron en pie de guerra e iniciaron a su vez la conquista. Los hindúes que les habían sucedido sobre otra porción de la tierra, aunque eran los más instruidos de sus discípulos, se encontraban muy lejos de poseer los mismos medios. Su gobierno marchaba todavía gracias al impulso que habían recibido, pero ya los resortes estaban gastados y los principios de vida que los animaban no podían ser reparados.

Egipto, al que no es posible olvidar, fue el último país que permaneció bajo el dominio de los atlantes. Allí se conservó siempre el recuerdo de estos pueblos, y más tarde, incluso al pasar a ser dominado por los pastores fenicios, continuó en posesión de dos impor-

tantes tradiciones: la primera, que procedía originariamente de la raza sudeana, que había sido la de sus habitantes, y la segunda, que habían recibido de la raza hiperbórea, de la que habían extraído más tarde el culto y las leyes. Podían incluso, mediante la primera de estas tradiciones, remontarse a una existencia anterior y conservar ciertas ideas de la raza austral que había precedido a la sudeana. Esta primera raza, a la cual pertenecía posiblemente el original y primitivo nombre de Atlántida, había perecido totalmente en medio de un terrible diluvio, que, cubriendo las tierras habitadas, las había barrido de un polo al otro y sumergido la isla inmensa y magnífica que esta raza habitaba más allá de los mares. En el momento en que esta isla desaparecía, con todos los pueblos que la habitaban, la raza austral ejercía el imperio universal y dominaba sobre la sudeana, que estaba apenas saliendo de la barbarie y se encontraba todavía en la infancia de la organización social. El diluvio que la deshizo fue de tal violencia que sólo dejó un confuso recuerdo en la memoria de los sudeanos que sobrevivieron. Estos sudeanos no debieron su salvación más que a su posición ecuatorial y a las cúspides de las montañas que habitaban, porque sólo aquellos felices mortales que vivían en las cumbres de las montañas más elevadas fueron los que escaparon al naufragio.

Estas tradiciones, que el cuerpo sacerdotal egipcio poseía casi en exclusiva, le dieron una justa superioridad sobre el resto de los pueblos. Los sacerdotes de Tebas no podían por menos que reír compasivamente cuando, pasado un inmenso período de siglos, escuchaban a los griegos, pueblo muy moderno apenas salido de la infancia, alabarse de ser autónomos, hablar de ciertas inundaciones parciales como si se tratase de un diluvio universal y dar a Giges o Deucalión, personajes mitológicos, como antecesores del género humano; olvidar plácidamente lo que debían a los sudeanos, a los celtas, caldeos, fenicios y a los propios egipcios, para envanecerse de su elevada ciencia; situar en Creta la tumba de Zeus, el dios vivo; hacer nacer en una aldea de Beocia a Dionisio, la inteligencia divina, y en una insignificante isla del archipiélago a Apolo, el padre universal. Todas estas cosas, y una infinidad de otras, podrían ser referidas para autorizar a aquel sacerdote que decía a Solón: «Vosotros los griegos sois como niños que pegan a sus nodrizas. Os creéis muy sabios y no conocéis todavía nada de la historia del mundo».

Historia filosófica del género humano.

FRIEDRICH DE HARDENBERG, LLAMADO NOVALIS

(1772-1802)

El misticismo protestante se identifica con frecuencia con el iluminismo. Esto, que es cierto en relación a Pedro Poiret, Jeanne Leade, incluso de Weishaupt, no lo es menos del romanticismo alemán a que condujeron estas corrientes filosóficas y religiosas. Determinados fragmentos de Novalis recuerdan a Pascal incluso, dice Maeterlinck, a un Pascal sonámbulo, porque «Pascal no había conocido a Jacob Boehme, Lavater, Eckhartshausen, Zwizendorf, Young-Stilling, y el gran Boehme especialmente no abandona nunca las felices presas que ha capturado».

Novalis fue amigo de Schlegel, Schiller, Jean-Paul, del que conoció toda la ironía y muy poco la profundidad. Su vida entera estuvo obsesionado por *Wilhelm Meister*. Y el ocultista Zacarías Werner, al que visitaba con frecuencia, se convirtió en el Maestro de *Los discípulos en Sais.*

En este clima, que restituye adecuadamente la correspondencia de Saint-Martin con el barón de Liebistorf, el genio de Novalis se desarrolla de forma muy natural. A su vez se va enriqueciendo. Una sensibilidad infinita, un gusto instintivo por el misterio de los seres y las cosas, permitirán al autor de los *Himnos a la noche* dar a su obra «este carácter extraño, velado, casi enigmático», del que habla Carlyle.

Novalis experimentaba la simpatía viva que une el hombre al universo, que llama poesía, magia, amor. Le consagra la vida que tenía, procedente de esta fuerza, y Sofía, pequeña novia de quince años, que nos parece tan semejante a todas las jóvenes del mundo y que debería ser otra «gentilísima», eterna Beatriz, la verdadera Sofía [1].

Los discípulos en Sais

Un dulce frescor se difundió desde el fondo de las avenidas umbrosas sobre la plaza y las gradas del edificio. El maestro hizo que

[1] Los extractos de *Los discípulos en Sais* que se citan en esta obra proceden de la traducción de MAETERLINCK, Bruselas, 1895. Los extractos de los *Fragmentos* se han tomado de: NOVALIS, *Diario íntimo,* seguido de los *Himnos a la noche,* y de *Fragmentos inéditos,* versión francesa de G. Claretie y S. Joachim-Chaigneau, París, Stock, 1927.

trajeran una de estas piedras extrañamente luminosas a las que se llama carbunclos, y una roja y poderosa claridad se desparramó sobre las formas y vestidos diversos. No tardó en surgir una agradable simpatía. Mientras una música lejana se dejaba oír, y una refrescante llama, reflejándose en las copas de cristal, prolongaba esta claridad entre los labios de los que hablaban, los extranjeros narraban los notables acontecimientos de su largo viaje. Llenos de esperanza y deseosos de la sabiduría, habían marchado en busca de los restos del pueblo original y perdido, del que los hombres de nuestro tiempo semejan los restos degenerados y salvajes. Es a su elevado grado de civilización al que nosotros debemos los conocimientos e instrumentos más preciosos y necesarios. Ante todo, esta lengua sagrada les había llamado la atención por ser el lazo de unión entre los hombres reales y los países y seres supraterrestres y del que algunas palabras, de acuerdo con numerosas leyendas, eran todavía el patrimonio de algunos felices sabios entre nuestros antepasados. Esta lengua era un canto milagroso, cuyos sonidos irresistiblemente penetraban en la profundidad de los entes y los analizaban. Cada uno de sus nombres parecía ser la palabra liberadora para el alma de todos los cuerpos. Sus vibraciones, con una verdadera fuerza creadora, suscitaban la totalidad de las imágenes de los fenómenos del universo, y se podía decir de ellas que la vida del universo era un diálogo entre mil y mil voces, porque en estas palabras, todas las fuerzas, todos los géneros de actividad parecían unirse de la manera más incomprensible. Buscar las ruinas de este lenguaje, o por lo menos investigar todos los datos que fuera posible recoger, tal había sido el objetivo principal de su viaje, y la antigüedad de su templo les había hecho acudir a Sais. Allí esperaban obtener de los sabios, que guardaban el templo y sus archivos, los más preciosos datos y posiblemente hallar por sí mismos alguna luz sobre las colecciones de todo tipo que encerraba. Pidieron al Maestro autorización para dormir una noche en el templo y seguir, durante algunos días, sus lecciones. Obtuvieron lo que deseaban y se alegraron profundamente al observar cómo el Maestro sabía adornar sus relatos con variadas notas tomadas de los tesoros de su experiencia y desarrollaba ante sus ojos una serie de anécdotas y descripciones bellas e instructivas. Habló finalmente de la misión reservada a su edad, que es la de despertar en las almas jóvenes el sentido de la naturaleza, el ejercerlo y agudizarlo, así como el añadir a las disposiciones más prometedoras las flores y frutos más sublimes.

Es una misión admirable y sagrada—dijo el Maestro—el ser un anunciador de la Naturaleza... En todos los lugares, en todos los tiem-

pos y en todas las razas, en cualquier época y bajo cualquier latitud, existen hombres de la Naturaleza, elegidos para ser sus hijos predilectos y que se vieron favorecidos del don de la percepción interior. Frecuentemente estos hombres parecen más ingenuos y desgraciados que los otros y permanecen toda su vida en la oscuridad de la masa... Si todo arte consiste en el conocimiento de los medios a emplear para lograr un objetivo que se ha propuesto, en el conocimiento de lo que es preciso hacer para producir tal efecto o determinado fenómeno, y en la habilidad para elegir y utilizar estos medios, es necesario que el que se siente interiormente llamado a hacer partícipes a un número de hombres de la inteligencia de la Naturaleza y a cultivar y desarrollar ante todo estas aptitudes en sus almas, es necesario—dijo—que preste una gran atención a las ocasiones naturales de este desarrollo y que trate de aprender los elementos de dicho arte en la Naturaleza.

Los discípulos en Sais.

Magia

Comprendemos el mundo cuando nos comprendemos a nosotros mismos, porque él y nosotros somos partes integrantes. Somos hijos de Dios, gérmenes divinos, y un día seremos lo que nuestro padre es.

El mundo es en todo caso el resultado de una acción y una reacción entre el yo y la divinidad. Todo lo que es y todo lo que nace, se origina por un contacto de espíritus.

Estamos en relación con todas las partes del universo, así como con el pasado y el futuro. Depende de la dirección y duración de nuestra atención el que podamos establecer una u otra relación predominantemente, que nos parezca particularmente importante y eficaz. Un verdadero método en lo que concierne al procedimiento es lo que se conoce como ciencia adivinadora, nada menos, durante tanto tiempo deseada por los hombres, y esto podría ser aún mucho más todavía. El hombre actúa constantemente de acuerdo con las leyes de esta ciencia y es indudable que posee la facultad de descubrirlas gracias a la genial observación de sí mismo.

(...)

Todo lo visible está adherido a lo invisible, lo audible a lo inaudible, lo sensible a lo insensible. Sin duda todo lo que puede ser pensado se adhiere de idéntica manera a aquello que no puede ser pensado.

La relación universal, armónica, íntima, no existe, pero debería existir.

(...)

Nos encontramos más ligados a lo invisible que a lo que puede verse.

(...)

Si Dios ha podido hacerse hombre, puede igualmente hacerse piedra, planta, elemento, etc., y posiblemente existe de esta forma una constante redención en la naturaleza.

(...)

Las matemáticas no conciernen más que al derecho, que la naturaleza y el arte jurídico, pero no ocurre lo mismo entre la naturaleza y el arte mágico. Los dos no llegan a ser mágicos más que por moralización. El amor es el principio que hace posible la magia. El amor actúa mágicamente. Todo *ser* debe metamorfosearse en un *haber.* Ser es unilateral, haber es sintético, liberal.

(...)

Lo desconocido, lo misterioso, es el resultado y el origen de todo. (No conocemos en realidad más que lo que se conoce a sí mismo.) Lo que no se deja comprender se encuentra en un estado de imperfección y deberá de manera progresiva ir haciéndose comprensible. La naturaleza es incomprensible *por sí.*

(...)

(Magia). El mago físico sabe vivificar la naturaleza y servirse de ella arbitrariamente, como si se tratara de su propio cuerpo.

(...)

Todo encantamiento se produce por una identificación parcial del encantador con el objeto hechizado, que pueda yo obligar a ver una cosa, a creerla, a sentirla como deseo.

El mago es poeta. El profeta es al mago lo que el hombre de ideales al poeta.

(Magia). Simpatía del signo con lo que significa (una de las ideas fundamentales de la cábala).

La magia es completamente diferente de la filosofía, etc., porque forma por sí sola un mundo, una ciencia, un arte.

Astronomía, gramática, filosofía, religión y química mágicas.

Doctrina de la representación alternativa del universo. Doctrina de la emanación (emanación personificada).

En la magia los espíritus son los que actúan. Vía contemplativa. Platón llama a la magia de Zoroastro un servicio de dioses. Teúrgia.

El sabio, mediador entre Dios y los hombres, a los que el sabio debe unir. Sistema de clasificación de los demonios. Amuletos, talismanes, conjuraciones, religión del calendario entre los egipcios.

(...)

Todo lo que es místico es personal y, por consecuencia, es una variación elemental del universo.

Fragmentos inéditos.

BALLANCHE

(1776-1847)

Pierre-Simon Ballanche nació en Lyon aproximadamente en la época en que llegaba allí Saint-Martin para «trabajar» en los medios willermozianos. Por lo tanto, pertenece plenamente a Lyon, ciudad mística por antonomasia; profesó un vivo desdén por las doctrinas masónicas y el martinismo—incluso cuando encontró con sus puntos de vista determinadas coincidencias doctrinales—. Los autores que Ballanche ha leído fueron: Charles Bonet, Court de Gébelin, Fabre d'Olivet, Hoene Wronski, etc. A través de ellos, nada en la gran tradición teosófica y especialmente en la corriente pitagórica. Testigo de la revolución en Lyon, durante los años de su juventud, guardaría siempre un vivo horror por los excesos. Es un constitucional, un partidario de la Carta. Profundamente católico, fue amigo de Mme. Récamier, del autor del *Genio del cristianismo* y de los que en su época buscaban un rejuvenecimiento del catolicismo para ponerlo de acuerdo con el nuevo siglo; rechazaba el pensamiento de Joseph de Maistre como originado por un «profeta del pasado» y el nuevo cristianismo de Saint-Simon tampoco le acomodaba. Busca al mismo tiempo, en el terreno religioso y en el dominio político, una especie de modernismo moderado, y esto le lleva a la elaboración de un sistema de «palingenesia social», como él dice, una suerte de sociología mística. No resulta fácil precisar su sistema incluso en grandes líneas, porque determinadas obras de Ballanche han quedado sin terminar y, sobre todo, porque su pensamiento se envuelve voluntariamente en una especie de bruma. De todas formas, el cristianismo está en el centro sirviéndole de núcleo: Ballanche cree en la revelación de Jesús y le da una importancia capital a la redención, a la expiación progresiva por el sufrimiento. Pero como muchos hombres de su época, considera al cristianismo en una especie de perspectiva histórica, haciendo comparaciones entre la letra y los misterios antiguos y orientales, que le seducen especialmente, porque cree discernir el punto de partida de un progreso de la humanidad, en el que el catolicismo sería meramente una etapa. Su pensamiento también se proyecta hacia el futuro a través de un progreso de catolicismo mediante cuyo desarrollo su envoltura se modificaría, mediante la generalización de la iniciación.

Damos aquí dos extractos de *La ciudad de las expiaciones,* obra póstuma de Ballanche, en la que trabajó durante varios años, desde 1820 a 1836 en particular, sin llegar jamás a concluirla. Se trata de una utopía, de la descripción de una ciudad imaginaria cuya organización permite a Ballanche la exposición de sus principales puntos de vista sociales, morales y místicos. Se notará la analogía externa con ciertas utopías socialistas de la época, en el primer fragmento; en el segundo se resumen algunas ideas del autor sobre la iniciación y la religión.

La ciudad de las expiaciones

La ciudad baja está consagrada de una manera total a los neófitos de todas las clases, que son invitados a venir allí para someterse a la expiación voluntaria.

Esta parte de la ciudad está compuesta por sesenta manzanas que forman otros tantos caseríos, denominados regiones. El conjunto de estas manzanas se llama el Desierto.

Cada uno de los caseríos contiene sesenta pequeñas casas, que tienen la forma de una tienda de campaña; cada una de estas mansiones o tiendas está destinada a una sola persona...

... Cinco caseríos de sesenta habitaciones forman una parroquia; diez un juzgado de paz; veinte una subprefectura. El conjunto de los sesenta caseríos constituye una prefectura. Los caseríos que forman, sea una parroquia, o bien un juzgado de paz, o una subprefectura, no se encuentran contiguos unos a otros, sino que son sorteados todas las semanas. De esta forma los caseríos de una misma parroquia, de un mismo juzgado de paz, de idéntica subprefectura, se encuentran más o menos dispersos, según los cambios de la suerte, sobre toda la superficie del Desierto, y se modifican todas las semanas cambiando las relaciones administrativas. También todas las semanas los neófitos sortean el caserío en que deben habitar, a continuación la casa que les corresponde y en la que han de pasar una semana. No se reúne en el mismo caserío más que a personas de un solo sexo y aproximadamente de la misma edad, y en los movimientos que acabamos de describir siempre se han de conservar las mismas relaciones de sexo y edad. En estos cambios existen ciertos secretos que sólo son conocidos por la administración.

La Ciudad de las Expiaciones debe ser una imagen viva de la ley monótona y triste de las vicisitudes humanas, de la ley implacable de las necesidades sociales; se deben atacar frontalmente todos los hábitos, incluso los más inocentes; es necesario que todos comprendan que nada hay estable, que la vida del hombre es un viaje por una tierra de exilio. Estos caseríos que se semejan entre sí, estas tiendas que cambian constantemente y que, sin embargo, son idénticas a las que se acaban de abandonar, estos muebles que son los mismos en todas las casas, se han de identificar a lo largo con el individuo que los goce cierto tiempo y es preciso evitar hasta este miserable lazo de unión. Sin embargo, descubrimos muy pronto otra razón para estas perpetuas mutaciones...

Todo debía ser simbólico en la Ciudad de las Expiaciones; los nombres dados a las diversas divisiones del territorio, a las distintas circunscripciones de la jurisdicción, son nombres altamente significativos.

Nombres de los sesenta caseríos

Poder de Dios.
Bondad de Dios.
Providencia de Dios.
Clemencia de Dios.
Reparación de la naturaleza humana.
Arrepentimiento, segunda inocencia.
Expiación por el dolor como mérito.
Expiación por el sufrimiento, que no significa mérito.
Expiación por el sufrimiento físico.
Expiación por el sufrimiento moral.
Expiación por el oprobio.
Sacrificio.
Reconciliación.
Sumisión a la voluntad de Dios.
Abnegación de sí mismo.
Acceso a la Providencia.
Bendición para el pobre.
Bendición para el afligido.
Providencia creadora.
Providencia conservadora.
El hombre creado a imagen de Dios.
El hombre caído.
El hombre condenado al trabajo.
El hombre condenado al sufrimiento.
El hombre condenado a la muerte.
El hombre regenerado.
El hombre rescatado.
El hombre prometido al cielo.
El amor más fuerte que la desgracia.
El amor más fuerte que el oprobio.
El amor más fuerte que la muerte.
Caridad cristiana.
Virtudes oscuras.
Devociones secretas.

Tribulaciones del justo.
Remordimientos del culpable.
Vida y expiación, la misma cosa.
El hombre lleno de fuerza.
El hombre lleno de enfermedad.
El hombre, una sombra pasajera.
El hombre, cuyo destino es eterno.
El hombre vaso de tierra.
El hombre semejante a Dios.
El hombre, inteligencia finita.
El hombre, inteligencia sin límites.
El hombre cuyos deseos son excesivamente vastos.
El hombre cuyas esperanzas son inmortales.
La mujer pare con dolor.
El niño nace entre lágrimas.
El Evangelio, ley moral del género humano.
Lágrimas de penitencia.
Por Jesucristo, todos los hombres son hermanos.
La libertad moral, única libertad del hombre.
El hombre en el tiempo.
El hombre fuera del tiempo.
Necesidad del bien.
Contingencias del mal.
El mal destinado a terminar.
El bien, absoluto.
El mal, accidental.

Nombres de las doce parroquias de la ciudad baja

El buen pastor.
El discípulo bien amado.
Penitencia del príncipe de los apóstoles.
San Pablo iluminado por lo alto.
San Juan de Dios.
San Lázaro.
San Vicente de Paúl.
San Martín.
Santa Isabel, reina.
Santa Marta.
Los mártires de la fe.
Los mártires de la caridad.

Nombres de los seis juzgados de paz

Providencia, que vela por cada cabello de nuestra cabeza.
Providencia, que alimenta a los pequeños pájaros.
Providencia, que se ocupa de la nutrición de las azucenas.
Providencia, que traza las órbitas de los planetas.
Providencia, que rige las sociedades humanas.
Providencia, que se manifiesta en las obras de la creación.

Nombres de las tres subprefecturas

Pensamiento divino.
Pensamiento humano.
Leyes del lenguaje.

Nombre de la prefectura

Sol que brilla sobre los buenos y los malos.

Nombre de la parroquia de la ciudad alta

El apóstol de las naciones.

Nombre del juzgado de paz de la ciudad alta

El comercio civilizador.

Inscripciones colocadas sobre los cuatro costados del palacio en que reside el tribunal supremo

Solidaridad.
Reversibilidad.
Imputabilidad.
Caridad.

La ciudad de las expiaciones, libro IV.

Discurso iniciático

No permanecí solo más que un instante, casi en seguida un venerable anciano salió por una estrecha puerta, oculta en uno de los ornamentos que decoraban la base del obelisco. Este viejo vestía una larga túnica de lino, y avanzando hacia mí dijo:

«Extranjero, no se trata de que usted reciba una iniciación similar a las que se practicaba en los misterios de la antigüedad. El cristianismo es la promulgación de todo dogma, de toda verdad. Nada debe prometer, no se verá sometido a la ley de ningún secreto. Podrá contar lo que desee de las cosas vistas u oídas. Las maravillas de este templo son simples y grandes. Son el fruto del trabajo del hombre, y están consagradas a reproducir todas las épocas típicas de la historia del género humano...

»... Cuando Dios hizo el mundo, realizó su obra en un cierto tiempo, empezando siempre por crear la esencia antes de crear el ser propiamente dicho, el ser típico u original.

»Es en este sentido como Leibnitz ha dicho admirablemente bien que el entendimiento divino es la región eterna de las esencias.

»Al final el mundo de las sustancias perecerá, pero el mundo de las esencias continuará existiendo como antes de la creación fenoménica. Lo que ofrece una imagen de esto es la simplicidad de los elementos que componen todas las cosas y que son las mismas para las cosas más diferentes. La planta venenosa y la planta medicinal tienen los mismos elementos materiales. La materia es tan simple como el espíritu y es igualmente inexplicable; cada cosa perecerá en su forma, tal como ha sido dicho...

»Hijo mío, se cuentan cuatro grandes épocas en el mundo desde el nacimiento del hombre.

»La primera fue el pecado original y la dispersión del mal para hacerle perder su intensidad.

»La segunda fue el diluvio universal, para abolir las tradiciones pervertidas en su propia esencia y excesivamente identificadas con la esencia de las razas humanas entonces existentes. Debo decirte, sin embargo, que el género humano en su totalidad pudo ser salvado, si lo hubiera querido; porque, incluso en el estado de perversión en que habían caído sus tradiciones, por su falta, tenía todavía mil vías abiertas a la reconciliación. Para el resto, la muerte había entrado en

el mundo, se puede decir que el gran castigo no tenía realmente nada más que ser una renovación. Los hombres perecen, pero no fueron reducidos a la nada, sino que marcharon a otros lugares para ser sometidos a diversas pruebas. Como consecuencia, los hombres, y así lo subrayamos en todo momento, podrían haber evitado el diluvio y el propio mundo; el mundo tal como existía entonces hubiera sido como lo fue para una sola familia, refugiada en el arca de regeneración. ¿No sabemos que el misterio de la redención y el de la caída están íntimamente unidos?

»La tercera época es la de la manifestación, en el tiempo, del mediador prometido, desde el origen, a todas las naciones y en todos los idiomas. Y es en esta época de reconciliación, de salvación y de gracia, cuando tenemos la suerte de vivir.

»Por último, la cuarta época, cuyo tiempo no está todavía fijado, puesto que es el hombre quien debe hacerla aparecer, avanzándola o retrasándola, de la misma forma que ha ocurrido con las otras, la cuarta época, que será la última, es la de la consumación.

»Estas cuatro grandes épocas se explican mutuamente las unas por las otras, en el acuerdo inefable de la Providencia de Dios y de la libertad de los seres inteligentes.

»El fenómeno metafísico que gobierna el mundo es un fenómeno continuo y siempre subsistente.

»Todas las horas de este maravilloso reloj del universo son horas teogónicas y cosmogónicas, palingenésicas y apocalípticas.

»El acto de la creación, como acaba de ser indicado, es un acto continuo y sin fin; este acto de la Omnipotencia divina es a la vez espontáneo y sucesivo, puesto que es eterno...

»... Cada momento es un símbolo de la eternidad, contiene la eternidad y se pierde en la eternidad.

»Lo finito e infinito se confunden en el mismo tiempo y en el mismo ser.

»Cada ser sufre todas las sucesiones cosmogónicas, y las sufre en cada una de sus transformaciones, en cada manifestación de una nueva serie de pruebas.

»Todos los hechos universales, como he dicho anteriormente, son semejantes e idénticos, pero debo añadir que todos los hechos individuales son la representación de hechos universales. La historia de un hombre es la historia del género humano.

»La historia de un pueblo es la historia de todos los pueblos.

»La historia de un hombre es la historia de un pueblo, es la his-

toria de todos los pueblos, es, por último, la historia del género humano, y la historia del propio género humano, a su vez, constituye la historia de cada hombre.

»Yo hablo del hombre en sus desarrollos sucesivos y siempre idénticos a él mismo.

»El hombre, en su calidad de ser inteligente y moral, está destinado al progreso, porque sin eso quedaría reducido al instinto, lo que no sucede. Mas encontramos la razón de la ley del progreso en el mismo decreto de la caída y la rehabilitación, manifestando y explicando la identidad.

»Si el alma del hombre no estuviera hecha más que para informar el cuerpo, no valdría la pena. Ella existe y, por tanto, la consecuencia es que queda sometida a la iniciación a través del cuerpo.

»El individuo no es ser moral como ser libre. La moralidad entra en los pueblos por la libertad. La libertad hará que las masas no sean simplemente instintivas.

»En este mundo existe una jerarquía de espíritus que nos hace comprender las otras jerarquías de inteligencias, y para decirlo de paso, nos hace comprender las jerarquías preparatorias de castas en las sociedades antiguas.

»Pero no existe más que una esencia humana y todos los hombres deben alcanzar cada uno idéntico objetivo, el desarrollo completo de su ser. Henos aquí de nuevo en el dogma de la caída y de la rehabilitación formando por su íntima reunión la psicología de la humanidad...

»... Sentimos demasiado vivamente, y sin que nos falte, lo que poseemos sin poder utilizarlo, y esto que está en nosotros de alguna forma a nuestra disposición, porque no sentimos la necesidad del desarrollo y de la perfección. La duda no puede, por tanto, llevarnos más que sobre la forma de la evolución. En cuanto a la necesidad, está admirablemente demostrada por la inconcebible certeza de que somos y que hay en nosotros muchas cosas y éstas son las más íntimas, que podemos soñar actualmente, y que deberán despertar un día. ¿No tenemos los órganos que harán de la oruga deslizante una brillante mariposa? ¿Los fenómenos magnéticos, no presagian un nuevo modo posible de percepción?

»La revelación que ha puesto en nosotros este deseo de conocernos a nosotros mismos es la encargada de satisfacer esta íntima necesidad, en el grado en que puede satisfacerse en esta vida en la que debemos estar sometidos a pruebas, precisamente por el misterio.»

Mientras el anciano hablaba, yo sentía plenamente la insuficiencia de sus palabras. Sucumbía bajo el peso de las explicaciones que quería darme y yo no podía pedirle otras nuevas. Una sola cosa restaba de estas instrucciones incompletas, y era la necesidad de que un nuevo velo fuera levantado ante el espíritu humano. La autoridad depositaria de las tradiciones cristianas, sin duda, es la única que posee el poder de satisfacer la justa curiosidad producida por el desarrollo del dogma y los descubrimientos de las ciencias; es, por tanto, a ella a quien se le impone un deber, que cumplirá cuando llegue el momento oportuno.

En todo lugar y en todas las épocas, esta autoridad no hace más que proclamar una expresión general, resumen ortodoxo de la creencia. La misión de los fieles consiste en obtenerla a través de la contemplación y la espontaneidad, los elementos de la expresión general, y entonces se convierte en una potente asimilación del pensamiento divino y del pensamiento humano. Entre los intervalos de las épocas palingenésicas, una progresiva ortodoxia llega hasta el perdón del error que induce a un ardiente amor por la verdad.

La ciudad de las expiaciones, libro VII.

CHARLES NODIER

(1783-1844)

Nodier, que tenía en el campo de la literatura un especial gusto por el trato con fantasmas y hadas, no podía dejar de tener en su vida cotidiana la compañía de los místicos y los iluminados. Posiblemente conociera al viejo Cazotte en casa de su padre. Fue contemporáneo de Fabre d'Olivet y Ballanche, frecuentó a Bonneville y Augusto Gleizes y tuvo afición a las sociedades secretas. Todo cuanto observa o conoce despierta en él una curiosidad un tanto escéptica, alimentando sobre todo su afición por lo fantástico en literatura. ¿Es posible hablar con propiedad y sin exageración de un pensamiento esotérico en Charles Nodier? Probablemente, no; de las reflexiones de los teósofos de todos los tiempos, a los que él conocía muy bien, saca una especial visión del mundo que le parece ser la armadura filosófica ideal para las criaturas y las aventuras maravillosas que le encantan. Visión del mundo pintada con tintas dulces, en gran parte místicas, pero sin un misticismo trágico. Es como consecuencia por su cultura y por el «clímax» de su pensamiento como Nodier se aproxima al ocultismo; pero que la influencia de éste fue profunda en Nodier se puede ver en determinados textos, y muy especialmente en el sistema teosófico de conjunto que elabora muy seriamente, tras una iluminación recibida en 1828. Se cree en posesión de la «verdad material, esencial e indispensable de la Resurrección, demostrada por argumentos más claros que el sol de mediodía», como le escribía a un amigo querido algunos años más tarde, añadiendo que los sabios de la India, Pitágoras, Charles Bonnet, Kant y Cuvier habían percibido algo. Es en su ensayo *Sobre la palingenesia humana,* del que damos algunos fragmentos, en donde Nodier ensaya el desarrollo de su sistema. La idea central es que el hombre no es el punto culminante de la creación, sino que ha de venir otra raza, una raza formada por seres «comprensivos», que cumplirá por fin el destino. Nodier argumenta, sirviéndose de la Biblia y apoyándose en los descubrimientos científicos de su tiempo, interpretando el Génesis, la geología, la biología, etc. Pero se siente que sus convicciones son muy diferentes y de otro orden, procediendo de la intuición, a la que su curiosidad ocultista de los años mozos había preparado el camino.

Sobre la palingenesia humana

...Si el hombre hubiera recibido al nacer alguna disposición orgánica para la comprensión de la verdad, se habría ensayado en prin-

cipio sobre los contingentes más inmediatos, en donde a fuerza de verse presionado por todas partes se hubiera dedicado intensamente a conocerlos y juzgarlos.

Los contingentes más inmediatos del ser pensante son en número de tres: la creación, el espacio y el tiempo.

La creación: en ella vive el hombre, por ella y con ella. La más indiscutible de sus nociones es que existe porque es.

El espacio: lo siente por todas partes, en los pasos que falla cuanto sufre lesiones, en el galope del caballo, en el vuelo del águila, en la eterna marcha de los cometas, en la inconmensurable mirada con la que penetra el infinito.

El tiempo: le basta en todos sus días, en todas sus horas, en todos sus minutos; le es suficiente en todas sus acciones, en todos sus pensamientos. No existe una inspiración de su pulmón, ni un movimiento de su pulso, ni una alternativa de sístole y diástole en su corazón, que no le recuerden el tiempo.

Recordemos, por otra parte, que no puedo mencionar a todos los hombres—esto sería inútil—, sino sólo algunos que voy a nombrar; reunamos a Orfeo, Epicuro, Demócrito, Aristóteles, Hipócrates, Arquímedes, Marco Aurelio, Cicerón, Montaigne, Bacon, Locke, Leibnitz, Bonnet, Kant, Georges Cuvier—y tú también, ¡mi querido Ballanche!—. Este conjunto compondría, así lo creo al menos, una magnífica sociedad intelectual. Démosles para comunicarse a este buen príncipe Della Mirandolla, que se había dedicado a sostener contra viento y marea una tesis *de omni re scibili,* y preguntar a estas personas, sin que lo esperasen, ¿qué es el tiempo?, ¿qué el espacio?, ¿qué la creación?, es decir, los tres problemas más inmediatos para la mente humana, y si comprendían *orgánicamente* como hechos idénticos a su propia existencia que han podido ser o no ser, tener un comienzo y un final, o no tener ni fin ni principio. Ellos os responderían que no lo sabían y que le es imposible al hombre el saberlo.

¿Y es que podrías esperar algo más?

Todo cuanto le está permitido saber al hombre, cuando ha estudiado con éxito los secretos de su organización, es que es infinitamente poco perfectible, porque carece de medios esenciales para perfeccionarse.

Y el bruto lo habría conocido si hubiera sido capaz de comprender que no era pensante; la planta sí hubiera podido darse cuenta de que no era ni impresionable ni capaz de desplazarse; el metal sí hubiera comprendido que no era vivo. El hombre lo sabría si no fuera

capaz de pensar, es decir, si no tuviera la desgracia de abandonar su razón a extravagantes quimeras.

El hombre no es el ser comprehensivo.

La creación no ha concluido.

(...)

Me he sentido dudoso e incluso incrédulo porque no veía en la vida del hombre más que distribuciones injustamente desiguales mientras que dura y un espantoso vacío al terminar. He rechazado en el fondo de mi corazón ciego, el conocer y adorar a Dios, porque su suprema sabiduría había medido una incompleta revelación, para unos órganos incompletos que son los nuestros.

La cadena de los seres quedaba interrumpida, de la manera que dije, en el anillo en que está suspendido el destino incierto del hombre, y para tomar a las masas en la forma en que se las ve, remontando hasta las entrañas de la antigüedad la deplorable historia de los siglos y las naciones, no podría considerar a mi especie como demasiado perfecta para la nada.

Después que el gran círculo de la creación se ha cumplido bajo nuestros ojos, después de haber recorrido en su admirable regularidad dicho círculo, desde el momento en que procedente de Dios se produjo la materia dotada del principio creador hasta que volvió al creador, mediante el sentido comprehensivo, que es el propio soplo de Dios, volviendo a sus orígenes, entonces sentí piedad por mis errores. Aquí nada falta a la eterna armonía de las cosas creadas y todo lo que está mal en los hechos pasajeros concurre al bien absoluto de la realización de los hechos universales. La facultad de crecer ha pasado, más intensa y poderosa, del mineral a la planta; la vida, de la planta al animal; la sensibilidad, del animal al hombre; el pensamiento pasa, a su vez, del hombre al ser comprehensivo, con sus tres sentidos inteligentes: la memoria, la imaginación y el juicio. De esta manera el hombre pasa a través del estado de comprensión para llegar al de resurrección en el cual se encontrará ya para siempre.

¡Oh! Si esto no fuera así y el perfeccionamiento humano acabase en el hombre, ¿qué hombre osaría la pretensión de resucitar?

Esto es así por la irrevocable razón de que es imposible que sea de otra manera.

Si yo fuera capaz de llevar conmigo a la totalidad del género humano, montado en las más fuertes alas, más seguras que las de mi palabra, hasta la contemplación de esta milagrosa esfera que se me

ha hecho sensible, no existe el alma, por rebelde que sea a la convicción, que no comparta la mía.

«Dios existe, diría ella, y Dios existirá siempre, y el hombre depurado por el estado de comprehensión estará siempre cerca de Dios cuando haya sufrido la úlima de sus pruebas.»

(...)

El ser comprehensivo renace sin duda muy hermoso, porque es para ella para quien las instrucciones catequéticas de la Iglesia romana han previsto un *cuerpo glorioso,* una materia viva sutilizada hasta llegar a ser más impalpable que el aire y la luz en el estado resurreccional. Suponed mientras tanto, ¿y quién impedirá que paséis por anticipado la bandera de un pensamiento poético sobre el desarrollo del más grande de los poemas, sobre el último día de la creación? Suponed que el ser comprehensivo renace adulto, suponed que vive sin envejecer y que la muerte no será para él más que un paso hacia el inmortal rejuvenecimiento. Seguid suponiendo que no se reproduce en su especie más que mediante estas puras efusiones del amor que son la voluptuosidad del alma, y consecuentemente que nuestra vida grosera nos presenta ella misma alguna divina apariencia, muy rápidamente obscurecida por las miserias de nuestras voluptuosidades de carne y sangre; suponed que el ser estalla por dos recuerdos que se ponen de acuerdo, por dos suspiros que se comprenden, por dos besos que se fecundan, por dos almas que se mezclan, y que se presenta como el pensamiento lo ha concebido, revestido de todos los rasgos de una fisonomía presente en la memoria, con todas las cualidades deseadas en lo que se ama más intensamente, que es el amigo que se ha perdido prematuramente o el niño tanto tiempo llorado. Y esto no es sólo posible, sino también probable, porque todo lo que es posible imaginar como bueno es probable que se realice a lo largo de la marcha progresiva de una creación amorosa.

(...)

Lo que hoy subsiste dejará de ser después de una larga serie de degradaciones insensibles. Las hormigas cruzarán todavía durante largo tiempo por nuestros caminos, la abeja construirá las celdas de sus paredes, la golondrina su nido en cono, el gusano seguirá haciendo su capullo masivo y la hormiga-león tendiendo sus trampas, mientras el castor edifica sus refugios. El hombre retrasado de un grado en la civilización viva continuará posiblemente fundando en islas desiertas repúblicas experimentales y sociedades progresivas, con la aristocracia del dinero, el pupilaje de las mujeres, el ateísmo y la guillotina. Algunos se irán separando poco a poco de esta degenerada especie

caduca y moribunda, como el taitiano de Bouganville, o este digno jefe iroqués que habéis visto bailar en la corte, si habéis ido. Llegarán cargados con sus libros, porque siempre imprimirán. Algunos se distinguirán entre ellos por una poderosa aptitud para la comprehensión; no sé qué Galileo, qué Montesquieu o qué Rousseau de las edades por venir, si se producen alguna vez, con sus balbuceos confusos excitarán entre los sabios algunas polémicas alegres o algún interés acariciador. He aquí todo el porvenir del hombre en su estado hominal, y sólo existe una idea que pueda consolarlo cuando lo sepa: es que el intervalo que separa el ser pensante del comprehensivo es casi insignificante, porque no es otro que la muerte.

Obras completas, 1832, tomo V.

BALZAC

(1799-1850)

En un centenar de años de vida póstuma, la obra de Balzac ha cambiado totalmente de perspectiva en su consideración. Después de haber inquietado por los excesos de un romanticismo superfluo, se ha visto con la etiqueta de «realista». Poco a poco se ha ido liberando de su calificativo a medida que nos íbamos dando cuenta de que si Balzac ha sido fiel a una realidad, ésta era la de sus visiones. Resta un paso a dar, y es el comprender que estas visiones no se encuentran aisladas, fragmentarias, sino plenamente dirigidas por una filosofía de conjunto, filosofía que es de inspiración ocultista.

Educado en el catolicismo, por padres nutridos de la filosofía del siglo XVIII, el joven Balzac se separó muy pronto, sufriendo la influencia de las «ideologías». Pero el materialismo no podía satisfacerle, ya que tenía necesidad de una intensa vida interior y sentía la necesidad, para ordenar su visión del mundo social, de una religión. Buscará como consecuencia, y siguiendo el ejemplo de otros muchos espíritus de su tiempo, una ampliación y superación del cristianismo, una religión cuya patente de nobleza fuera el haber sido, bajo formas diversas, la religión de todos los pueblos del pasado—buena garantía para que llegara a ser en el futuro la religión de toda la humanidad—. Y muy pronto, la gran influencia que se va a ejercer sobre él será la de Louis-Claude de Saint-Martin, su predecesor en el colegio de Pontlevoy. Se ha podido asegurar, con buenas razones, que Balzac recibió de Henri de Latouche la iniciación martinista con las enseñanzas secretas y los poderes que implica (véase la obra *Martines de Pasqually,* de M. van Rynberk, tomo II, pág. 30). Pero en todo caso, la lectura de las obras del filósofo desconocido ha sido un elemento capital en la formación del sistema de Balzac, y basta con leerlo atentamente para darse cuenta de ello. «La luz producía sonidos, y la melodía mecía a la luz; los colores tenían movimiento, porque estaban vivos», dice Saint-Martin en *El hombre de deseo;* y por su parte, Balzac, en *Serafita*, asegura: «La luz mecía a la melodía y la melodía mecía a la luz, los colores eran luz y sonido, el movimiento era un Número dotado de palabra...» Es posible multiplicar estos puntos en común y, mejor todavía, mostrar que el vocabulario de Balzac, cuando aborda determinados temas, lo debe todo a este Saint-Martin que nos presenta en su *El lirio en el valle*, como el padre espiritual de Mme. de Mortsauf.

A la influencia de Saint-Martin se podrían añadir otras en el mismo sentido: Eckartshausen, por ejemplo, y sobre todo Swedenborg. («El *swedenborgismo,* escribía en 1837, que no es más que una repetición en sentido cristiano de antiguas ideas, es mi religión, con el aumento que le he hecho de la incomprensibilidad de Dios.») De esta manera se forma una especie de evolucionismo espiritualista y místico, la «religión» de Balzac que se expresa prin-

cipalmente en obras como *Louis Lambert* o *Serafita*, pero que impregna todo el pensamiento del creador de *La comedia humana*. «Políticamente, escribirá un día, tratando de fijar su credo, pertenezco a la religión católica, estoy al lado de Bossuet y Bonald y no me desviaré jamás. Ante Dios pertenezco a la religión de San Juan, de la Iglesia mística, la única que ha conservado la verdadera doctrina. Éste es el fondo de mi corazón» *(Cartas al extranjero,* 12 de julio de 1842).

Tratado de la oración (fragmentos)

Nuestra doctrina de la oración tendrá un mérito: es el de ser, así lo creemos, una de las necesidades del siglo. En efecto, mientras que el principio religioso debe ponerse en el umbral de las almas nuevas que se sienten como nuevamente templadas, y se convendrá en que las oraciones escritas, aunque con frecuencia están dotadas de una asombrosa simplicidad y de una ingenuidad dignas del tema, son en cierto modo estrechas y encierran el alma en un espacio cerrado en el que sufre. Esta observación no se refiere de ninguna manera a los extractos de libros sagrados que suelen estar muy de acuerdo con las circunstancias, sino a las oraciones secas que no se han originado en ningún alma fuertemente exaltada, y que, semejantes a esos instrumentos imperfectos que fallan en la mano del operario, lejos de llevar el corazón hacia el cielo, lo dejan en medio del camino.

Es bajo esta relación como con frecuencia una sola palabra produce más efecto que toda una oración, y en esta interpretación sublime, *¡Oh padre mío!...*, dirigida a Dios, Santa Teresa encontraba más que en toda una semana de meditación. Sí, Santa hija, sí, virgen asombrosa, hay muy pocas almas en las que brille el fuego sagrado del amor divino, que no comprenden la elocuente paráfrasis del entusiasmo; y tu alma llena de ternura diciendo: « ¡Oh padre mío! » se rechazaba (*sic*) completamente con toda su fuerza sobre el espectáculo del mundo, sobre este cuadro chispeante de bondad; tú admirabas esta previsión paternal que no deja perecer ninguna raza, que vela sobre el nido de la golondrina, el lecho conyugal de los leones, el palacio de los reyes, la choza de los desgraciados, los industriosos enjambres de las abejas y las hormigas. Tú exclamabas, viendo el vicio siempre descubierto y siempre castigado... « ¡Oh padre mío! » Tú decías: « ¡Oh padre mío! », viendo que la madre no sobrevivía mucho tiempo a la pérdida de su hijo, y tu alma, franqueando los espacios,

abría la puerta de los cielos, marchaba sobre los caminos y asistía a la fiesta de estas dos almas que retornaban a los cielos, su primera patria, y viendo la sonrisa de los ángeles, que temblaban de amor ante el aspecto de la fusión de estas dos almas mil veces felices, tú decías: «¡Oh padre mío!»... ¿Cómo habrías podido pensar en la tierra al planear de esta forma entre los torrentes luminosos del Edén, respirando por anticipado el aroma de las rosas eternas, escuchando las voces de las celestes harpas, viendo con tus propios ojos agitarse las plumas de los ángeles y brillar las chispas de sus aureolas y mezclando los discursos a los discursos llenos de amor que forman sus conceptos? ¡Oh padre mío!, llámame inmediatamente, llévame a estos banquetes, oh padre mío, que pueda yo atravesar la línea radiante que recorre el sol; que pueda contemplarte cara a cara, ¡oh padre mío, yo te he dado todo mi amor, otórgame todas tus gracias! Tú decías: «¡Oh padre mío!», una y mil veces, «¡Oh padre mío!», pidiéndole el tesoro de sus gracias para los enfermos, los afligidos, los sufridos viajeros, los prisioneros y los condenados al tardío arrepentimiento, y una vez más, ¡Oh padre mío!..., cuando tu alma castamente ambiciosa deseaba conocer los últimos secretos de la naturaleza.

Aun estas palabras no muestran más que de una forma muy imperfecta los lazos, el encanto, lo sublime de una meditación sagrada en la que el alma se sumerge por entero y permanece pura, y no actúa más que sobre ella misma separándose de todos los lazos terrestres de los que se ha ido desligando. He aquí una ligera investigación de lo que suponemos que debe ser el lenguaje íntimo, el pensamiento puro de esta santa tan voluptuosamente tierna en sus adoraciones.

De esta manera, la verdadera causa de la indiferencia que los pueblos de algunas partes de Europa sienten en materia de religión, al observar el defecto en materia de religión que existe en el culto aparente del cristianismo, fruto de las adiciones de dieciocho siglos, y que consistía en no ofrecer ningún punto de apoyo a las almas fuertes de los hombres más iluminados y al alma mejor dispuesta a las alegrías vivas de las mujeres. La oración considerada como acabamos de exponer hace desaparecer el vicio procedente de los hombres y proporcionará a las almas deseosas de las cosas celestes y sublimes uno de los mayores vehículos espirituales hacia las regiones celestiales, y la religión católica deberá recibir un nuevo lustre con esta doctrina amplia y magnífica en sus efectos.

I.—Yo marché hacia una esfera de alegrías luminosas y de continua voluptuosidad, a través de un sendero que todo hombre puede recorrer; creí que era caritativo el decírselo a los demás, indicando

la dulzura de mis iniciaciones y la facilidad que tuve para penetrar en este sendero, una vez que hube vencido los primeros obstáculos; qué sabrosos frutos han refrescado mi paladar reseco; sobre qué blando césped he reposado y con qué suavidades La Voz encantó mis oídos; qué nutritivos perfumes alegraron mi alma, porque mi felicidad, siendo infinita, satisfacía las ambiciones de los corazones humildes, que cada uno toma del costado divino y caminará por esta vía en donde se encuentran unos pastos inexporables y sin disgusto para los apetitos renacientes, que el mundo consume *(sic)* sin contenerlos jamás.

Me vería forzado a entrar en algunos detalles de la vida ordinaria, a hablar de mí mismo; pero no referiré más que los hechos sobre los que puedo hablar con los otros, con el fin de que diciendo yo, diga al mismo tiempo vosotros; con estas señales, medirán la distancia a la que me encuentro y reconocerán la verdad de esta Escritura redactada por el mandato de un espíritu que irradiaba sobre mí.

Los que lean este libro se verán invitados a aportar a esta obra la calma necesaria para descubrir el sentido del Verbo y escuchar con atención que el viajero presta al guía que lo lleva al refugio hospitalario a través de precipicios, y mientras cae la nieve y sopla el huracán.

Tratado de la oración, Edición Ph. Bertaut, Boivin.

Pensamientos de Louis Lambert

I

Todo cuanto hay aquí abajo sólo existe a través del movimiento y el número.

II

El movimiento es de alguna manera el número en acción.

III

El movimiento es el producto de una fuerza engendrada por la palabra y una resistencia que es la materia. Sin resistencia, el movimiento actuaría sin resultado, su acción habría sido infinita. La atracción de Newton no es una ley, sino efecto de la ley general del movimiento universal.

IV

El movimiento, en razón de la resistencia, produce una combinación que es la vida; desde el momento en que uno u otra es más fuerte, la vida cesa.

V

En ninguna parte el movimiento es estéril, por todas partes engendra el número; pero puede ser neutralizado por una resistencia superior, como en el mineral.

VI

El número que produce todas las variedades engendra igualmente la armonía, que, en su más elevada acepción, es la relación entre las diversas partes y la unidad.

VII

Sin el movimiento, todo sería una sola y única cosa. Sus productos, idénticos en su esencia, no difieren más que por el número que ha producido las facultades.

VIII

El hombre tiende hacia las facultades, el ángel a la esencia.

IX

Uniendo su cuerpo a la acción elemental, el hombre puede llegar a unirse a la luz por su interior.

X

El número es un testigo intelectual que pertenece sólo al hombre y por el cual puede llegar al conocimiento de la palabra.

XI

Existe un número que el impuro no franquea jamás, el número donde la creación termina.

XII

La unidad ha sido el punto de partida de todo lo que ha sido producido, es el resultado de los compuestos, pero el fin debe ser idéntico al comienzo. De ahí una cierta fórmula espiritual: unidad compuesta, unidad variable, unidad fija.

XIII

El universo es por lo tanto la variedad en la unidad. El movimiento es el medio, el número es el resultado. El fin es la vuelta de todas las cosas a la unidad que es Dios.

XIV

TRES y SIETE son los dos mayores números espirituales.

XV

TRES es la fórmula de los mundos creados. Es el signo espiritual de la creación, como es el signo material de la circunferencia. En efecto, Dios no ha procedido más que mediante líneas circulares. La línea recta es el atributo del infinito; de esta forma el hombre que presiente el infinito lo reproduce en sus obras. DOS es el número de la generación. TRES es el número de la existencia que comprende la generación y la produce. Añadid el cuaternario y tendréis el SIETE, que es la fórmula del cielo. Dios está por encima, es la UNIDAD.

Louis Lambert.

El camino para ir al Cielo

— Si queréis entrenar vuestros pies para marchar por el sendero que lleva al Cielo, sabed que los comienzos son de extrema rudeza, dice este alma dolorida. Dios desea ser buscado por sí mismo. En

este sentido, está celoso y os quiere todo entero, pero cuando os dais a él, jamás os abandona...

...Todos los seres pasan una primera existencia en la esfera de los instintos en donde trabajan para reconocer la inutilidad de los tesoros terrestres tras haber gastado mil trabajos reuniéndolos. Cuántas veces se mora en este primer mundo antes de salir preparado para volver a comenzar otras pruebas en la esfera de las abstracciones en donde el pensamiento se ejercita en las falsas ciencias, donde el espíritu se libera por fin de la palabra humana; porque una vez agotada la materia se presenta el espíritu. Cuántas de las formas prometidas al cielo han sido utilizadas antes de llegar a comprender el precio del silencio y de la soledad, de la que las etapas estrelladas son el pavimento de los mundos espirituales. Después de haber experimentado el vacío y la nada, los ojos se vuelven hacia el buen camino. Es entonces cuando otras existencias a utilizar son precisas para pisar el sendero en el que brilla la luz. La muerte es el descanso de este viaje. Las experiencias se hacen entonces en sentido inverso: es preciso con frecuencia toda una vida para adquirir las virtudes que son el polo opuesto de los errores en los que el hombre ha vivido precedentemente. Viene a continuación la vida en la que se sufre y en la que las torturas dan sed de amor. En seguida la existencia en la que se ama y en la que la devoción por la criatura toma la forma de devoción hacia el creador, ahí están las virtudes del amor, sus mil mártires, su angélica esperanza, sus alegrías seguidas de dolores, su paciencia, su resignación, excitan el apetito de las cosas divinas. Sigue la vida en la que se buscan, en el silencio, los trazos de la palabra, en la que se convierte en humilde y caritativo. Después la vida, en la que el deseo es muy intenso, y por último, la existencia en la que se ruega. Allí está el eterno mediodía, allí las flores y la cosecha. Las cualidades adquiridas, y que se van desarrollando lentamente en nosotros, son los lazos invisibles que unen cada una de nuestras *existencias* unas con otras, y el alma es la única que las recuerda, porque la materia no puede rememorar ninguna de las cosas espirituales. El pensamiento sólo tiene la tradición de la anterior. Este legado perpetuo del pasado al presente y del presente al futuro es el secreto de los genios humanos: unos poseen el don de las formas, otros el don de los números, éstos el de las armonías. Éste es el progreso por el camino que conduce hacia la luz. Sí, quien posee uno de estos dones contacta con el infinito en un punto. La palabra, sobre la que os he revelado aquí algunas cosas, la tierra se les ha distribui-

do, y en ella, reducida a polvo, la ha sembrado en sus obras, en sus doctrinas, en sus poemas...

...La última vida, aquella en la que se resumen las otras, en donde se tienden todas las fuerzas y todos los méritos, debe abrir la puerta santa al ser perfecto, es la vida del rezo. ¿Quién podrá haceros comprender la grandeza, la majestad, la energía de la oración? ¡Que mi voz resuene en vuestros corazones y los cambie y logréis de un solo golpe conocer lo que seréis tras las pruebas! Hay criaturas privilegiadas, profetas, videntes, enviados, mártires, todos los que sufren por la palabra o que la han proclamado; estas almas franquean de un solo paso las esferas humanas y se elevan con un solo y gigantesco paso hasta las alturas de la oración. Así sucede con los que se ven devorados por el fuego de la fe. Sed uno de estos matrimonios intensos. Dios sufre la temeridad, le agrada el ser tomado violentamente y no rechaza jamás al que puede acercarse a él. ¡Sabedlo!, el deseo, este torrente de vuestra voluntad, es tan poderoso en el hombre, que un solo tiro lanzado con fuerza puede lograrlo, un solo grito basta con frecuencia actuando bajo la presión de la fe. Venced a la tierra, que la sed y hambre de Dios os sean suficientes. Corred hacia él, como el ciervo sediento se encamina a la fuente; el deseo os prestará alas, las lágrimas, esas flores del arrepentimiento, serán como un bautismo celeste del que saldrá purificada vuestra naturaleza. Liberaos de la fuerza de las olas mediante la oración. El silencio y la meditación son los medios más eficaces para marchar por esta vía. Dios se vela siempre al hombre solitario y recogido. De esta forma se opera la separación necesaria entre la materia que os ha rodeado durante tanto tiempo envolviéndoos en sus tinieblas y el espíritu que nace en vosotros y os ilumina, porque él hará entonces que vuestra alma se aclare. Vuestro corazón lacerado recibirá entonces la luz que inunda. Ya no tendréis en vosotros convicciones, sino radiantes certezas. El poeta se expresa, el sabio medita, el justo actúa; pero el que se sitúa al borde de los mundos divinos reza, y su oración es al mismo tiempo palabra, pensamiento, acción...

Serafita.

Fragmentos de visión

El espíritu llama a la PUERTA SANTA. «¿Qué quieres?», responde un coro cuya pregunta resuena por todos los mundos. «Llegar

a Dios». «¿Has vencido?» «He vencido la carne por la abstinencia, las falsas palabras por el silencio, la falsa ciencia por la humildad, el orgullo por la caridad, la tierra por el amor; he pagado mi tributo de sufrimientos, me he purificado ardiendo en la fe, he deseado la vida por la oración; espero adorando y me resigno.»

Ninguna respuesta se dejó oír.

«Que Dios sea bendito», respondió el ESPÍRITU, creyendo que iba a ser rechazado.

Sus lágrimas brotaron y cayeron como un rosario sobre los dos testigos arrodillados que gemían ante la justicia de Dios.

De pronto, bruscamente, sonaron las trompetas de la victoria comunicada por el ÁNGEL en esta última prueba: sus notas llenaron los espacios como un sonido en su eco e hicieron temblar el universo que Wilfrid y Minna sintieron que se achicaba bajo sus pies y temblaron, agitados por la angustia que les producía la aprehensión del misterio que debía cumplirse.

Se produjo un gran movimiento, como si las legiones eternas se pusieran en marcha, disponiéndose en espiral. Los mundos se arremolinaban, semejantes a nubes lanzadas por viento huracanado. Todo ocurrió muy rápidamente.

Súbitamente los velos se rasgaron y vieron en lo alto una especie de astro incomparablemente más brillante que cualquiera de los más luminosos de los cuerpos celestes materiales, que se separó y cayó como un rayo brillando como un relámpago y ante cuyo paso palideció todo lo que hasta entonces habían considerado como la LUZ.

Éste era el mensajero encargado de anunciar la buena nueva, y en su casco, como penacho, portaba una llama de vida.

Dejaba tras sí surcos que llenaban inmediatamente las olas de los puntos particulares por los que pasaba.

Llevaba una palma y una espada. Tocó el ESPÍRITU con la palma y éste se transfiguró, sus alas blancas se desprendieron sin ruido.

La comunicación de la LUZ que transformó al ESPÍRITU en SERAFÍN, lo revistió de su forma gloriosa, la armadura celeste, que lanzaba tales rayos que los dos videntes quedaron deslumbrados.

Como los tres apóstoles ante cuyos ojos se mostró Jesús, Wilfrid y Minna sintieron que el peso de sus cuerpos se oponía a una completa intuición, sin nubes, de la PALABRA y de la VERDADERA VIDA.

Comprendieron la desnudez de sus almas y se dieron cuenta de lo escaso de su luminosidad en comparación con la aureola del serafín en la que se encontraban como una vergonzosa mancha.

Se vieron llenos de un ardiente deseo de refugiarse en el fango del universo para sufrir más pruebas, con el fin de poder un día proferir victoriosamente ante la PUERTA SANTA las palabras dichas por el radiante serafín.

El ángel se arrodilló delante del SANTUARIO, que podía por fin contemplar cara a cara, y dijo, señalándolos: «Permitidles que vean más adelante, aman al Señor y proclaman sus palabras».

Ante esta oración, cayó un velo. Sea que, por la fuerza desconocida que pesaba sobre los dos videntes, éstos vieron momentáneamente anonadadas sus formas corporales, sea que la oración hiciera surgir su espíritu fuera de las formas, el caso es que sintieron que se dividía en ellos lo puro, separándose de lo impuro.

Las lágrimas del serafín se elevaron a su alrededor en forma de vapor que les ocultó los mundos inferiores, los envolvió y trasladó, comunicándoles al mismo tiempo el olvido de las significaciones terrestres y prestándoles la potencia de comprender el sentido de las cosas divinas.

Apareció la verdadera luz, iluminó las creaciones, que les parecieron áridas cuando contemplaron la fuente de los mundos terrestres, espirituales y divinos, en donde ellos toman el movimiento.

Cada mundo tenía un centro al que tendían todos los puntos de la esfera. Estos mundos eran a su vez puntos que tendían al centro de su especie. Y cada especie poseía, igualmente, su centro dirigido hacia las grandes regiones celestes que comunicaban con el intangible y flameante motor de cuanto existe.

De esta forma, desde el mayor al más minúsculo de los mundos, y desde el más insignificante de los mundos hasta la más pequeña porción de los seres que lo componen, todo era individual y, sin embargo, todo era uno.

¿Cuál era el designio de este ser fijo en su esencia y en sus facultades, que las transmitía sin perderlas, que las manifestaba fuera de sí sin separarlas de él, que mostraba fuera de él todas estas creaciones fijas en su esencia y mudables en sus formas? Los dos convidados a esta fiesta no podían más que ver el orden y disposición de los seres, y admirar el fin inmediato. Los ángeles solamente iban más allá, conocían los medios y comprendían el fin.

Pero lo que los dos elegidos pudieron contemplar, les dio testimonio y aclaró sus almas para siempre, fue la prueba de la acción de los mundos y de los seres, la conciencia del esfuerzo con el que tendían al resultado.

Escucharon las diversas partes del infinito, formando una melo-

día viva, y en cada momento en que un acorde se hacía oír como una inmensa respiración, los mundos afectados por movimiento unánime se inclinaban hacia el ser inmenso que, desde su centro impenetrable, hacía que todo brotase y todo lo atraía hacia sí.

Esta incesante alternativa de voz y silencio parecía ser la medida del himno santo que retumbaba y se prolongaba por los siglos de los siglos.

Wilfrid y Minna comprendieron entonces algunos de los misterios de las palabras de Aquel que sobre la Tierra se había aparecido a cada uno de ellos bajo la forma que se hacía comprehensible, para uno como Serafit o para la otra como Serafita, cuando vieron que allí todo era homogéneo.

La luz originaba una melodía, la melodía producía luz, los colores eran luz y melodía, el movimiento era un número dotado de palabra; en fin, todo era al mismo tiempo sonoro, diáfano, móvil, de suerte que cada cosa se penetraba en las demás, la extensión no tenía obstáculos y podía ser recorrida por los ángeles en la profundidad del infinito.

Reconocieron la puerilidad de las ciencias humanas, de las que habían oído hablar.

Aquello fue para ellos una vista sin horizontes, un abismo en el cual un devorador deseo les forzaba a lanzarse, pero, unidos a un cuerpo miserable, tenían el deseo sin tener el poder.

El serafín replegó ligeramente sus alas para reemprender el vuelo y no se volvió hacia ellos; nada tenía de común con la tierra.

Se lanzó al espacio, la inmensa envergadura de su resplandeciente plumaje cubrió a los dos videntes como una sombra bienhechora que les permitía elevar los ojos y verlo marchar en su gloria, acompañado del alegre arcángel.

Se elevó como un sol radiante que surge del seno de las olas; pero más majestuoso que el astro y prometido para los más hermosos destinos, no debía verse encadenado como las creaciones inferiores en una vida cíclica; siguió la línea del infinito y tendió sin desviación hacia el centro único para sumergirse en la vida eterna, para recibir en sus facultades y en su esencia el poder de gozar por el amor, y el don de comprender por la sabiduría.

Serafita.

VÍCTOR HUGO

(1802-1885)

A partir del año 1854, Víctor Hugo se cree el profeta de la nueva religión, de la «religión verdadera», que sucediendo al druidismo y al cristianismo debería aportar a la humanidad el conocimiento y la felicidad. Es el propio Jesucristo el pontífice de la religión cristiana en su declinación, el que consagra a Víctor Hugo por intermedio de la mesa de Guernesey, para que predique el evangelio del porvenir. La sinceridad de Víctor Hugo es algo que no puede ser puesto en duda—como tampoco su ingenuidad, en ocasiones asombrosa, y la facilidad con la cual responde a su vocación mesiánica—. La inquietud filosófica y mística no era algo nuevo en Víctor Hugo. *Nuestra Señora de París,* publicada en 1831, muestra, a través de numerosas alusiones, que el autor no ignoraba el simbolismo hermético de las catedrales. El abate Egger, primer vicario de Nuestra Señora, antes de evocar al alma de Judas en el coro de dicha iglesia había posiblemente contado a Víctor Hugo entre los visitantes a quienes guiaba a diario. Así, este mismo año de 1854, en que se precisa la conciencia de su destino, Víctor Hugo puede escribir: «Los seres que habitan lo invisible y que ven el pensamiento cuando brota en nuestros cerebros saben que, aproximadamente desde hace veinticinco años, me ocupo de problemas que la mesa destaca y profundiza» [1] (19 de septiembre, Simón, página 304). Estos problemas son los eternos de la filosofía, y las respuestas que proporciona Víctor Hugo son las tradicionales. Su sistema lleva implícitos los dos elementos esenciales del ocultismo: una visión primitiva del mundo, y sobre esta base una estructuración racional, que en Víctor Hugo no carece de grandeza y equilibrio. Añadamos también la influencia de determinados amigos como Eugenio Nus y Alejandro Weill, el cabalista. La biblioteca de Guernesey, de la que Paul Barret hizo el catálogo, estaba bien surtida de obras ocultistas. Destacan las obras de Allan Kardec, fundador del espiritismo contemporáneo, y sus discípulos. Digamos por último, con Vianey, lo que las *Contemplaciones* han tomado de Pitágoras, Virgilio, Zoroastro, incluso Saint-Simon. A partir de estos datos múltiples, sintetizados por su genio, Víctor Hugo edifica su propia doctrina. En ella se abordan todos los principales temas del ocultismo y la teosofía. Hugo está atormentado por el problema del lenguaje; cree en el poder del verbo. Tiene apariciones, se comunica con el más allá y enseña la reencarnación y la cábala; admite la eficacia de las prácticas mágicas y justifica las creencias populares como, en el *Arte de ser abuelo,* las de los niños pequeños. Invoca un Dios que es al mismo tiempo una persona y penetra el mundo ema-

[1] Las referencias que los autores hacen de la «mesa» de Guernesey se refieren a las sesiones espiritistas que Víctor Hugo celebraba, utilizando el procedimiento del «velador». *(N. del T.)*

nado de él, antes de llamarlo de nuevo hacia sí mismo. Pero la reintegración será total y el perdón, al fin de los tiempos, será universal. El origenismo de Víctor Hugo es tan cierto como su animismo y los dos inspiran especialmente el *Fin de Satán.*

El acuerdo unánime de los comentaristas es que *Lo que dice la boca de sombra* expresa con mayor fidelidad la definitiva doctrina de Víctor Hugo. La forma poética no es indigna de las más hermosas páginas de una obra inmensa, aunque la parte narrativa y descriptiva esté más reducida que en ningún otro fragmento. Se trata de una verdadera exposición dogmática, un resumen y un testamento de las creencias del poeta que hizo las *Contemplaciones.* Su título primitivo, que figura sobre el manuscrito, ¿no era el de *Sofía?* Se notará en este texto, al lado de reflexiones metafísicas, la importancia atribuida a la pena de muerte. Ésta es otra de las frecuentes preocupaciones en los autores marcados por el ocultismo, desde Joseph de Maistre a Baudelaire, y que Víctor Hugo aborda de una manera muy original. Los extractos de la *Boca de sombra* que citamos más abajo se han clasificado de acuerdo con la división de Denis Saurat, al que es precisamente siempre obligado recurrir cuando se trata de estudiar el ocultismo de Víctor Hugo.

Lo que dice la boca de sombra

Introducción

El hombre soñando, desciende al remolino universal.
Yo erraba cerca del dolmen que domina Rozel,
En el lugar en el que el cabo se prolonga como si fuera una isla
Me esperaba el espectro; el ser sombrío y tranquilo
Me cogió por los cabellos con su mano que crecía,
Me llevó a lo alto de las rocas, y me dijo:

* * *

Has de saber que todo cuanto existe conoce su ley, su objetivo, su [camino;
Que desde el astro al átomo, la inmensidad se escucha;
Y todo en la creación posee conciencia;
Y el oído podría tener su visión,
Porque las cosas que existen están en diálogo abierto.
Todo habla: el aire que pasa y el alción que boga,
la brizna de hierba, la flor, el germen, el elemento.
(...)

Todo en el infinito le dice algo a alguien.
Un pensamiento llena el tumulto superfluo.
Porque Dios no ha creado un sonido sin incluir al verbo.
Todo, como tú, gime, o canta como yo;
Todo habla. Y sin embargo, ¡oh hombre!, ¿sabes por qué
Todo habla? Escucha bien; es que los vientos, las ondas, las llamas.
Los árboles, los rosales, las rocas, ¡todo está dotado de vida!
Todo está lleno de almas.

Ontología

Dios solo ha creado al ser imponderable.
Lo hizo radiante, hermoso, cándido, adorable,
Pero imperfecto; sin ello, desde idéntica altura,
La criatura siendo igual al creador,
Esta perfección, en el infinito perdida,
Se vería con Dios mezclada y confundida,
Y la creación, a fuerza de claridad,
En él volvería a penetrar y no habría sido
Una creación sana ni un ensueño de profeta,
Para ser, ¡oh profundidad!, tenía que ser imperfecta.

Consecuentemente, Dios hizo el universo y el universo hizo el mal.
El ser creado, emparejado con el rayo bautismal,
En tiempos de los que nosotros sólo conservamos el recuerdo,
Planeaba en el esplendor sobre alas de gloria;
Todo eran cantos, incienso, llamas, deslumbramientos;
El ser erraba, con alas de oro, en un rayo encantador,
Y de todos los perfumes era el huésped;
Todo nadaba, todo volaba.
La primera falta
Fue el primer peso y Dios sintió un dolor.
(...)
Y el éter se convirtió en aire y el aire se hizo viento;
El ángel se convirtió en espíritu y el espíritu se hizo hombre.
El alma se precipitó y los males multiplicaron la suma,
En el bruto, en el árbol, e incluso por debajo de ellos,
En el guijarro pensativo, este horroso ciego.
(...)

El mal es la materia, árbol negro, fruto fatal.
(...)

Cosmología

(...)
Hombre, tú ves, haces, construyes y fundas,
Y también dices: «Soy el único, soy el pensador,
El universo sólo me tiene a mí en su gran profundidad.
Por fuera de mí sólo está la noche; más allá sólo existe el ensueño.
Lo ideal es un ojo que la ciencia estimula.
Soy yo lo que constituye el fin y la cúspide.
Veamos, ¿no observas al buey que se somete?
¿Escuchas el ruido de tus pasos sobre los mármoles?
¿Interrogas a las olas?, y, cuando ves los árboles,
¿Les hablas alguna vez a estos seres religiosos?
Al igual que sobre la loma de un monte prodigioso,
Vasta mezcla de ruidos confusos, del fondo de la sombra,
Ves ascender hacia ti la creación sombría.
La roca está más lejos, el animal más cerca.
(...)

¿Crees que esta vida inmensa, llenando
De soplos la hojarasca y de relámpagos la cabeza,
Que va desde la roca al árbol y del árbol a la bestia,
Y que desde la piedra hasta ti sube insensiblemente,
Se detiene sobre el abismo en el hombre, de forma escarpada?
No, ella continúa, invencible, admirable,
Penetra en lo invisible y lo imponderable,
Y desaparece para ti, carne vil, llenando el azur
De un mundo palpitante, espejo del mundo oscuro,
De seres vecinos al hombre y de otros que se alejan,
De espíritus puros, de videntes cuyos esplendores sirven de testimonio.
Ángeles hechos de rayos como el hombre de instintos.
Se difumina por los cielos y jamás se extingue,
Sublime ascensión de escalas estrelladas,
Que toca la frente sombría y el radiante pie,
Desde los demonios encadenados asciende a las almas aladas,
Ligando el astro espiritual al arcángel soleado,
Une, atravesando millones de leguas,
A los grupos constelados y las legiones azules,
Puebla lo alto, lo bajo, los bordes y el medio,
Y en las profundidades se difunde en Dios.

Esta escala aparece vagamente en la vida
Y en la muerte. Siempre los justos la han presentido;
Jacob al verla y Catón sin contemplarla.
Sus escalones son el duelo, la sabiduría, el exilio y el deber.

Y esta escala viene de mucho más allá de la tierra.
Has de saber que comienza en los mundos del misterio,
En los mundos de los terrores y las perdiciones.
(...)

Por lo tanto la materia tiende hacia el ideal, y atrae
El espíritu hacia el animal, el ángel hacia el sátiro,
La cúspide hacia lo más bajo, el amor hacia el apetito.
Con lo grande que brilla hace lo pequeño.
(...)

Psicología

Toda falta que se comete es un calabozo que abre sus puertas.
Los malvados ignoran qué misterio los cobija,
Los seres llenos de furor, sangre, traición,
Con sus acciones construyen su propia prisión;
Todo bandido cuando la muerte acude a tocar sus hombros
Y lo despierta, feroz, encontrándose en la cárcel
Que le hizo su actuación, creciendo a sus espaldas;
Tiberio en su roca, Séjan en una serpiente.
(...)

Una bestia va, viene, ruge, grita, muerde,
Un árbol está allí, mostrando sus ramas erizadas,
Una dalia se abre en medio de los caminos
Que la carreta destruye y que el invierno seca,
Y bajo estos espesores de materia y noche,
Árbol, bestia, piedra, peso que nadie puede levantar,
En esta terrible profundidad, un alma sueña.
¿Qué hace?; ¡soñar con Dios!
(...)

Rey forzado, el hombre espíritu, piensa y, como materia, come.
El alma en él no puede extenderse sobre su sede.
El hombre, al igual que el bruto abrevado en la nada,
Vacía todas las noches el vaso negro de la suma.
La cadena del infierno, atada al pie del hombre,

Lo atrae día a día hacia la cloaca impura,
La belleza, el genio elevados hacia el azul,
Mezclando la peste con el soplo ideal del vientre,
Y arrastra con Sócrates a Aspasio hacia las letrinas.

Por lo tanto, el hombre por una parte es ilimitado.
El monstruo tiene la argolla, el hombre la libertad.
Soñador, recuerda esto: el hombre está en equilibrio.
El hombre es una prisión en la que el alma permanece libre.
(...)

La materia, bloque repulsivo, no es sino el pesado fragmento
De los efectos monstruosos, salidos de las causas sombrías.
¡Tened piedad! Ved que hay alma en las cosas,
¡Hay de mí, la choza también sufre la arremetida fatal!
(...)

Compadeced al prisionero, pero también al verdugo;
Compadeced la cadena en el fondo de las aguas insalubres;
El hacha y la picota son dos seres lúgubres;
El hacha sufre tanto como el cuerpo, el tajo
Sufre tanto como la cabeza, ¡oh misterio de lo alto!
Se libran, unos después de otros, y lo horroroso lucha;
Aprieta el hacha y el hacha le hiere;
Y se dicen en voz baja, uno a otro: ¡Asesino!
Y el hacha maldice a los hombres, sombrío enjambre,
Cuando al anochecer, sobre la espalda del verdugo, su ministro,
Retorna el hacha a la sombra, y luce, espejo siniestro,
Cubierta de sangre y reflejando los cielos;
Y la noche, en la tabla carnicera blanda y silenciosa,
Encuentra el cadáver con el cuello rojo, terrible, frío, descolorido,
Sólo sabe lo que le dice el tajo, tronco también él.
(...)

Escatología

¡Esperad!, ¡esperad!, ¡esperad!, ¡miserables!
¡Basta de Dios infinito, basta de males incurables!
        ¡Basta de infierno eterno!
Los dolores van hacia Dios, como las flechas caminan al blanco;
Las buenas acciones son los goznes invisibles
        De la puerta de los cielos.
(...)

Dios con su mirada fija atrae las tinieblas;
Viendo venir hacia Él, desde el fondo de las fúnebres cloacas
En donde el mal le ruega,
Subir la enormidad tartamudeante de las alabanzas,
Que hará entrar, entre los universos arcángeles,
El universo paria.
(...)

Se verá la manada de las hidras formidables
Salir, subir desde el fondo de las brumas insondables
Y transfigurarse;
Desde las estrellas se desprende hasta las superficies negras de sus [cráneos,
¡Dios justo!, y, por grados haciéndose diáfanos,
Los monstruos azulear.
(...)

¡Vendrán ellos!, ¡vendrán!, temblorosos, destrozados en éxtasis,
Cada uno de ellos desbordado en lágrimas como un vaso,
Pero sin embargo, sin esfuerzo.
Y se les tenderá la mano desde la elevada morada,
Y Jesús, inclinándose sobre Belial, que llora,
Le dirá: « ¡Por fin estás aquí! »

Y hacia Dios, de la mano, conducirá a su hermano;
Y cuando estén cerca de los grados de luz
Sólo por nosotros percibidos,
Los dos serán tan hermosos, que Dios, cuyos ojos centellean,
No podrá distinguir, padre lleno de alegría,
A Belial de Jesús.

Todo será dicho. El mal expirará; las lágrimas
Se secarán; no más hierro, no más duelos, no más alarmas;
La horrorosa sima inclemente
Dejará de ser sorda y dirá: «¿Qué es lo que oigo?»
Los dolores cesarán en toda la sombra; un ángel
Gritará: ¡El principio!

Jersey, 1855.
Las contemplaciones, libro VI, XXVI.

GÉRARD DE NERVAL

(1808-1855)

No es preciso indicar los lazos que unen con la tradición ocultista al autor de *Los Iluminados* y *Viaje al oriente,* ya que resultan evidentes y conocidos de todo el mundo. Después de los trabajos de Jean Richer, especialmente, se podría incluso asegurar que la novia es demasiado hermosa. Haciendo una comparación de textos en dos columnas, Richer, en efecto, ha podido establecer que Nerval ha copiado palabra por palabra pasajes enteros de obras como el *Sethos* del abate Terrason, *El Egipto del Murtadi,* etc., sin hablar de las tomas más o menos directas de Court de Gébelin y del *Mundo Primitivo* o el *Diccionario mito-hermético* de Dom Pernety. Llega entonces uno a preguntarse si ciertos trabajos «ocultistas» de nuestro autor no son sino compilaciones cuyo interés para el propio Nerval no era más que alimenticio.

Esto nos demuestra en todo caso que Nerval tenía unos amplios conocimientos de la literatura esotérica y, felizmente, hay también otra cosa. Estaba hasta tal punto interesado en las iniciaciones, en especial en las antiguas, que cabe preguntarse, ¿era un iniciado? Esto no es imposible, y su conocimiento del *Tratado de la reintegración* de Martines de Pasqually, que no circulaba entonces más que en forma manuscrita, podría sugerir contactos íntimos con los grupos martinistas y martinesistas. Pero esto no se podría asegurar de forma cierta. Lo que es capital es que Nerval estaba en cierta forma preparado constitucionalmente para adoptar una visión ocultista del mundo. Atraído intensamente por los sentimientos religiosos, al mismo tiempo que sintiendo una gran curiosidad por el más allá y queriendo superar la ortodoxia católica, instalado en las fronteras entre la enfermedad mental y la salud, y por lo tanto, entre las de la realidad y el ensueño, desea conocer la clave de las cosas, esperando captar una verdad que lo fuera en dos vertientes. Es entonces cuando su amplia cultura le sirve de apoyo y toma un sentido, cuando se pone en busca de un sincretismo religioso a través de las iniciaciones orientales y antiguas, a través de lo que queda de ellas dentro de la francmasonería. Más que un iniciado estrechamente ligado a su doctrina, Nerval es una autoridad en ocultismo, como autodidacto apasionado. Inquieto por todos los misterios, trata de beber en todas las fuentes de la tradición, en las fuentes pitagóricas o neoplatónicas, alquímicas y cabalistas, etc. Mediante una verdadera alquimia espiritual ha fundido todas estas aportaciones en un conjunto, y el producto de su trabajo son estas páginas lisas, puras y misteriosas de *Aurelia* o de las *Quimeras,* que hacen de Nerval uno de los más grandes magistas de su siglo.

A título de ejemplo, resumimos, para dos sonetos de las *Quimeras,* las interpretaciones de algunos de nuestros antecesores. Damos también algunas páginas de *Aurelia.*

El desdichado *

Yo [1] soy el tenebroso—el viudo—el inconsolable
El Príncipe de Aquitania con la torre derruida;
Mi única *estrella* ha muerto—y mi laúd constelado [2]
Lleva el *Sol negro* [3] de la *melancolía* [4].

En la noche de la tumba [5], tú, que me has consolado,
Devuélveme el Pausilippe y el mar de Italia [6],
La *flor* [7] que tanto le gustaba a mi corazón desolado,
Y la parra en donde el pámpano y la rosa se unen [8].

¿Soy yo Eros o Febo? ¿Lusignan o Byron?
Mi frente está roja [9] todavía por el beso de la reina [10];
Y yo he soñado en la gruta en que nada la sirena [11]...

Por dos veces triunfante [12] he atravesado el Aquerón:
Modulando a mi paso en la lira de Orfeo [13]
Los suspiros de la santa [14] y los gritos de la bruja [15].

COMENTARIO [1]

Sin recoger en su totalidad el comentario que a este soneto ha hecho Georges Le Breton, señalaremos que, según él, existen dos claves que permiten la comprensión de las *Quimeras* en general y el *Desdichado* en particular. La primera es el simbolismo alquímico que Nerval conocía particularmente a través de las obras de Dom Pernety, *Fábulas egipcias y griegas* y el *Diccionario mito-hermético;* la segunda es el simbolismo del Tarot, visto a través del tomo VIII del *Mundo primitivo* de Court de Gébelin. Dicho esto vamos a señalar algunas correspondencias:

1. El personaje que dice «yo» es el Plutón alquímico, que representa la tierra filosófica oculta bajo el color negro. El oscurecimiento está en el principio de la operación, y los filósofos hablan refiriéndose a ella de muerte, tinieblas, tumba, melancolía, sol eclipsado, etc.
2. Los tres primeros versos se corresponden, en orden a las cartas relativas a los «arcanos mayores» del Tarot, de la siguiente forma: XV, llamado «el Diablo»; según Court de Gébelin, es Tifón, hermano de Osiris y de Isis, mito-

* En español en el original. *(N. del T.)*

[1] El contenido de todas estas notas se ha tomado directamente del erudito trabajo de Le Breton. Es preciso comprender el término «alquimista» en su neto significado filosófico.

lógicamente el principio del mal. Arcano XVI, llamado «la Torre Fulminada», y el XVII, «La Estrella».

3. «Sol negro», expresión corriente entre los alquimistas, especialmente en las obras atribuidas a Raimundo Lulio y en las de Dom Pernety.

4. «Melancolía» significa la «putrefacción de la materia» (véase el *Diccionario mito-hermético).* También: «la tristeza y la melancolía... es uno de los nombres que los adeptos daban a la materia que procedía del negro».

5. El término «tumba» se usa como alegoría de la «putrefacción» de la materia en la obra alquímica. Así se dice que es preciso poner al Rey en la tumba para reducirlo a cenizas y que resucite.

6. El «Paussilippe» es la piedra roja o azufre de los filósofos, y el «mar» en el lenguaje alquímico significa el mercurio de los filósofos.

7. La flor blanca de Proserpina; serían las «rosas blancas que se desprenden del cielo alquímico», en *Artemis.*

8. El «pámpano» es el color rojo de Marte; la rosa designa a Venus. De la unión de Marte y Venus va a salir el sol filosófico, el «amor de Febo».

9. Según el orden de los colores alquímicos, el primer cuarteto del soneto era negro, el segundo blanco y el primer terceto rojo.

10. El rey filosófico es el azufre hermético *; la reina, el agua mercurial. El paso del negro al rojo, según la alquimia, explica el paso del sol negro a Febo, del «yo soy el tenebroso...» del primer verso al «¿soy Febo?» del noveno, que podría parecer contradictorio.

11. Verso que se explica por una alusión muy precisa en un enigma alquímico citado por Dom Pernety. El nombre Lusignan en el noveno verso sugiere la identificación de esta sirena con Melusina. En cuanto a la gruta, representa el vaso alquímico. En una primera versión, Nerval había escrito: «En la gruta en que verdece la sirena. Se sabe que la "serpiente verde" (véase GOETHE) era el símbolo del mercurio de los filósofos.»

12. Indica que Nerval describe la segunda operación alquímica.

13. «Como poeta Orfeo es el artista que refiere alegóricamente lo que se produce en las operaciones del magisterio» (Dom Pernety).

14. La santa es la virgen alquímica; véase más abajo *Artemis.*

15. «El soneto *El desdichado,* concluye Le Breton, es el soneto del Sol de los Sabios.»

Artemisa

La trece retorna... Sigue siendo la primera;
Y es siempre la única—o es el único momento:
¡Porque eres tú reina, oh tú!, ¿eres la primera o la última?
¿Y tú, oh rey, eres el único o el último amante?...

* Recalcamos que no se deben confundir los símbolos alquímicos de «azufre, mercurio, sal», etc., con el significado moderno de los términos, ni con los elementos así denominados en la química actual. *(N. del T.)*

Amad a quien os quiere desde la cuna a la tumba;
Aquella a la que amo es la única que me ama todavía tiernamente;
Es la muerte—o la muerta... ¡Oh delicia!, ¡oh tormento!
La rosa que ella posee es la alcea.

Santa napolitana con las manos llenas de fuego,
Rosa de corazón violeta, flor de Santa Gúdula,
¿Has encontrado la cruz en el desierto de los cielos?

¡Rosas blancas, caed!, vosotras insultáis a nuestros dioses;
Caed, fantasmas blancos, desde vuestro cielo que arde:
—¡La santa del abismo es más santa a mis ojos!

Comentario

Si seguimos el comentario de Jean Richer, distinguiremos en principio en el soneto *Artemisa* un sentido biográfico, que se refiere especialmente a la importancia del número trece en la vida de Nerval. Él creía que su existencia estaba gobernada por el 13, y sin duda escribió este soneto hacia el mes de enero de 1841; así estos versos podrían explicar en forma velada su angustia ante la posibilidad de una repetición de circunstancias desagradables, de un «retorno».

Por otra parte, el soneto puede considerarse como una ilustración del arcano XIII del Tarot, «la Muerte». Artemisa, según Court de Gébelin, nombre de Diana en griego, significa «aquella que regula los tiempos y la marcha de la tierra». Es la luna de abril, la luna que *mata* las estrellas porque las hace desaparecer por su brillo. Por otro lado, entre la Luna y el número trece, la relación es muy especial, porque hay trece lunaciones durante el año. El trece preside el ciclo de las renovaciones; la hora trece es la hora de la muerte, y volvemos a encontrar la luna y la triple Hécate, de quienes tendremos ocasión de hablar a propósito de Maurice Scéve.

Para interpretar la «alcea» del verso quinto, es necesario comprenderla como «rosa de ultramar» y tener en cuenta una glosa del manuscrito Eluard que hace alusión a Santa Filomena, virgen cristiana que sufrió el martirio. Veremos entonces en el soneto una alusión al conflicto, con frecuencia evocado por Nerval, de las religiones antiguas y del cristianismo. Más allá de Santa Filomena o de Santa Rosalía (la santa del verso noveno, patrona de Sicilia, y con frecuencia representada con una cruz en la mano), podemos pensar en la rosa mística, en la Virgen y la Madre, y más allá todavía, en la Virgen-Madre del cristianismo, la eterna Isis. Así el soneto tendría un sentido profundo, el de la proclamación de una especie de cristianismo esotérico.

Sólo disponemos en el artículo sobre la *Fuente* (núm. 44) de algunas indicaciones sobre el comentario hermético que Le Breton ha hecho de *Artemisa.* Sin embargo, es precisamente al hablar de dos versos de «Rosas blancas...» lo que nos permite llegar a una interpretación. En ella hace referencia a una nota de Dom Pernety que señala que en el espacio vacío que existe entre la materia

prima alquímica y la porción superior de la vasija, que se llama el cielo, y que si se intensifica el fuego, según los alquimistas, «se quemarán las flores». De una forma general, el soneto *Artemisa* le parece simbolizar una operación alquímica fallida, en oposición a *El desdichado,* primer soneto de las *Quimeras* y símbolo de una transmutación que ha logrado su punto culminante. Nerval, terminando por Artemisa, manifestará su elección definitiva de las divinidades del abismo y la noche.

Aurelia

¿Cómo podría pintar la extraña desesperación a la que estas ideas me conducían poco a poco? Un mal genio había ocupado mi puesto en el mundo de las almas—para Aurelia, él era yo, y el espíritu desolado que vivificaba mi cuerpo debilitado, desdeñado, desconocido para ella, se veía para siempre destinado a la desesperación o la nada—. Yo empleaba todas las fuerzas de mi voluntad para penetrar el misterio del que había levantado algunos velos. El sueño se burlaba algunas veces de mis esfuerzos y me proporcionaba figuras amenazantes y fugitivas. Sólo puedo dar aquí una idea demasiado bizarra de lo que resultaba de este estado de mi espíritu. Me sentía caminando sobre un fino hilo extendido sobre el vacío y cuya longitud era infinita. La tierra, atravesada por vasos coloreados de metales en fusión, como ya había visto, se aclaraba poco a poco por la expansión del fuego central, cuya blancura se fundía con las tintas color cereza que coloreaban los flancos del orbe interior. Me asombraba algunas veces de volver a encontrar los grandes reservorios de agua, suspendidos de la misma forma que están las nubes del aire, y siempre ofreciendo tal densidad que se podría cortar en trozos; pero está claro que se trataba de un líquido diferente del agua terrestre y que era sin duda el resultado de la evaporación de lo que formaba los mares y ríos del mundo de los espíritus.

Llegué a ver una enorme playa ondulada por montículos y toda cubierta por una especie de rosales de tinte verdoso y amarilleadas en sus extremidades como si los fuegos del sol las hubieran en parte desecado—pero no vi el sol más que las otras veces—. Un castillo dominaba la colina que me puse a subir. Sobre la otra ladera vi extenderse una inmensa ciudad. Mientras atravesaba la montaña, llegó la noche y pude ver las luces de las habitaciones y las calles. Al descender, me encontré en un mercado en el que se vendían frutos y legumbres parecidos a los del Mediodía francés.

Bajé por una oscura escalera y me encontré en las calles. Se anunciaba la apertura de un casino y los detalles de su distribución se encontraban anunciados por artículos. El encuadre tipográfico estaba hecho con guirnaldas de flores muy bien representado y coloreado, hasta el punto de que parecían naturales. Una parte del edificio estaba todavía en construcción. Entré en un taller en el que pude ver obreros que modelaban en arcilla un enorme animal que tenía forma de llama, pero que parecía estar provisto de grandes alas. Este monstruo estaba como atravesado por un rayo de fuego que poco a poco le daba vida, de forma que se iba moviendo, atravesado por mil hilos purpúreos, que formaban sus arterias, venas, y por así decir, fecundaban la materia inerte, que se revestía de una vegetación instantánea de apéndices fibrosos, de alerones y de vello lanoso. Me paré para contemplar esta obra de arte, en donde parecían haberse sorprendido los secretos de la creación divina.

—Esto que tenemos aquí—me dijeron—es el fuego primitivo que animó a los primeros seres... Antaño, se vertía por la superficie de la tierra, pero ahora las fuentes se han cegado.

Vi también trabajos de orfebrería en los que se empleaban dos metales desconocidos en la tierra: uno de ellos rojo que parecía corresponder al cinabrio, y otro de un azul intenso. Los adornos no estaban grabados ni cincelados, sino que se formaban y se coloreaban como aquellas planchas metálicas que se hacen nacer de determinadas mezclas químicas.

—¿No crearéis también hombres?—le pregunté a uno de los trabajadores.

Pero me replicó:

—Los hombres vienen de lo alto y no de lo bajo; ¿podríamos crearlos nosotros? Aquí no se hace más que formular para los progresos sucesivos de nuestras industrias una materia más sutil que la que compone la corteza terrestre. Estas flores que os parecen naturales, este animal que parecerá vivo, no son más que productos del arte elevado a su máximo grado por nuestros conocimientos, y todo el mundo debe juzgarlos así.

Tales son, poco más o menos, las palabras que me fueron formuladas, en las que yo creía percibir el significado. Me dediqué a recorrer las salas del casino y vi una inmensa muchedumbre, en la que distinguí algunas personas que me eran conocidas, unas vivas, otras muertas, en distintas épocas. Las primeras parecían no verme mientras que las otras me contestaban sin que al parecer me conocieran. Había llegado a la mayor de todas las salas, que estaba enteramente

tapizada con terciopelo rayado con oro rameado, formando ricos dibujos. En medio se encontraba un sofá en forma de trono. Algunos de los que pasaban se sentaban para probar su elasticidad; pero los preparativos no se habían concluido aún y se dirigían hacia otros salones. Se hablaba de un matrimonio y del esposo que, decían, debía llegar para anunciar el momento de la fiesta. De pronto un inmenso transporte me invadió; imaginaba que al que se esperaba era a mi doble, que debía casarse con Aurelia, y organicé un verdadero escándalo con mis protestas, lo que pareció disgustar mucho a la asamblea. Me puse a hablar con violencia, explicando mis sufrimientos e invocando la ayuda de los que me conocían.

Un viejo me dijo:

—No debe uno comportarse así, estáis molestando a todo el mundo.

Entonces yo grité:

—Sé muy bien que me ha golpeado con mis propias armas, pero espero sin temor poder reconocer el signo que debe vencer.

En este momento, uno de los obreros del taller, que había visitado al entrar, apareció trayendo una larga barra, cuya extremidad se componía de una bola enrojecida al fuego. Quise lanzarme sobre él, pero la bola que tenía en la barra me amenazaba constantemente, parecía ir a golpear mi cabeza. A mi alrededor parecía que todos se burlaban de mi impotencia, de forma que retrocedí hasta el trono, con el alma llena de un indescriptible orgullo, y levanté el brazo para hacer un signo que me parecía tener un especial poder mágico. El grito de una mujer, claro y vibrante, preñado de un desgarrador dolor, me despertó sobresaltado. Las sílabas de una palabra desconocida que iba a pronunciar murieron en mis labios...

Me precipité de rodillas al suelo y me puse a rezar fervorosamente, al mismo tiempo que las lágrimas llenaban mi rostro. Pero ¿de quién procedía aquella voz que acababa de resonar tan dolorosamente en medio de la noche?

La voz no pertenecía al sueño; era la de una persona viva, y, por tanto, era para mí la voz y el acento de Aurelia...

Abrí una ventana; todo estaba tranquilo, y el grito no se repetía. Pregunté a mis vecinos, nadie lo había oído, y sin embargo, todavía estoy seguro de que el grito era real y que el aire de los vivos se había retardado... Sin duda se me dirá que el azar ha podido hacer que en aquel mismo momento una mujer sufriendo sabe Dios qué hubiera gritado en los alrededores de mi casa.

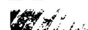
Pero según mi opinión, los acontecimientos terrestres están unidos

a los del mundo invisible; es ésta una de las extrañas relaciones de las que me di cuenta por mí mismo y que es mucho más fácil de indicar que de definir...

¿Qué es lo que había hecho yo? Había perturbado la armonía del universo mágico en el que mi alma buscaba la certeza de una existencia inmortal. Posiblemente yo estaba maldito por haber querido desvelar un misterio terrible ofendiendo con ello las leyes divinas, por lo que sólo podía esperar cólera y desprecio. Las sombras irritadas huían lanzando gritos y trazando en el aire círculos fatales, como hacen los pájaros al aproximarse una tempestad.

Aurelia.

OTROS EXTRACTOS DE GÉRARD DE NERVAL * (POESÍA)



Los versos dorados

¡Sabed que todo es sensible!
PITÁGORAS.

¡Hombre librepensador! —Te crees el único ser capaz de pensar
En este mundo, donde la vida se manifiesta en todas las cosas.
Existen fuerzas de las que libremente puedes disponer;
Pero de todos tus consejos el universo está ausente.

Respeta en la bestia un espíritu que actúa...
Cada flor es un alma en la que la Naturaleza se manifiesta,
Un misterio de amor en el metal reposa,
Todo es sensible. —¡Y todo lo que actúa sobre tu ser es poderoso!

Teme en el ciego muro una mirada que te espía;
En la materia inerte un verbo está latente...
No lo hagas servir para un uso impío.

* Dado el profundo esoterismo que tiñe la totalidad de la obra de Gérard de Nerval, hemos querido incluir aquí algunos fragmentos más, aunque para dar una completa idea de su pensamiento, sentimientos, y posibles relaciones con órdenes esotéricas, sería necesario un largo estudio de la misma. *(N. del T.)*

Con frecuencia en el más oscuro ser mora un Dios oculto;
Y como un ojo naciente cubierto por párpados,
Un espíritu puro se acoge en la dureza de las piedras

Las quimeras.

Fantasía

¡Existe un aire por el que yo daría
Todo Rossini, Mozart y Weber,
Un aire muy viejo, lánguido y fúnebre,
Que sólo para mí tiene encantos secretos!

Y cada vez que lo escucho,
En doscientos años mi alma se rejuvenece...
Es bajo Luis XIII y creo ver extenderse
Una verde colina, que el sol poniente amarillea.

Después un castillo de ladrillos con las esquinas de granito,
Y las vidrieras teñidas de colores rojizos,
Rodeado de grandes parques, con un río,
Bañando sus pies, que corre entre flores.

Y una dama, en su alta ventana.
Rubia de ojos negros, y en sus vestidos antiguos,
A la que yo, posiblemente en otra existencia,
He contemplado... y de la que todavía me acuerdo!

Odeletas.

Saint-Germain.—Cagliostro

Estos dos personajes han sido los más célebres cabalistas de fines del siglo XVIII. El primero apareció en la corte de Luis XV y gozó de un cierto crédito, gracias a la protección de madame de Pompadour; no tenía, dicen las memorias de su tiempo, ni el impudor que conviene a un charlatán ni la elocuencia necesaria a un fanático, ni la seducción que muestran los semisabios. Se ocupaba sobre todo de alquimia, pero menospreciaba otras partes de las ciencias. Mostró a

Luis XV el destino de sus hijos en un espejo mágico y el rey retrocedió aterrorizado viendo la imagen del delfín aparecer ante él decapitada.

Saint-Germain y Cagliostro se habían conocido en Alemania en el estado de Holstein, y fue, se dice, el primero de ellos quien inició al otro, confiriéndole los grados místicos. En la época en que fue iniciado adquirió el célebre espejo que le servía para la evocación de espíritus.

El conde de Saint-Germain pretendía conservar el recuerdo de una gran serie de existencias anteriores y refería sus diversas aventuras desde el comienzo del mundo. Se le preguntó un día a su criado sobre un hecho que el conde acababa de contar y que se refería a la época de César. El criado contestó a los curiosos:

—Me excusaréis, señores, porque sólo estoy al servicio del señor conde desde hace trescientos años.

Fue en la calle Plâtrière, en París, y también en Ermenonville, donde tenían lugar sus sesiones, y este personaje desarrollaba sus teorías.

Cagliostro, tras haber sido iniciado por el conde de Saint Germain, marchó a San Petersburgo, en donde tuvo grandes éxitos. Más tarde se dirigió a Estrasburgo, donde adquirió, se asegura, una especial influencia sobre el arzobispo príncipe de Rohan.

Todo el mundo conoce el asunto del «collar de la reina» en el que el célebre cabalista se vio implicado, pero del que salió sin mácula, siendo llevado en triunfo a su morada por el pueblo de París.

Su mujer, que era muy hermosa y de una elevada inteligencia, le había seguido en todos sus viajes. Ella presidió aquella famosa cena, a la que asistieron la mayor parte de los filósofos de la época y en la que hizo aparecer a diversos personajes muertos hacía mucho tiempo. Según el sistema de Cagliostro, *no hay muertos.* De tal forma, puso doce cubiertos, aunque sólo tenía seis convidados: D'Alembert, Diderot, Voltaire, el duque de Choiseul, el abate de Voisenon y que no sé cuál otro, vinieron a sentarse, aunque estaban muertos, en los lugares que se les había destinado y hablaron con los invitados *de omni re scibili et quibusdam aliis.*

Hacia aquella época Cagliostro fundó la célebre *Logia egipcia,* dejando a su mujer el cuidado de establecer otra en favor de su sexo, que fue puesta bajo la advocación de Isis.

Los iluminados.

EDGAR ALLAN POE

(1809-1849)

No es seguramente el menor de los títulos que puede mostrar Edgar Allan Poe, para figurar en esta antología, el haber sido maestro de Baudelaire. Porque la relación que liga a los dos grandes poetas tiene su base en una similitud de vida y creencias. Baudelaire, que tradujo a Poe en lengua francesa y lo hizo conocer en Francia, mejor que lo había sido nunca en los Estados Unidos, ha indicado muchas veces este parentesco espiritual, «esta íntima semejanza, aunque positivamente no acentuada, entre mis poesías y las de aquel hombre, deducción hecha del temperamento y el clima» *(Cartas inéditas a su madre)*.

En Poe, como en Baudelaire y en Rimbaud, se encuentra un idéntico desequilibrio de todos los sentidos erigidos en método, que no puede aliarse a un verdadero misticismo más que en un universo en el que todo lo que está abajo es como lo que está arriba.

Los encuentros misteriosos, las coincidencias, los signos, el encaminamiento analógico de los seres y los pensamientos son aplicaciones de la fe ocultista de Poe. Lo extraordinario se nos muestra en cada una de las páginas de las historias y en las aventuras de Arthur Gordon Pym. Poe cree en el ocultismo y el mundo de los símbolos como adecuada decoración para sus relatos. Pero Poe no se contenta con poseer el sentimiento de lo extraordinario, como les sucede a los cuentistas populares, sino que lo admite y trata de explicarlo y justificar su presencia. Poe ha resumido los principios de su filosofía y los ha codificado. En ocasiones coloca sus propias certidumbres en la boca de un cadáver magnetizado, de un sonámbulo o una momia revitalizada; Poe se mueve entre la forma clásica del diálogo filosófico y el fantástico, mejor adaptado a los temas que trata. Se puede, a veces, sonreír ante las ingenuidades de Poe, también se puede preguntar cuáles fueron sus ambiciones y sus ilusiones, ya que con frecuencia es un «científico» de lo oculto; pero también es, y con mayor éxito, el poeta de la magia, el poeta mágico. Esto hace olvidar aquello. ¿No leemos en la cabecera de *Eureka* esta dedicatoria: «Ofrezco este libro a los que han perdido la fe en los sueños como única realidad»?

Revelación magnética

Aunque las tinieblas de la duda todavía envuelven la totalidad de la teoría positiva del magnetismo, sus brillantes efectos son casi uni-

versalmente admitidos. Los que duden de sus efectos son simplemente unos escépticos profesionales, casta impotente y poco honorable. Sería perder hoy completamente el tiempo el tratar de demostrar que el hombre, por un simple ejercicio de su voluntad, puede impresionar lo suficiente a sus semejantes para dejarlos en una condición anormal, cuyos fenómenos se asemejan tanto a los de la muerte, o por lo menos se les parecen más que ninguno de los fenómenos producidos en una condición anormal conocida; que todo el tiempo que dura este estado, la persona así afectada no emplea más que esfuerzo, y en consecuencia, con poca capacidad, los órganos exteriores de los sentidos y que, sin embargo, es capaz de percibir con una perspicacia singularmente sutil, y por un canal misterioso, los objetos situados más allá del alcance de los sentidos físicos; más aún, que sus facultades intelectuales se exaltan e intensifican de una manera prodigiosa y que sus simpatías con la persona que actúa sobre ella son profundas y que, por último, su *susceptibilidad* ante las impresiones magnéticas crece en proporción a su frecuencia, al mismo tiempo que los fenómenos particulares obtenidos se amplían e intensifican mucho y en la misma proporción. Digo que sería superfluo demostrar estos hechos diversos que están incluidos en la ley general del magnetismo y que son sus principales rasgos. No molestaré a mis lectores con una demostración que actualmente resulta completamente superflua. Mi objeto, al escribir estas líneas, es en verdad de una naturaleza muy diferente. Tengo el deseo, dejando a un lado todo un mundo de prejuicios, de referir, sin comentarios, pero en todos sus detalles, un diálogo muy destacable, que tuvo lugar entre un sonámbulo y el que escribe esto.

Desde hacía bastante tiempo, tenía la costumbre de magnetizar al sujeto en cuestión, el señor Vankirk, y la más viva *susceptibilidad,* la exaltación del sentido magnético, se habían manifestado ya en él. Durante varios meses, el señor Vankirk había sufrido mucho a causa de una avanzada tuberculosis, cuyos más crueles efectos habían mejorado gracias a mis pases, y en la noche del miércoles, 15 del corriente, fue requerido a la cabecera de su lecho.

El enfermo sufría vivos dolores en la región precordial y respiraba con gran dificultad, mostrando todos los síntomas de una crisis de asma. Cuando sufría este tipo de espasmos, había encontrado por lo general gran alivio con la aplicación de mostaza en los centros nerviosos; pero aquella noche este recurso resultó nulo.

Cuando penetré en su habitación me saludó con una afectuosa sonrisa, y cuando pudo sobreponerse a sus dolores físicos me pareció completamente tranquilo en lo que a su moral se refiere.

—Le he enviado a buscar esta noche—dijo—, no tanto para que me administre un alivio físico como para satisfacer ciertas impresiones psíquicas que recientemente me han producido una gran ansiedad y sorpresa. No tengo necesidad de deciros hasta qué punto soy escéptico en lo que se refiere a la inmortalidad del alma. No puedo negarle que en este alma a la que he estado negando he tenido siempre como un vago sentimiento de su propia existencia. Pero este inconcreto sentimiento no se ha elevado nunca a la categoría de convicción. Con todo esto mi razón nada tenía que hacer. Todos mis esfuerzos para realizar sobre ello una encuesta lógica no han conseguido más que dejarme aún más escéptico que antes. Se me ha recomendado que estudiara a Cousin; lo he hecho en sus propias obras así como en sus ecos europeos y americanos. He tenido en mis manos, por ejemplo, el *Charles Etwood* de Brownson, lo he leído con profunda atención y lo he encontrado lógico de uno a otro extremo; pero los párrafos que no encierran una lógica pura son desgraciadamente los argumentos primordiales del héroe incrédulo del libro. En su resumen, me ha parecido evidente que el razonador no había conseguido ni convencerse a sí mismo. El final del libro ha olvidado de forma evidente el comienzo, como Trínculo su gobierno. Resumiendo, no he tardado en darme cuenta de que si el hombre debe encontrarse intelectualmente convencido de su propia inmortalidad, no lo estará nunca por la pura abstracción que ha obsesionado tanto, y desde hace tanto tiempo, a los moralistas ingleses, franceses y alemanes. Las abstracciones pueden ser un entretenimiento y una gimnasia, pero no son capaces de posesionarse del espíritu. Mientras nos encontremos en este mundo, la filosofía, estoy persuadido, nos llevará siempre en vano a considerar las cualidades como si fueran entes. La voluntad puede consentir, pero el alma, pero el intelecto, jamás.

Repito, por tanto, que solamente he sentido a medias y nunca he creído de forma intelectual. Pero últimamente hay en mí una especie de refuerzo del sentimiento, que toma una intensidad lo suficientemente grande para semejar una aquiescencia de la razón, hasta el punto de que encuentro muy difícil distinguir las dos. Creo tener el derecho de atribuir simplemente este efecto a la influencia magnética y no sabría explicar mi pensamiento más que mediante una hipótesis, a saber, que la exaltación magnética me hace apto para la concepción de un sistema de razonamiento que en mi existencia anormal me convence, pero que, por una completa analogía con el fenómeno magnético, que no se prolonga, con la excepción de su *efecto,* hasta mi existencia normal. Durante el estado sonambúlico, existe una simul-

taneidad y contemporaneidad entre el razonamiento y su conclusión, entre la causa y el efecto. En mi estado natural, la causa se esfuma, el efecto sólo subsiste, y todavía puede que sea de forma muy débil.

Estas consideraciones me han inducido a pensar que se podrían obtener algunos resultados interesantes de una serie de preguntas bien dirigidas, propuestas a mi inteligencia en estado magnético. Usted ha observado con frecuencia el profundo conocimiento de sí mismos que manifiestan los sonámbulos y la vasta ciencia que muestran sobre todos los puntos relativos al estado magnético. De este conocimiento de sí mismos se podrían obtener instrucciones suficientes para la redacción racional de un catecismo.

Naturalmente, yo consentí en realizar este experimento, y mediante algunos pases puse al señor Vankirk en sueño magnético. Su respiración se hizo inmediatamente más normal y parecía no sufrir ningún mal físico. La conversación siguiente se fue desarrollando... *V*, en el diálogo, representará al sonámbulo, y la *P* me corresponde a mí.

P.—¿Está usted dormido?

V.—Sí y no. Yo querría dormir más profundamente.

P. (después de algunos nuevos pases).—¿Duerme mejor usted ahora?

V.—Sí.

P.—¿Cómo cree usted que terminará su enfermedad actual?

V. (tras una larga duda y hablando con esfuerzo).—Voy a morir.

P.—¿Esta idea de morir, le aflige?

V. (con vivacidad).—¡No, no!

P.—¿Esta perspectiva, le alegra?

V.—Si estuviera despierto desearía morir. Pero aquí no hay lugar para el deseo. El estado magnético es tan próximo a la muerte que se puede uno contentar con él.

P.—Desearía una explicación un poco más concreta, señor Vankirk.

V.—Yo también lo querría, pero esto exige un esfuerzo mayor y no soy capaz de realizarlo. Usted no me hace las preguntas de la forma que sería conveniente.

P.—Entonces, ¿qué debo preguntarle?

V.—Es preciso que usted empiece por el principio.

P.—¡El principio! Pero ¿dónde está el principio?

V.—Usted sabe que el principio es DIOS. *(Esto fue dicho en un tono bajo, ondulante, y con todos los signos de la más profunda veneración.)*

P.—¿Qué es Dios?

V. (dudando algunos minutos).—No puedo decirlo.

P.—¿Dios, no es un espíritu?

V.—Cuando yo estaba despierto, sabía lo que usted entendía por espíritu; pero ahora esto no me parece más que una palabra—tal, por ejemplo, como verdad, belleza—, una cualidad, en fin.

P.—¿Dios no es inmaterial?

V.—No hay inmaterialidad—ésta es una simple palabra. Lo que no posee materia no existe—; a menos que las cualidades no sean entes.

P.—¿Dios es por tanto material?

V.—No. *(Esta respuesta me confundió.)*

P.—Entonces, ¿qué es?

V. (después de una larga pausa y balbuceando).—Lo veo, lo veo; pero es una cosa muy difícil de describir. *(Otra pausa igualmente larga.)* No es espíritu, porque existe; no es tampoco materia, *como vosotros la entendéis.* Pero existen gradaciones en la materia de las que el hombre no posee ningún conocimiento, la más densa implica la más sutil, la más sutil penetra en la más densa. La atmósfera, por ejemplo, pone en movimiento el principio eléctrico, mientras que el principio eléctrico penetra en la atmósfera. Estas *gradaciones* de materia *imparticulada*—sin moléculas—indivisible—una; y aquí la ley de impulsión y de penetración está modificada. La materia suprema o *imparticulada* no solamente penetra los seres, sino que los pone a todos en movimiento; y así ella *es* todos los seres en uno, que es ella misma. Esta materia es Dios. Lo que los hombres tratan de personificar en la palabra *pensamiento* es la materia en movimiento.

P.—¿Existen otros seres rudimentarios pensantes, además del hombre?

V.—La incalculable aglomeración de materia sutil en las nebulosas, los planetas, los soles y otros cuerpos, que no son ni nebulosas, ni soles, ni planetas, tiene por único destino el servir de alimento a los órganos idiosincrásicos de una infinidad de seres rudimentarios; pero sin esta necesidad de vida rudimentaria, que conduce hacia la vida definitiva, tales mundos no habrían podido existir jamás; cada uno de dichos mundos está ocupado por una inmensa variedad de seres orgánicos, rudimentarios, pensantes, y en todos, los órganos varían con las características generales del habitáculo. A la muerte o metamorfosis, estas criaturas gozan de vida ulterior, de inmortalidad, y conocen todos los secretos con la excepción del *único,* realizan todos sus actos y se mueven en todos los sentidos por el puro efecto

de su voluntad; habitan no las estrellas que para nosotros semejan ser los únicos mundos palpables y por la comodidad de los cuales creemos estúpidamente que ha sido creado el espacio, sino el propio espacio, ese infinito cuya inmensidad verdaderamente sustancial absorbe las estrellas como si fueran sombras, y para el ojo de los ángeles, como si fueran no entidades.

P.—Usted dice que sin la *necesidad* de la vida rudimentaria los astros no habrían sido creados. Pero ¿por qué esta necesidad?

V.—En la vida inorgánica, lo mismo que generalmente en la materia inorgánica, nada hay que pueda contradecir vida y materia orgánicas—complejas, sustanciales y la acción de una ley simple, única, que es la Volición divina—. La vida y la materia orgánicas —complejas, sustanciales y gobernadas por una ley múltiple—han sido constituidas con el objeto de crear una dificultad.

P.—Pero, aun así, ¿dónde estaba la necesidad de crear esta dificultad?

V.—El resultado de la ley inviolada es la perfección, la justicia, la felicidad, negativas. El resultado de la ley violada es la imperfección, la injusticia, el dolor, positivos. Gracias a las dificultades aducidas por el número, complejidad o sustancialidad de las leyes de la vida y de la materia orgánicas, la violación de la ley llega a ser hasta cierto punto practicable. De esta forma el dolor es imposible en la vida inorgánica, pero es posible en cambio en la orgánica.

P.—Pero ¿en vista de qué resultado satisfactorio ha sido creado el dolor?

V.—Todas las cosas son buenas o malas por comparación. Un análisis suficiente demostrará que el placer, en todos los casos, no es sino el contraste de la pena. El placer positivo es una idea pura. Para ser feliz hasta un cierto grado es necesario que hayamos sufrido hasta idéntico punto. Nunca el sufrir será equivalente a haber sido feliz. Pero está demostrado que en la vida inorgánica la pena no puede existir; de ahí la necesidad de la pena en la vida orgánica. El dolor de la vida primitiva sobre la tierra es la única base, la única garantía de la felicidad en la vida ulterior, en el cielo.

P.—Pero todavía queda una de sus expresiones, que no me es posible comprender en absoluto: la inmensidad verdaderamente *sustancial* del infinito.

V.—Es probablemente porque usted no posee una noción suficientemente genérica de la expresión *sustancia* en sí misma. No debemos considerarla como un sentimiento; es la percepción, en los seres pensantes, de la apropiación de la materia en su organización. Existen

muchas cosas sobre la tierra que no serían nada para los habitantes de Venus, muchas cosas visibles y tangibles en Venus, cuya existencia somos incompetentes de percibir. Pero para los seres inorgánicos —para los ángeles—, la totalidad de la materia imparticulada es sustancia, es decir, que para ellos la totalidad de lo que nosotros denominamos espacio es la más verdadera de las sustancialidades. Sin embargo, los astros, tomados desde el punto de vista material, escapan al sentido angélico en la misma proporción que la materia imparticulada, tomada desde el punto de vista inmaterial, escapa a los sentidos orgánicos.

Cuando el sonámbulo, con voz débil, pronunciaba estas últimas palabras, observé en su fisonomía una singular expresión que me alarmó un poco y decidí despertarlo inmediatamente. No lo hube acabado de hacer, cuando inclinando la cabeza sobre su almohada expiró, con una radiante sonrisa que iluminó todos sus rasgos. Pude comprobar que en menos de un minuto su cuerpo había adquirido la inmutable rigidez de la piedra; su frente tenía una frialdad de hielo, tal como la habría encontrado tras una larga presión de la mano de Azrael. El sonámbulo, durante la última parte de su discurso, ¿acaso no me habría hablado desde el fondo de la región de las sombras?

Historias extraordinarias.

El poder de la palabra

OINOS.—Perdona, Agathos, la debilidad de un espíritu recientemente revestido de inmortalidad.

AGATHOS.—Nada has dicho, mi querido Oinos, por lo que tengas que pedir perdón. El conocimiento no es una cosa intuitiva, ni incluso *aquí*. En cuanto a la sabiduría, pide con confianza a los ángeles que te sea otorgada.

OINOS.—Pero durante esta última existencia, yo había soñado que llegaría de un solo golpe al conocimiento de todas las cosas y, también de un solo paso, a la felicidad absoluta.

AGATHOS.— ¡Ah!, no es en la ciencia donde reside la felicidad, sino en la adquisición de la ciencia. Saber para siempre es la felicidad eterna; pero, saberlo todo, ésta sería una condenación demoniaca.

OINOS.—Pero ¿el Muy-elevado no conoce todas las cosas?

AGATHOS.—Y es *la cosa única* (porque él es Muy-feliz) que debe permanecer oculto para él mismo.

OINOS.—Pero ya que nuestro conocimiento aumenta minuto a minuto, ¿no será inevitable el que todas las cosas nos sean conocidas *al fin?*

AGATHOS.—Pon tu mirada en las profundidades del abismo. Que tu ojo se esfuerce en penetrar estas innumerables perspectivas de estrellas, mientras que nos deslizamos lentamente a su través—todavía—y todavía—y siempre. La visión espiritual por sí misma, ¿no se ve acaso detenida por los muros de oro circulares del universo—estos muros hechos de miríadas de cuerpos brillantes que se funden en una inconmensurable unidad?

OINOS.—Percibo claramente que la infinitud de la materia no es un sueño.

AGATHOS.—No hay ensueños en el cielo—pero aquí se nos revela que el *único* destino de este infinito de materia es el proporcionar fuentes infinitas, en las que el alma pueda calmar esta sed de *conocer* que hay en ella—, inextinguible para siempre, pues su anulación sería el reducir el alma a la nada. Pregúntame, por tanto, mi Oinos, libremente y sin temor. ¡Ven!, dejaremos a la izquierda la deslumbradora armonía de las Pléyades, y marcharemos a descansar, lejos de la muchedumbre, en las praderas estrelladas, más allá de Orión, en donde, en lugar de pensamientos, violetas y pensamientos salvajes, encontraremos nidos de soles sencillos y de soles tricolores.

OINOS.—Y mientras tanto, al planear a través del espacio, instrúyeme. Háblame en el tono familiar de la tierra. No he comprendido lo que tú acabas de tratar de hacerme comprender, acerca de los modos y procedimientos de la Creación—de esto que nosotros denominamos creación, en el tiempo en que éramos mortales—. ¿Quieres decirme que el creador no es Dios?

AGATHOS.—Yo lo que quiero decir es que la divinidad no crea.

OINOS.—Explícate.

AGATHOS.—En el principio *solamente* ella ha creado. Las criaturas—lo que se nos presenta como creado—, que desde entonces, de un extremo a otro del universo, emergen infatigablemente a la existencia, deben ser consideradas como el resultado mediato o indirecto, y no como directos o inmediatos, de la Divina Potencia Creadora.

OINOS.—Entre los hombres, mi buen Agathos, esta idea ha sido considerada como herética en grado superlativo.

AGATHOS.—Entre los ángeles, mi Oinos, es simplemente admitida como una verdad.

OINOS.—Puedo comprenderte, en tanto tú quieras indicar que ciertas operaciones del ser, que llamamos Naturaleza, o leyes naturales, dan, en determinadas condiciones, nacimiento a lo que lleva la *apariencia* completa de la creación. Poco tiempo antes de la destrucción final de la tierra, se hizo, yo lo recuerdo, un gran número de experiencias que tuvieron éxito, y que ciertos filósofos, con un énfasis pueril, designaron con el término de creación de animáculos.

AGATHOS.—Los casos de que tú hablas no eran, en realidad, más que ejemplos de creación secundaria—de la única especie de creación que haya jamás tenido lugar desde que la palabra primordial proclamara la primera ley.

OINOS.—Los mundos estrellados que palidecen en el fondo del abismo del no ser y hacen en cada minuto explosión en los cielos —estos astros, Agathos, ¿no son la obra inmediata de la mano del Maestro?

AGATHOS.—Quiero intentar, mi Oinos, introducirte paso a paso en cara a la concepción que tengo ante mi vista. Sabes perfectamente que, como quiera que ningún pensamiento puede perderse, no hay tampoco ninguna acción que no tenga un resultado infinito. Al agitar nuestras manos, cuando éramos habitantes de esta tierra, producíamos una vibración en el éter ambiente. Esta vibración se extendía de forma indefinida, hasta que se fue comunicando a todas las moléculas de la atmósfera terrestre, que, a partir de este momento y *para siempre,* quedaba en movimiento por esta sola acción de la mano. Los matemáticos de nuestro planeta han conocido bien este hecho. Los efectos particulares creados en el fluido por impulsos particulares han sido por su parte objeto de un cálculo exacto—de suerte que se adivina fácilmente en qué preciso período un impulso de una energía dada podría dar la vuelta al globo e influir—para siempre—cada uno de los átomos del medio ambiente. Por un cálculo retrógrado determinarán sin esfuerzo—estando dado un efecto en condiciones comunes— el valor del impulso original. Entonces, los matemáticos—que vieron que los resultados de un impulso dado eran absolutamente sin fin— observaron que una parte de estos resultados podía ser rigurosamente seguido en el espacio y en el tiempo por medio del análisis algebraico —y comprendieron también la facilidad del cálculo retrógrado—; estos hombres, dije, comprendieron al mismo tiempo que este tipo de análisis contenía, también, una potencia de progreso indefinido—, que no existían límites concebibles a su marcha progresiva y a su aplicabilidad, excepto las del propio espíritu que lo había impulsado

o aplicado. Pero, llegados a este punto, nuestros matemáticos se detienen.

OINOS.—¿Y por qué, Agathos, habrían ido más lejos?

AGATHOS.—Porque había más allá determinadas consideraciones de un interés profundo. De lo que ellos saben podrían inferir que un ser de una inteligencia infinita—un ser a quien lo *absoluto* del análisis algebraico le fuera revelado, no experimentaría ninguna dificultad en poder seguir el curso de todo movimiento imprimido al aire, y transmitido por el aire al éter—hasta en sus más lejanas repercusiones e incluso en una época infinitamente anterior a él mismo. Es, efectivamente, demostrable que cada movimiento de esta naturaleza *imprimido al aire* debe *al final* actuar sobre cada uno de los seres individuales comprendidos *en los límites del universo;* y el ser dotado de una inteligencia infinita, el ser que hemos imaginado, podría seguir las ondulaciones lejanas del movimiento más allá y siempre más allá, en su influencia sobre todas las partículas de la materia—más allá y siempre más allá—, en las modificaciones que imponen a las viejas formas o, dicho en otros términos, en *las creaciones nuevas* que ellas alumbran, hasta que se las ve por último chocando y haciéndose entonces ineficaces, contra el trono de la Divinidad. Y no solamente un ser de tales características podría hacer esto, sino que si, en una época cualquiera, un resultado dado se les presentara—si uno de esos innumerables cometas, por ejemplo, estando sometido a su examen—, podría, sin ningún esfuerzo, determinar por el análisis retrospectivo a qué impulso primitivo debía su existencia. Esta posibilidad de análisis retrógrado, en su plenitud y en su absoluta perfección—esta facultad de informar, en *todas* las épocas *todos* los efectos y *todas* las causas—es evidentemente prerrogativa sólo de la Divinidad; pero esta potencia se ejerce, en todos los grados, por debajo de la absoluta perfección, para la población total de las inteligencias angélicas.

OINOS.—Pero tú hablas únicamente de los movimientos que se imprime al aire.

AGATHOS.—Hablando del aire, mi pensamiento no abraza sólo al mundo terrestre, sino que la proposición generalizada comprende los impulsos creados en el éter—que, penetrando, y sólo penetrando, todo el espacio se encuentra que es de esta forma el gran médium de la creación.

OINOS.—¿Por lo tanto, todo movimiento, de la naturaleza que sea, es creador?

AGATHOS.—No es posible que no lo sea. Pero la verdadera filosofía

nos ha enseñado hace ya mucho tiempo que la fuente de todo movimiento es el pensamiento; y que la fuente de todo pensamiento es...

OINOS.—Dios.

AGATHOS.—Te he hablado, Oinos—como debía hacerlo a un niño de esta hermosa tierra que acaba de perecer recientemente—, de los movimientos producidos en la atmósfera de la tierra...

OINOS.—Sí, mi querido Agathos.

AGATHOS.—Y mientras que así te hablaba, ¿no has sentido tu espíritu atravesado por algún pensamiento relativo al *poder material de las palabras*? ¿Cada palabra no es un movimiento creado en el aire?

OINOS.—Pero ¿por qué lloras, Agathos?, ¿y por qué, oh, por qué tus alas desfallecen cuando planeamos por encima de esta hermosa estrella, la más brillante y, sin embargo, la más terrible de todas las que hemos encontrado a lo largo de nuestro vuelo? Sus brillantes flores parecen un ensueño mágico, pero sus traidores volcanes recuerdan la pasión de un corazón tumultuoso.

AGATHOS.—*¡No lo parecen, sino que lo son!* ¡Son ensueños y pasiones! Esta extraña estrella—hace de esto tres siglos—ha sido por mí, con las manos crispadas y los ojos indecisos, preferida a la vida con algunas frases apasionadas y la he puesto a los pies de mi bien amada. Sus brillantes flores *son* las más queridas de todos los sueños no realizados, y sus volcanes en erupción *son* las pasiones del más tumultuoso y del más insultado de los corazones.

Historias extraordinarias.

Eureka o Ensayo sobre el universo material y espiritual

Ha sido con una humildad no afectada, e incluso con un sentimiento de temor, como he escrito la frase que encabeza esta obra. Porque de todos los temas que cabe imaginar, el que ofrezco al lector es el más solemne, más vasto, más difícil y augusto.

¿Qué términos sabría encontrar, lo suficientemente simples en su sublimidad, y lo suficientemente sublimes en su simplicidad, para el simple enunciado de mi tema?

Me he impuesto la misión de hablar del *Universo físico, metafísico y matemático—material y espiritual—: de su esencia, origen, creación, condición presente y destino.* Por otra parte, tengo que estar dis-

puesto a contradecir las conclusiones y, consecuentemente, para poner en duda la sagacidad de los más grandes hombres y los más justamente respetados.

Que se me permita, al comenzar, el anunciar no el teorema que trato de demostrar (porque, aseguren lo que aseguren los matemáticos, la *cosa* que ellos llaman *demostración* no existe, en este mundo al menos); pero sí la idea dominante que, en el curso de esta obra, me voy a esforzar sin cesar en sugerir.

Consecuentemente, mi proposición general es ésta: *En la unidad original del ser primordial está contenida la causa secundaria de todos los seres, así como el germen de su inevitable destrucción.*

Para elucidar esta idea, me propongo abrazar todo el universo de una sola vez y observarlo de una sola mirada, de tal forma que el espíritu pueda recibir y percibir una impresión condensada, como un simple individuo.

Aquel que desde la cúspide del Etna pasee a placer los ojos a su alrededor, se verá afectado especialmente por la *amplitud* y *diversidad* del cuadro. Pero tendría que hacer unas rapidísimas piruetas sobre sus talones para captar el panorama en su sublime *unidad.* Y como desde la cúspide del Etna nadie ha podido hacer piruetas sobre los talones, no ha habido jamás un hombre que haya podido absorber en su cerebro la perfecta unidad de esta perspectiva, y consecuentemente, todas las consideraciones que podrían verse implicadas en esta unidad carecen de existencia positiva para la humanidad.

No conozco un solo tratado que nos dé esta vista de conjunto del plan del *Universo* (me sirvo de este término en su acepción más amplia y legítima), y ésta es la ocasión de señalar que con el término *universo,* cada vez que se utilice en este ensayo sin calificativo, trato de designar la *cantidad de espacio más vasta que el espíritu humano pueda concebir, con todos los seres, espirituales y materiales, que se pueden imaginar existentes en los límites de dicho espacio.* Para designar lo que *originariamente* está implicado en la expresión *universo,* me serviré sólo de una frase que limita su sentido: *el universo astral.* Se verá más abajo por qué considero esta diferenciación como necesaria.

Pero incluso entre los tratados que tienen como objeto el universo de las estrellas, realmente limitado, no conozco uno solo en el cual se ofrezcan los datos de tal forma que las deducciones se garanticen por la propia *individualidad* de este universo limitado. La tentativa que se aproxima más a una obra de tal magnitud ha sido realizada en el *Cosmos* de Alejandro de von Humboldt. Allí se presenta el objeto, no en su individualidad, sino en su generalidad. Su tema, en el resultado

final, es la ley de *cada una* de las partes del universo puramente físico. Su diseño es simplemente sincrético. En una palabra, analiza la universalidad de las relaciones materiales y revela a los ojos de la filosofía todas las consecuencias que permanecían sustraídas hasta el presente, ocultas tras esta universalidad. Pero por admirable que sea la brevedad con la cual ha tratado cada uno de los puntos particulares de su sujeto, la multiplicidad de estos puntos basta para crear una masa de detalles y, necesariamente, una complicación de ideas que excluye toda impresión de *individualidad*.

Me parece que para obtener el efecto en cuestión, así como sus consecuencias, conclusiones, sugestiones, especulaciones, o por lo menos poniendo las cosas en lo peor, las simples conjeturas que pueden resultar, tendríamos necesidad de realizar una especie de pirueta mental sobre el talón. Es necesario que todos los seres realicen alrededor del punto de vista central una evolución lo suficientemente rápida para que los detalles se esfumen de manera absoluta y que incluso los objetos más importantes se fundan en uno solo. Entre los detalles reducidos a la nada en una contemplación de esta naturaleza deben encontrarse todas las materias exclusivamente terrestres. La tierra no podría ser considerada más que en sus relaciones planetarias. Desde este punto de vista, un hombre se convierte en la humanidad, y la humanidad, en un miembro de la familia cósmica de las inteligencias.

Eureka.

RICHARD WAGNER

(1813-1883)

Hemos citado más arriba algunas páginas de un gran pintor, Leonardo de Vinci; he aquí, a continuación, las de un gran músico, que se ha preocupado también por el esoterismo. No nos es posible hacerle sitio a la obra maestra del teatro ocultista (y masónico), a la *Flauta encantada,* porque es la música de Mozart lo que constituye la obra maestra y no el libreto. Por el contrario, Wagner es a la vez músico y escritor, siendo en esta última faceta como no tiene nada de despreciable. En casi todos sus libretos se ha dedicado a destacar los mitos comunes. «El mito es el poema primitivo y anónimo del pueblo, y lo encontramos en todas las épocas, siendo utilizado por los poetas que lo modifican y reconstruyen, precisamente en los períodos históricamente más cultivados», escribía él en una carta dirigida a Frédéric Villot. Se trate de la vieja mitología germánica, de la historia de Tristán e Iseo o de la leyenda del Grial, Wagner no podía tomar y trabajar sobre estos mitos sin reflexionar también sobre la tradición de la que proceden todas las formas. Estando plenamente consciente de la propiedad a la que corresponden los temas de su reflexión, y de que éstos tienen un fondo común, que un día quiso unir históricamente destacando que es en el momento en que la vieja mitología germánica desaparece cuando se ve reaparecer la leyenda mítica del Grial, como si se tratara del oro del Rhin fundido en el crisol de la imaginación colectiva que lo había convertido en copa sagrada.

Con *Parsifal* volvemos a encontrar el héroe de Chrétien de Troyes y de la *Búsqueda;* Wagner reemprende el viejo mito órfico cristianizado en el siglo XIII, y cabe preguntarse qué sentido le ha querido dar. ¿Es acaso este viejo drama sagrado un drama cristiano?, o bien, por el contrario, ¿ha querido Wagner devolver el mito al paganismo y a una especie de teosofía? La liturgia del Grial en *Parsifal,* ¿es un desarrollo del esoterismo de la misa cristiana?, o bien se trata, como se ha sostenido también, de una transposición del ritual de la iniciación en la francmasonería, con sus pruebas, sus viajes, y más allá, un legado de la iniciación antigua? Posiblemente Wagner ha querido guardar su polivalencia a los grandes símbolos de la copa, la sangre, la lanza y la luz. A decir verdad, ni el cristianismo ni el ocultismo de Wagner pueden tomarse a la ligera, sin grandes reservas, porque, como se sabe, su pensamiento estaba ante todo impregnado de una filosofía romántica, ampliamente atribuible a Schopenhauer. Se podría también desembarazar mediante una pirueta y no viendo más que lo ridículo de sus libretos. Ya uno de los últimos peregrinos de Montsalvat, Julien Gracq, en el prefacio de su *Rey pescador,* le ha rendido justicia al poeta de *Parsifal.* Debemos contarlo entre el número de nuestros caballeros del Grial.

Parsifal

GURNEMANZ *(mirando hacia el bosque)*.—¿Quién será el que viene hacia el santo riachuelo, cubierto con tan sombría armadura? No se trata de ninguno de los hermanos.

(Mientras que Parsifal se aproxima, Kundry se aleja con paso lento con su cántaro lleno y penetra en la cabaña, en donde se pone a trabajar. Parsifal sale de la foresta y avanza cubierto con su negra armadura, la visera baja, la lanza abatida, la cabeza pendiente, lento, soñador, dudando, y se sienta sobre el banquillo.)

GURNEMANZ *(después de haberlo considerado durante largo tiempo, se aproxima a él)*.—¡Dios te ayude, oh mi huésped! ¿Te has perdido acaso? ¿Debo conducirte yo? *(Parsifal mueve dulcemente la cabeza.)*

GURNEMANZ.—¿No tendré ningún saludo de ti? *(Parsifal inclina la frente.)*

GURNEMANZ *(desconcertado)*.—¡Eh, qué! Si tus votos te impiden hablar obedeciendo a los míos, debo de indicarte tu deber. ¡Aquí estás en un lugar sagrado; nadie penetra en él con armas, la visera baja, taciturno y extraño, sobre todo hoy! ¿Ignoras que hoy es un día sagrado? *(Parsifal baja la cabeza.)* ¡Dios mío!; pero ¿de dónde vienes tú? ¿En qué países paganos has permanecido para ignorar que hoy es el día del Viernes Santo? *(Parsifal baja la cabeza una vez más.)* Quítate las armas y piensa en tu señor en este día, en que sin defensa pagó con su sangre la redención del mundo entero.

(Parsifal se levanta por fin, clava en tierra su lanza cerca de él, deposita su espada y su escudo, abre su casco, lo quita y coloca junto al resto de sus armas; después de esto, siempre en silencio, se arrodilla y reza delante de la lanza. Gurnemanz lo mira sorprendido, mudo. Le hace un signo a Kundry, que sale de la choza. Parsifal sigue en adoración y levanta los ojos sobre la lanza.)

GURNEMANZ *(en voz baja, a Kundry)*.—¿Ves quién es? Es él, el que ha matado al cisne. *(Kundry hace un ligero signo afirmativo con la cabeza.)* Ciertamente es él, el loco que, irritado, yo expulsé. ¡Ah!, pero ¿quién le indica el camino? La lanza... La vuelvo a ver... *(Con la más viva emoción.)* ¡Oh, el día tres veces santo, en el que han podido abrirse mis ojos! *(Kundry ha vuelto su cara.)*

PARSIFAL *(se levanta lentamente de su oración, dirige a su alrededor una mirada tranquila, reconoce a Gurnemanz y le tiende afectuosamente la mano).*—Dios me ha ayudado, puesto que te he encontrado.

GURNEMANZ.—¡Me reconoces, por lo tanto! Me encuentras envejecido por tantos malos negocios; pero ¿cómo has venido y de dónde?

PARSIFAL.—Los caminos me han sido engañosos, rudos. ¿Puedo creerme a salvo de tanta trampa, cuando este bosque murmura todavía a mís oídos, precisamente en el momento en que, mi buen viejo, yo te saludo? O bien, ¿ésta es una trampa y todo lo demás son las cosas reales?

GURNEMANZ.—Pero, digo yo, ¿hacia dónde tendía la carrera?

PARSIFAL.—Aquello cuya áspera planta de estúpida emoción puede llenarme, por su salvación el cielo se ha dignado elegirme, yo así lo creo. Pero allí, de los caminos que salvan no hay ninguna huella; a las vías que deciden un poder maldito me inclinaba. Trabajos sin cuento, luchas, batallas, me han hecho dejar el camino, cuando he creído encontrarlo. Entonces he sentido una angustia terrible, temblando por el ejército sagrado, por el arma sagrada, y por poder ponerla fuera de peligro, mis miembros a las heridas se ofrecían. Jamás mi brazo se ha servido de ella para la lucha. Sin arañazos, mis manos la han guardado, y hela aquí que brilla y es posible ver su resplandor divino: la Santa Lanza del Grial.

GURNEMANZ *(en pleno éxtasis).*—¡Oh gracia! ¡Oh salvación! ¡Oh encanto! ¡Santo y puro milagro! *(Un poco más calmado, dirigiéndose a Parsifal.)* ¡Oh maestro! Este anatema que te aleja del recto sendero, créeme, no tiene ya fuerza. Estamos cerca del Grial y tú eres nuestra única esperanza, la de todos. ¡Oh, es preciso que tengamos la gracia, la gracia que te ha protegido! ¡Cuando entre nosotros tú vienes, y nuestras lágrimas las vienes a consolar! La angustia se convierte en desesperación. Amfortas, dentro de sus sufrimientos, en medio de sus remordimientos sin fin, en su rebelión orgullosa, desea la muerte. Sollozos, miseria de sus hermanos, pero nadie el santo deber puede eludir. En la Santa Arca desapareció el Grial, ¿qué es lo que espera el rey culpable? Como no poder morir cuando la ha contemplado, en la muerte se condenará, para que la tumba su tormento realice. La santa mesa quedó lejos de nosotros, de vulgares alimentos nos sustentamos. De esta manera se agota la fuerza de los más robustos. Ya no se recurre a nosotros, la llamada para los santos com-

bates ya no resuena. Pálidos y tristes van errantes, sin corazón, también sin guía, los hijos del Grial. Entre estos árboles yo vivo escondido, la muerte es mi única esperanza; mi viejo jefe en las armas ya la ha alcanzado, porque Titurel, mi santo héroe, a quien el Grial no daba ya su fuerza, ha muerto, un hombre, ¡nada más que un hombre!

PARSIFAL *(expresando un violento dolor)*.—¡Es por mí, es por mí por quien ha venido todo este mal! ¡Ah, qué crímenes y qué faltas se agolpan sobre esta cabeza de loco desde días sin número, que ningún daño, ninguna penitencia, ningunas lágrimas, me hayan servido para volver a abrirme el sendero! ¡Por la salvación, yo, el arma elegida, a los caminos del error yo llevo y de la salvación he perdido la pista!

(Parsifal está a punto de desvanecerse. Gurnemanz lo hace sentarse sobre el banco de césped. Kundy va en busca de agua con un vaso para echársela a Parsifal.)

GURNEMANZ.—¡No, no! La santa fuente debe darle vigor al peregrino. Veo una obra augusta que para él se apresta; deberá cumplir la santa carga. Todo él sigue siendo puro, y que los fangos de los largos caminos por nosotros aquí le sean lavados.

(Gurnemanz y Kundry conducen dulcemente a Parsifal cerca de la fuente. Kundry le quita las glebas y Gurnemanz desata su coraza.)

PARSIFAL *(en voz baja y sin fuerza)*.—¿Cuándo, pues, he de ir en busca de Amfortas?

GURNEMANZ *(mientras que sigue su tarea)*.—Es la hora. Al Santo Burgo en que se nos espera: el oficio fúnebre de mi querido Señor en el que yo debo estar presente. El Grial para nosotros un día todavía va a leer, el antiguo sacrificio debe en este día todavía ser ofrecido, a dios sublime, al noble padre que hace morir a su hijo pecador. Celoso así de expiarlo, el Rey nos lo ha prometido.

PARSIFAL *(mira con sorpresa a Kundry, que le baña los pies, y dice dirigiéndose a éste)*.—Lavas mis pies con agua pura, ¿pero qué amigo me lavará la frente?

GURNEMANZ *(ha tomado agua del arroyo en la palma de la mano y la derrama sobre la cabeza de Parsifal)*.—¡Bendito seas tú, tú, casto, por el agua casta! ¡Que de toda falta la angustia se aleje de ti!

(Mientras que Gurnemanz asperge solemnemente con agua la frente de Parsifal, Kundry saca de su seno un pequeño tarro de oro y vierte su contenido sobre los pies de Parsifal, lo que seca inmediatamente con sus cabellos, rápidamente sueltos.)

PARSIFAL *(toma dulcemente el tarro de manos de Kundry y se lo tiende a Gurnemanz)*.— ¡Tú me unges los pies con bálsamo, en la frente el amigo de Titurel me ungirá, y desde este día, Rey él me proclama!

GURNEMANZ *(vierte el contenido del tarro sobre la cabeza de Parsifal, ungiéndola dulcemente, y después junta las manos sobre ella)*.— Tal fue la promesa y como tal he ungido tu frente. Rey te proclamo. ¡Tú, casto!; ¡tú, por piedad sufriendo!; ¡por santas hazañas actuando! ¡Si del Salvadoar tomas todas las penas del último peso, libera todavía tu frente!

PARSIFAL *(toma agua en la fuente, sin que Gurnemanz se dé cuenta. Se inclina sobre Kundry, que todavía permanece arrodillada a sus pies, y derrama este agua sobre su cabeza)*.—Mi primer derecho, yo uso así: ¡Recibe el agua santa, que ella te libere!

(Kundry inclina la cabeza muy baja, hacia el suelo, y parece llorar intensamente.)

PARSIFAL *(se vuelve y mira, con dulce aspecto, el bosque y la pradera, que brilla luminosamente, en la plena claridad de la mañana)*.— ¡Qué hermosas son hoy las flores y los prados! ¡Maravillosas flores que llegan hasta mi frente, ardientes, y se secan; pero, qué deslumbramiento, qué nuevo encanto tienen las plantas, las flores y florecillas. ¡Nunca sus infantiles soplos han tenido para mí un lenguaje tan dulce!

GURNEMANZ.— ¡Es del Santo Viernes el encanto, Maestro!

PARSIFAL.— ¡Oh pena! ¿Es justo que en el día del duelo profundo la flor, el ser nacido o que revive, se aflija y llore?

GURNEMANZ.—Ves que las cosas no son así. Los corazones contrictos, los llantos desfallecen, y su rosa sagrada bendice los prados, los bosques, puro rayo que los revive. Alegre, toda criatura al querido pasaje del Salvador, le hace de sí ofrenda. En cruz él mismo, no es visto por ella; pero, ella, al menos contempla al hombre elegido; porque el hombre está a salvo del pesado temor de los crímenes; de un dios de amor la sangre lo deja absuelto. La planta entonces, la flor de los campos, adivina el día sagrado que nadie desea que muera; pero cuando un dios clemente, de corazón tan dulce, en su piedad para sufrirlo, cada hombre aquí, piadoso y dulce, lo aflora con paso ligero. ¡Feliz toda criatura, todo lo que se abre y muere en seguida, porque la naturaleza rescatada se viste de inocencia en este día! *(Kundry ha*

levantado lentamente la cabeza, y levanta sus ojos hacia Parsifal, mirándolo con un aire de petición grave y paciente.)

PARSIFAL.—He visto inclinarse flores rientes: ¿tienen ellas acaso también sed de gracia? ¡Así tus llantos son la rosa bendita; tú lloras... Ve, que todo ríe en la planicie! *(La besa dulcemente en la frente. Campanas lejanas.)*

GURNEMANZ.—Mediodía. He aquí el instante. Permite, Señor, que un vasallo te conduzca.

(Gurnemanz acaba de traer su capa de caballero del Grial; él y Kundry se la ponen a Parsifal. Parsifal toma con gesto solemne la lanza y sigue, con Kundry, a Gurnemanz, que lo conduce a paso lento. El paisaje se transforma gradualmente con lentitud, las murallas de roca se abren y la gran sala del Grial, sin las mesas para el banquete, está de nuevo visible en la escena. Una luz muy velada lo ilumina. Por uno de los lados penetran los caballeros que llevan el ataúd de Titurel; por el otro costado entran los caballeros que acompañan a Amfortas, tumbado en su litera, y delante de él el Grial en su tabernáculo velado.)

1.er CORTEJO *(con Amfortas)*.—Si nosotros seguimos, velando en su urna, al Grial de ritos augustos, ¿qué oculta ese negro ataúd?, ¿qué duelo aquí vosotros seguís?

2.° CORTEJO *(con el cuerpo de Titurel)*.—Oculta a un valiente este negro ataúd; oculta el alma vigorosa, a la que el mismo Dios se ha confiado. Es Titurel el que lleva.

1.er CORTEJO.—¿Quién lo ha herido, estando protegido por Dios, Dios esté bajo su guarda?

2.° CORTEJO.—Al peso de los muchos años ha sucumbido, cuando Grial para él quedó en la sombra.

1.er CORTEJO.—Las gracias del Grial, ¿quién pudo apagarlas?

2.° CORTEJO.—Aquel que os sigue, el sacerdote culpable.

1.er CORTEJO.—Él nos sigue hoy, y por esta sola vez, quiere cumplir su oficio.

2.° CORTEJO.—¡Vergüenza! ¡Oh sacerdote del Grial!

(Amfortas, en este momento, es depositado sobre el lecho de reposo colocado detrás del altar del Grial. Delante de la mesa en forma de altar se deposita el ataúd. A continuación los caballeros se vuelven hacia Amfortas.)

AMFORTAS *(levantándose un poco, como agotado)*.—¡Sí, vergüen-

za, vergüenza, vergüenza para mí solo! ¡Sí lo repiten vuestros gritos. Hacedme morir aquí en seguida, castigo muy dulce para mi crimen!

(Se abre el ataúd, y a la vista del cadáver de Titurel todos los asistentes dejan escapar un penetrante grito de dolor.)

AMFORTAS *(levantándose completamente sobre su lecho y volviéndose hacia el cadáver)*.—¡Oh padre mío! ¡Tú, bendito entre los valientes! ¡Tú, justo, hacia el que los ángeles vuelan: por qué querré morir, yo sólo he hecho la muerte! ¡Oh, tú, que ves en los cielos de esplendor al propio Salvador, cara a cara, ruega de él, que su sangre adorada, si despierta en nuestros hermanos la gracia que reanima y da nueva vida, me dé sombra de muerte! ¡Muerte, tumba, única gracia! ¡Vergonzosa herida, veneno, que pasen y que por fin, destrozado, se paralice mi corazón! ¡Oh padre mío! ¡Es a ti a quien imploro gritando; tú a quien el mismo gritó: « ¡Oh Maestro, da a mi hijo la paz! »

CABALLEROS *(en grupos que se agolpan, avanzan más cerca de Amfortas)*.—¡Que aparezca el Grial! ¡Cumple con tu deber! ¡Tu padre lo ordena: tú debes, tú debes!

AMFORTAS *(lleno de furiosa desesperación, se levanta de un salto y se precipita en medio de los caballeros, que retroceden)*.—¡No, nada más! ¡Ah! ¿Es que sólo os importa mi entierro? *(Abre violentamente sus vestiduras.)* ¡He aquí, digo yo, que mi herida abierta está aquí! ¡Me envenena esta sangre que corre! ¡Desenvainad vuestras espadas, y que se hundan en mí hasta la empuñadura! ¡Adelante los valientes, matad al indigno y acabad con su tormento! ¡E inmediatamente hacia vosotros irá el Grial!

(Todos, con un respeto mezclado de terror, se han separado ante Amfortas, que queda aislado y de pie, en un terrible éxtasis. Parsifal, acompañado de Gurnemanz y Kundry, ha aparecido en medio de los caballeros, sin que su entrada haya sido notada. Avanza fuera de las filas, blande la lanza, y la punta de ésta toca a Amfortas en el costado.)

PARSIFAL.—¡Un arma sola es segura; la herida no cede más que al hierro que la causó! *(La cara de Amfortas se ilumina en un santo éxtasis; en su ensimismamiento parece perder el equilibrio; Gurnemanz le sostiene.)*

PARSIFAL.—¡Sé salvo, sin crimen y curado! ¡Porque yo tomo aquí tu rango! ¡Bendita sea tu pena, que pone Piedad poderosa y pura Sabiduría de amor en el corazón de un temeroso Loco! *(Parsifal marcha hasta el medio de la escena manteniendo en alto la lanza.)* ¡La Santa lanza, aquí os la devuelvo! *(Todo el mundo mira, con gran*

arrobamiento, a la lanza así en alto; Parsifal sigue, con entusiasmo y el ojo fijo en la punta de esta lanza.) ¡Oh, milagro sin igual! ¡Del hierro que cierra tu herida veo la augusta sangre vertida, ávida de volver a encontrar su fuente, que aquí penetre en el propio Grial. Nada debe ocultarnos el resplandor; que aparezca el Grial fuera de su urna!

(Parsifal sube las gradas del altar, los pajes abren la urna; él toma el Grial, se arrodilla y se absorbe en la oración. El Grial irradia poco a poco una dulce luz. El fondo de la escena está ensombrecido, mientras que un rayo cada vez más intenso y radiante cae de las alturas.)

TODOS.—¡Santo y puro milagro! ¡Redención al Redentor!

(Esplendor y luz; abrazan al Grial. De la parte superior de la cúpula desciende una blanca paloma que se para en la cabeza de Parsifal; Kundry, con la mirada clavada en Parsifal, cae a sus pies—Amfortas y Gurnemanz, arrodillados, rinden homenaje al nuevo maestro—. Parsifal, con un movimiento majestuoso, muestra el Grial y bendice la asamblea de los caballeros. El telón cae lentamente.)

Parsifal, acto III, según la versión francesa de Alfred Ernst.

CHARLES BAUDELAIRE

(1821-1867)

«En mi infancia, recuerda el *Diario íntimo,* tenía tendencias místicas. Mis conversaciones con Dios.» La vida de Baudelaire solamente hizo exaltar esta tendencia; así volverá a encontrar la intuición del universo armonioso y de su creador omnipresente que se expresa a través de la totalidad de su obra.

Bajo la dirección de dos guías de gran inteligencia, Gérard de Nerval y Balzac, «este hermano gemelo espiritual de Louis Lambert», aborda la lectura de autores ocultistas; en los *Paraísos artificiales* cita a Fourier y Swedenborg, «a uno por sus analogías, al otro por sus correspondencias»; a Lavater, «porque la memoria de este hombre angélico vivía todavía entre los cristianos». De Quincey se ha dicho, como se podría hacer de Baudelaire, que estudió «la metafísica alemana, Kant, Fichte, Schelling», y los volúmenes de Porfirio y Plotino, que existían en la biblioteca de Fanfarlo, y ¿no figurarían también entre los favoritos de Baudelaire?

Pero Baudelaire no se contenta con la erudición en materia mística y oculta. Al tomar contacto con Edgar Allan Poe descubre un espejo. Baudelaire desea hacer revivir los mitos que le atraen y le asustan al mismo tiempo. Se aburría en Francia, «sobre todo porque la mayor parte de la gente se parece a Voltaire». Se escapa de Francia y del mundo cotidiano a través del erotismo, el alcohol y el opio. Busca, como Rimbaud, «llegar a lo desconocido por el desarreglo de todos los sentidos». Sus imaginarias visitas a la China y las Islas, sus *Viajes* y sus *Invitaciones a viajar,* fueron sobre todo viajes muy breves a la Atlántida perdida. Participa de esta forma en el mundo primitivo, lo conoce y lo describe. El soneto de las *Correspondencias* traduce la doctrina ocultista de la signatura de las cosas. La concepción «bodeleriana» de la naturaleza femenina, que Pommier considera paralela a la de Villiers de L'Isle-Adam, está de acuerdo con las enseñanzas tradicionales sobre la mujer, poniendo en relación analógica la Venus celeste y la Venus terrestre, la inspiradora y la tentadora María y Eva. Como todos los escritores preocupados por el ocultismo, Baudelaire se interesa por el problema de la muerte y de la pena capital de los delincuentes. El *Ensayo sobre los sacrificios* de Joseph de Maistre incita a Baudelaire a preparar «una novela para explicar y legitimar la santidad de la pena de muerte».

Sobrepasando por fin la filosofía y el misticismo, en las filas de los teósofos, de los iluminados, es donde con mayor naturalidad debe inscribirse a Baudelaire. Conserva la nostalgia de la grandeza originaria, padece los sufrimientos de la caída, que deplora, y aspira a la unión bienhechora. El problema del mal le obsesiona, lo que unido a una posible e inconsciente proximidad con Orígenes y su inquietud por el satanismo, que derivan de su propia con-

sideración del universo ocultista, hace que Baudelaire, su vida, su búsqueda, su obra, justifiquen ampliamente la admiración de Rimbaud: «Charles Baudelaire es el primero de los videntes, el rey de los poetas; en suma, un verdadero dios».

El objeto de la poesía

«...Existe otra herejía..., un error de la mayor dureza, quiero referirme a la *herejía de la enseñanza,* que comprende como corolarios inevitables las herejías de la *pasión,* de la *verdad* y de la *moral.* Una masa ingente de personas creen que el objeto de la poesía es una enseñanza de cualquier tipo y que debe fortalecer la conciencia, o bien perfeccionar las costumbres o demostrar que algo es útil... La Poesía, por poco que se quiera penetrar en sí mismo, interrogar la propia alma, recordar sus engramas de entusiasmo, no tiene otro fin que Ella misma; no puede tener otro, y ningún poema será grande, noble o verdaderamente digno de llevar el nombre de poema, más que el que haya sido escrito únicamente por el placer de escribir un poema.

»No quiero decir que la poesía no ennoblezca las costumbres—que se me comprenda bien—, que su resultado final no sea el elevar al hombre por encima del nivel de los intereses vulgares; esto sería evidentemente un absurdo. Yo digo que si el poeta ha buscado una finalidad moral, ha disminuido su fuerza poética, y no sería una imprudencia el hablar de que su obra es malsana. La poesía no puede, bajo pena de muerte, o de degeneración, asimilarse a la ciencia o la moral; no tiene como objeto final la verdad, sino Ella misma. Los modos de demostrar las verdades son otros y diversos. La verdad no tiene nada que hacer con las canciones. Todo cuanto nos proporciona una canción, de encanto, gracia, atracción irresistible, quitaría a la verdad su autoridad y su poder.

»El intelecto sirve para poner de manifiesto la verdad, el gusto nos muestra la belleza y el sentido moral nos enseña el deber. Es cierto que el sentido medio posee íntimas conexiones con los dos extremos, y que no está separado del sentido moral más que por una ligera diferencia, que Aristóteles no ha dudado en colocar entre las virtudes de sus delicadas operaciones. De esta forma lo que exaspera sobre todo al hombre de gusto es el espectáculo del vicio, su defor-

midad, su desproporción. El vicio irrita al justo y al veraz, hace que se rebelen el intelecto y la conciencia; pero como ultraje a la armonía, como disonancia, que herirá de forma especial a ciertos espíritus poéticos, y no creo que sea escandaloso el considerar toda infracción a la moral, a la mejor de las morales, como una especie de falta contra el ritmo y la prosodia universales.

»Es este admirable e inmortal instinto de lo bello lo que nos hace considerar la Tierra y sus espectáculos como un reflejo, como una *correspondencia* del Cielo. La sed insaciable de todo cuanto está más allá y que revela la vida, es la prueba más viva de nuestra inmortalidad. Es a la vez *a través* de la poesía y por la poesía, por y *a través* de la música, como el alma entrevé los esplendores situados más allá de la tumba, y cuando un poema exquisito hace que salten las lágrimas al borde de los ojos, estas lágrimas no son la prueba de un exceso de alegría, sino más bien el testimonio de una melancolía irritada, de una postulación nerviosa, de una naturaleza exilada en lo imperfecto y que querría ampararse inmediatamente, sobre esta misma tierra, en un paraíso revelado.

»De esta manera, el principio de la poesía es, estricta y simplemente, la aspiración humana hacia una belleza superior, y la manifestación de este principio está en su entusiasmo, una anulación elevada del alma. Entusiasmo de hecho independiente de la pasión, que es la borrachera del corazón y de la verdad, que es la embriaguez de la razón. Porque la pasión es una cosa *natural,* incluso demasiado natural, para no introducir un tono hiriente, discordante, en el dominio de la belleza pura; demasiado familiar y demasiado violento para no escandalizar a los puros deseos, las graciosas melancolías y las nobles desesperaciones, que habitan en las regiones sobrenaturales de la Poesía.»

El arte romántico.

Correspondencias

La naturaleza es un templo en que los vivos pilares
Dejan en ocasiones escapar confusas palabras;
El hombre pasa a través de los bosques de símbolos,
Que le observan con mirada familiar.

Como largos ecos que a lo lejos se confunden
En una tenebrosa y profunda unidad
Vasta como la noche y como la claridad,
Los perfumes, los colores y los sonidos, se contestan.

Hay perfumes frescos como carne infantil,
Dulces como oboes, verdes como praderas,
—Y otros, corrompidos, ricos y triunfantes.

Teniendo la expansión de las cosas infinitas,
Como el ámbar, el musgo, el benjuí y el incienso,
Que cantan los transportes del espíritu y los sentidos.

Spleen e ideal, IV *.

La vida anterior

Durante mucho tiempo he vivido bajo grandes pórticos
Que los soles marinos teñían con miles de fuegos,
Y cuyos grandes pilares, rectos y majestuosos,
Semejaban, al caer la tarde, a las grutas basálticas.

Las olas, al rodar las imágenes de los cielos,
Mezclaban de una forma solemne y mística
Los todopoderosos acordes de su rica música
Con los colores del atardecer reflejados en mis ojos.

Fue allí donde he vivido los placeres tranquilos,
En medio del Azul, de la tranquilidad, del esplendor,
Y de los esclavos desnudos, todos ellos impregnados de olores,

Que me refrescaban la frente con palmas,
Y cuyo único sonido era para profundizar
El secreto doloroso que me hacía languidecer.

Spleen e ideal, XII.

* La palabra inglesa *spleen,* equivalente a depresión, apatía, *tedium vitae,* fue muy utilizada en la literatura española y francesa, así como en el «argot» vulgar de ambos países, durante el siglo XIX y parte del actual, por lo que no la traducimos. *(N. del T.)*

Las letanías de Satán

¡Oh tú, el más sabio y hermoso de los ángeles,
Dios traicionado por la suerte y privado de alabanzas!

¡Oh Satán, compadece mi larga miseria!

¡Oh príncipe del exilio, a quien se ha abandonado,
Y que vencido te levantas con más energía!

¡Oh Satán, compadece mi larga miseria!

¡Tú que todo lo sabes, poderoso rey de las cosas subterráneas,
Curador familiar de las angustias humanas!

¡Oh Satán, compadece mi larga miseria!

¡Tú que, incluso a los leprosos, a los parias malditos,
enseñas a través del amor el sabor del paraíso!

¡Oh Satán, compadece mi larga miseria!

¡Oh tú que de la muerte, tu vieja y poderosa amante,
Engendras la esperanza—una locuela encantadora!

¡Oh Satán, compadece mi larga miseria!

¡Tú que das al proscrito la mirada tranquila y elevada,
Que condena todo un pueblo alrededor de un patíbulo!

¡Oh Satán, compadece mi larga miseria!

¡Tú que sabes en qué rincones de la tierra envidiosa
El Dios celoso ha ocultado las piedras preciosas!

¡Oh Satán, compadece mi larga miseria!

¡Tú, cuyo claro ojo conoce los profundos arsenales
En donde duerme oculto el pueblo de los metales!

¡Oh Satán, compadece mi larga miseria!

¡Tú, cuya enorme mano oculta los precipicios
Al sonámbulo errante al borde de los edificios!

¡Oh Satán, compadece mi larga miseria!

¡Tú que magníficamente cuidas de los viejos huesos
Del borracho perseguido por las sabuesas!

¡Oh Satán, compadece mi larga miseria!

¡Tú que, para consolar al hombre desgraciado que sufre,
Nos enseñaste a mezclar salitre con azufre!

¡Oh Satán, compadece mi larga miseria!

¡Tú que pones tu marca, oh cómplice sutil,
Sobre la frente de Cresus, impasible y vil!

¡Oh Satán, compadece mi larga miseria!

¡Tú que pones en los ojos y el corazón de las jóvenes
El culto de las joyas y el amor por los vestidos!

¡Oh Satán, compadece mi larga miseria!

¡Refugio de los exiliados, lámpara de los inventores,
Confesor de los ahorcados y de los conspiradores.

¡Oh Satán, compadece mi larga miseria!

¡Padre adoptivo de lo que en su negra cólera,
Del paraíso terrestre ha expulsado Dios Padre.

¡Oh Satán, compadece mi larga miseria!

Oración

¡Gloria y alabanza a ti, Satán, en las alturas
Del cielo, en donde tú reinaste, y en las profundidades
Del Infierno, en donde, vencido, sueñas en silencio!
¡Haz que mi alma un día, bajo el Árbol de la Ciencia,
Cerca de ti, repose, en la hora en que sobre tu frente,
Como un nuevo templo, sus ramas se multipliquen!

Las flores del mal, CXX.

AUGUSTE DE VILLIERS DE L'ISLE-ADAM

(1838-1889)

El encanto de su trato, la seducción de sus cuentos, hicieron de Villiers de L'Isle-Adam un hombre que muy pronto conquistó la celebridad, un escritor admirado en su tiempo. Hoy, que no nos es posible saborear los placeres de su conversación, las obras ligeras de Villiers han perdido su atractivo. El autor de *Isis* y *Axel* es sólo conocido de una minoría, y con toda seguridad él hubiera preferido este discreto homenaje que se le dedica hoy día como pensador. Porque, efectivamente, ha consagrado toda su vida al estudio del mundo nuevo, del mundo «oculto», del que habla el maestro Janus, y a la búsqueda de la iniciación, como realización y suprema belleza. Al igual que Mallarmé, habitual de la Librería del Arte independiente, Villiers se introdujo en la intimidad de los adeptos que allí se reunían. Este descendiente de un Gran Maestro de la Orden de Malta se dedicó a los más áridos estudios que iluminaron su exquisita sensibilidad. Villiers, además de músico brillante, fue un aplicado estudiante de la filosofía eterna; sufrió, como era corriente en su época, el encanto de Hegel, pero supo remontarse hasta las fuentes de inspiración del filósofo alemán; la filosofía hindú y Jacobo Boehme, el zapatero iluminado y maestro de Saint-Martin.

V.-E. Michelet, Papus, Guaita, Péladan, han reconocido su mérito como ocultista, lo que no dejó de influir, tampoco, en Mallarmé.

Sobre el camino tradicional, que supo describir de forma maravillosa, Villiers de L'Isle-Adam pone en práctica las dos antiguas divisas de su familia: «Ven más allá» y «Pon manos a tu obra».

La biblioteca desconocida

Aquella extraña biblioteca era un tesoro de libros raros y curiosos, de manuscritos extraordinarios y documentos desconocidos. Un buen número de ellos llevaba el sello de escudos de armas religiosos: procedían de claustros italianos, de la Cerdeña o Alemania. Rescatados del incendio o el saqueo de los conventos, habían sido coleccionados uno a uno, con estudio y paciencia, por dos capellanes muertos hacía más de un siglo. Estos dos sabios habían estado ligados a uno

de los antepasados del duque Fabiano, que se había ocupado durante toda su existencia del estudio de las ciencias ocultas, la filología, la cábala y la toxicología. Había gastado fabulosas sumas y hecho, en unión de los dos capellanes, profundos y magníficos descubrimientos. Los escritos ignorados de estos tres hombres, dispuestos y clasificados con escrupulosa metodología, llenaban una enorme caja de ébano, con cerradura de oro de secreta combinación. Algunos de los libros estaban anotados, al margen, por oscuros monjes medievales, y la mayor parte de estas anotaciones contenían reflexiones notables por su erudita precisión. De quince a veinte mil volúmenes, con encuadernación antigua y rica, se amontonaban en los estantes. Todos revelaban, por parte de los tres pensadores, conocimientos amplios en medicina y química. Había también toda clase de curiosidades, fósiles y objetos equívocos, traídos en viajes a través de lejanos países, y que, colocados por doquier, testimoniaban la meticulosidad de su labor investigadora. Allí había también ediciones casi imposibles de encontrar.

Como antigüedades, había, en primer lugar, por ejemplo, textos auténticos transcritos del hebreo samaritano y cuyo sentido ha permanecido sin poder interpretarse desde los tiempos de los magos, que sólo en posesión de la verdadera clave, habían sido propuestos de diferentes formas en las notas que restaban de mano de los religiosos.

Había también comentarios sobre ciencias desaparecidas del antiguo Egipto y sobre el culto de los ídolos, importadas por las razas negras, hijas de Cham, y elaboradas por los arios venidos de la Bactriana. Había también memorias relativas a las invasiones convulsionarias del norte de África en otros tiempos, y tratados de distintos indianistas sobre las revelaciones hechas por seres que se mostraban en ceremonias subterráneas, practicadas en la India antigua, con citas en las que, por la propia mano de los viejos brahmanes, se referían pasajes escritos en zend y en pelhavi, y que procedían de obras completamente desaparecidas.

Polvorientos infolios, protegidos por aros de hierro, cuyos títulos eran muy inquietantes, y que contenían las más profundas y antiguas hipótesis relativas a la reciente aparición de la humanidad sobre el globo. Estos inapreciables archivos contenían muy particulares secretos, y es de destacar que ignoremos todavía hoy los detalles que se refieren a esta cuestión. Los pueblos de los que hubiéramos podido obtener enseñanzas habían penetrado ya en la región del más profundo olvido, cuando nos hemos preocupado por primera vez de intentar aclararla. La caída de las naciones primitivas o, si se prefiere, su

desaparición, ocurrida tan cerca de dicho acontecimiento, que no han tenido tiempo para poder dejar algo positivo en relación con el tema, como es fácil comprobar leyendo con detenimiento las historias del espíritu humano en la antigüedad.

Por otra parte, las leyendas siriacas, importadas por los druidas venidos de Asia, los poemas de las literaturas escandinavas, oceánicas y orientales, no aclaran de una forma convincente, y en la medida necesaria, no sirviendo para levantar la especie de gran sudario que cubre las cosas en su estado primordial. Se sabe por qué serie de accidentes casi todas las bibliotecas del viejo mundo se han ido perdiendo.

Había también recopilaciones de sentencias eutiquianas, escritas en antiguo copto, y de inscripciones existentes en ruinas; relicarios con signos en negros caracteres etíopes, tan antiguos como el diluvio; finalmente, las estancias proféticas de las sibilas de Eritrea, de Cumas y del Helesponto, inspiradas en el griego de Píndaro, tan armonioso como el de Homero, que precedían a los grandes volúmenes de magia.

Los libros más recientes estaban separados de los otros por instrumentos de química, astrología y medicina. Se señalaba la existencia de numerosos tratados de casi todas las ciencias, los mejores volúmenes de historia y metafísica, así como el resumen de sus progresos hasta las edades modernas, los libros sagrados de las dieciocho más importantes sectas del globo, con preciosos comentarios; las tradiciones de los pueblos eslavos sobre el origen de las grandes nacionalidades europeas, y al lado de ellos, memorias de la Academia de Ciencias Físicas de Florencia, que fue fundada, como se sabe, por el cardenal de Médici (parece que los cardenales tenían un especial interés en fundar academias), las obras de los padres de la Iglesia latina y de la griega; además, encerrados en pergaminos seculares, amarillos manuscritos en lengua caldea, los anales de los astros, la historia de la desaparición de tales estrellas de otros tiempos, la de diversas catástrofes celestes, así como la descripción de sus signos y de su influencia sobre el pensamiento humano y el destino universal.

Isis.

STÉPHANE MALLARMÉ

(1842-1898)

El verdadero poeta es a la vez un inspirado y un mago del lenguaje. Es bajo este doble título como Mallarmé ilustra las relaciones del ocultismo y la literatura. Por las dos vías, con frecuencia confundidas, de la iluminación y el hechizo verbal, es como él se alista en la cohorte tradicional.

Mallarmé leía poco, pues se dedicó al estudio de algunos grimorios. *Los dioses antiguos*, de Cox, del que dio una adaptación francesa, le proporcionaron fondos mitológicos sobre los que trabajó activamente. A V.-E. Michelet, que le había enviado su libro *El esoterismo en el arte*, contesta con una carta que expresa su aprobación y contiene una curiosa definición del ocultismo: «Comentario de los signos puros a los que obedece toda literatura, objetivo inmediato del espíritu». Pero sobre todo Mallarmé, que era francmasón, frecuenta la Librería de Arte Independiente, que, según Michelet, «unía los espíritus del simbolismo a los del esoterismo». Fue así como Mallarmé conoció a Villiers de L'Isle-Adam, Odilon, Redon, Debussy, Agustín Chaboseau, autor de un excelente *Ensayo sobre la filosofía budista*. Pero sobre Mallarmé, menos que sobre otros autores, es preciso no exagerar el papel jugado por las influencias de este tipo. Cuando Charles Chassé encuentra en la *Prosa para los esenitas* las enseñanzas de la *Doctrina Secreta* de Mme. Blavatsky y de la *Teosofía* de Rudolf Steiner, es de destacar que estas obras son posteriores al texto de Mallarmé. La ideología común a los teósofos y Mallarmé, es que se favorece una análoga intuición. Pero lo que importa es la intuición mallarmeana del universo, la que se propone en sus versos. Lo que importa, escribía Mallarmé a Paul Verlaine, «es la explicación órfica de la tierra (que) es el único deber del poeta». El análisis de la composición sinfónica de Mallarmé, como dice Ghyka, nos hace participar en esta explicación, de la que ella forma parte integrante. Los fragmentos que siguen nos han parecido muy característicos. Pero la totalidad de la obra de Mallarmé no es más que la exposición de un sistema, el sistema del mundo, «un sistema de ideas puras, regladas por la idea final que es lo absoluto... El mundo no es más que una serie de símbolos que reflejan, como en un espejo, esta gran verdad» (Deborah Aish).

Prosa para los esenitas [1]

¡Hipérbole!, de mi memoria
Triunfalmente no sabes
Levantarte, hoy grimorio
Como un libro cubierto de hierro:

Porque yo coloco, por la ciencia,
El himno de los coros espirituales
En la obra de mi paciencia,
Atlas, herbolarios y rituales.

Paseamos nuestra mirada
(Eramos dos, lo sostengo)
Sobre tantos hechizos de paisajes,
Oh hermana, y los comparaba con los tuyos.

La era de la autoridad se resquebraja
Cuando, sin ningún motivo, se dice
De este mediodía que nuestra doble
Inconsciencia profundiza.

Que, sol de los cien iris, su lugar
Saben ellos que muy bien ha sido,
Y no lleva otro nombre que el que cita
El oro de la trompeta del verano.

Sí, en una isla que el aire carga
De vista y no de visiones
Toda flor se producía mayor
Sin que lo adivinemos.

[1] Resumimos el comentario de Chassé *(loc. cit.)*: La *Prosa* describe un viaje a la «Isla» de la Atlántida, al paraíso perdido de las razas muertas, de las que Bizancio se convirtió en el símbolo. Sobre este último punto, Mallarmé está de acuerdo con Mme. Blavatsky y Steiner. La «hermana sensata y tierna» sería una nueva encarnación de la eterna Beatriz. Representa la «ciencia» y es también «el inconsciente». Este país, la tradición lo llama «la tierra de verano», el lugar del «mediodía», y Mallarmé utiliza estos términos. Allí también se cruzan los más hermosos «gladiolos», como afirma el poeta. La mención hecha de «Anastasio» y «Pulquerio», emperadores de Constantinopla, constituye un enlace entre el Bizancio mítico y el histórico, que se manifiesta así de forma clara.

Tales, inmensas, que cada uno
Ordinariamente rodea
De un lúcido contorno, laguna
Que por jardines separa.

Gloria del largo deseo, ideas,
Todo en mí se exalta al ver
La familia de las irídeas
Surgir para cumplir este nuevo deber.

Pero esta hermana sensata y tierna
No dirigirá su mirada más lejos
Que para sonreír y, como para entenderla,
Yo ocupo mi antiguo cuidado.

¡Oh!, sabe el Espíritu de litigio,
En esta hora en que nos callamos
Que las flores de lis multiplican el tronco
Creciendo demasiado para nuestras razones

Y no como llora el río
Cuando su juego monótono menciona
Queriendo que la amplitud llegue
Entre mi joven asombro

De oír todo el cielo y el mapa
Sin fin atestiguado por mis pasos
Sobre la arena inmensa que se pierde
Y que este país no existe

El niño abdica su éxtasis
Y docto ya por caminos,
Dice la palabra: Anastasio,
Nacido para eternos pergaminos.

Antes de que un sepulcro ría
Bajo algún clima, su abuelo
Debe llevar este nombre: Pulquerio
Oculto por un demasiado enorme gladiolo.

Poesías. Prosa para los esenitas.

Catolicismo

Presunción, se imagina uno por el silencio exterior, que esta intensa vibración de certidumbre y tinieblas unidas en un meditativo unísono, ha cesado —

De esta forma —

Simplemente en la inaptitud de las gentes para percibir su nada, sino en la misma forma que su hambre, miseria profana, fuera del acompañamiento de los truenos del órgano absoluto de la muerte.

Una raza que es la nuestra, a la que ha cabido el honor de prestar sus entrañas al miedo que tiene de sí misma, de otra forma como conciencia humana, la metafísica y claustral eternidad se derriba, para expirar el abismo en algún firme abrigo en las edades, será, no, yo me río, a pesar de este tratamiento celeste, como si nada fuese ordinario, indemne, vago; porque no restan señales, en un minuto de posteridad — cuando no florece incluso como vida reconquistada y nativa.

Todo al menos, parejo oscurecimiento sin que la voluntad del comienzo, después de los tiempos, llamada, íntimamente, como ella golpeando la soledad, el espíritu de resumir la sombría maravilla —

El que prefiera, desdeñando las síntesis, realizar una investigación — vacío si no encuentra más que descorazonamiento y el banal y vasto lugar público cede, también, a las inyecciones de salvación. Las más directas posiblemente visitando el inconsciente, las más elementales: sumariamente, se trata de la Divinidad, que nunca es más que Sí mismo, en donde se agolpan con la ignorancia del secreto precioso para medir el arco, los esfuerzos abatidos de rezos — y reemprender, como punto de partida, humildes fundaciones de ciudad; fe de cada uno.

Culto incipiente y común funcionamiento, en lo relativo a las virtudes, presentado por una nación: antes que la tierra — llena haya tenido lugar, alabémoslo según la piedad mutua — y que así se libre el alma de exiliarse demasiado arriba.

Desfalleciente el resto, a colocar por el individuo, y que implica el uso de materiales sutiles, por lo menos la flecha, en piedra de encaje.

Con su contraria precaución, la Madre que nos piensa y nos concibe, siempre estas exaltaciones pueden hacerla abortar como un tesoro perdido — que esto ocurra tarde, será oportuno renegar y querer que se comience por los duros celos de la sublimidad.

En el orden fallamos en el caso.

La Edad Media ha sido para siempre la incubación y el comienzo del mundo moderno; en el umbral de una era dispensadora, quiero del beneficio terrestre y del pleno consentimiento — todo, por temor de que la proyección de santidad no baste quede corto, refiriéndose a... de nosotros para filar verdaderamente si esto es posible, en alegría, algo como durante los siglos y los siglos; ¡oh!, que esto sea así.

Una pretensión que se carga de laicismo, sin que esta palabra invite a un sentido, ligado al rechazo de inspiraciones más elevadas, sea, saquémosla de nuestro propio fondo, imitando en el presente, en el hábito, lo que intelectualmente la disciplina de la ciencia omite, al riesgo de elegir o de probar dogmas y filosofías.

Único interés que llena la razón de ensueños —

Cuando incluso sobreviviendo, aceptación corriente de una entre las quimeras, la religión, en esta prueba liminar, la Justicia —

Un rito exteriorizándose de la práctica cotidiana, como pompas y sellos: estando hecho de un género grandioso de distracción.

Cuestión, enmarañada en su planteamiento, con poco sentido, yo lo sé, con lo que se trata aquí: es necesario la lectura de muchas noches, como una de las que yo surjo, el libro excepcional de Huysmans, para intimar, con esperanza de defenderse contra la soberbia influencia de mi adaptación o el transporte a tal manía —

La intrusión en las fiestas futuras.

¿Cómo deberán ser?: tributarias, desde luego, del descanso dominical.

Nulo, a menos de suspender, como su visión, el pesado lustre evocador y múltiple en motivos, no aclarado aquí; pero se puede deducir, por lo tanto, de los medios y las necesidades en causa.

En cualquier anfiteatro, como un ala de infinita humanidad, bifurca la multitud, arrojada en el brusco abismo hecho por el Dios, el hombre — o el tipo.

Representación con concierto.

El milagro de la música es esta penetración, en reciprocidad, del mito o de la sala para la que se inclina hasta deslumbrar los arabescos y dorados, trazando el silencio de la caja sonora, el espacio vacante frente a la escena: ausencia de alguno, en donde se aleja la asistencia y que no franquea el personaje.

La orquesta flota, realiza la acción, y no se aísla extraña, y nosotros no somos testigos: pero, en cada plano, a través de las tinieblas y el rayo, paso a paso, vamos circulando los héroes — dolorosos por no alcanzarnos a nosotros mismos en las tempestades de sonidos y

emociones desplazadas, sobre su gesto o nuestro influjo invisible. No hay nadie, según el hirviente, diáfano cortinaje de los símbolos, no existe ritmo que se abra sobre su estatua, para todos.

Misterio, algo diferente a lo representativo y que, yo diría, griego. Pieza, oficio. Sentís como más «objetivo», separado, ilusorio, en los antiguos juegos. Prometeo, incluso, Orestes, estaban de acuerdo en envolver las graderías de leyenda en que permanecía la emoción, ciertamente, en las ropas de las espectadoras, pero sin el terror en este pliegue, tal vicisitud grandilocuente afectaba a cualquiera que la contemplara, en tanto que protagonista además.

Aquí, reconocedlo, en el drama, la Pasión, para lograr la aceptación canónica en que como en la fastuosidad estética de la Iglesia, con el fuego giratorio de los himnos, se produjo una asimilación humana a la tetralogía del año.

Su hechizo, en el teatro que el espíritu lleva, crecerá, en majestad de templo.

Nuestra comunión o parte de uno para todos y de todos para uno, de esta forma, se sustrae a la palabra bárbara que designa el sacramento — en la consagración de la hostia, sin embargo, se afirma el prototipo de los ceremoniales, a pesar de la diferencia que existe con la tradición del arte, la misa. El aficionado que lo es, sin embargo, de alguna cosa, que en el fondo sea, no podrá asistir más que como observador a la tragedia, comprendiéndola por retroceso, alegóricamente hacia sí; y todo — además exige un hecho — al menos la credulidad en este hecho en nombre de los resultados.

«Presencia real»: donde, el dios ha de estar, difuso, total, mimado de lejos por el actor desaparecido, por nosotros que temblorosos, a causa de tanta gloria, latente, que asuma, que rinda después, golpeado por la autenticidad de las palabras y la luz, triunfal de la Patria, del Honor, de la Paz.

Sin un pensamiento de difuminar la vidriera de la cúpula constatando la elevación y transparencia de lo que el rumor denomina el edificio social, importará poco algunos pasos adelante; salvo, de esta forma, para entrar, inaugurar y saludar un parecido oculto con las gravedades del pasado, ensombrecidos en la memoria donde se instala la masa.

No creo del todo, soñar —

Una paridad de reminiscencias litúrgicas exclusivamente para nuestro bien propio u original, inscritas en el umbral y en ciertos aparatos profanos, se impone, sin embargo no ir mal, de acuerdo con un error entre los predicadores, elevar en yo no sé qué dilución el color, la

electricidad y el pueblo, lo arcaico de ultramar en los cielos. Todo se interrumpe efectivo en la historia, pocas transfusiones; donde la relación consiste en que los dos estados hayan existido separadamente, para una confrontación por el espíritu. Lo eterno, lo que se empareja con él, no ayuna, sumido en las cavernas y se calla; nada a su alrededor nuevo nacerá de esta fuente.

Olvidemos —

Una magnificencia se desplegará, en alguna manera, análoga a la sombra del pasado.

Entonces se darán cuenta, al menos, y evitarán la simpatía que me angustia; posiblemente no, y yo lo he querido, de aquí, cuando no se está dispuesto, agregar el sueño al altar contra la tumba reencontrada — piadosos sus pies en la ceniza. La nube a su alrededor corre aprisa; hay que precisar... Mas, sería entonar el ritual y traicionar con reticencia la salida del sol con una placa de oficiante, en lugar de ofrecerle enguirnaldado el incienso, para enmascarar una desnudez del lugar.

«Catolicismo», *Revista blanca,* 1 de enero de 1895.

LÉON BLOY

(1846-1917)

«Peregrino de lo absoluto», «heraldo de Dios», Léon Bloy proclama en todo momento su afiliación católica. Pero el catolicismo no era, para él, una confesión entre las demás, una Iglesia visible entre otras Iglesias igualmente visibles, Léon Bloy, más allá de las formas, buscaba la verdad oculta. En el curso de una vida pobre y dolorosa, sufrió los sarcasmos de los que pensaban bien, pero tuvo la osadía de preferir a María Magdalena. En sus aventuras espirituales, Léon Bloy rechaza la soluciones fáciles y admite como única guía la sabiduría, que se ríe del saber humano, que ante sus ojos pasaba por una verdadera locura. El catolicismo de Léon Bloy es, en su más estricto sentido, católico, es decir, universal—mejor aún, «universalista»—. Gracias a él, Léon Bloy levanta el velo del esoterismo, descubre el sentido de los símbolos y realiza la percepción del orden omnipresente; simpatiza, finalmente, con este orden. Ningún acontecimiento se produce originado por el azar, porque nada existe que no tenga un significado. La asombrosa figura de Cristóbal Colón, «revelador del globo» y apóstol de las tierras desconocidas, llama poderosamente la atención de Bloy antes de imponerse al pensamiento de Paul Claudel, este otro poeta cósmico. El elogio hecho a Colón por Léon Bloy es una «obra altamente iniciática», decía el Sar Joséphin Péladan. Porque allí rinde justicia a la providencia que conduce a los hombres. Sin cesar, Bloy se esfuerza en volver a encontrar la trama de la tapicería, los designios del Dios que da la salvación al mundo a través de los judíos y la de Francia por Naundorff. En ocasiones, la ingenuidad de Léon Bloy puede sorprendernos; pero ¿estamos seguros de tener razón? Léon Bloy tiene sus entusiasmos, la visión simple y clara, las cóleras también, de los niños a quienes pertenece el reino de los cielos.

Autor tradicional, Léon Bloy, bajo lo visible, encuentra lo que no se ve; bajo la historia, la eterna sabiduría. Sabe que este mundo es la alianza de una ilusión y una verdad y que una da a la otra su valor. La vida y la obra de Léon Bloy llevan el testimonio de Dios, que creó el mundo y lo hizo armonioso. Pero Dios, la armonía del mundo, la verdad, son cosas misteriosas y no pueden ser comprendidas por el profano. El catolicismo de Léon Bloy es ocultista y su ocultismo es católico. Léon Bloy triunfa donde Péladan fracasa. Porque el problema de las relaciones entre catolicismo y ocultismo es en realidad un problema falso. Si se admite, como hacía Péladan, que el ocultismo es la doctrina de Papus y sus seguidores, y que el catolicismo es el patrimonio de los beatos y los simples de espíritu, si, en una palabra, se diferencian dos capillas que se esfuerza inmediatamente en reconciliar, la empresa está destinada al fracaso. Si logra triunfar, será al precio de un compromiso que no

servirá para que progresen las causas de la filosofía y de la religión, pero que contribuirá a alejar de estos dos dominios a todos los hombres que piensan. Que se reflexione, por el contrario, un poco profundamente sobre lo que enseña el ocultismo, que se criben las verdades que una fe con frecuencia ciega ha transmitido hasta nosotros, y se percibirá que ninguna contradicción separa los dos métodos de conocimiento. Por el contrario, la concepción del mundo y del hombre es la misma en el verdadero ocultismo y en el catolicismo de verdad. Esto, Bloy lo sabía y lo ha dicho. Los extractos que damos más abajo, y que son un homenaje a Nuestra Señora de la Saleta, muestran bien la piedad, más bien simple, de Léon Bloy, pero también el sentido que él tenía del misterio escatológico y de las correspondencias no visibles entre los seres y las cosas.

La Saleta y Luis XVII

Excelentes trabajos históricos han aclarado recientemente la cuestión de la supervivencia de Luis XVII. Cuestión ya envejecida y que no es posible ignorar hoy día sin un poco de vergüenza. Mi *Hijo de Luis XVI*, publicada en 1900, no ha aportado nuevos documentos, sino el testimonio único en la historia; una Raza Real que pasaba por ser la primera del mundo, no rechazada precisamente, ni exterminada, sino caída en la más insondable de las ignominias, sin esperanza de poder salir nunca más.

«... ¡Es para alterar la imaginación el decir que existe un hombre sin pan, sin techo, sin parientes, sin nombre, sin patria, un individuo cualquiera perdido en el fondo de las masas, que el último de los mendigos podía insultar y que era, sin embargo, el Rey de Francia!... El rey de Francia, reconocido como tal, en secreto, por todos los gobiernos, cuyos titulares sudaban angustiosamente ante el solo pensamiento de que todavía vivía, que se le podía encontrar a cada paso, y que tenía posiblemente a toda la pobre Francia, por alterada que estuviera, viendo pasar a esta figura dolorosa, no reconociendo la sangre de sus antiguos amos y que no se precipitaba a sus pies dando un gran gemido, en un impulso sublime de resurrección.

»Se hizo lo posible por matarlo. Las más bárbaras prisiones, el cuchillo, el fuego, el veneno, la calumnia, el más feroz de los ridículos, la negra miseria y las molestias más negras aún, todo fue utilizado. Se logró el triunfo al fin, cuando Dios lo hubo guardado

y cuando tenía sesenta años cumplidos, es decir, cuando había terminado de cumplir la penitencia de sesenta reyes...» [1]

La desgracia de este «rey fantasma» fue tan perfecta que las palabras «ignominia» u «oprobio» no bastan. Se le rechazó lo que no se le niega a los peores criminales, su identidad personal—mejor dicho, una identidad cualquiera—. Se quiso que no fuera en absoluto una persona, en la estricta acepción del término, y que sus hijos no fueran los hijos de nadie. De esta manera se logró, de una forma que sólo Dios podía concebir, la secular fórmula capetiana: *El rey no muere*, porque la descendencia legítima de Luis XVI estaba condenada a no poder ni vivir ni morir.

El delfín, hijo de Luis XVI—auténticamente Luis XVII—pretendidamente fallecido en el Temple, en 1795, exhaló dolorosamente su último suspiro en Delft, Holanda, el 19 de agosto de 1845, un poco más de trece meses, con antelación a las apariciones de La Saleta, «prontitud muy singular de este milagro, tan poco tiempo después de que el Candelabro de las flores de lis de oro, de que habla el Pentateuco, hubiera sido vuelto del revés».

«Cuando se manifestó la nueva aparición, un solo cristiano se preguntaba, ¿si algo de un valor infinito no acababa de ser quebrado, para que el Esplendor por sí mismo, la Gloria impasible e inaccesible no estuviera de duelo?—*¡Hace tanto tiempo que sufro por todos vosotros!*—. ¡Qué frase tan turbadora e inconcebible!

»La catástrofe es tan enorme que aquel que no puede sufrir de una manera absoluta, sufrió y lloró. La Beatitud sollozó y suplicó, la Omnipotencia declaró que ella no podía más y pidió gracia... ¿Qué es lo que había pasado, no se trataría de que había muerto quien no debía morir...?» [2]

Si aun hubiera muerto como lo hace todo el mundo; pero, repito, estaba escrito, el Rey de Francia no debía morir, y he aquí que durante más de sesenta años esto continuó. Tengo ante mí el retrato de un pobre niñito de unos cuatro o cinco años, que se llama el príncipe Enrique Carlos Luis de Borbón, delfín de Francia. Parece que es él el que ha de continuar la serie de los reyes fantasmales...

Varias cartas de Melania, de las que algunas están dirigidas a la princesa Amelia de Borbón, prueban que la profetisa no tenía ninguna

[1] Léon BLOY, *El hijo de Luis XVI*. No es éste el lugar de referir la historia terrible y fantasmagórica de Luis XVII. Léase: *El último rey legítimo de Francia*, de Henri Provins, y la inestimable obra, más reciente, de Otto Friedrichs, *Correspondencia íntima e inédita de Luis XVII. (Nota de L. B.)*
[2] *El hijo de Luis XVI. (Nota de L. B.)*

duda sobre la supervivencia representada por el pretendido Naundorff y sus hijos. En 1881, ella nombra heredero directo, *«Rey legítimo,* REY FLOR DE LIS*»*, y recomienda la esperanza. Se sabe, por otra parte, que muchos años antes Maximino había hecho el viaje de Frohsdorf y que una entrevista con el conde de Chambord había tenido como efecto la renuncia directa de éste al trono de Francia. Todo induce a creer, en efecto, que Maximino habría dicho a este pretendiente lo que Martin de Gallardon, en 1816, había dicho al infame Luis XVIII: «Eres un usurpador». El conde de Chambord, al contrario de su fratricida tío segundo, no osó suceder a los dos Caínes de la Restauración, aunque, igualmente, guardó los 300 millones del patrimonio real, y los herederos saqueados, después de tres generaciones, continuaron siendo pobres y cubiertos de la más abominable ignominia, como lo había sido su padre y sobre todo su abuelo, el delfín del Temple.

Analogía o afinidad, correspondencia o relación misteriosa entre el milagro de La Saleta y el milagro del destino del Hijo de Luis XVI. Un rey pobre, un rey muriendo de hambre y miseria, el hijo cubierto de llagas y obstinadamente renegado por sesenta reyes, viene a ofrecer a la nación la salvación y se le asesina, después de haberlo flagelado durante mucho tiempo. *Nolamus hunc regnare super nos.*

Casi en seguida, la verdadera reina de Francia, la soberana a quien hizo auténticamente, verdadera e irrevocablemente entrega de su reino, viene, a su vez, a suplicar sollozando a su pueblo y al resto de las naciones de las que es el hermano mayor, que consideren el terrible abismo que los *invoca*... No pudiendo matarla, se le responde con la desobediencia, la negación de sus palabras y la judaica lapidación de sus testigos. *Nolumus HANC regnare super nos.*

Yo he pensado muchas veces que la paciencia de Dios es la mejor prueba del cristianismo.

¿Hoy está todo perdido? ¿No queda nada que sperar? ¿No existe otro remedio que el castigo? El autor de este libro está persuadido de ello. Francia no desea más reyes, ni reinas, ni a Dios, ni a la eucaristía, ni la penitencia, ni el perdón, la paz, la guerra, la gloria, la belleza, ni nada de lo que pueda dar la vida o la muerte. Ella quiere, en su calidad de maestra y ejemplo de naciones, lo que jamás ha sido querido por ningún país en decadencia: la perfecta estupidez en el movimiento artificial y automático. Esto se llama deporte, que debe ser uno de los términos ingleses para designar la condenación.

En el año 1864, dijo el Secreto, *Lucifer y un gran número de demonios serán lanzados desde el infierno...*

Se sabe que León XIII, afectado profundamente por esta predic-

ción, ha querido que todos los sacerdotes católicos recitasen diariamente, después de la misa y arrodillados al pie del altar, esta oración, muy parecida a un exorcismo:

SANCTE MICHAEL, ARCHANGELE, DEFENDE NOS IN PRÆDIO; CONTRA NEQUITIAM ET INSIDIAS DIABOLI ESTO PRÆSIDIUM. IMPERET ILLI DEUS, SUPPLICES DEPRECAMUR; TUQUE, PRINCEPS MILITIÆ CŒLESTIS, SATANAM ALIOSQUE SPIRITUS MALIGNOS QUI AD PERDITIONEM ANIMARUM PERVAGANTUR IN MUNDO, DIVINA VIRTUTE IN INFERNUM DETRUDE. AMEN.

Aquella que llora.

Los apóstoles de los últimos tiempos

La voluntad de Melania era que sus directores espirituales o confesores no revelaran nada de su vida *íntima*. Pero a partir de 1852, varias personas supieron por el padre Sibillat que había obtenido algunas confidencias de esta niña privilegiada, que, mucho antes de 1846, el cielo la había visitado y que la gran aparición de 1846 no era más que un *episodio* de su infancia, y las religiosas de Corenc, sus compañeras, pudieron observar que sus gracias no decaían; se tienen pruebas de que no cesaron nunca.

«Esta humilde joven—dice su futuro historiador, al que no me está permitido nombrar—, de la que las almas, incluso las religiosas, no podrían, antes que su vida íntima sea publicada, sospechar la elevada santidad y la gran misión que le cupo desarrollar en la Iglesia, desde los tres años de edad fue colmada de los dones espirituales más asombrosos, como sólo se encuentran en las vidas de algunos santos. Instruida por el Niño JESÚS, que le había enseñado que es preciso ocultar las gracias, ella lo hacía así, con tal humildad y habilidad, que cuando se veía sorprendida se daba uno cuenta de que se la hacía sufrir, y los propios directores no han conocido más que una parte muy escasa. En las montañas, en las que guardaba los rebaños, antes de la aparición, se le llamaba ya la *santita* y se le atribuían milagros.»

Hoy se sabe que lo ha hecho, y las pruebas más concluyentes se darán cuando la Congregación de Ritos se digne ocuparse de la beatificación de esta humilde campesina. El descubrimiento de sus estigmas ha sido la cosa más fortuita. Ella parecía *ignorarlos*—aunque los ocultaba, como todo lo demás, de forma instintiva; o al menos parecía

creer que *todos los cristianos deberían ser así,* lo que no está lejos del grado superior de lo sublime—. Melania recibió frecuentemente la comunión de manos de Nuestro Señor en persona y gozaba de la vista continua de su ángel guardián. Los habitantes de Altamura han asegurado que habían oído en el apartamento de la «piadosa dama francesa» el ángelus durante la tarde de la noche en que murió y cantos angélicos, además del tintineo de una campanilla, como cuando se lleva el viático por las calles.

¡Cuántas otras cosas! Pero lo que llama nuestra atención más que nada, lo que resulta descorazonador de pensar, lo que da a las lágrimas de amor un precio inestimable, es el decir que ella veía *todo en la luz de Dios,* no simultáneamente, sino en sucesión, pero en el momento en que su pensamiento se detenía sobre algo. Don extraordinario, posiblemente único en la vida de los santos. Parecía vivir en el Paraíso terrestre como si no hubiera tenido lugar la caída...

A una creyente que deseaba conocer algo sobre los Apóstoles de los Últimos Tiempos, le fue comunicado este fragmento sobre lo que Melania llamaba su «vista» B:

«... En otros lugares, he visto a los Discípulos de los Últimos Tiempos. Comprendo muy claramente cómo estos señores, que yo llamo los discípulos, formaban parte de la Orden. Eran hombres libres, jóvenes que no se sentían llamados al sacerdocio, pero que deseaban, sin embargo, abrazar la vida cristiana, acompañaban a los Padres en algunas misiones y trabajaban con todas sus energías para la propia santificación y en la salvación de las almas. Eran muy celosos de la Gloria de Dios. Estos discípulos estaban junto a los enfermos que no querían confesarse, alrededor de los pobres, los heridos, los prisioneros, en las reuniones públicas, en las asambleas sectarias, etc. He visto que incluso comían y bebían en compañía de los impíos, con los que no querían oír hablar de Dios y de sus sacerdotes; y he aquí que estos ángeles terrestres intentaban por todos los medios imaginables el hablarles e inclinarles a Dios y salvar a estas pobres almas, que tenían cada una en sí el valor de la Sangre de Jesucristo, loco de amor por nosotros. Esta visión era muy clara, muy precisa, y no me dejaba ninguna duda acerca de lo que veía. Yo admiraba la grandeza de Dios, su amor por los hombres y las santas industrias que utilizaba para la salvación de todos, y veía que su amor no podía ser comprendido en la tierra, porque sobrepasa todo lo que los hombres, incluso los más santos, pueden comprender...

»...Con ellas (las religiosas) había también mujeres y niñas llenas de celo, que ayudaban a las religiosas en sus obras. Estas viudas y sus

hijas eran las personas que, sin osar ligarse mediante votos religiosos, deseaban servir al buen Dios, gozar en su honor y para la salvación propia una vida vida retirada del mundo. Iban vestidas de negro y con mucha sencillez. Llevaban una cruz en el pecho, como los Discípulos, pero un poco menos grande que las misioneras, y no se mostraba al exterior...

»...Los discípulos y las mujeres hacían también la promesa de dedicación a la Más Santa Virgen, de darse a Ella y de darle, para las almas del purgatorio, en favor de la conversión de los pecadores, todas sus oraciones, todas sus penitencias; en una palabra, dedicar así todo lo más meritorio de sus actos.

»He visto cómo los misioneros vivían en comunidad... Vi cómo los discípulos que sabían leer decían el Oficio en su capilla; vi también que las religiosas decían el Oficio de la Santa Virgen lo mismo que las mujeres.»

Resulta sumamente interesante el considerar esta *visión* tan actual, tan precisa, de la pastora, el recordar la profecía más general y también la más elocuente, escrita 150 años antes de La Saleta, por el venerable Grignion de Montfort:

«...Pero ¿quiénes serán estos servidores, esclavos e hijos de María? Serán un fuego abrasador estos ministros del Señor que encenderán el fuego del amor divino por todas partes y, *sicut sagittoe in manus potentis,* las flechas agudas en la mano de la poderosa María para destruir a sus enmigos; éstos serán los hijos de Lévi, purificados por el fuego de las grandes tribulaciones y perfectamente unidos a Dios, que llevarán el oro del amor en el corazón, el incienso de la oración en el espíritu y la mirra de la mortificación en el cuerpo, y derramarán por todas partes el poderoso perfume de Jesucristo a los pobres y los pequeños, mientras que lanzarán el olor de la muerte a los grandes, a los ricos y a los orgullosos mundanos.

»Serán nubes de tormenta y lluvia a través de los aires, al menor soplor del Espíritu Santo, que, sin atacar a nadie ni asombrarse de nada y lamentarse de nada, repondrán la lluvia de la palabra de Dios y de la vida eterna. Lanzarán sus rayos contra el pecado, granizarán contra el mundo, golpearán al diablo y sus sicarios y percibirán una y otra vez, en vida o en muerte, con la lanza de dos puntas de la palabra de Dios, a todos los que sean enviados de parte del Todopoderoso.

»*Éstos serán los Apóstoles verdaderos de los Últimos Tiempos,* a quienes el Señor como virtudes dará la palabra y la energía, para operar maravillas y recoger los despojos gloriosos de sus enemigos.

Dormirán sin oro ni plata y sin cuidado, en medio de los demás sacerdotes, eclesiásticos y clérigos, *inter modios cleros,* y sin embargo, tendrán las alas plateadas de la paloma, para ir, con la pura intención de la gloria de Dios y de la salvación de las almas, allá donde el Espíritu Santo los llame [1]; y no dejarán tras de sí, en los lugares en que hayan predicado, más que el oro de la caridad, que es el cumplimiento de toda la ley. En fin, salvaremos a los que sean verdaderos discípulos de Jesucristo, que, siguiendo sobre sus pasos de pobreza, humildad, desprecio del mundo y caridad, enseñen el camino directo a Dios en medio de la pura verdad, según el Santo Evangelio, y no siguiendo las máximas del mundo, sin hacer daño ni aceptar a nadie, sin ahorrar, escuchar ni temer a ningún mortal, por poderoso que sea [2].

»Tendrán en la boca la espada de dos filos de la palabra de Dios, llevarán sobre sus espaldas el estandarte sangriento de la Cruz, con el crucifijo en la mano derecha, el rosario en la izquierda, los sagrados nombres de Jesús y María en su corazón y la modestia y la mortificación de Jesucristo en toda su conducta. He aquí los grandes hombres que han de venir; pero María estará allí, por orden del Más Alto, para extender su imperio sobre los impíos, idólatras y mahometanos. ¿Cuándo y cómo ocurrirá esto?... Sólo Dios lo sabe, y a nosotros sólo nos cabe el permanecer a la expectativa rezando y suspirando esperanzadoramente por la llegada: *Expectans, expectavi* [3].»

Ciertamente que la totalidad de estos acontecimientos es solamente conocida de Dios; sin embargo, nosotros algo sabemos, el porqué y cómo esto no se ha producido, y por qué el 19 de septiembre próximo, sesenta y dos aniversario de la aparición, no ha habido ni siquiera un pequeño comienzo de dicha realización, una lejana veleidad de obediencia. No sabemos hasta dónde llegan las sórdidas y bajas causas de esta inatendida prevaricación; pero todos no lo conocen, y es por esto, y para los ignorantes, para lo que este libro se ha escrito. Los demás, los verdaderos culpables por malicia o por negligencia, buscarán naturalmente el destruirlo según su método, simplemente por espíritu de dejadez, sin pudor ni temor. ¿Cómo se podrá amedrentar a hombres consagrados a Dios que han podido *ver* el castigo terrible de un gran número de ellos sin desgarrarse el pecho?... Resu-

[1] Salmos 67 y 14, maitines de Pentecostés. Este salmo, cargado de misterio, pertenece litúrgicamente al Espíritu Santo. (L. B.)

[2] Está de acuerdo casi literalmente con el párrafo 30 del *Secreto de Melania,* citado en la introducción de la presente obra. (L. B.)

[3] *Tratado de la verdadera devoción a la Santa Virgen,* 1.ª parte, cap. I. (L. B.)

miendo, he querido rendir testimonio con el fin de poder descansar en paz, cuando llegue mi hora.

Las amenazas de La Saleta han sido condicionales. Pero es de suponer que lo serán más. Los Apóstoles de María, que habrían debido ser instituidos antes del diluvio de sangre y fuego, lo serán *después;* he aquí todo.

Aquella que llora.

JORIS-KARL HUYSMANS

(1848-1907)

Poeta, naturalista, cristiano; bajo estos tres aspectos, Huysmans ha permanecido fiel a la doctrina tradicional. Poeta, el autor de *Al contrario* vuelve a hallar la filosofía de las correspondencias que multiplican el placer del esteta, antes de despertar la admiración del místico cuando éste descubre el simbolismo de *La catedral.* Naturalista, el hermano de Durtal debía inclinarse hacia el ocultismo práctico, sus ceremonias, sus fieles, pero en especial demuestra su interés por el ritual y los seguidores de las «artes negras», desde Gilles de Rais al canónigo Docre... Las amistades o curiosidades de Huysmans le hicieron tomar contacto con Jules Bois, Péladan, Stanislas de Guaita y, por intermedio de ellos, al triste abate Boulan, sacerdote apóstata. Mezclado con estos grupos esotéricos, posiblemente mucho más de lo que le hubiera gustado, llegaría incluso a pretender haber estado embrujado; y ¿no intervino también en la polémica que suscitó la muerte de Boulan? El satanismo no podía dejar de llamar la atención de Huysmans como una manifestación social de un especial pintoresquismo, más que como expresión de una universal necesidad religiosa, como la que anima a las *Masas de Lourdes.* Por último, de vuelta de *Allá abajo,* Huysmans se hace cristiano. No podía serlo a medias y encuentra la salvación en el misticismo. La fe de Huysmans no le hace renegar de ninguna preocupación anterior; pero le permite situar el ocultismo y buscar una conclusión. Ya no ignorará el fin al que llevan las correspondencias, el verdadero remedio para las angustias de los magos. Con Dom Besse, Huysmans encontrará la piedra filosofal.

Una misa negra

Un monaguillo vestido de rojo se dirigió hacia el fondo de la capilla y encendió una serie de cirios. Entonces el altar semejaba el de una iglesia ordinaria, encima del cual había un tabernáculo que coronaba un Cristo irrisorio, infame; se le había levantado la cabeza, alargado el cuello, y una serie de pliegues pintados sobre su faz cambiaban la expresión dolorosa en una cara cuya boca retorcida mostraba una risa innoble. Estaba desnudo, y en el lugar que ocupara el paño

que ceñía sus costados aparecía un falo en erección en medio de un paquete de crin. Delante del tabernáculo, un cáliz cubierto con su palio. El monaguillo alisaba con las manos el paño del altar, movía las caderas, se ponía de puntillas como si tratara de lanzarse al vuelo, jugaba con los querubines, bajo el pretexto de alcanzar los cirios negros, cuyo olor de cera y mecha se añadía a las pestilencias depositadas en aquella habitación.

Durtal reconoció bajo el traje rojo al «Jesusito» que guardaba la puerta cuando entró y comprendió el papel reservado a este hombre cuya sacrílega consagración sustituía a la pureza infantil que desea la Iglesia.

(...)

Precedido de dos monaguillos, tocado con un bonete escarlata sobre el que figuraban dos cuernos de bisonte forrados de paño rojo, entró el canónigo.

(...)

Se inclinó solemnemente ante el altar, subió las gradas y dio comienzo la misa.

Durtal vio entonces que por debajo de las ropas de sacrificio estaba completamente desnudo. Sus piernas, enmarcadas por ligas muy altas, aparecían por encima de sus medias negras. La casulla tenía la forma ordinaria de las católicas, pero era de un color rojo oscuro de sangre seca, y en medio, en un triángulo alrededor del cual aparecía una vegetación de cólchicos, sabinas, manzanas y euforbios, un carnero negro presentaba sus cuernos.

Docre hacía genuflexiones, inclinaciones medianas o profundas, tal como especifica el ritual; los monaguillos, de rodillas, daban las respuestas en latín, con una voz cristalina que cantaba al finalizar las palabras.

—Bueno, pero esto no es sino una simple misa baja—dijo Durtal.

(...)

Entonces el sacrificio se interrumpió. El sacerdote bajó de espaldas, se arrodilló sobre el último escalón, y con una voz trepidante y aguda, gritó:

«¡Amo de los escándalos, dispensador de los beneficios del crimen, intendente de los suntuosos pecados y de los grandes vicios, Satán, es a ti a quien adoramos, oh tú, Dios lógico, Dios justo!»

«¡Oh Maestro y Señor, tus fieles servidores, de rodillas, te imploran, te suplican, les asegures la alegría de tus delectables perversidades que la justicia ignora; te suplican que los asistas en los maleficios cuyo origen desconocido desorienta la razón humana, los escuches

favorablemente, cuando desean la tortura de todos los que los aman y les sirven; te piden, en fin, gloria, riqueza, poder, a ti oh Rey de los desheredados, hijo que expulsa al padre inexorable! »

Después Docre se levantó, y con una voz clara, un tono odioso y los brazos extendidos, vociferó:

« ¡Y tú, a ti a quien yo en mi calidad de sacerdote te fuerzo a que vengas, lo quieras o no, y desciendas a esta hostia, te encarnes en este pan, Jesús, artesano de supercherías, ladrón de homenajes, hurtador de afecciones, escucha! ¡Desde el día en que tú saliste de las acogedoras entrañas de una Virgen, has dejado de cumplir tus promesas, has mentido en lo que te comprometiste a realizar...!

» ¡Monstruo cuya inconcebible ferocidad engendra la vida y que la otorga a los inocentes que osas condenar, en nombre de no se sabe qué pecado original, que te atreves a castigar, en virtud de unas ignoradas cláusulas, querríamos hacer que te retractaras de tus imprudentes embustes, de tus inexpiables crímenes! ¡Querríamos martillar sobre tus clavos, apoyarnos en tus espinas y hacer que vuelva a correr la sangre dolorosa en el borde de tus secas cicatrices!

» ¡Y esto, podemos y debemos hacerlo, violando el reposo de tu cuerpo, profanador de los grandes vicios, creador de las más estúpidas purezas, Nazareno maldito, rey desidioso, dios impotente! »

—Amén! —gritaron las voces cristalinas de los monaguillos.

Durtal escuchaba el torrente de blasfemias e insultos; la inmundicia de aquel cura le dejaba estupefacto. Un silencio profundo sucedió a estos gritos, la capilla estaba llena de humo y envuelta en la bruma del incienso. Las mujeres, hasta entonces taciturnas, se agitaron en el momento en que, volviendo a subir al altar, el canónigo se volvió hacia ellas y las bendijo, con la mano izquierda, haciendo un gesto teatral.

Esto fue como una señal, y las mujeres, arrojándose en la alfombra, comenzaron a rodar.

(...)

De un salto, Durtal se puso de pie para poder ver con claridad, y así, vio y oyó al canónigo Docre.

Éste contemplaba al cristo que coronaba el tabernáculo, y con los brazos levantados vomitaba terribles insultos, ladraba, con un exceso de energía, injurias propias de un cochero borracho. Uno de los monaguillos se arrodilló a sus pies dando la espalda al altar. Un escalofrío recorrió la espalda del sacerdote, que con un tono solemne, pero con voz balbuciente, dijo: «Hoc est enim corpus meum». Después, en lugar de arrodillarse, tras la consagración, ante el precioso

cuerpo, dio cara a los asistentes y apareció congestionado, fatigoso, cubierto de sudor. Titubeaba entre los dos monaguillos, que levantaban su casulla, mostrando su desnudo vientre, y así la mantuvieron, mientras que la hostia, que él arrojaba delante de él, caía y era pisoteada sobre los escalones.

Entonces Durtal se sintió estremecer, porque un verdadero viento de locura sacudió toda la sala.

El aura del histerismo colectivo siguió al sacrilegio y alteró a las mujeres. Mientras que los monaguillos incensaban el bajo vientre del cura, las mujeres se arrojaban sobre el pan eucarístico, y con el vientre en el suelo, a los pies del altar, lo mordían arrancando trozos húmedos, bebían y comían aquel divino manjar.

Allá abajo.

El simbolismo

¿Qué es un símbolo? Según Littré, es una «figura o imagen empleada como signo de otra cosa». Nosotros los católicos precisamos más aún esta difinición, especificando, con Hugues de Saint-Victor, que el «símbolo es la representación alegórica de un principio cristiano, bajo una forma sensible».

El símbolo existe desde el comienzo del mundo. Todas las religiones lo han adoptado, y en la nuestra se inicia con el árbol del Bien y del Mal en el primer capítulo del Génesis y se desarrolla en grado sumo en los últimos capítulos del Apocalipsis.

«El Antiguo Testamento es una traducción anticipada de acontecimientos que refiere el nuevo libro. La religión mosaica contiene, en alegoría, lo que la religión cristiana nos muestra en la realidad. La historia del Pueblo de Dios, sus personajes, sus propósitos, sus actos, los accesorios incluso de que se rodea, son un conjunto de imágenes. Todo llegaba a los hebreos en figuras, ha dicho San Pablo. Nuestro Señor ha tomado el trabajo de recordar a sus discípulos, en diversas ocasiones, e incluso Él mismo se ha dirigido a las masas constantemente mediante el empleo de parábolas, es decir, un medio de indicar una cosa mediante la designación de otra.

»El símbolo procede, por tanto, de una fuente divina; añadamos que desde el punto de vista humano esta forma responde a una de las necesidades menos discutibles del espíritu del hombre que expe-

rimenta un cierto placer en demostrar su capacidad intelectual, en adivinar los enigmas que se le someten y también en guardar las soluciones resultantes en una fórmula visible, en un contorno visible. San Agustín lo declara expresamente: "Una cosa notificada alegóricamente es ciertamente más expresiva, más agradable, más imponente que cuando se la anuncia en términos técnicos".

»Ésta es también la idea de Mallarmé; y este punto en común del santo y del poeta, en un terreno que al mismo tiempo es análogo y diferente, resulta por lo menos bizarro, piensa Durtal.»

«Así, continuó el abate, en todos los tiempos se han utilizado objetos inanimados, animales o plantas para reproducir el alma y sus atributos, sus alegrías y dolores, sus virtudes y vicios; se ha materializado el pensamiento para fijarlo mejor, para hacerlo menos fugaz, acercarlo más a nosotros y que resulte más ostensible y casi palpable.

»De ahí proceden esos emblemas de crueldad y de trampa, de mansedumbre y caridad, encarnados en determinada fauna, personificados en determinada flor. También de ahí derivan los sentidos espirituales atribuidos a las piedras preciosas y los colores. Testimoniemos todavía que en el tiempo de las persecuciones, al comienzo del cristianismo, este lenguaje secreto permitía la correspondencia entre los iniciados, y podían confiarse a los signos de reconocimiento, palabras de amistad que el enemigo era incapaz de comprender. Esto ha dado lugar a esas pinturas desenterradas de las catacumbas, el cordero, el pelícano, el león, el pastor, que significaba el Hijo; el pescado, el *ictis,* cuyas seis letras son la abreviatura de las palabras de la frase griega: «Jesús, hijo de Dios, Salvador.» Y así mismo, por contragolpe, el fiel, el alma conquistada, pescada en el mar del paganismo, el Redentor había dicho que dos de sus apóstoles serían pescadores de hombres.

»Forzosamente, en la época en que vivimos muy cerca de Dios, durante la Edad Media, debía seguir la tradición revelada del Cristo y expresarse en un idioma simbólico cuando se trataba sobre todo de hablar de este espíritu, de esta esencia, de este ser incomprensible y sin nombre, que es nuestro Dios. Se usaba al mismo tiempo, por este procedimiento, un medio práctico para hacerse entender. Se escribía un libro accesible a los incapaces, reemplazando el texto por la imagen, y se instruía de este modo a los ignorantes. Éste es el pensamiento que emitió el sínodo celebrado en Arras en 1025: "Aquello que los iletrados no pueden comprender por la escritura, debe enseñárseles por la pintura".

»En suma, la Edad Media traducía en líneas escultóricas o pin-

turas la Biblia, la teología, las vidas de los santos, los evangelios apócrifos, las leyendas, y así los ponían al alcance de todos, recapitulándolos en signos, que quedaban como la médula permanente, como el extracto concentrado de las lecciones.

(...)

»En suma, se está obligado, si se escruta el sistema de los emblemas, a estudiar las apariencias de los números, no pudiéndose descifrar los secretos de las iglesias más que aceptando la misteriosa noción de la unidad del "1", que es la propia imagen de Dios; el indicio del 2, que estipula las dos naturalezas del Hijo; los dos testamentos, que especifica también, según San Agustín, la caridad, y siguiendo a San Gregorio el Grande, la doble enseñanza del amor de Dios y del prójimo; del 3, que es la suma de las hipóstasis y de las virtudes teologales; del 4, que personifica las virtudes cardinales; el 5, personificando el número de las heridas de Cristo y nuestros sentidos, a través de los cuales expiró nuestras faltas con otras tantas heridas; del 6, que conmemora el tiempo empleado por Dios en la creación, fija la cifra de los mandamientos de la Iglesia y manifiesta la perfección de la vida activa, según San Melitón; el 7, signo sagrado de la ley mosaica, que constituye la contabilidad de los dones del Espíritu Santo, los sacramentos, las palabras de Cristo en la cruz, las horas canónicas, las órdenes sucesivas que constituyen el sacerdote; el 8, símbolo de la regeneración, según San Ambrosio, y de la resurrección, según San Agustín; el 8 suscita también el recuerdo de las ocho beatitudes; del 9, que marca el total de los coros angélicos, el efectivo de las gracias especiales del espíritu, tal como las enumera San Pablo, y que es a la vez la cifra de la hora a la cual expiró el Cristo; del 10, que produce el número de las prescripciones de Jehová, de la ley de temor, pero que San Agustín elucida de otra forma diciendo que proporciona el conocimiento de Dios, porque se le puede descomponer de esta forma: 3, símbolo de un Dios trino, y 7, día de reposo después de la creación; del 11, imagen de la transgresión de la ley, armadura del pecado, tal como lo explica el mismo santo; del 12, el número místico por excelencia, el número de los patriarcas y de los apóstoles, de las tribus, de los profetas menores, de las virtudes, de los frutos del espíritu santo, de los artículos de la fe incluidos en el *Credo*. Y se podría continuar de esta forma, hasta lo infinito. Resulta por tanto muy evidente que en la Edad Media los artistas añadieron al sentido que atribuían a ciertos seres, a determinadas cosas, el de la cantidad, apoyando el uno y la otra, acen-

tuando o atenuando una indicación por este nuevo método y volviendo en ocasiones sobre su idea, expresando esta reduplicación en una lengua diferente o resumiéndola en la enérgica concisión de un signo. Obtuvieron de esta forma un todo que hablaba a los ojos y sintetizaba al mismo tiempo, en una breve alegoría, todo el texto de un dogma.»

La catedral.

ARTHUR RIMBAUD
(1854-1891)

¿Acaso la extraña existencia que le cupo vivir a Arthur Rimbaud no nos recuerda la de los más misteriosos heraldos del ocultismo? En un instante, se presenta en el mundo como el viajero que Nicolás Flamel conociera camino de Santiago de Compostela, y rápidamente es reconocido, como los herejes perseguidos, como los hechiceros quemados en la plaza de la Grève; Rimbaud se ve expuesto a los sarcasmos y ataques de la sociedad. Después marcha a recorrer el mundo. Los misioneros bogomilas también habían franqueado el mar para llegar a Francia. Y los Rosa+Cruces, de los que una proclama colocada en 1622 sobre los muros de París anunciaba el paso efímero. Pero Rimbaud no parte para difundir la palabra, sino para huir; para huir de sí mismo y del recuerdo de sus visiones extrañas. No lo hace como los apóstoles, sino como Lawrence. ¿Posiblemente no será que el destino ordinario de estos que saben demasiado y que no pueden ocultarlo y seguramente de los videntes, no son suficientes y exigen la vida? Los escritos cabalísticos prometen la locura o la muerte a los que imprudentemente se aventuran en el jardín del Edén para recoger las flores. Pero ¿qué flores son las que ha traído Rimbaud? La obra de Rimbaud está toda ella dedicada a la marcha hacia el dominio prohibido, a la pintura de sus espectáculos. La unidad del mundo, su simbolismo universal, la armonía que instituye el juego de los complementarios, el equilibrio del andrógino, componen la trama mística del soneto de vocales que soporta la obra del poeta, y también, dice Gengoux, su vida. Se puede muy bien encontrar en *Las iluminaciones* o en los *Primeros versos* las fórmulas de Eliphas Lévi, y Rimbaud puede muy bien haber leído el *Dogma y ritual de la alta magia;* pero sus lecturas no hacen sino confirmar y, posiblemente, preparar la intuición personal de este autor. ¿Qué otro poeta sugiere hasta ese punto la impresión de una experiencia vivida? ¿No nos revelará que ningún medio que sirviera para desencadenar al «dragón del umbral», le pareció inútil de conocer y experimentar? La disipación de Rimbaud tiene un carácter metódico. La narración de *Una temporada en el infierno* no está hecha de segunda mano. Pero el imperio del «gran rey de las cosas subterráneas» que canta también Baudelaire no es sino una etapa del camino tradicional en pos de la estrella. La otra etapa, la última, lleva al ocultista hacia el mundo de lo alto. Rimbaud, «místico en estado salvaje», como le llama Claudel, ha aspirado indudablemente a este viaje. En cada uno de sus versos testimonia su nostalgia de Dios. ¿y lo habrá alcanzado?, ¿por qué vías? Hay muchas moradas en la casa del padre y la perfección de la gran obra no recompensa a todos los adeptos. ¿Aquellos que sufren, animados de una esperanza siempre fallida, han sido los menos sinceros y los menos auténticos?

La alquimia del verbo

Dedicado a mí mismo. Historia de una de mis locuras.

Desde hacía mucho tiempo me vanagloriaba de poseer todos los paisajes posibles y encontraba ridículas a todas las celebridades de la pintura y la poesía modernas.

Me gustaban las pinturas ingenuas, los marcos de las puertas, los decorados, los lienzos de los saltimbanquis, las banderas, los grabados populares; la literatura pasada de moda, el latín de la iglesia, los libros eróticos con faltas de ortografía, las novelas de nuestras abuelas, los cuentos de hadas, los libros infantiles, las viejas óperas, los refranes simples, los ritmos monótonos.

Soñaba con cruzadas, viajes de descubrimientos de los que no queda relación, repúblicas sin historia, guerras de religión frustradas, revoluciones en las costumbres, desplazamientos de razas y de continentes; yo creía en todos estos encantamientos.

¡Yo inventé el color de las vocales! —*A* negro, *E* blanco, *I* rojo, *O* azul, *U* verde—. Regulé la forma y el movimiento de cada consonante, y, con ritmos instintivos, presumía de inventar un verbo poético accesible, en cualquier momento, para todos los sentidos. Sin embargo, reservaba la traducción.

Esto fue en principio un estudio. Escribía los silencios, las noches, anotaba lo inexpresable y fijaba los vértigos.

(...)

La veleidad poética tenía una buena parte en mi alquimia poética.

Me habituaba a la alucinación simple, de forma que veía muy sencillamente una mezquita en lugar de una fábrica, una escuela de tambores hecha por los ángeles, cofias por los caminos del cielo, un salón en el fondo de un lago; los monstruos, los misterios; un título de opereta dibujaba horrores delante de mí.

Después explicaba mis sofismas mágicos con la alucinación de las palabras.

Acabé encontrando sagrado el desorden de mi espíritu. Estaba ocioso, expuesto a una elevada fiebre; envidiaba la felicidad de las bestias—las orugas, que representan la inocencia del limbo, los topos, el sueño de la virginidad.

Mi carácter se agriaba y decía adiós al mundo en una especie de romances.

(...)

Amaba el desierto, los jardines quemados, las tiendas rodeadas de fanal, las bebidas tibias, las callejuelas malolientes, y con los ojos cerrados me ofrecía al sol, dios del fuego.

«Mi general, si queda algún viejo cañón sobre tus murallas en ruinas, bombardéanos con bloques de tierra seca; con hielo los espléndidos almacenes y los salones. Haz que la ciudad trague el polvo; oxida las gárgolas; llena los trabucos con pólvora de rubíes brillante...»

¡Oh, el mosquito se emborracha en el gotero de la taberna, enamorado de la borraja, y que disuelve un rayo!

(...)

¡En fin, oh felicidad, oh razón, me alejo del cielo azul, que es negro, y lo he vaciado, chispa de oro de la luz de la *naturaleza*. Con alegría tomé una expresión bufoniana, muy alejada de lo posible.

(...)

¡Ella se ha vuelto a encontrar!
¿Quién? La eternidad.
Es la mar que se mezcla
con el sol.

(...)

Adivino una ópera fabulosa; veo que todos los seres tienen una fatalidad de felicidad. La acción no es la vida, pero sí una forma de torcer alguna fuerza, un enervamiento. La moral es la debilidad del cerebro.

A cada uno de los seres, una serie de *otras* vidas me parece que se mezclan. Este señor no sabe lo que hace: es un ángel. Esta familia es un nido de perros. Ante numerosos hombres, yo hablaba en voz alta con un momento tomado de una de sus otras vidas. — De esta manera he amado a un cerdo.

Ninguno de los sofismas de la locura—la locura que encierra— no ha sido olvidada por mí; yo podría repetirlos todos porque poseo el sistema.

Mi salud se vio amenazada. Me invadía el terror y caí en un sueño de muchos días, y levantado, continuaban los ensueños más tristes. Estaba maduro para el ataúd, y a través de un camino lleno de peligros mi debilidad me conducía hacia los confines del mundo y de la Cimeria, patria de la sombra y los remolinos.

He debido viajar, distraer los hechizos reunidos en mi cerebro. En el mar, que amaba como si hubiera podido lavarme una lacra,

veía elevarse la cruz consoladora. Había sido condenado por el arco iris. La felicidad era mi fatalidad, mi remordimiento, mi carcoma; mi vida sería siempre demasiado inmensa para poder dedicarla a la fuerza y la belleza.

¡La felicidad! Su diente, dulce para la muerte, me advertía al cantar el gallo—*ad matutinum,* al *Christus venit*— en las más sombrías ciudades.

(...)

Esto es todo. Hoy yo sé saludar la belleza.

Una temporada en el infierno. Delirios, II.

Vocales

A negro, E blanco, I rojo, U verde, O azul: vocales,
Algún día hablaré de vuestros nacimientos latentes:
A, negro corsé vestido de moscas brillantes
Que aletean alrededor de las hediondeces crueles.

Golfos de sombra; E, candores de vapores y de tintes. [soles;
Lanzas de fieros glaciares, reyes blancos, estremecimiento de quita-
I, púrpuras, sangre derramada, risa de labios de mujer hermosa
En la cólera o en la borrachera de penitencia;

U, ciclos, vibraciones divinas de los mares verdosos.
Paz de los prados sembrados de animales, paz de los pliegues
Que la alquimia imprime en las grandes frentes de los estudiosos.

¡Oh suprema claridad llena de estridencias extrañas.
Silencios preñados de mundos y de ángeles:
— O la Omega, rayo violeta de sus ojos!

Primeros versos.

Carta del vidente

El primer estudio del hombre que desea ser poeta es su propio conocimiento pleno, porque busca su alma, la inspecciona, la tienta,

la aprende. Una vez que la conoce, debe cultivarla. Esto parece simple; en todo cerebro se produce un desenvolvimiento natural. ¡Cuántos *egoístas* se proclaman autores, y cuántos otros hay que se atribuyen su propio progreso intelectual! — Pero se trata de hacer que el alma sea algo monstruoso, ¡cómo, a instancia de los compraniños! Imaginad a un hombre en el que se le implantan y desarrollan verrugas sobre la cara.

Digo que es preciso ser *vidente,* hacerse *vidente.*

El poeta se hace viendo, mediante un largo, inmenso y razonado *desarreglo de todos los sentidos.* Todas las formas de amor, de sufrimiento, de locura; él se busca a sí mismo, ensaya en sí todos los venenos, para guardar su quintaesencia. Inefable tortura en la que se necesita toda la fe, toda la fuerza sobrehumana, o se convierte en el gran enfermo entre todos, en el gran criminal, el gran maldito—y el sabio supremo—, porque llega hasta lo *desconocido.* Puesto que ha cultivado su alma, ya rica, más que ninguno, llega hasta lo desconocido, y cuando llega, desalentado, termina por perder la inteligencia de sus visiones, de lo que ha visto. ¡Qué fallo en su dedicación a las cosas extrañas e indescriptibles! Vendrán otros horribles trabajadores y éstos comenzarán en los horizontes en donde otros se han destruido.

(...)

Consecuentemente, el poeta es verdaderamente el ladrón del fuego.

Está cargado con toda la humanidad, también con los *animales;* deberá hacer sentir, palpar, escuchar sus invenciones; si lo que él trae de *allá abajo* posee forma, él le da forma; si es informe, él lo da informe. Queda por encontrar un lenguaje, toda palabra siendo una idea. Llegará un momento en que exista un lenguaje universal. Es preciso ser académico—más muerto que un fósil—para perfeccionar un diccionario, sea del idioma que sea. Los débiles se ponen a *pensar en* la primera letra del alfabeto, que podría muy rápidamente llevar a la alienación.

Esta lengua será del alma para el alma, resumiéndolo todo, perfumes, sonidos, colores, el pensamiento captando al pensamiento y atrayéndolo hacia sí. El poeta definirá la cantidad de lo desconocido despertándose en su tiempo en el alma universal; dará más aún—que la fórmula de su pensamiento, que la anotación *de su marcha hacia el progreso*—. La enormidad convertida en norma absorbida por todos será ciertamente *un multiplicador del progreso.*

Este porvenir será materialista, lo veréis. Siempre llenos *de núme-*

ro y armonía, estos poemas estarán hechos para restar. En el fondo, será todavía un poco la poesía griega.

El arte eterno tendría sus funciones, como los poetas son ciudadanos; la poesía no hará que la acción sea rítmica, sino que *estará anticipada.*

¡Estos poetas existirán! ¡Cuando se rompa la infinita servidumbre de la mujer, cuando ella viva para sí y por sí, y el hombre—hasta ahora abominable—le haya dado su libertad, entonces la mujer será también poeta y encontrará lo desconocido! ¿Sus mundos de ideas, serán distintos a los nuestros? Ella encontrará cosas extrañas, insondables, rechazables, deliciosas, nosotros las tomaremos y las comprenderemos.

Carta de Rimbaud a Paul Demeny, 15 de mayo de 1871.

JOSÉPHIN PÉLADAN
(1859-1918)

El ocultismo católico es el título de una de las mejores obras de Joséphin Péladan, que resume perfectamente el objetivo de toda su obra: renovar la Iglesia católica poniendo de manifiesto el esoterismo que hay en ella y del que es depositaria. Por otra parte, y en una perspectiva complementaria de la precedente, sentar el ocultismo sobre su verdadera base, que es la ortodoxia católica, y de esta forma rehabilitarlo.

Nadie negará que Péladan fue un adepto del ocultismo. Su padre lo guió en principio hacia esos estudios, que prosiguió con Stanislas de Guaita, Chaboseau, Papus y todos los miembros de la Rosa+Cruz. Sólo la inclusión en el índice de este último grupo y de su revista *L'Initiation* («La iniciación») obligó a Péladan a romper y a constituir, con Elémir Bourge, una asociación rival: *La Rosa+Cruz católica*. Porque Péladan se proclamó en todo momento católico y manifestó constantemente su total adhesión al credo católico y su sumisión al Vaticano. Aunque la posición dogmática de Péladan no parece en todo momento justificar sus declaraciones de principios, él destaca la importancia del Antiguo Testamento, pero no cree en el infierno eterno ni en el diablo; dirigió una súplica al Papa para convencerle de las ventajas del divorcio. Y Mgr. d'Hulst se encargó de sabotear los fundamentos de la doctrina de Péladan atacando su creencia en el esoterismo; pero no se puede negar la honestidad intelectual de Péladan. Si en alguna ocasión engañó a alguien, fue a sí mismo. El drama de Péladan es, posiblemente, el comprender que su esfuerzo de síntesis no era, según la expresión de René-Louis Doyon, más que una «truhanería alucinante». Alucinante, ciertamente, porque las preocupaciones estéticas, éticas y metafísicas no se disociaron nunca en Péladan. Él no separó nunca la doctrina de la forma que la revestía. Formado en la escuela de Barbey d'Aurevilly y de Léon Bloy, Péladan comparte con estos autores algunos puntos, un tanto importantes. Su bibliografía es muy ecléctica, tal vez demasiado; pero su actividad se extendió a dominios muy amplios: pintura, literatura, exégesis, política, sociología, poesía, biografía, historia, teatro... En este conjunto tan amplio han quedado algunos libros y muchos estudios de ocultismo: *Cómo se llega a ser mago, El ocultismo católico, Tratado de las antinomias;* un ensayo sobre *La filosofía de Leonardo de Vinci,* trabajos de crítica sobre *Rembrandt* y *Courbet.* No olvidemos tampoco *El vicio supremo,* con prefacio de Barbey d'Aurevilly, y primera de las obras de Péladan, y los *Devotos de Aviñón,* que se leen todavía hoy con agrado.

¿Tuvo éxito Péladan en su inmensa labor? Las críticas que ha suscitado entre los dos partidos en juego, y que él se esforzaba por conciliar, muestran

por lo menos la incomprensión a la que se expone toda tentativa de este género. Los recientes ejemplos de Albert Lantoine, de Valentin Bresle, del R. P. Berteloot, constituyen nuevas pruebas de esta afirmación. Sin embargo, la influencia de Péladan, que dedicó su método no sólo a la magia y la religión, sino a todas las ramas del arte, fue considerable en su tiempo. De su influjo, la violencia de las críticas y el entusiasmo despertado constituyen otro testimonio.

Péladan fue a la vez un ocultista y un católico convencido, un buen obrero de las letras, un servidor del arte con innumerables iniciativas, con frecuencia coronadas por el éxito. Esto basta para valorar la celebridad que gozó en vida. Todo esto merece también un recuerdo, al que no le falta la admiración y un gran respeto.

Arcanos del microcosmos

I

Lo oculto es la mayor de las desnudeces de que el misterio es susceptible.

Lo oculto es el misterio abstracto, amorfo, más allá del tiempo, la razón y el espacio, e incluso de la personalidad que lo formula.

II

La religión es el estado más prestigioso de que el misterio es susceptible.

La religión es el misterio en concreto, adaptado a un ciclo, a una raza, a un clima y personalizado por su fundador.

III

Un simbolismo es un idioma que manifiesta el verbo.

Hay identidad del verbo y disparidad del símbolo, de unas a otras civilizaciones.

IV

Para comprender la tradición es necesario traducirla a la moda actual.

V

Antes de la era cristiana, lo oculto estaba encerrado en el templo: el sacerdote y el mago eran la misma persona.

VI

Más tarde, el sacerdote y el mago se desconocieron y guardaron cada uno celosamente la mitad de la verdad, que quebraron y separaron.

X

Lo oculto es por excelencia la ciencia de las relaciones, y moralmente, la de las responsabilidades.

La magia es la puesta en práctica de lo oculto.

XIV

Lo oculto es no tal o cual doctrina, porque cada uno de los ciclos humanos ha modificado la verdad para asimilarla, sino un método de prueba aplicable a toda doctrina, y al que se llama analogía.

XV

La analogía procede de lo conocido a lo desconocido, del cuerpo al alma, del fenómeno al noúmeno, del hombre al mundo y del mundo a Dios; de lo visible a lo invisible, de lo finito a lo infinito.

XVI

Más vale implorar los siete dones del Espíritu Santo que conjurar a los genios de los siete planetas.

Concebir a Dios, honrarlo, significa conocer de antemano la gran relatividad de la que todo procede, y esto constituye una fuerza y el primero de todos los consejos; la inteligencia se difunde entonces y se manifiesta su sabiduría.

XIX

El mago demasiado consciente y demasiado abstracto, para osar la santa familiaridad, trata de mandar a la naturaleza al dirigirse a fuerzas indefinidas y a una serie de seres espirituales desconocidos.

XX

Para la magia no hay ni buena voluntad, ni pureza de intención, sino sólo resultados.

XXIV

El propio Apolonio jamás alcanzó la irradiación de San Francisco de Asís, incluso en la biografía de Filostrato.

Aquel que por amor se identifica con la causa primera, se convierte en potencia en el conjurador de las causas segundas.

«Anfiteatro de las ciencias muertas».
V. *El ocultismo católico.*

La brujería

La perversidad en lo oculto se llama brujería. Ésta es la mayor truhanería del mundo, aunque exista una extrema posibilidad de encontrar en el camino crímenes y necesidades en igual proporción.

Si la magia es la coronación de la religión, la brujería constituye su más bajo fondo. El mago es un devoto sublime, el brujo es un devoto corrompido.

El primer brujo fue un imbécil muy crédulo que, no pudiendo obtener, a través de la legítima oración, la satisfacción de sus vicios, trató de crear una criatura de omnipotencia denominada el diablo, con el fin de ser eximido de sus crímenes por un dios del mal.

Hasta aquí, el movimiento imaginativo es interesante; existe un curioso esfuerzo en esta necedad humana, tan engreída que incluso llega a crear un dios que bendiga sus vicios.

Pero el hechicero, incapaz de inventar nada positivo y combinar un culto, se decide sobre esta idea infantil de que el diablo, siendo

lo contrario de Dios, tendría un rito que sería el rito divino invertido. Por ello el brujo hace signos de la cruz al revés, invierte el triángulo y dice la misa en sentido inverso.

En esta vía de locura, el brujo, para entrar en conocimiento del diablo, blasfema de Dios, se hace irracional, y en el paroxismo de la demencia, sin dejar el partido de honrar al diablo, mediante todo aquello que ofende a Dios y no sabiendo qué más inventar después de la sodomía y la bestialidad, y siempre perseguidos por los ritos del verdadero Dios en el que cree firmemente, en una especie de íntimo relámpago de rabia y abominable borrachera, coge a un niño recién nacido y lo degüella, haciendo una espantosa parodia de la divina eucaristía.

Hay en esto tal horror que la más santa de las cóleras se manifiesta en el alma y sueña con los antiguos suplicios.

En el colmo de los crímenes, el brujo no está aún en la cúspide del ridículo.

El sacrílego da paso al toxicómano, el criminal al más bajo de los comerciantes, el profanador al simple timador.

Con sus profanaciones, el hechicero fabrica pomadas, ungüentos, talismanes, que entregará a los ingenuos y de los que él también se servirá.

El resultado aparente, y por lo general falso, de tantas atrocidades, consiste en vivir al margen en la malquerencia general, en forzar por el terror la entrega de un trozo de pan, el hacer temblar de miedo en las noches de vigilia, y el colmo de la gloria para el hechicero es ligar una agujeta, la muerte de un rebaño o la pérdida de una cosecha.

En verdad, esto produce más pena que otra cosa, y la imbecilidad es lo único que dominará en estos casos, si se le niega todo peligro.

Ten en cuenta bien esto, oh mi alumno, el hechicero es de temer como hombre malvado, apasionado y exaltado, pero no en cuanto mago.

Son sus instintos los que son poderosos y no sus acciones ocultas, pero sus amenazas fomentan sus instintos y los llevan al más alto grado de potencia: he aquí todo el problema.

Como consecuencia, cabe definir la goecia como el entrenamiento del malvado. Que se entrene en matar contemplando las vidrieras o degollando un pollo negro en el cruce de cuatro caminos al caer la medianoche; que se cree una obsesión lujuriosa por sus ensoñaciones o mediante poluciones solitarias argumentadas con vociferaciones;

la potencia reside en la fuerza de la voluntad y no en los medios empleados para lograrla.

Todo el atractivo del mago goético no debe ser ante tus ojos más que un muñeco de lo oculto, la parte propia para emocionar a las mujeres y los campesinos.

En nuestros días no hay fe suficiente para crear un brujo.

«Anfiteatro de las ciencias muertas».
I. *Cómo se llega a ser mago.*

JOHAN AUGUST STRINDBERG
(1849-1912)

Todo se entremezcla curiosamente en la vida dolorosa de Strindberg, la razón y la locura, la iluminación del genio y la obsesión del perseguido. Pero todo concurre en hacerlo vivir en las fronteras de un mundo invisible y misterioso, en bañar su espíritu en lo oculto. Se escuchaba en todo momento, en sus escritos, en sus novelas y piezas de teatro, los sordos ecos de lo que trabaja en su conciencia de una manera subterránea, una psicología que está más allá de la psicología. Un día, él descubre la explicación de sus dudas y de sus presentimientos durante la lectura de una obra de su gran compatriota Swedenborg y hace de él su guía espiritual. Durante los años 1890, y en especial durante los que permanece en París, frecuenta los medios ocultistas de la época, conociendo a Papus, Sédir, descubriendo el martinismo, del que exagera sin duda las afinidades con el swedenborgismo («Suecia ha enviado a Swedenborg a rebautizar a Francia, por intermedio de Saint-Martin, su discípulo»). Por otra parte, Strindberg se interesa apasionadamente, y con gran actividad, en la alquimia. Su gran idea mística es la idea de la unidad, y trata de establecerla, de hecho, demostrando la unidad de la materia. «Los cuerpos no existen más que por el número de sus cualidades. No hay cuerpos simples ni compuestos—escribe al comienzo de su *Introducción a una química unitaria,* publicada en el Mercure en 1895—; las fórmulas químicas no son sino métodos para expresar de qué forma los cuerpos difieren y se corresponden. Las diferencias de los cuerpos se producen por escisión, aglomeración, condensación, atenuación, polimerización, sustitución, conmutación.» Sigue siendo su idea de la unidad de la materia lo que quiere defender, al escribir un ensayo que toma la forma de la desbordadora confesión de *Infierno,* en 1897. Algunos años más tarde, este gran fuego parece apagarse, y después de 1902 Strindberg parece haberse separado del ocultismo y la alquimia, y si bien ha quedado marcado por las enseñanzas de Swedenborg, su misticismo va ganando cada vez mayor pureza cristiana.

Además de algunas páginas de *Infierno,* hemos elegido en el *Breviario alquímico,* que está compuesto por cartas dirigidas a Jollivet-Castelot, el gran alquimista de su época, una corta epístola que nos muestra al Strindberg del laboratorio...

Carta a Jollivet-Castelot

Muy señor mío:

Puesto que usted tiene la creencia en la posibilidad de hacer oro, yo le envío unas muestras solicitando su consejo sobre la naturaleza de este precipitado metálico. Usted recordará posiblemente mi idea sobre el papel del sulfato de hierro, que pricipita las sales de oro.

La experiencia

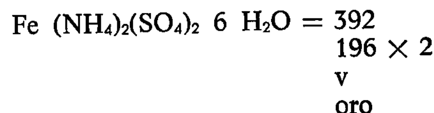
Sumerjo una banda de papel en sulfato de hierro. Después las mantengo sobre la boca de un frasco de amoniaco abierto; un minuto a lo sumo. Después dejo secar la banda en el humo de un cigarro, durante cinco o diez minutos. Esto es todo.

El cigarro deseca y proporciona el amoniaco, impidiendo que el óxido de hierro hidratado vuelva al estado de hierro.

Si mis muestras están deterioradas puede usted calentarlas sobre el cigarrillo. Yo he desarrollado esta experiencia, pero no quiero complicar las cosas más aún.

He aquí cómo suceden las cosas:

Sulfato de hierro amoniacal =



$$Fe\ (NH_4)_2(SO_4)_2\ 6\ H_2O = 392$$

196 × 2
v
oro

Le ruego que repita mi experiencia y me diga si el metal amarillo le parece que contiene oro, microscópico es cierto, pero el oro del Transvaal lo es también.

Esperando con una cierta impaciencia un palabra suya.

Suyo afectísimo.

AUGUST STRINDBERG.

París, calle de Assas, número 60. 15 de abril de 1896.

La cabeza de muerto ("Acherontia atropos") *

(Ensayo de misticismo racional)

La breca, que permanece en la superficie de las aguas, casi al aire libre, con sus costados plateados y sólo el dorso coloreado de azul. El gobio, que busca las aguas más profundas, empieza a teñirse de verde mar. La percha, que se mantiene en una mediana profundidad, está ya teñida de moreno y sus rayas laterales dibujan en negro los detalles de los mares. La carpa y el esmarrido moran en el fondo, junto a la arena, y tienen un color verde oliva. El maquerel, que prospera en las regiones superiores, reproduce en su espalda los movimientos de las olas, como lo haría un pintor de marinas. Pero el maquerel dorado que se desplaza en medio de los bancos marítimos, cuya masa quiebra los rayos solares, ha impreso en su dorso el arco iris, impreso sobre un fondo de oro y plata...

¿Qué es todo esto más que la fotografía? Sobre una placa de plata, sea de sus sales, como cloruro, bromuro, ioruro, puede el agua de mar teñir estos tres halógenos, o sobre una placa albuminosa, o mejor gelatinosa impregnada de plata, el pez condensa los colores refractados por el agua. Sumergido en el revelador, sulfato de magnesia (hierro), el efecto en el *statu nascenti* se hace tan enérgico que la heliografía se produce directamente. Y el fijador, el hiposulfito de sosa, no debe permanecer más tiempo en el cloruro de sodio y las sales sulfatadas son las que, desde luego, proporcionan su provisión de azufre.

¿Es esto algo más que una metáfora? ¡Ciertamente! Admitimos que la «plata» de las escamas del pescado no es en realidad de dicho metal, pero el agua del mar encierra siempre cloruro de plata y los peces no son sino una placa de gelatina.

Existen otras causas, además de las químicas, para lograr estas reproducciones gráficas de la naturaleza. Así, el leopardo tiene la piel cubierta de manchas, que semejan los pasos del gato o del perro, con los cinco dedos del pie hacia delante. ¿Se tratará de una hembra encinta que haya sido en una ocasión atacada por perros o gatos y

* El nombre vulgar de este insecto en castellano es «mariposa calavera», pero hemos querido conservar el de «cabeza de muerto» por parecernos más adecuado a lo expuesto en estas líneas por su autor. *(N. del T.)*

cuyos pequeños recibieron las máculas o «antojos», reconocidos por la ciencia en la embriología?

Haeckel refiere que un toro, habiendo perdido la cola en la puerta de un establo, procreó una raza bovina sin cola.

El azar en el origen de las especies...

Yo nunca había visto la cabeza de muerto o *Acherontia atropos,* la mariposa con el cráneo humano en su cintura, cuando compré un ejemplar en la tienda de un naturalista. Asombrado de ver la imagen mucho más claramente marcada de lo que había podido creer, me puse a estudiar a este animal.

Y he leído: los bretones dicen que presagia la muerte. Es necesario escuchar un grito desgarrador cuando está inquieta; el gusano se nutre de solanáceas, de jazmines y de la manzana espinosa *Datura stramonium,* y su crisálida queda depositada en tierra, muy profundamente, en una cápsula aglutinada.

Existen aquí muchas relaciones con la muerte: el anuncio del fallecimiento, la canción lúgubre, el brebaje mortal del estramonio, el enterramiento de la oruga...

Lector: mi naturaleza nada tiene de supersticiosa, pero cuando, después de haber recogido una serie de testimonios, llegué hasta Réaumur, el célebre físico, conocedor de los insectos, que refiere cómo la cabeza de muerto hace su aparición periódicamente y sobre todo en las épocas de las grandes epidemias, comprenderéis que haya meditado sobre las costumbres de la mariposa y sus relaciones con su macabra librea.

En principio, sabemos que su gusano se nutre de solanina y daturina, dos alcaloides vegetales, de parecido químico a la morfina, pero también muy próximos a tóxicos cadavéricos, las ptomainas y leucomainas; estos venenos exhalan olor a jazmín [1], de rosa, de almizcle [2], y otros.

Hay plantas que se llaman cadavéricas *(Arum, Stapelia, Orchis,* etcétera) que sienten el cadáver, poseen tonos de color cadavéricos y atraen a los insectos que se nutren de carroña.

¿No es más lógico que la cabeza de muerto visite los lugares en que las epidemias se manifiestan y en los que existen cuerpos en descomposición?

Por otra parte, la solanina es un tóxico de acción narcótica. ¿Es

[1] He aquí el jazmín.

[2] Existen orugas del género *sphyns* que huelen a almizcle.

éste el motivo por el que la mariposa duerme durante el día y vegeta y se propaga durante el crepúsculo?

Y la daturina, encerrando los dos alcaloides: atropina e hiosciamina; la atropina de la belladona dilata las pupilas y hace insoportable la luz del día. ¿Es éste el motivo de los hábitos crepusculares de la cabeza de muerto, mariposa que rechaza la luz solar, y la fuerza también a dormir durante la noche por el efecto soporífero de la hiosciamina? Así parece. Por otra parte, la hiosciamina, el veneno del beleño, implica la acción secundaria de que la víctima ve los objetos aumentados de tamaño (megalopsia).

Figurémonos entonces una cabeza de muerto atraída por su engañador aroma hacia los cementerios, hacia los muladares, alrededor de los ataúdes y cadalsos, en donde ve los cráneos humanos bajo una imagen inmensamente ampliada, y preguntémonos si esto puede actuar sobre los nervios del animal, impresionable hasta tal punto que llegue a emitir un sonido intenso y lastimoso, cuando se le coge; una mariposa en doble delirio de celo y tóxico, borracha por el veneno: doble embriaguez que iguala a la mayor histeria.

Admito que todas estas elucubraciones son muy discutibles, pero el gran naturalista, que ha indicado la semejanza existente entre las mariposas y las flores, y que creía en la semejanza protectora entre las propias plantas, no retrocederá ante una consecuencia natural y lógica, tras haber observado el alto desarrollo moral y psíquico de los insectos.

Después de haber escrito estas líneas precipitadas, leo en Bernardino de Saint-Pierre que la cabeza de muerto se llama *Ay*, a causa del canto doloroso que deja oír.

¡Sean los que sean estos «ayes»! Se trate del grito doloroso de todos los pueblos de la tierra; del lamento del tardígrado que indica lo amargo de la existencia; el grito de arrepentimiento de Apolo tras la muerte de Jacinto, que él dibujó en el cáliz de la flor que lleva el nombre de su amigo muerto.

Existe otra flor, en cuyo cáliz está marcado el «ay» que todos hemos podido leer antes incluso de conocer las letras. Es la delfineta cultivada, *Delphinium ajacis*, que Ovidio, el más avanzado de los transformistas, pretende haber germinado del suelo en el que la sangre de Ajax se había derramado.

El cianuro de la delfineta azul producida por la sangre y el hierro de Ajax, el ferrocianuro. Se diría que Ovidio sabía química.

Pero Bernardino añade: el polvillo de las alas de esta mariposa es muy perjudicial para los ojos.

Se sabe que, al microscopio, este polvillo tratado con reactivos indica la existencia de un alcaloide, de composición parecida a la atropina y a la estricnina, etc., lo que no es más maravilloso que las cicindelas segreguen trietil-fosfina o que las cantáridas produzcan la cantaridina, vecina de la digitalina.

Si me muestro escéptico contra estas tentativas de encontrar una relación entre el hábito externo de la cabeza de muerto y su forma de vida, conozco muy bien el método del que me he valido.

En principio he dicho: es un capricho de la naturaleza, sin importancia. ¡De acuerdo! Pero queda por saber cuál es el motivo de estos caprichos, la naturaleza que ha sabido crear una raza bovina, y que la negligencia de un vaquero la modifique al cerrar precipitadamente la puerta de un toril, o, por otro lado, admitir el capricho como existente, lo que hemos de reconocer en este caso: es un capricho, pero no se trata de un milagro el que un insecto acomode su exterior al medio ambiente, cuando la mariposa llamada hoja muerta ha tomado la apariencia de una hoja seca, con el fin de poder ocultarse a sus enemigos.

No es un milagro la transformación de la oruga en el capullo, es un verdadero milagro, equivalente a la resurrección de los muertos.

«Así, durante el período de inmovilidad de la ninfa entre los insectos, los tejidos de la larva sufren un proceso de histólisis, es decir, de degeneración grasa, o necrobiosis filogénica.»

Traduzcamos: el gusano sufre el mismo proceso en la crisálida que el cadáver en la tumba, es decir, se transforma en una grasa amoniacal.

Necrobiosis significa muerte-vida, y los fisiólogos dicen: necrobiosis es la forma de la muerte que precede a la degeneración gaseosa (propia de la tuberculosis).

Como consecuencia, se puede decir: el gusano muere en el capullo y se transforma en una masa grasosa informe y vive y resucita transformado en una forma más alta, más libre y hermosa *.

¿Qué es, por tanto, la vida y qué es la muerte? ¡Son la misma cosa!

¡Pensad si los muertos no lo están y si la indestructibilidad de la energía no es sinónimo de inmortalidad!

* Esta imagen se ha utilizado constantemente, y desde tiempo inmemorial, para simbolizar la muerte física, correspondiente al nacimiento espiritual o paso a otros planos, y también como imagen de la metempsícosis o la reencarnación. *(N. del T.)*

Lo que es necesario observar aquí es ante todo una plenitud en nuestros corazones, una apertura de nuestros espíritus, que se hacen conscientes de sus cualidades de clarividencia y de penetración. El autor se hace uno con el creador; ha cooperado en la creación del universo, como un verdadero panteísta podría creer.

Infierno.

MAURICE MAETERLINCK

(1862-1949)

Casi toda la obra de Maurice Maeterlinck es una meditación sobre el destino humano. Este escritor ha sentido curiosidad por todas las formas de vida y pensamiento, ha reflexionado sobre las grandes religiones y los más sobresalientes descubrimientos científicos. La inquietud lo poseía sin dejarle un minuto de descanso, ante el gran misterio de la vida y la muerte. Nos ha dado en *El gran secreto* una especie de resumen de sus investigaciones en el dominio del psiquismo y el ocultismo, desde la antigüedad y el Oriente, hasta los modernos metapsiquistas, negando en todo momento el ser un iniciado. Efectivamente, no era más que un diletante. Se podrían hallar rasgos de meditaciones ocultistas un poco por todas partes en su obra, mezclados a ensueños científicos de mejor o menor carácter. Nada podría fijar este pensamiento flotante e invertebrado. Pero a la vez parece que su obra entera vive dentro de una atmósfera de misterio y parece que se aproxima al ocultismo con una ferviente curiosidad y una inmensa buena fe. No podemos por menos que hacerle un sitio en esta *Antología,* en la que incluimos una página de la conclusión de *El secreto* y una meditación de *La sombra de las alas.*

Juicio sobre el ocultismo

Vemos de esta forma que el ocultismo, o mejor dicho la doctrina secreta, variable en sus formas, con frecuencia muy oscurecida, en especial durante la Edad Media, pero por todas partes idéntica en su fondo, ha hecho en todo momento la defensa de la razón humana, fiel a sus tradiciones anteriores a la historia, contra las afirmaciones arbitrarias y las pretendidas revelaciones de las religiones públicas y oficiales. Oponía a sus dogmas sin fundamento, a sus manifestaciones divinas antropomórficas ilógicas, demasiado pequeñas e inaceptables, el reconocimiento de una ignorancia total e invencible sobre la totalidad de los puntos esenciales. De este reconocimiento, que en una primera aproximación parece destruirlo todo, pero que conduce casi forzadamente a una concepción espiritualista del universo, ha sabido

crear una metafísica, una mística y una moral mucho más puras, elevadas, desinteresadas y, sobre todo, más racionales que las que nacieron de las religiones que las sofocan. Se podría incluso demostrar que todo cuanto estas religiones tienen todavía en común sobre las cimas en las que todas se unen, todo lo que no ha podido ser reducido y rebajado al nivel de las exigencias materiales de una existencia demasiado prolongada, todo lo que hay en ellas de grandioso, infinito, imperecedero y universal, se lo deben a esta metafísica inmemorial en donde están sus raíces fundamentales.

Parece incluso que a medida que el tiempo las va alejando, el espíritu las aproxima; de esta forma, en las dos últimas, sin hablar de todo lo que le han tomado directamente, el Dios-Padre del cristianismo y el Alá del islamismo están más cerca del Ain-Sof de la cábala que del Jehová de la Biblia; y que el Verbo de San Juan, del que no se habla en el Antiguo Testamento, ni en los Sinópticos, no es sino el Logos de los gnósticos y neoplatónicos, que lo habían tomado, por su parte, de la India y el antiguo Egipto.

El gran secreto.

Nuestro yo

Sería interesante, para cada uno de nosotros, el buscar cómo nos representamos nuestro propio yo; este yo al que apreciamos tanto, que querríamos prolongarlo por toda la eternidad. ¿En qué momento de nuestra vida lo fijamos? ¿Será el yo de hoy, el de nuestra infancia, el de nuestra juventud, el de nuestra edad madura o el de la vejez?

En lo que a mí me concierne, veo especialmente al niño que fui y que sigo siendo todavía. Allí se mezclan rasgos de la adolescencia y la juventud. Los de la edad madura son más raros, menos centrados, menos característicos, y los de la vejez parecen ya irse difuminando en la sombra de la muerte. Se diría que el yo, a medida que debía irse asegurando, tiende a empobrecerse, a desaparecer. Si se vivieran dos o tres siglos, en lugar de hacerse mayor y más seguro se convertiría en casi nada.

Y en la otra vida, si es que existe alguna, en las horas en que renacen las reminiscencias de una fe que ya no existe, es entonces cuando al muchacho que fui yo durante algunos años, se le recompensará

o castigará, como si las faltas o los méritos de una vida ulterior no lo contemplaran ya.

¿A cuál de mis cinco o seis «yos» sucesivos se le podría otorgar una felicidad o un castigo eternos? ¿Cuál de ellos habría de ser eternamente feliz o desgraciado? ¿Sería justo que fuera éste el último, el más inconsistente de todos? ¿Sería en realidad actuar sobre la suma total?

No sabemos lo que somos, no podemos recopilarnos, fundirnos, fijarnos. ¿Cómo queréis que las recompensas o los castigos nos alcancen? Unos u otros caerían a nuestro alrededor, como flechas que no alcanzan el blanco.

Inmortales, si permanecemos tal como somos, ninguna pena infernal sería más cruel. Por tanto, esto es lo que deseamos, y como, por otra parte, si evolucionáramos ya no seríamos nosotros mismos, y convertidos en casi unos dioses, nos avergonzaríamos de lo que habíamos sido y sólo trataríamos de olvidarlo. De todas formas, lo que hoy parece estar en el fondo de nuestro ser gozaría de esta inmortalidad mucho menos de lo que nosotros esperamos.

* * *

El día que sepamos lo que somos, estaremos más cerca que nunca de Dios.

* * *

No basta con que nos digamos que no sabemos a qué dios hemos de encomendarnos; se trata de encontrar otros dioses. Es cierto que existen los dioses y que se manifiestan hacia nosotros, y es igualmente verdad que empezamos apenas a buscar seriamente y con método. Ellos son inmanentes, eso lo sentimos en nosotros y alrededor nuestro. Ellos actúan sobre nosotros, pero no vemos nada.

* * *

Antes de suprimir a Dios, suprimid lo desconocido.

Nada tenéis que pueda colocarse en su lugar. Todo lo que pongáis allí no será más que parte de lo desconocido circunscrito, antropomorfo, discutible y con frecuencia malsano, que no querrá nunca a lo desconocido puro y simple.

Y si nada ponéis, será esta nada lo que se convertirá en vuestro

Dios, Y os dará leyes, ideas, consejos, un valor menos bueno que el de lo desconocido.

* * *

Si yo ya no buscara es porque habría encontrado, y si hubiera hallado, no podría decíroslo, porque carecería de existencia.

To be or not to be, that is the question, dijo Hamlet. ¡No, Hamlet!, aquí no está el problema. No podrías dejar de ser o no haber sido y tu monólogo no puede mantenerse.

* * *

Deberíamos, de cuando en cuando, como hizo Eneas en el sexto libro de la *Eneida,* descender entre los muertos.

Yo no he visto demasiados muertos, pero conozco demasiado de los vivos que no están aquí y que me esperan, no en el bosque sagrado del Averno o en los Campos Elíseos, sino en el fondo de mí mismo, en donde ya no hay ni cielo ni infierno, sino recuerdos purificados por la vida que se prolonga en la memoria. Y escucho dentro de mí mismo el grito del viejo Anquises:

Venisti tandem, tuaque expectata parenti
Vicit iter durum pietas. Datur ora tueri,
Nate, tua, et notas audire et reddere voces...

«¡Por fin vienes!; tu piedad filial ha vencido el sendero del más allá. Vuelvo a ver tu rostro y escucho tu querida voz, a la que contesto!»

Ellos me saludan, creen verme y oírme, porque todavía estoy vivo; pero soy en realidad yo quien los veo, el que los escucha, porque ellos ya no están muertos...

* * *

Llegará un día—posiblemente antes de lo que se cree—en que los médicos y los cirujanos podrán darnos un estómago, unos intestinos, un hígado, riñones, corazón, pulmones, glándulas endocrinas, etc., de recambio; en una palabra, órganos nuevos y regeneradores. Pero ¿podrán reemplazar o regenerar el cerebro? Y en este caso, ¿qué le sucedería a la memoria?, y con la memoria perdida, ¿qué sería de la personalidad?

La vida nueva, si guardamos la memoria, recomenzaría exactamente la antigua, o más aún, la continuaría en sus mismas líneas generales. Pero perdidos los recuerdos, en esta vida renovada nos encontraríamos tan muertos como en la tumba. Habríamos perdido todo cuanto perdemos cuando cesamos de vivir. El resto resucitado no nos serviría para nada, puesto que ya no se trataría de nosotros. Nosotros habríamos desaparecido, y lo que llegásemos a ser sería otro, y aquel que podría sufrir, sería un desconocido que sufriría en el tiempo o en la eternidad.

Comparándonos con lo que somos ahora, seríamos semejantes a los que no existen, como los que no han sido, y si tuvieran recuerdo, serían semejantes a los que están todavía sobre la tierra.

Y la memoria reducida a la nada, ¿qué sería de ella? ¿Adónde iría a parar? Probablemente, donde no encontrase más que la muerte; es decir, en el idéntico todo, en la misma ninguna parte.

* * *

Nada, es decir, la nada donde lo que no existe no es posible más que a condición de llegar a serlo todo; es decir, aquello que es.

* * *

¿Podemos decir que Dios se crea a sí mismo sin cesar? Crearse sería interrumpir el proceso de ser, luchar contra el no-ser, lo que no es admisible.

* * *

La duración o el tiempo es a la eternidad lo que la distancia es al espacio infinito. Las relaciones son las mismas, las proporciones idénticas, existe la misma humanización; el resto es vano e ilusorio.

* * *

Se diría que entre nuestra vida universal, o subconsciente, y nuestra consciencia, nuestra inteligencia eleva una barricada casi infranqueable. Ved, por ejemplo, un caso de enfermedad, de peligro, ame-

nazas, las dificultades que experimenta este subconsciente las transmite a nuestra inteligencia en forma de orden, advertencia urgente de la que puede depender nuestra vida. Éstas son dificultades análogas a las que se encuentra, al decir de los espíritus, el espíritu desencarnado que quiere hacer pasar un mensaje de ultratumba a través de la envoltura carnal del médium, y del médium hasta nosotros.

* * *

Nada de cuanto ha de ser no es en este momento, y nada de lo que fue que no sea todavía.

La sombra de las alas, Fasquelle, 1936.

OSCAR-VENCESLAS DE L. MILOSZ

(1877-1939)

De Hesíodo a Milosz se cumple un ciclo. Existe el mismo hechizo de los mitos antiguos del oro y la sangre. Es la misma visión del conocimiento absoluto que es al mismo tiempo el amor. Idéntica visión de un universo simbólico preñado de ángeles y demonios. El mismo cántico hacia lo creado, el demiúrgo, la providencia, el nuevo Adán y el nuevo Prometeo. El primer período de Milosz, el que podemos denominar el período profano, está consagrado al conocimiento del mundo por el mundo, de las criaturas por las criaturas. La etapa negra, la de los *Desvelados* con Schwaller, parece que Milosz no podía evitar, no más que Baudelaire o que Rimbaud, el héroe de Cazotte, Huysmans, Restif de La Bretonne, o muchos otros escritores tradicionales. Pero hay allí un Guaita o un Strindberg, cuyo destino aparece como incierto, así como un Platón, un Dante, un Joseph de Maistre, un Léon Bloy, un Claude de Saint-Martin. Y es a éstos a los que debería unirse O.-V. de L. Milosz. La fase sagrada sucede, en la antigua parábola, a la putrefacción y los estados imperfectos. Los «dislocadores del mundo sensible», como dice Claude-Ed. Magny, son también los que quieren ver más allá del universo sensible, los que lo perciben y atienden están más allá, más arriba, después de haber entrevisto los secretos infernales. Desde el ocultismo, Milosz se eleva a la teosofía, del mundo a Dios. Conocer a uno y otro, pasar de uno a otro, tal es la lección de los autores tradicionales. Tal es, sin discusión, la enseñanza de Milosz.

Hemos elegido para esta antología el bellísimo *Cántico del conocimiento.* Desde el período profano al sagrado, dice Jean Rousselot, existe un enlace, que consiste en una suma de los conocimientos tradicionales.

Es un verdadero manual de iniciación.

Cántico del conocimiento

La enseñanza de la hora iluminada de las noches del Divino.
A aquellos que, habiendo pedido, han recibido y saben ahora.
A aquellos que la oración ha llevado a la meditación sobre el origen
del lenguaje.

Los otros, los ladrones de dolor y alegría, de ciencia y amor, nada entenderán de estas cosas.

Para comprenderlas, es necesario conocer los objetos designados por determinadas palabras esenciales,

Tales como pan, sal, sangre, sol, tierra, agua, luz, tinieblas, así como todos los nombres de los metales,

Porque estos nombres no son ni los hermanos, ni los hijos, sino más bien los padres de los objetos sensibles.

Con estos objetos y el principio de su sustancia, han sido precipitadas desde el mundo inmóvil de los arquetipos al abismo atormentado del tiempo.

Sólo el espíritu de las cosas posee un nombre. Su sustancia es innominada.

El poder de nombrar los objetos sensibles absolutamente impenetrables al ser espiritual.

Adquirimos el conocimiento de los arquetipos que, siendo de la misma naturaleza que nuestro espíritu, se encuentran, como él, situados en la conciencia del huevo solar.

Todo cuanto se describe por medio de antiguas metáforas existe en un lugar determinado; de todos los lugares del infinito, sólo él está determinado.

Estas metáforas, que el lenguaje de hoy nos impone todavía, se presentan cuando interrogamos el misterio de nuestro espíritu,

Son vértigos del lenguaje puro de los tiempos de fidelidad y de conocimiento.

Los poetas de Dios veían el mundo de los arquetipos y lo describían piadosamente, mediante términos precisos y luminosos del lenguaje del conocimiento.

La declinación de la fe se manifiesta en el mundo de la ciencia y el arte, por un oscurecimiento del lenguaje.

Los poetas de la naturaleza cantan la belleza imperfecta del mundo sensible, según el antiguo modo sagrado.

Siempre afectados por la discordancia sagrada entre el modo de expresión y el sujeto.

Y la impotencia de elevarse hasta el lugar único, situado, yo lo llamo Patmos, en la tierra de la visión de los arquetipos,

Han imaginado, en la noche de su ignorancia, un mundo intermedio, flotante y estéril, el mundo de los símbolos.

Todas las palabras, cuyo ensamblaje mágico ha formado este canto, son los nombres de las sustancias sensibles.

Que el autor, por la gracia del amor, ha contemplado en los dos mundos de la beatitud y la desolación.
Me dirijo sólo a los espíritus que han reconocido la oración como el primero entre todos los deberes del hombre.
Las más elevadas virtudes, la caridad, la castidad, el sacrificio, la ciencia, el amor, incluso el del Padre.
No serán contados más que a los espíritus que, por su propia intención, han reconocido la necesidad absoluta de la humillación en la oración.
Solamente diré del arcano del lenguaje lo que la infamia y demencia de este tiempo me permitirán revelar.
Mientras tanto, puedo cantar libremente el cántico de la hora iluminada de las noches de Dios,
Y, proclamando su sabiduría, los dos mundos se abrieron ante mi vista.
Hablar, según la medida impuesta por el compañero de servicio,
Del conocimiento perdido del oro y la sangre.
Yo he visto. El que ha visto, deja de pensar y sentir. Y no es ya capaz de describir lo que ha contemplado.
He aquí la clave del mundo de luz. De la magia de las palabras que combino aquí,
El oro del mundo sensible nos da su valor secreto,
Porque no consiste en virtudes físicas, lo que hace que se convierta en soberano de los espíritus.
La verdad es ésta, en relación a donde lo ilimitado está situado.
Pero la verdad no hace mentir al lenguaje sagrado; porque es también el sol visible del mundo sustancial del universo inmóvil.
De este sol, el oro terrestre extrae su sustancia y su color; el hombre, la luz de su conocimiento.
El lenguaje vuelto a encontrar de la verdad no tiene nada nuevo que ofrecernos.
Nos revela solamente el recuerdo que hay en la memoria del hombre que reza.
¿Sientes despertarse en ti el más antiguo de tus recuerdos?
Yo te revelo aquí los orígenes santos de tu amor por el oro,
La locura ha soplado siete veces sobre el candelabro de oro del conocimiento.
Las palabras del lenguaje de los Aronitas han sido profanadas por los niños embusteros y los poetas ignorantes
Y el oro del candelabro, arrebatado por las tinieblas de la ignorancia.

se ha convertido en el padre de la negación, del robo, del adulterio y del asesinato.
Ésta es la clave de los dos mundos de luz y tinieblas. ¡Oh compañero de servicio!
Por el amor de esta hora iluminada de nuestras noches,
Por la seguridad de este secreto entre tú y yo.
Insúflame la palabra envuelta en sol, la palabra cargada de rayos de este tiempo peligroso.
¡Te he nombrado!, hete aquí en el rayo que antecede y que procede del seno de la nube fija, pesada como el plomo,
En el proyectil y el viento de la masa de fuego,
En la aparición del espíritu virginal del oro,
En el paso del huevo a la esfera,
En el paso maravilloso y en el santo descendimiento, cuando tú contemplas al hombre, mirándole entre ambas cejas,
En la inmovilidad de las nubes infinitas, en una sola oración, obra de los orfebres del Reino,
En el retorno a la desolación unida al Tiempo,
En el tartamudeo de la compasión que la acompaña.
Pero la llave de oro de la santa ciencia ha permanecido en mi corazón.
Ella me abrirá todavía el mundo de la luz. Trepar por los diversos grados hasta sentirse penetrado de la propia materia del espacio puro,
Esto no es conocer; es registrar todavía los fenómenos de las manifestaciones.
El propio camino que lleva de lo poco a lo excesivo no es el de la santa ciencia.
Acabo de describir la ascensión hacia el conocimiento. Es necesario elevarse hasta ese lugar solar
En donde se llega a ser, por la omnipotencia de la afirmación —¿qué?—aquello mismo que se afirma.
Es de esta forma cómo los mil cuerpos del espíritu se revelan a los sentidos virtuosos.
¡Subir, desde luego, sacrílegamente, hasta la más demencial de las afirmaciones!
Y después descender, de escalón en escalón, sin descanso, sin remordimientos, sin lágrimas, con una alegre confianza, con una real paciencia.
Hasta aquel punto en el que todo está contenido, con una evidencia tan terrible y por una necesidad tan santa. ¡Por una necesidad santa, santa, santa en verdad! ¡Aleluya!

¿Y quién habla aquí de sorpresas? Hay todavía una sorpresa en la aparición inesperada a través de las sombras de una puerta de una vieja ciudad,

De un lejano mar con su santa luz y sus velas felices.

Pero en el nacimiento de un nuevo sentido y de un sentido que servirá al espíritu de la verdadera ciencia, de la ciencia amorosa, ya no hay ninguna sorpresa.

Existe la costumbre, en nuestras alturas, de acoger a todo recién llegado como a una esposa a la que se recupera después de mucho tiempo y para siempre.

De esta forma, me fue revelada la relación del huevo solar con el alma del oro terrestre.

Y ésta es la oración eficaz en la que debe sumirse el operador:

Funde en mí el amor de ese metal que colorea tu rostro, el conocimiento de este oro que es un espejo del mundo de los arquetipos.

Con el fin de que vacíe sin medida todo mi corazón en este juego solar de la afirmación y el sacrificio.

Recíbeme en esta luz de los arcángeles que duerme mil años en el trigo funerario y que mantienen el fuego oculto de la vida.

Porque el trigo de las antiguas tumbas, arrojado sobre el surco, se ilumina como un corazón por su propia caridad,

Y éste no es el sol mortal que da al alimento su color invariable de sabiduría.

Tal es la llave del mundo de luz. Aquel que la maneja con una mano piadosa y segura, ella le abre también la otra región.

Yo he visitado los dos mundos. El amor me ha conducido hasta el fondo del ser.

He llevado sobre mi pecho el peso de la noche, mi frente ha destilado un sudor de madurez.

He hecho girar la rueda tenebrosa de los que marchan y retornan.

No queda en mí en el punto principal más que un círculo de oro, convertido en un puñado de polvo.

He explorado a tientas los laberintos horrorosos del mundo del furor y bajo las grandes aguas duermen mis patrias ahogadas.

Yo me inhibía. Esperaba que la locura de mi rey me brotara en la garganta. ¡Tu mano, oh mi rey, está sobre mi garganta! He aquí el instante. Yo hablaré.

Me has hecho nacer en un mundo que no te conoce, sobre un planeta de fuego y arcilla, desnudo y frío.

En medio de una colmena de ladrones abismados en la contemplación de su sexo.

Allí, al hedor de la masacre sucede el imbécil incensamiento de los engañadores de pueblos.

Y, por tanto, hijos de la gula y la ceguera, yo no tengo palabras para describir.

Los precipicios de iniquidad de este otro Todo, de este otro Ilimitado, creado por tu propia omnipotencia de negación.

Este lugar separado, diferente, horroroso, este inmenso cerebro delirante de Lucifer,

En donde he sufrido durante toda la eternidad la prueba de la multiplicación de los grandes fulgurantes, de los sistemas desérticos.

El más atroz estaba en el cenit y yo lo veía como un precipicio del sol negro.

¡Oh!, sacrilegio infinito, alrededor del cual el santo cosmos se desarrolla, delante de nuestro ínfimo mundo,

Es como un cuadrado de escarcha iluminado por la Navidad y dispuesto a fundirse al soplo del Niño.

Porque tú eres el que es. Siempre estás por encima de ti mismo y de esta necesidad absoluta por la cual existes.

He aquí porque, Afirmador, la total negación está en ti, libertad de rezar o de no rezar. He aquí porque también haces pasar las afirmaciones a través de las grandes pruebas de la negación.

Porque tú has depositado en el calor más negro de esta eternidad de terror en donde se siente de esta manera

En el martillete, por el arpón de fuego sostenido, en la locura del vacío perfecto,

En esta eternidad, en la que las tinieblas son la ausencia del otro sol, la extinción de la alegre elipse de oro;

Donde las luces son furor. En donde toda cosa está llena de iniquidad.

Donde la operación del pensamiento es única y sin fin, partiendo de la duda para llegar a la nada.

En donde no se está solo, sino en la soledad; no se está abandonado, sino en el abandono; no se está condenado, sino en la condenación.

Yo fui el viajero de estas tierras del nocturno horror

Donde, solos entre las cosas físicas,

El amor furioso y la lepra del rostro bañan sus malditas raíces.

He medido yo, gusano ciego, las sinuosidades de una línea de tu mano.

Este país de la noche densa como la piedra.

Este mundo de la otra estrella de la mañana, del otro hijo, del otro príncipe, era la mano cerrada. Esta mano se ha abierto y heme aquí en la luz.

Es necesario haber visto al otro, para comprender por qué está escrito que viene como un ladrón. Está más alejado que el grito del nacimiento, está en pena, y no existe. Es espacio de un grano de arena, helo aquí todo entero en ti, él, el otro, el príncipe sentado, mudo, en la eterna ceguera.

Tú en el huevo solitario, tú, inmenso, inocente, tú te conoces. Pero los dos infinitos de tu afirmación y de la negación no se conocen, no se conocerán jamás, porque la eternidad no consiste más que en la huida de uno ante el otro.

Y toda la horrorosa, la mortal melancolía del espacio y el tiempo, no es sino la distancia de un sí a un no y la medida de su separación irremediable.

Aquí se encuentra la clave del mundo de las tinieblas.

El hombre en quien este canto ha despertado no un pensamiento, no una emoción, sino un recuerdo, y un recuerdo muy antiguo, buscará, de ahora en adelante, el amor con el amor.

Porque en esto consiste el amar, esto es el amor; cuando se busca amor con amor.

He buscado como la mujer estéril, con angustia, con furor. He encontrado; pero ¿qué?; pero ¿a quién?, al dominador, al posesor, al dispensador de las lepras.

Y he vuelto, con el fin de comunicar mi conocimiento. Pero desgraciado del que parte y no vuelve nunca.

Y no me compadezcáis por haber ido y haber visto. No lloréis sobre mí:

Anegado por la felicidad de la ascensión, enmudecido por el huevo solitario, precipitado en la demencia de la eternidad, con los miembros alisados por el alga de las tinieblas, he estado siempre en el mismo lugar, estando en el mismo sitio, el único situado.

Aprended de mí que toda enfermedad es la confesión hecha por el cuerpo.

El verdadero mal es un mal oculto; pero cuando el cuerpo se ha confesado, basta muy poco para llevar la sumisión al propio espíritu, al preparador de los venenos secretos.

Como todas las enfermedades del cuerpo, la lepra presagia, por tanto, el fin de una cautividad del espíritu.

El espíritu y el cuerpo luchan durante cuarenta años; ésta es la famosa edad crítica de que habla nuestra pobre ciencia, la mujer estéril.

¿El mal ha abierto una puerta en tu rostro?, el mensajero de la paz, Melquisedech, entrará por esta puerta y ella se cerrará tras él, y

sobre su hermoso manto de lágrimas. Pero repite conmigo: *Pater noster*.

Mira, el Padre de los Antiguos, de los que hablan del lenguaje puro, ha jugado conmigo como un padre con su hijo. Nosotros, sólo nosotros, que somos los más insignificantes de los niños, conocemos este juego sagrado, esta danza santa, este flotar gozoso entre la peor oscuridad y la mejor de las luces.

Es necesario prosternarse lleno de duda y rezar. Yo me lamentaba de no hacer lo contrario; una piedra sobre la que reposaba me ha llevado en la mano y he recibido al mismo tiempo la corona de luz.

¡Y mírame!, rodeado de trampas, no sospechaba nada.

Desde las tinieblas de la concepción a las de la muerte, un hilo de catacumbas corre entre mis dedos en la vía oscura.

Por tanto, ¿dónde estaba? ¿Quién era yo? Un gusano de cloaca, ciego y grasiento, de cola aguda, he aquí lo que era. Un hombre creado por Dios y que se ha vuelto contra su creador.

«Sean las que sean la excelencia y la belleza, ningún porvenir igualará nunca en perfección al no-ser.» Tal era mi única certeza, tal era mi secreto pensamiento: un pobre, muy pobre pensamiento de mujer estéril.

Como todos los poetas de la naturaleza, estaba sumido en una profunda ignorancia. Porque creía amar las flores hermosas, los bellos horizontes e incluso los rostros hermosos, sólo por su hermosura.

Yo interrogaba los ojos y la mirada de los ciegos; como todos los cortesanos de la sensualidad, estaba amenazado de ceguera física. Esto es todavía una enseñanza de la hora iluminada de las noches del Divino.

Hasta el día en que, dándome cuenta de que estaba parado delante de un espejo, miré tras de mí. La fuente de la luz y de las formas estaba allí, el mundo de los profundos, los sabios, los castos arquetipos.

Entonces, esta mujer que había en mí murió. Yo le di por sepultura todo su reino, la naturaleza. La conduje en el mayor secreto al fondo del jardín de las decepciones, allí donde una mirada de la Luna, de la eterna prometedora, se divisa en la hojarasca y desciende sobre los adormilados difundiéndose en mil grados de suavidad.

De esta forma aprendí que el cuerpo del hombre encierra en sus pro-

fundidades un remedio para todos los males y que el conocimiento del oro es también el de la luz y la sangre.

¡Oh Único!, no me quites nunca el recuerdo de estos sufrimientos, el día en que me laves de todo mi mal, y también de todo mi bien, y me hagas vestir de rayos de sol por los tuyos, por los sonrientes. *Amen.*

La confesión de Lémuel.

ANDRÉ BRETON

(1896-1966)

Evocar el hermetismo de André Breton es lo mismo que plantear el problema de las estrechas relaciones que unen el surrealismo y el ocultismo. El problema posee importancia, porque el surrealismo y el ocultismo se aclaran uno por otro. El propio Breton se refiere con frecuencia a textos o ritos de carácter esotérico. La mayor parte de los autores que él distingue figuran en esta antología. Por otra parte, los comentadores de Breton han insistido en la fuente de su inspiración y su carácter extralógico. Es necesario leer el estudio de Claude Mauriac y el otro tan completo de Michel Carrouges, pero nos limitaremos a algunos puntos claves.

El mundo sensible—es decir, este aspecto del mundo que nos revela el ejercicio normal de los sentidos y que la ciencia se esfuerza en rendir inteligible, después de haber indicado en principio que existía—, este mundo no es más que un aspecto del universo; existen otros muchos, que los sentidos exacerbados y la facultad intuitiva revelan a su vez. A lo visible corresponde lo invisible, a lo real lo surreal, de forma que, como dijo Hermes Trismegisto, «se realiza el milagro de la cosa única». Tal es el postulado fundamental, válido para el surrealismo y para el ocultismo; tal es también el fruto de las experiencias a las que estas dos escuelas se libran. Breton llama a las potencias del inconsciente que libera; accede, más allá del barniz racional y por la vía analógica, a la visión primitiva del universo. ¿Es que el método tradicional consiste en otro tipo de ascesis?

Que Breton describa los procedimientos del surrealismo o que nos dé los resultados, que inserte lo surreal en una novela, un ensayo o un manifiesto, que explore los ensueños de Desnos o que analice la obra de Rimbaud, siempre el surrealismo aparecerá como una puesta en acción ocultista, dentro del dominio del conocimiento y en los de la creación artística.

Hemos elegido, entre un centenar de textos significativos, un estudio sobre la pintura de Matta. Se verá allí al mismo tiempo el ocultismo de Breton y el aporte del esoterismo a la crítica literaria y a los estudios de arte.

Preliminares sobre Matta

La perla está limitada a mis ojos por su valor mercantil. El que sea necesario bucear para buscarla entra de lleno en el arte, el irse

mostrando cada día más débil, verse afectado por una tos seca (sueño en la actitud de un Valéry ante la vida, muy delicado y a la vez avaro, pero mezclando una leve sonrisa nihilista). Aquí, en la playa de Percé, en Gaspésie, de la mañana a la noche gentes de todas las edades, de diversa condición, están dedicadas a la búsqueda de ágatas en bruto arrojadas por el mar. Se trata de pequeños fragmentos, cuyo aspecto general poco agradable se compensa ventajosamente con una iluminación angular característica, aunque ella tampoco sea más que entrevista. Pero en este fulgor también se sabe que puede volver su *ojo hacia todos,* para que entre en juego esta avidez en la búsqueda, esta delectación a cada nueva aproximación de la piedra hacia la vista. Fiebre diferente de la del oro, de la de la hulla, el objeto encontrado es, en el caso del ágata, no un medio, sino un fin (ningún pensamiento de lucro se mezcla a la pasión de los buscadores; algunos hablan de hacer «montar» la piedra para adorno, pero esta empresa, por parte de la mayoría, no parece demasiado probable). He llegado a pensar que estamos en la fuente de uno de los deseos humanos más comunes e imperiosos, nada menos que el que tiende a realizarse en el arte, aunque el término de este desarrollo sea mal conocido por los seres vulgares. A las pinturas grises de obras reflexionadas y «construidas», el primer gesto del surrealismo fue oponer imágenes, estructuras verbales en todo semejantes a estas ágatas. Con qué paciencia, con qué impaciencia lo buscamos nosotros mismos, y cuando se presentaban —porque se presentan—, cómo las reteníamos y cómo sentíamos que eran insaciables, esperando siempre más de la próxima que de la primera. Y sabemos también que el ágata mental, no más que la física, no tiene posibilidad de ofrecerse sola, que *necesita* la compañía de piedras más modestas. Le damos todo el campo que desean. Lo esencial, ¿no era, no es nunca, el poseer, el poder manejar, el guardar en evidencia, el mantener a mano estos instantes del verbo humano bruscamente cargados de luz, absorbiendo soluciones cada vez más numerosas y ambiciosas que las del pensamiento riguroso? Incluso las ágatas de Percé, mezquinas, ¿qué habilidad, qué genio humano sería capaz de hacerme ver el equivalente de lo que pasa de una a otra en la romboidez curvilínea agitada de temblores internos que van descubriendo las capas superpuestas de sus ventanas de tonos de arco iris? Hay allí fusión y germen, equilibrio y punto de partida, compromiso entre la nube y la estrella; *se ve el fondo* como en todo momento soñara el hombre. Solamente una gota, sea, pero de ella se pasa a la concepción hermética del fuego vivo, del fuego filosofal. El secreto de su atracción, su virtud, ¿no parecen tener en lo que hay

en su interior y en su multiplicidad, incluso circular, bajo un peso de sombra, la imagen de la «universal esperma»?

Matta es el que se *ha lanzado al ágata*—y ceso de designar así la variedad mineral particular, para englobar todas las piedras que recelan ante este «agua exaltado»—, esta «alma del agua», que disuelve los elementos y «da el verdadero azufre o el verdadero fuego» al testimonio de los ocultistas [1]. Está bien claro que la captación de este agua, en la medida en que actúa como supremo disolvente, no deja subsistir para el ojo humano las apariencias convencionales [2]. Pero como en la persona de Matta, el médium es al mismo tiempo el ser más despierto, el más joven y vivo, que yo conozco; en él, todo lo que es espectáculo de primera, y no más de segunda vista, tiende a concebirse sobre el principio de un animismo *total.* Este animismo, pasando por Lautréamont y Rimbaud, no ha cesado de ampliarse, afinándose desde la época del romanticismo, en donde puede observarse en su estado infantil. Ciertamente, no es ya cuestión hoy de preguntarse si la roca piensa, o la flor sufre, sino de considerar el mundo material como una calleja llena de almas prisioneras, unas afectadas por un proceso de caída y otras en plena ascensión; el animismo actual se ha ido separando del cieno helado del pecado. Lo que permanece, lo que alcanza su culminación, es la certeza de que nada se produce en vano, que todas las cosas consideradas poseen un lenguaje que puede ser descifrado, que es susceptible de ser comprendido en unión de una cierta emoción humana. En este sentido, la obra de Matta está afecta de timidez y presta un carácter ligeramente retrógrado a la actividad denominada «paranoide-crítica», que no permite la aprehensión más que de aspectos anecdóticos en silueta (no transcen-

[1] «Existe un agente mixto, un agente natural y divino, corporal y espiritual, un mediador plástico universal, un receptáculo común a las vibraciones de movimiento y las imágenes de la forma, un fluido y una fuerza que se podría llamar de alguna manera *la imaginación de la naturaleza.* A través de esta fuerza todos los aparatos nerviosos se comunican entre ellos; de ahí nacen la simpatía y la antipatía; de ahí proceden los ensueños... Este agente universal de las obras de la naturaleza es la *luz astral.*» (Eliphas LÉVI: *Historia de la magia.)* (Nota de André BRETON.)

[2] Tanto como a Matta, esta característica podía aplicarse a Arshile Gorky, el cual, en sus admirables dibujos recientes, parece haber ido a reproducir el «agua exaltada» en el centro de las flores, del pensamiento en particular, por la gracia de una curva única y absolutamente segura, hasta hacer creer que empareja el deseo de la mariposa y la abeja. La obra pictórica de Gorky, aunque se desarrolla siguiendo un ritmo completamente distinto del de Matta, es de las que en un futuro próximo debe suscitar la más viva atención. (Nota de André BRETON.)

diendo en nada al mundo inmediato), y del que hemos visto el resto, con Dalí, degenerar en obsesión de adivinadora. Matta lleva mucho más lejos la desintegración de los aspectos exteriores: y es que, para el que sabe ver, todos estos aspectos están *abiertos*, abiertos no solamente como la manzana de Cézanne a la luz, sino a todo lo demás, *comprendiendo los demás cuerpos opacos*, que están constantemente dispuestos a fusionarse, que en esta fusión *única* se forja una clave que es la *única* capaz de abrir todas las compuertas de la vida. De esta forma es como puede llevarnos a tocar, como dice él, «las opacas espaldas de los árboles humeantes», de la misma forma que puede elegir el dirigirnos a través de una vegetación coralífera, que recuerda el sistema nervioso del kinkayú no inanimado, tal como lo revela la disección, pero mucho más real, de tal manera que se pone en relación simpática con el del hombre en las relaciones que sería capaz de desarrollar, en una aventura, con este animalito. De esta forma, igualmente, es como nos invita sin cesar a ir hacia un *nuevo espacio*, en deliberada ruptura con lo antiguo, puesto que esto último carece de sentido en tanto que es distributivo de cuerpos elementales y cerrados. Poco importan los apoyos momentáneos que esta forma de hacer ver se ha ido buscando sucesivamente en las perspectivas científicas de la morfología psicológica, de la teoría de la gestalt, de la astrofísica, de la histología y de la física molecular. La necesidad de tales puntos de apoyo no expresa otra cosa que la aspiración a ampliar, ayudándose de los más modernos recursos, el campo de lo visible—si es posible, es cierto, el dar respuesta de esta manera a la necesidad de confundir los que están dispuestos a revocar como «abstracta» toda forma no corriente registrada por el ojo (hace un siglo, la curva del filamento de la lámpara eléctrica hubiera parecido el colmo de la abstracción)—. Más allá de estos pasajes que velan el mantenimiento de la comunicación inspirada y experimental, se aprueba en sí misma y se refuerza aquí una confianza sin reservas en la perfectibilidad de las facultades del hombre, en su capacidad ilimitada, y solamente desvelada, de invención, comprensión y capacidad de maravillar.

Disposiciones tan generosas no sabrían, bien entendido, valer más que en función de lo que puede ofrecer el que las muestra, ya que no se puede dar más de lo que se tiene. Lo que constituye la riqueza de Matta es que, desde sus primeras obras, estaba en posesión de una gama de colores completamente nueva, posiblemente única, en todo caso la más fascinante que se haya propuesto desde Matisse. Esta gama, cuya gradación se produce a partir de un cierto rosa púrpura

en transformación, ya famoso, que Matta parece haber descubierto («la sorpresa, lo he comprendido bien, irradiará como un rubí de fluorita expuesto a la luz ultravioleta»), ordenado de acuerdo con un prisma completo. El prisma de Matta, que incluye, efectivamente, el prisma de la descomposición solar al aire libre y el de su descomposición a través de cada una de las sales, llegando hasta corregirse mediante la escala de variaciones introducida por la luz negra. Por ensima de todo, la interpretación simbólica de los colores, solos o en sus relaciones (el azul es la sombra, etc.), se encuentra en él revolucionado por la constante interferencia de lo visual y del visionario (esto ha comenzado con Seurat, en quien se mantiene en todo caso un nato predominio de lo visual), fenómeno que no ha encontrado eco más que en el espíritu de los primitivos, por una parte, y por otro lado, en ciertos textos esotéricos de gran calidad: «La cabeza de cuervo desaparece con la noche; de día el pájaro vuela sin alas y vomita el arco iris, su cuerpo se hace rojo y sobre su dorso sobrenada el agua pura» (Hermes).

En el término actual de la evolución se ha podido ver ya a Matta mostrarse más exigente cada vez consigo mismo, no contentándose con los dones excepcionales que le ha otorgado la naturaleza. No ha habido nadie que fuera más interrogante, que se hubiera mostrado más celoso de recoger la sustancia viva—erizada de dificultades, pero con proyección por otra parte muy lejana, tanto como las otras—de obras como la de Alfred Jarry, Marcel Duchamp; nadie ha tenido un ojo más certeramente perceptivo, espiando a su alrededor el germen de la belleza, de la libertad o la verdad nuevas. «El mar avaro, como decís, me escribía. El bosque es también pobre. Sólo el aullido está pleno de entes.» Que se recuerde el origen asignado a la «luz astral», al agente creador: «El sol es su padre, la luna su madre, el *viento* lo ha llevado en su vientre.» La tierra es únicamente la nodriza.

Sobre el abismo actual de todas las consideraciones que podrían darle valor a la vida, abismo que no ahorra más que el amor humano. Matta es el que mantiene la mejor de las estrellas, que se encuentra sin duda en la mejor de las vías para alcanzar el supremo de los secretos: el gobierno del fuego.

(1944.)

Preliminares sobre Matta, 1.ª parte.

APÉNDICE A LA EDICIÓN ESPAÑOLA

Nos ha parecido que no carecería de interés añadir algunos nombres a la larga lista de esta *Antología,* y con dicho fin seleccionamos varios autores: unos son lo que podríamos denominar escritores *malditos,* a juzgar por el escaso interés de que han gozado durante centenares de años. Otros, más próximos en el tiempo, pertenecen a la rica literatura española.

También hemos esbozado unos comentarios sobre el tema de la *Búsqueda o demanda del santo Grial,* temática que ha despertado el interés de muchos escritores contemporáneos.

Siguiendo el criterio de los autores del original francés, hemos añadido unas notas introductorias, previas a cada serie de fragmentos.

Para muchos lectores, esta parte del volumen estará «de más», otros en cambio la encontrarán escasa e incompleta; para todos ellos, nuestras disculpas.

J. F. D. P.

HIMNOS ÓRFICOS

Resulta muy difícil enjuiciar o simplemente conocer lo que significaron los *Misterios* de la antigüedad clásica. El rector y escritor del siglo IV después de Jesucristo, Libanio, al que nos referiremos más adelante, los consideraba como piedras básicas del edificio de la cultura griega.

Tampoco es muy conocido el camino que llevó a su desaparición, a medida que la nueva religión cristiana se iba abriendo paso sobre el paganismo antiguo. Los principales hitos de esta evolución los marcan los distintos edictos de Constancio y Teodosio.

Constancio, en julio del año 357 de nuestra era, promulgó un edicto que prohibía la consulta de oráculos, augurios, intérpretes de ensueños y otras formas de adivinación a los miembros de la corte imperial; los oficiales podrían ser interrogados, incluso con aplicación de «tormento», si se les acusaba de estas prácticas. Años más tarde, finalizando ya el siglo IV, Teodosio I Flavio, al que los historiadores han dado el calificativo de *El Grande,* esforzándose en acabar de imponer el cristianismo, tomó diversas disposiciones en este sentido, que podemos resumir en los siguientes edictos: 1) de 380, que mandaba cerrar las iglesias arrianas, prohibiendo su culto; de 20 de diciembre de 381, prohibiendo sacrificios secretos o nocturnos (Cód. Theodosiano: 1.16, tít. 10, Ley 7); edicto de 383, que prohibía los sacrificios en todo el Imperio; el prefecto Cinegio utilizó el ejército imperial para la destrucción de la casi totalidad de los templos de Oriente. El 25 de mayo del año 385 condenaba a muerte a sacrificadores y arúspices que predijeran por las entrañas de los animales (Cod. Theodosiano: 1.16, tít. 16, Ley 9), y al mismo tiempo condenaba la religión grecoromana. Rescriptos de 27 de febrero y 17 de junio de 391, y por último el de 8 de noviembre de 392 (Ley 12, tít. 10.1.16 del Cód. Theodosiano), que prohíbe hacer sacrificios, inmolar víctimas, ofrecer dones, encender fuego ante los lares, libar vino al genio tutelar, quemar incienso ante los penates o coronar sus aras con flores, y declara reo de *laesae maiestatis* al auríspice o al que trate de conocer el futuro, así como al que con maleficios trate de atentar contra la vida de otro, su salud o bienestar. Esto supuso el total cierre de los misterios y templos paganos, tanto los grecorromanos, como los egipcios, ya que dicho país pertenecía al Imperio romano. Desaparecieron las últimas escuelas sacerdotales de Egipto, que aún cultivaban la «escritura sagrada» o jeroglífica, y todas sus instituciones, ritos y prácticas, entre ellas la momificación.

Esto nos previene para la lectura de los *Himnos órficos (Orphica)* que han llegado hasta nosotros, transmitidos unas veces a través de comentaristas, como Proclo (siglo V después de Jesucristo) o de escritores cristianos, por lo tanto de una autenticidoad sumamente dudosa, pero en los que se encuentra una tenden-

cia panteísta o monoteísta, que concibe las diversas divinidades como la expresión variada de una vida universal única, unido todo ello a unos conceptos éticos muy elevados.

Himnos órficos ("Orphica")

I

Dirigiré mi palabra solamente a los que tienen derecho a esta revelación; cerrad las puertas a todos los no iniciados, sin distinción. Pero tú, oh musa, hija de la brillante Luna, préstame toda tu atención.

Voy a decir toda la verdad, y puedan los pensamientos precedentemente admitidos en vuestro corazón no privaros de la preciosa vida.

Contempla el divino Verbo y sitúate en el lugar más preferente, aplica toda la energía inteligente de tu alma y avanza, como es preciso que hagas, por el más estrecho de los senderos, considerándote como el único rey del mundo. No hay más que un Ser que existe por sí mismo, y todas las cosas han sido hechas y nacidas de uno solo. Él se mueve a través del universo, ningún mortal lo ve, pero él nos ve a todos. Es él quien da la felicidad o la desgracia, la sangrienta guerra y los dolores aflictivos. Tras tal monarca no hay un segundo. Yo no soy capaz de verlo, porque una nube lo tapa ante mis ojos; porque los ojos de los mortales sólo son capaces de ver los frutos perecederos, impotentes para percibir a Zeus, el amo del universo, que se apoya sobre el azulado cielo, sentado en trono de oro, camina sobre la tierra y extiende su diestra en todos sentidos, hasta los límites del océano, y ante su presencia tiemblan las altas montañas, los ríos y las profundidades del mar de olas azules coronadas de blanca espuma.

II

Solamente dirigiré mis palabras a los que tienen derecho a esta revelación. Vosotros, los que no habéis recibido la iniciación, marchad, de acuerdo con las prescripciones de la ley divina, y cerrad vuestros oídos. Escucha tú, oh musa, hija de la brillante Diana. Yo

voy a revelar la verdad, y puedan los pensamientos precedentemente admitidos en tu corazón no privarte de la preciosa vida. Contempla el divino Verbo y toma el primer lugar, utiliza toda la fuerza racional de tu alma y penetra, como es preciso hacer, por el estrecho sendero; contempla al único creador del mundo, aquel al que la muerte no afecta. La antigua palabra se aplica a él con toda su plenitud. Él se mueve a través de todo el universo. Ningún espíritu mortal lo contempla, ya que sólo puede ser visto con los ojos de la inteligencia. Él confiere a los hombres felicidad o desgracia, el reconocimiento y el amor lo acompañan, así como la muerte, la peste y los sufrimientos angustiosos. Por debajo o fuera de él no existe otro dios.

Si pudieras verlo, verías sin dificultad la totalidad de las cosas; aquí, sobre la tierra, te daré los signos de reconocimiento, de los que te explicaré los trazos y la mano robusta del poderoso Dios. A él no lo ves, porque una oscura y espesa niebla lo rodea aislándolo de tu vista y de la mía; éste es para nosotros el único obstáculo, mientras que para el resto de los hombres hay diez repliegues que lo interceptan. En efecto, ningún mortal puede ver al dueño de los hombres, con excepción de algunos descendientes de la raza caldea; porque ellos conocían el movimiento del sol y el del cielo alrededor de la tierra, y que el cielo cumple su revolución circular y regular alrededor de su eje.

Es él quien gobierna los vientos en las regiones del aire y las corrientes marinas y el que hace aparecer en un violento choque los rayos fulgurantes. Se apoya en el cielo inmenso, se sienta en un trono de oro, sus piernas tocan la tierra y su diestra se extiende hasta los extremos del océano; bajo el golpe de su cólera, las raíces de los montes tiemblan profundamente y no pueden aguantar su fuerza ni su violencia. Es completamente celeste y al mismo tiempo realiza cuanto se produce sobre la tierra; es el único poseedor del principio, el medio y el fin. Tal es el lenguaje de los antiguos. De esta manera el hijo de los bosques lo ha representado, tras haber asimilado en su espíritu la doble ley.

He aquí la única manera de dirigirse a él; yo tiemblo en mis miembros y en mi espíritu. Él reina en lo alto e impone su orden. ¡Oh, hijo mío, acércate a él en espíritu, calla tu lengua, y deja que penetre en tu corazón la más alta de las revelaciones!

Eusebio: *Praepar. Evan.*, XIII.

III

¡Dueño del Éter y del Hades, de la mar y de la tierra; tú, que con tu potente trueno haces temblar hasta la sólida mansión del Olimpo; tú, ante quien sienten temor los daimones y a quien temen las asambleas de los dioses; tú, a quien obedecen las Parcas por inexorables que sean; tú, que sin estar sometido a la muerte, eres al mismo tiempo padre y madre y que agitas cuanto existe movido por tu cólera, que pones en movimiento los vientos y cubres todo con tus nubes, iluminando con relámpagos el éter inmenso!

Es siguiendo tu inmutable orden como los astros recorren armoniosamente el cielo; alrededor de tu ardiente trono se agolpan los presurosos mensajeros cuya misión es vigilar cuanto hacen los mortales.

Tu primavera en su novedad resplandece con la púrpura de las flores; tu invierno sobrevive con sus frías brumas y bromos, transportado de borrachera báquica, y distribuye los frutos de Otoño. Corresponde al Dios el nombre de Amo Universal, Imperecedero, Inmortal, de nombre divulgado únicamente a los inmortales.

¡Ven a nosotros, tú, el más grande de los dioses, en la cruel necesidad en que nos encontramos oprimidos; ven, inspirando temor, invencible, grande, incorruptible, tú, a quien el éter rodea por todas partes!

Clemente de Alejandría: Stromates, V.

FILOSTRATO

(170-244 ó 249)

De origen griego, Filostrato nació el año 170 de nuestra era, muriendo en fecha incierta entre el 244 y el 249. Su familia parece ser originaria de Lemnos, y él, tras permanecer en Atenas algunos años, pasó a Roma, siendo uno de los retóricos de Julia Domna.

Es célebre su *Vida de Apolonio,* de la que damos más abajo algunos fragmentos. Esta biografía ha sido muy criticada, queriéndose ver en ella una parodia de los evangelios; nada más alejado de la realidad, Filostrato escribe la biografía de un hombre venerado y respetado en su tiempo, que perteneció a la Orden Pitagórica, y en cuyo relato se mezclan la realidad y la leyenda, la fábula y el recuerdo, como era costumbre en los escritos de la época; aunque posteriormente haya corrido la misma suerte que otros muchos escritos de autores no cristianos. Afortunadamente ha llegado hasta nosotros esta historia de un hombre que vivió en el siglo I, y que, dejando a un lado ciertos hechos discutibles, pertenecía a la clase de espíritus superiores, a los que en la antigüedad se llamó iniciados.

Vida de Apolonio

Libro I

4. Apolonio había nacido en Tyana, ciudad griega de la región de Capadocia. Su padre tenía el mismo nombre y la familia era de las más antiguas, por descender de uno de los fundadores de la ciudad. Su fortuna era excepcional allí, incluso para un país tan rico como aquél. Cuando su madre lo llevaba todavía en su seno, tuvo una visión procedente de un ser espiritual egipcio, Proteo, al que Homero describe como capaz de cambiar constantemente de forma. No se asustó demasiado, sino que preguntó qué era lo que el destino guardaba para su hijo, y él replicó: «Yo». «¿Quién eres tú?», preguntó ella; y él dijo: «Proteo, el dios egipcio». Si mis lectores han leído

a los poetas no es preciso describir hasta qué grado era sabio Proteo..., y como al parecer poseía la totalidad del conocimiento...

2. Las prácticas de Apolonio eran muy parecidas a éstas, y estudió la sabiduría de manera mucho más inspirada que lo había hecho Pitágoras. También aborrecía todo tipo de tiranía, y aunque le cupo vivir en tiempos ni antiguos ni modernos, la gente no lo conoce por la genuina sabiduría que practicó como un filósofo y un hombre honorable; en cambio, algunos lo conocen sólo por una o dos de sus virtudes, otros, a causa de su asociación con los magos de Babilonia, los brahmanes de la India y los filósofos desnudos de Egipto, lo consideran un mago, y su desconocimiento les lleva a representarlo como un intruso en el terreno de la filosofía. Éste es un prejuicio nada correcto, ya que Empédocles, Pitágoras y Demócrito estuvieron asociados con los magos y dijeron muchas cosas inspiradas sin verse seducidos por el arte.

(...)

7. Cuando alcanzó la edad escolar demostró poseer muy buena memoria y gran capacidad de aplicación; su griego era del tipo ático y su acento permanecía inafectado por la región. Su belleza era de tal calidad, que constantemente atraía la mirada de los demás. Cuando cumplió los catorce años, su padre lo llevó a Tarso para que recibiera lecciones de Eutidemo de Fenicia.

(...)

Su maestro en las doctrinas de Pitágoras no era un hombre demasiado respetable, ni uno de los que ponen dicha filosofía en práctica; hacía buenos honores a la mesa y al sexo y se modelaba a sí mismo más en la imagen de Epicuro. Este hombre, Euxeno de Heracleia, en el Ponto, comprendió las enseñanzas y creencias de los pitagóricos, de la misma manera que los pájaros entienden lo que pueden aprender de los hombres.

(...)

El vampiro de Corinto

25. En aquel tiempo, Demetrio estaba pronunciando conferencias en Corinto; era un hombre que tenía toda la talla de un filósofo cínico, y Favorino lo menciona con frecuencia en varios de sus discursos. Apolonio hizo sobre él el mismo efecto que la sabiduría de Sócrates se dice que tuvo en Antístenes. Él lo seguía, deseoso de

aprender y devoto por sus charlas, y trataba de enviar a todos sus propios discípulos para que recibieran las lecciones de Apolonio.

Uno de estos discípulos era Menipo de Lycia, de veinticinco años de edad, muy inteligente y físicamente bien parecido, semejando su figura la de la estatua de un atleta. Se creía por lo general que Menipo tenía como amante a una extranjera. Esta mujer parecía ser de gran belleza y muy extravagante, y aseguraban que era rica, pero de hecho no era ninguna de estas cosas—todo era ilusión—. Menipo estaba paseando solo por el camino de Cencreae, cuando se le apareció un espíritu en forma de mujer, tomó sus manos, y dijo amarlo desde hacía mucho tiempo; ella era fenicia y vivía en un suburbio de Corinto. Nombrando uno de los suburbios, dijo: «Ven allí esta noche y escucharás una melodía cantada por mí y podrás degustar un vino como jamás lo has probado. No hay ningún rival en tu camino, sino que hemos de participar mutuamente de nuestra belleza». El joven quedó seducido al oír estas palabras, y aunque poseía una gran capacidad en otras partes de la filosofía, era un esclavo de los asuntos amorosos. Fue a casa de la mujer por la noche y la siguió visitando como si fuera su amante y no se daba cuenta de que era un espíritu.

Apolonio miró a Menipo como un escultor, tomando una certera impresión y una visión de él. Entonces, llevándolo aparte, le dijo: « ¡Ah!, tú eres el hermoso joven al que persigue una bella mujer. Tú estás abrazando a una serpiente y la serpiente te está abrazando a ti».

Menipo quedó cortado, y Apolonio añadió: «Tú tienes una mujer que no es tu esposa. Bien, pero ¿tú piensas que ella te ama?»

«Ciertamente—fue la contestación—desde el momento en que me trata como suele hacerlo una mujer en cosas del amor.»

«¿Te casarías con ella?»

«Sí, sería una verdadera felicidad el casarse con una mujer que nos ama.»

A lo que Apolonio contestó: «¿Cuándo es la boda?»

«Es inminente—contestó el joven—. Tal vez mañana.»

Apolonio esperó a que llegara el momento de la celebración de la fiesta de esponsales, y una vez que hubieron llegado los invitados, le preguntó: «¿Dónde está la extravagante dama en cuyo honor habéis acudido?»

«Aquí»—dijo Menipo, al tiempo que se levantaba ruborizado.

«¿Y dónde están la plata, el oro y los otros adornos de la sala de banquetes; y cuáles son los tuyos?»

«Esposa mía—replicó él—, todo cuanto poseo es esto», señalando su manto de filósofo.

«Todos vosotros sabéis—preguntó Apolonio—lo que le sucedió a Tántalo y lo que pasaba en su jardín, que ambos existían y no existían, ¿no es cierto?»

«Sí—le respondieron—, según lo que describe Homero, ya que nosotros todavía no hemos descendido al Hades.»

«Permitidme que os diga—añadió Apolonio—lo que en realidad son todos estos adornos; se trata de la insustancial apariencia de la materia. Para demostraros lo que digo, que esta excelente novia es un vampiro, aunque la mayor parte de la gente cree que los vampiros son iguales a las sirenas y los hombres-lobo, aunque a los vampiros les agrada la sexualidad, por encima de todo desean la carne humana y utilizan el sexo como una trampa para atraer a aquellos que quieren devorar.»

La mujer, entonces, exclamó: «Estad tranquilos, y prosigamos», tratando de considerar la conversación como improcedente, y al mismo tiempo, burlándose de los filósofos por decir cosas carentes de sentido. Pero entonces las copas de oro y plata demostraron ser insustanciales y todo se desvaneció de la vista, y los camareros, cocineros y otros criados se desvanecieron igualmente ante la mirada de Apolonio. La criatura trataba de aparecer llorosa, para evitar de esta forma que la interrogaran sobre su verdadera naturaleza. Pero Apolonio insistió, hasta que ella confesó ser un vampiro y que alimentaba a Menipo con engañosos placeres con objeto de poder devorar su cuerpo, puesto que su costumbre era el comer carne humana procedente de los cuerpos de jóvenes hermosos a causa de que su carne era fresca.

Ésta es la más famosa de las historias que se han referido sobre Apolonio de Tyana.

Vida de Apolonio, libro IV.

Las creencias de Apolonio

... Los egipcios critican a los indios en todas las cosas, y hablan mal de sus creencias sobre los objetos materiales; pero tienen tan alta opinión de la doctrina de los indios sobre el creador del universo, que ellos se la enseñan a los demás, a pesar de ser netamente india.

«Esta doctrina reconoce un dios creador del universo y en su origen y en su esencia. Lo que le inspiró este acto fue simplemente la bondad, y como quiera que las ideas están en íntima relación unas

con otras, yo aseguro que la doctrina de los indios y la creencia que tienen de que los hombres son buenos posee su origen en la mente divina. El orden formado por la creación de Dios debe ser comprendido para todas las cosas en los cielos y en la tierra, en todo aquello que la totalidad de los hombres poseen en idéntica participación, con la excepción de si la suerte se los niega. Pero aquí también existe una especie de orden dependiente de un hombre bueno, que no quebranta las normas, sea por sabiduría, y vos, ¡oh Emperador!, no denegaréis que para ello es preciso que se trate de un hombre hecho a imagen de los dioses. ¿Cuál será la apariencia de tal hombre? Los espíritus indisciplinados constantemente están atacando todo tipo de reglas y consideran que las leyes están caducadas, rechazan todo control y deshonran los honores debidos a los dioses inmortales. Ellos sólo aman el placer y la extravagancia, que llega a elevarse hasta una especie de ociosidad que es perjudicial y prepara para realizar cualquier mal...»

(...)

«Esta doctrina es incluso tolerable para la mayoría de los dioses; el propio Zeus no se ofende cuando el poeta dice en sus cuentos de Lycia: "¡Pobre de mí, desde que Sarpedón..."; e incluye en sus cantos un discurso en el que el dios indica cómo cede su hijo al Destino, o cuando asegura en el *peso de las almas,* que al morir Minos, el hermano de Sarpedón, que le concedió a él el cetro de oro y compareció ante el juez en la corte de Aidoneo, y no intercedió por él ante el Destino...»

(...)

«... El éxito de los hombres se manifiesta de forma cíclica y su gloria apenas dura un día.»

Vida de Apolonio, libro VIII.

La muerte de Apolonio

29. El relato que sobre Apolonio de Tyana hace Damis el asirio termina con esta nota. Existen varias versiones sobre su muerte, si es que ha muerto, pero ninguna nos ha sido transmitida por Damis. Sin embargo, hay un punto que no debemos silenciar si mi historia ha de tener una conclusión apropiada. Nada ha dicho Damis sobre la edad de su amigo, aunque algunos dicen que tenía ochenta años, otros que cerca de noventa, y hay quien asegura que pasaba de los cien, en un perfecto uso y goce de su cuerpo y con mucho más encanto que el

que había tenido en la juventud. Existe una cierta belleza en las arrugas, y tal sucedía muy especialmente con Apolonio, como demuestran las estatuas que de él existen en el santuario de Tyana y por las descripciones que son más líricas sobre él como un anciano, que acerca de Alcibíades joven.

30. Algunos aseguran que murió en Éfeso, bajo el cuidado de dos sirvientes (como quiera que los hombres libres de que he hablado al principio no habían muerto aún)...

(...)

Otros afirman que murió en Lindos después de haber penetrado en el templo de Palas Atenea y haberse desvanecido en su interior. Otros refieren que murió en Creta, de una forma todavía más extraordinaria que la referida en Lindos. Apolonio estaba descansando en Creta y era visto con la mayor admiración por todos sus habitantes, mayor aún que anteriormente, cuando visitó al santuario de Dictynna, muy entrada la noche. Esta capilla está guardada por perros que protegen el tesoro que posee y los cretenses los consideran no menos peligrosos que los osos u otros animales feroces. Pero no lanzaron ni un solo ladrido cuando llegó Apolonio; al contrario, se acercaron y le lamían las manos, incluso con más afecto que a aquellas personas a las que los animales conocían muy bien. Los oficiales del templo arrestaron a Apolonio como si fuera un mago y un ladrón, sobre el terreno, y necesitaron para ello echarle el lazo a los perros y pacificarlos. Pero alrededor de la medianoche estaba completamente libre, y después de haber llamado a sus carceleros con objeto de despertar su atención, se dirigió hacia las puertas del santuario. Éstas se abrieron solas, y una vez hubo entrado se cerraron tras él, quedando en su posición original. Desde el interior surgió la voz de las doncellas cantando, y su cántico decía: « ¡Producto de la tierra! ¡Producto para los cielos! ¡Producto! »; o dicho en otros términos: « ¡Se dirige arriba lo que procede de la tierra! »

Vida de Apolonio, libro VIII.

LIBANIO

(314-393)

Este interesante personaje, que gozó de un especial renombre en su tiempo, ha permanecido casi desconocido hasta fecha relativamente reciente, posiblemente por haber sido partidario del emperador Flavio Claudio Juliano, al que la historia conoce con el sobrenombre de *El apóstata* y rodeado de una injusta leyenda negra.

Nació Libanio en Antioquía de Siria hacia el año 313 ó 314; estudió retórica en Atenas y abrió una escuela en Constantinopla, pero la envidia de sus rivales le obligó a dejarla pocos años después. Pasó a Nicea y Nicodemia, dedicándose a la enseñanza con el mismo éxito que había logrado en Constantinopla.

Volvió más tarde de nuevo a Constantinopla y Atenas, pero cansado por los sinsabores de la vida, decidió retirarse a Antioquía, lo que hizo en 354.

El resto de su vida fue una larga y desgraciada vejez, ya que pudo ver morir a su hijo único, hermanos, parientes, amigos y derrumbarse el Imperio romano y la cultura griega, que tanto amaba.

Se conservan 68 discursos y 1.200 cartas, así como *argumentaciones* extremadamente útiles para el estudio de Demóstenes. Uno de los discursos (Oration I), es una *Autobiografía,* único discurso. De esta *Autobiografía*[1] hemos seleccionado algunos fragmentos, en los que refiere cómo fue acusado de ejercer las artes mágicas en Constantinopla y otros lugares.

Autobiografía (fragmentos)

43. Si le hubiera sido posible acabar conmigo por medio del veneno, no habría dudado en añadirlo a mi bebida; pero viendo que esto le era imposible, se le ocurrió un cuento de hadas y dijo que había sido perjudicado por artes mágicas. Aseguró que yo tenía íntima amistad con un astrólogo que era capaz de controlar las estrellas y mediante ellas podía otorgar la salud o la enfermedad y maleficiar a los hombres—exactamente lo mismo que hace un tirano con sus

[1] Hemos utilizado la edición de A. F. Norman, *Libanius'Autobiography* (Oration I), que comprende el texto griego, con introducción, traducción inglesa y notas. Londres, Nueva York y Toronto, «Oxford University Press», 1965.

guardianes—. La prueba que se adujo de todo esto fue sacada de la piel de mi copista, un cretense, persona muy honorable, cuyas manos me han servido cuidadosamente en Atenas y en otros lugares. 44. Dándose cuenta de que no podría lograr esto por sí solo, organizó una verdadera pandilla con personas, que siempre las hay dispuestas, y utilizó los garrotes de maestros de escuela y profesores. Envidia, miedo e ira fueron entonces sus cómplices—todas estas emociones en el caso de los profesores, envidia en el caso de los demás—. Aprovecharon la oportunidad que les brindaron unos motines populares, cuando el procónsul fue herido y hubo de refugiarse en las murallas de Perinto y los conspiradores fueron arrestados, siendo considerado como tal cualquiera al que se denunciara, como si con poner rejas a esos hombres los disturbios desaparecieran para siempre. 45. Cuando los amotinados hubieron recobrado el buen sentido y el gobernador retornó, mi arresto resultaba claramente ilegal. Se me hizo conocer que al día siguiente escucharía las acusaciones y a mí mismo, equilibrando el peso de la ley, y que el castigo que infligiría sería muy severo. Todos se vieron presos de pánico y empezaron a acusarse entre ellos—¡así son las disposiciones de los cielos!—. Hacia la medianoche, Alejandro fue expulsado de su sede, y al amanecer el control de la ciudad estaba en manos de Limenio. No quiero dar más detalles, basta decir que era uno de los principales miembros de la conspiración contra mí. Asumió el aire de un ser todopoderoso, pero yo lo consideré seriamente sólo como un hombre—su única aspiración seria era desempeñar el papel de un ser necio—. 46. Antes de comenzar el juicio estuvo en la plaza de la ciudad y rogó a la Fortuna que su puesto oficial durara lo suficiente para poder matarme. Los miembros del grupo aprobado por él estaban convencidos de que los prisioneros serían puestos en libertad, porque no se había quebrantado la ley sobre la materia objeto de la acusación; pero tenían mayor respeto al halagarle que a que se cumpliera la ley, y como no encontraron acusador ni se habían ocupado de llamar a un defensor, él abrió el caso mediante un interrogatorio con tortura del pobre sujeto, y ésta fue la primera vez en que yo pude saber cómo los torturadores obtenían confesiones tras agotar físicamente a sus víctimas. 47. Al no conseguirla, sus dientes temblaban de cólera, y a falta de una segunda víctima por razón de mi clase social, amenazaron al pobre diablo con hacerlo morir en la cruz, diciendo que no lo descolgarían hasta que hiciera una declaración que les satisfaciera. Al mismo tiempo me avisó, por medio de uno de sus ayudantes, de que no tratara de «cocear

contra los espinos», sino que sería lo mejor que abandonara la ciudad si quería salvar mi vida. Consideré que sería una tontería el morir sin causa, especialmente después del éxito que había obtenido con motivo de mi examen. 48. Había recibido, por otra parte, una invitación para cambiar mi posición como profesor por otra mejor en Nicodemia.

(...)

62. La mujer del profesor comenzó a sufrir una enfermedad mental, y él, negándose a creer que fuera debida a ninguna lesión de carácter físico, trató de achacarme la culpa a mí, y siguiendo malos ejemplos, trató de que mi copista fuera interrogado. Después de morir su esposa, dejó su tumba con los ojos arrasados de lágrimas y se dirigió al tribunal de justicia, y aunque sus acusaciones no fueron presentadas en forma legal, su sola petición bastó para que el hombre fuera arrestado. 63. Consecuentemente, los papeles fueron invertidos y él trató de evitar un juicio, pero yo insistí. El gobernador se sintió muy divertido ante la idea de que yo, habiendo tomado lo mejor del profesor, hubiera tratado después de privar de la vida a su mujer. Esto era tan absurdo como sería para un atleta, que tiene en sus manos la vida de su adversario, el no tomarla, y después de dejarlo marchar tratar de atentar contra la vida de la madre de su contendiente mediante el empleo de la magia...

68. Al cantar el gallo llamaron a mi puerta y nuestro carcelero nos hizo marchar. Alcimo y yo fuimos alojados en una perfumería, esperando nuestro turno. Este Alcimo, he de decirlo de pasada, tenía algo de divino en él; estoy seguro que un hombre como él no podía haber sido engendrado por un mortal. Bien; inmediatamente antes del mediodía, el malvado de nuestro acusador, un ser medio demente y ladrando que Filagrio estaba también implicado en el mismo asunto, una incomprensible aseveración, en que nosotros nos habíamos visto envueltos... 69. El gobernador salió inmediatamente y vimos a nuestros amigos muy sonrientes, por lo que supusimos que iba a producirse algún feliz acontecimiento. Sobre la naturaleza y forma del mismo no teníamos la más ligera idea, hasta que uno de nuestros amigos, por señas, nos dijo a distancia que nuestro enemigo había huido, por lo que el gobernador se había visto obligado a mantener la ley y había hecho su propia idea de levantar el cargo que pesaba contra nosotros de asesinato.

(...)

98. Mientras tanto, mis declamaciones fueron numerosas y de tal clase que atrajeron a muchos alumnos a mi escuela. Entonces, un mozuelo, que había logrado más de una cena por los favores de su

*

persona, se vio influido por un cuantioso soborno con objeto de que me acusara ante el emperador de que yo había cortado la cabeza de una pareja de muchachas y las conservaba en mi poder para utilizarlas en operaciones mágicas, una contra él y otra contra su colega de mayor edad. La recompensa por esta calumnia era el acostarse con una danzarina que obedecía a mi rival, como hacía la pandilla del sofista en todo... 99. Galo los llevó a ellos al tribunal, que era lo último que esperaban..., y no me persiguió a mí...

(...)

Autobiografía de Libanio (Oración I).

EUNAPIO

(346-414)

Lo mismo que Libanio, este sofista griego fue partidario y defensor de lo que podríamos parafrasear como «en antiguo régimen», es decir, de la cultura y civilización griegas, en las que se incluían su religión y los sagrados misterios.

La obra capital de Eunapio fue una *Historia Universal,* que continuaba la *Crónica* de Déxippos, es decir, que partía del año 270 después de Jesucristo. La obra se ha perdido, hecho verdaderamente lamentable, pues en ella se relataban las vicisitudes de los últmos tiempos de la civilización clásica y la introducción del cristianismo con todas sus consecuencias. Al parecer ocupaba parte destacada de la *Historia* todo lo relativo al emperador Juliano, sobre el que Eunapio poseía datos directos por ser amigo del médico Oribasio, que acompañara al emperador en las Galias. Se dice que en el siglo V se conservaba aún y que el escritor Zósimo se basó en ella para su relato de la vida del emperador.

Sin embargo, ha llegado hasta nosotros otro de sus escritos, *Vidas de filósofos y sofistas,* de donde hemos resumido algunos epígrafes que tienen interés desde el punto de vista de la presente antología.

Jámblico

... Un filósofo muy celebrado *Jámblico,* que era de ilustre ascendencia y perteneció a una opulenta y próspera familia.

(...)

Como discípulo de Anatolios, que queda clasificado después de Porfirio, hizo grandes progresos y alcanzó la más elevada distinción en la filosofía. Entonces, dejando a Anatolio, se unió a Porfirio, y en ningún aspecto fue inferior a Porfirio excepto en el de la estructura armoniosa y la fuerza del estilo. Sus fórmulas y expresiones, en efecto, no están llenas de gracia y encanto, no son transparetes, y carecen de la belleza de la simplicidad.

(...)

Ocasionalmente llevaba a cabo ciertos ritos en soledad, separado de sus amigos y discípulos, cuando rendía culto al ser Divino. Pero la mayor parte del tiempo lo dedicaba a conversar con sus discípulos, y en su modo de vida no era exigente, sino de una simplicidad antigua. Cuando ellos bebían vino, solía encantar a los presentes con su

conversación y los llenaba como con néctar. Y ellos nunca cesaban de desear este placer y nunca tenían bastante, de forma que nunca le dieron tregua o descanso; y ellos designaban a los más elocuentes de entre ellos para que los representaran, y le preguntaron:

« ¡Oh maestro, el más inspirado!, ¿por qué te ocupas de esta manera en la soledad, en vez de compartir con nosotros tu sabiduría más perfecta? No obstante, ha llegado hasta nosotros un rumor, a través de tus esclavos, sobre que, cuando haces una oración a los dioses, te levantas de la tierra más de diez codos por lo que parece, y que tu cuerpo y tus vestidos se cambian en un hermoso color de oro, y que ahora, una vez tu plegaria ha concluido, tu cuerpo vuelve a ser como antes de orar y luego desciendes a la tierra y te asocias a nosotros.»

Jámblico no era en modo alguno propenso a la risa, pero se rió con estos comentarios.

«El que así os engañó era un tipo ingenioso y con gracia; pero los hechos son de otra manera. Sin embargo, en adelante estaréis presentes a todo lo que ocurra.»

Esto fue una especie de demostración que él hizo y su relato llegó al autor de ese libro a través de su maestro, Crysantíos de Sardes. Éste era discípulo de Aidesios o Edesio, y Edesio fue uno de los principales discípulos de Jámblico y uno de los que le habló de la manera que he dicho. Decía él que se dieron las siguientes manifestaciones evidentes de su naturaleza divina. El sol se encaminaba a los límites de la constelación del León, en el tiempo en que sale con la constelación del Can. Era la hora para el sacrificio, y éste se había ya celebrado prontamente en una de las villas suburbanas pertenecientes a Jámblico. En este momento, cuando los ritos habían sido ya debidamente realizados y ellos estaban regresando a la ciudad, paseando lenta y ociosamente—su conversación, en efecto, tenía los dioses, cosa que estaba en perfecta consonancia con el sacrificio celebrado—, de repente Jámblico, en medio de la conversación, se quedó absorto, como si se le hubiera cortado la voz, y por unos momentos fijó sus ojos sin moverlos en el suelo, los alzó luego hacia sus amigos y los llamó con voz fuerte: «Vayamos por otro camino, pues ahora mismo ha sido llevado por este camino un cadáver». Después de decir esto se desvió a otro camino que le pareció era menos impuro y algunos de ellos se desviaron junto a él, los que pensaron que era vergonzoso abandonar a su maestro. Pero el mayor número, y los más obstinados de sus discípulos, entre los que se hallaba Edesio, se quedaron donde estaban, atribuyendo el suceso a un portento y oliendo como los perros en busca de una prueba. Y muy pronto los que habían enterrado al hombre muerto regresaron. Pero aun así los

discípulos no desistieron, sino que preguntaron si ellos habían seguido aquel camino. «Tuvimos que hacerlo—respondieron—porque no había otro camino.»

Pero ellos dieron testimonio de un incidente más maravilloso aún. (...)

Había dos fuentes termales más pequeñas que las otras, pero más lindas, y él mandó a sus discípulos que preguntaran a los naturales del país con qué nombres se las solía llamar en tiempos más antiguos. Cumplida su orden, ellos dijeron: «No hay ningún misterio, pues esta fuente se llama Eros y el nombre de la que está al lado es Anteros». Inmediatamente él tocó el agua con su mano—casualmente estaba sentado al borde de la fuente, donde el exceso de agua se vierte hacia fuera—, y pronunciando unas breves intimidaciones hizo salir a un muchacho de la profundidad de la fuente. Tenía la piel blanca, su estatura era mediana, sus bucles de oro y su espalda y pecho brillaban, y se parecía exactamente a alguien que se estuviera bañando o se acabara de bañar. Sus discípulos quedaron atónitos de asombro, pero Jámblico dijo: «Vayamos a la fuente siguiente»—y se levantó y les guió en el camino, con aire pensativo. Luego realizó allí lo mismo e hizo aparecer otro Eros igual al primero en todos los aspectos, fuera que su cabello era más oscuro y caía suelto al sol. Los dos muchachos abrazaron a Jámblico y se juntaron a él como si él fuera realmente su padre. Él los devolvió a sus propios lugares y se marchó después de su baño, reverenciado por sus discípulos.

Vidas de filósofos y sofistas, Buenos Aires, Aguilar.

El ocaso de los misterios

...El culto de los templos de Alejandría y de la capilla de Serapis fue desparramado a los cuatro vientos, y no solamente las ceremonias del culto, sino también los edificios, y todo sucedió como en los mitos de los poetas, cuando los gigantes obtuvieron la victoria. Los templos de Canopo sufrieron también el mismo destino en el reinado de Teodosio, cuando Teófilo estaba al frente de los abominables o malditos como una especie de Eurymedonte, «que reinaba sobre los altaneros gigantes» cuando Evagrio era prefecto de la ciudad y Romano tenía el mando supremo sobre las legiones de Egipto. Estos hombres, en efecto, amparándose en su odio contra nuestros lugares santos, como lo profesaran a las piedras o a los albañiles, hicieron una incursión en los

templos y, a pesar de que ellos no pudieron alegar ni siquiera un rumor de guerra que los justificara, demolieron el tempo de Serapis e hicieron la guerra contra las ofrendas del templo, con lo que consiguieron una victoria sin enfrentarse a un enemigo y sin trabar batalla. De esta manera lucharon tan esforzadamente contra las estatuas y las ofrendas votivas, que no solamente las vencieron, sino que las robaron también, y sus únicas tácticas militares fueron las de asegurarse de que el robo iba a quedar en el anonimato. Lo único que no cogieron fue el piso del templo de Serapis, simplemente a causa del peso de las piedras, que no eran fáciles de mover de sus sitios. Entonces, esos hombres belicosos y honorables, luego de haberlo reducido todo a confusión y desorden y de haber retirado sus manos realmente sin mancha alguna de sangre, pero no limpias y puras de codicia, se vanagloriaban de que ellos habían derribado a los dioses y consideraban su sacrilegio e impiedad como algo de lo que debían gloriarse.

Luego llegaron a los lugares sagrados los llamados por ellos monjes, que eran hombres en su apariencia externa, pero llevaban una vida de cerdos, y abiertamente cometieron y permitieron innumerables e indescriptibles crímenes. Pero esto ellos lo consideraban piedad, a saber, el mostrar desprecio hacia las cosas divinas. Porque en aquellos días todo hombre que llevara una túnica negra y consintiera en comportarse de una manera indigna en público, poseía el poder de un tirano; ¡hasta tal grado de virtud había llegado la raza humana! Todo esto, sin embargo, lo he descrito en mi *Historia Universal*. Ellos establecieron esos monjes también en Canopo y de esta manera encadenaron a la raza humana al culto de los esclavos, y aun estos esclavos nada honestos en lugar de al culto de los verdaderos dioses.

(...)

Esto, pues, incrementó en gran manera la reputación de Antonino también en el campo de la presciencia, por cuanto él había predicho a todos que los templos se convertirían en tumbas. De igual manera el famoso Jámblico, como he referido ya en mi narración de su vida, cuando un cierto egipcio invocó a Apolo y, con gran estupefacción de los que vieron la visión, Apolo acudió, dijo: «Amigos míos, dejad de sorprenderos, éste es solamente el espíritu de un gladiador».

Tan grande es la diferencia que hay entre contemplar una cosa con la inteligencia y contemplarla con los ojos engañosos de la carne. Pero Jámblico vio a través de cosas maravillosas que estaban presentes, mientras que Antonino previó acontecimientos futuros.

Vidas de filósofos y sofistas, ídem.

LA BÚSQUEDA DEL SANTO GRIAL EN LA LITERATURA ESPAÑOLA

La búsqueda del Santo Grial corresponde al llamado ciclo bretón, es decir, del Rey Arturo o Artús y la Tabla Redonda. Su penetración en Castilla fue bastante tardía y no llegó a tener raíces demasiado profundas. Dice Milá y Fontanals [1]: «Una nueva caballería, menos heroica y más refinada que la del ciclo carolingio, no se avenía con el carácter grave de la castellana: su espíritu de galantería, a menudo adúltera, y su equívoco misticismo, no convenían a los austeros defensores de la fe; sus lejanas y fantásticas aventuras, a los que reconquistaban penosamente el suelo de la patria, y *su afición a lo maravilloso y las hadas,* a los que sin que lo desconocieran, lo miraban al parecer con desapego».

La primera mención de nombres galeses en la literatura castellana está en los *Anales toledanos primeros (Esp. Sagra.,* XXII, 381), que llegan solamente hasta el año 1217.

En la *Gran conquista de Ultramar* se diferencia una Tabla Redonda allí celebrada de «la que fue en tiempo del Rey Arturo». Rodrigo Yáñez, en su *Crónica de Alfonso XI,* refiere que entre los músicos que actuaron en la coronación de Alfonso XI había unos «jograres» que cantaron «la farpa de don Tristán», y aplica una profecía del Mago Merlín a la muerte del rey Juan el Tuerto y otra a la victoria de los reyes de Castilla y Portugal: «Merlín, estando en Bretaña, dijo a su maestro don Antón» que en una «carta que el moro de Granada sabidor que dezían *(sic)* Banahatín envió al rey D. Pedro». Esta carta contenía «un dicho de profecía de Merlín».

En un estudio de Bonilla y San Martín sobre *Las leyendas de Wag-*

[1] Manuel Milá y Fontanals, *De la poesía heroico-popular castellana,* Barcelona, C. S. I. C., 1959.

ner en la literatura española[1], se citan entre otros los siguientes textos:

—El «Conte del Graal», de Chrétien de Troyes (1175).

—«La demanda del Sancto Grial con los maravillosos hechos de Lanzarote y de Galaz, su hijo» (siglo XIV). Ésta es una versión muy pobre de una antigua *Queste* hoy perdida, y que ha ido sufriendo la influencia cristianizadora de las abadías medievales. Con toda probabilidad es fuente común del *Conte del Graal* de Chrétien de Troyes y del *Parsival* de Wolfram d'Eschembach.

Según M. Roso de Luna[2] sus personajes poseen una etimología ocultista, de forma que Lancelot del Lago es «el hombre de la lanza o solar, el hombre-héroe iniciado en el lago sagrado»; Galar es «el caballero de la altura», es decir, el de los altos ideales; la floresta de Armantes o Arimantes «do era el paso peligroso» es la intrincada selva astral que se ha de recorrer para salir de este mundo y penetrar en el Devachan; Arthus es el «Suthra» o hilo de la tradición eterna. Camelot es el «kama-loka» indostánico.

Damos unos fragmentos de *Lanzarote del Lago,* según Bonilla San Martín.

La espada quebrada

Estando ansí fablando don Galván y sus compañeros oyeron un gran grito muy alto y dolorido... e no anduvieron mucho... e fallaron un caballero que se combatía con otros doce de a pie y de acaballo... e don Galván firió a aquel que primero encontró, tan duramente que le metió la lanza por la espalda e don Ioan e Estor derribaron a dos de los otros, e los demás metiéronse por lo más espeso de la floresta, e cuando don Galván vió que no los podían más seguir tornóse al caballero... e vió que traía dos espadas, e maravillóse ende mucho... e le dijo: «¿Por qué traéis dos espadas en uno?...» El caballero desciñó las dos espadas e colgó la una de ellas en un árbol e la otra la puso sobre la yerba verde e fincó de hinojos e omillóse ante ella e besó muy devotamente la empuñadura; e después sacóla de la vaina, mas non sacó sino la mitad ca ella era quebrada por medio... E luego volvió

[1] Bonilla San Martín, *Las leyendas de Wagner en la literatura universal,* citado por M. Roso de Luna, *Del árbol de las Hespérides,* Madrid, Pueyo, 1923.

[2] Mario Roso de Luna, *loc. cit.*

la vaina a yuso e cayó la otra mitad sobre la yerba, más mucho se maravillaron cuantos vieron caer de la punta de la espada gostas de sangre, unas tras otras, muy espesamente... «Nunca vi tal maravilla —dijo don Galván—; mas por Dios, decidme ende la verdad.»

«De grado os la diré—dijo el caballero—; mas antes convendrá el probaros a vos y a vuestros compañeros si pudiéredes estos dos pedazos juntar en uno e que finque sana.» Entonces descendieron de los caballos don Galván e sus compañeros e tendió una doncella un paño de jamete sobre la yerba verde.

«Señor—dijo el caballero—, os conviene envolver las manos en este jamete e tomar ansí los pedazos de la espada, ca si de otra guisa los tomásedes podría vos ende venir alguna mala ventura». Entonces envolvió las manos en el jamete e dijo don Galván: «Señor, ¿pueden estos dos pedazos desta espada ayuntarse e soldar de primero por mí?» El caballero dijo: «Sí, si vos sodes aquel que habedes de dar cabo a las aventuras del Sancto Grial». Entonces comenzó a pensar don Galván, así que el corazón le temblaba en el cuerpo e las lágrimas le salían de los ojos, e el caballero le dijo: «Probadlo, en nombre de Dios». E don Galván tomó los dos pedazos e ayuntólos en uno, mas nunca la espada se soldó como antes..., e después probaron don Ioan, e Estor, e Garriet, e Guerres, e Morderte e todos los otros compañeros, sin lograrlo...

E el caballero dijo: «Buenos señores, agora podedes bien ver que no hay en vos tanto bien como dicen», e comenzó a llorar muy reciamente, e Estor le dijo: «Señor, agora podedes bien ver que son engañados cuantos nos tienen por buenos...» «Bien habedes oído fablar muchas veces por las escrituras antiguas—dijo el caballero—que Joseh Abarimatia, el buen caballero que descendió a nuestro Señor Jesu-Christo de la cruz, vino a esta tierra que llaman de la Gran Bretaña por mandato del criador del mundo e desque hobo una pieza aquí morado... vino un día por medio de la floresta que llaman Verceleanda o Peodelianda, e aquel día era viernes, antes de mediodía, e anduvo tanto por un sendero que alcanzó a un pagano... con el que siguió... "—¿Qué menester as tú"—le preguntó el pagano. "Yo—dijo Joseph—soy físico, e puedo llagas guerir". "Pues ven conmigo—dijo el pagano—a un mi castillo adonde está muy llagado mi hermano de una ferida en la cabeza, que non se falla maestro que lo pueda guarescer". "En el nombre de Dios—dijo Joseph—yo lo guariré muy bien si me quisiere creer..." "Por mi cabeza—dijo el pagano—si vos me mentides, non podedes por cosa escapar ende vivo..."

»E ansi fablando anduvieron hasta nona, que llegaron al castillo

de la Peña, que estaba en una montaña... E cuando Joseph y el pagano entraron, un león saltó en él, derribólo e matólo, e todos sus vasallos comenzaron a fazer gran duelo e prendieron a Joseph en la torre, e uno que era mayordomo del castillo tiró de espada e firió a Joseph de la punta por la pierna, ansí que quebró la espada por medio e ficó la mitad de la espada en la pierna de Joseph... "Buenos señores—dijo Joseph—, antes que me matades traed aquí a todos los dolientes del castillo, e yo los guariré si me quisieren creer." E luego primeramente trujeron al hermano del señor del castillo, que había una llaga en la cabeza tal, que niguno se la podía guarescer. "Si tú creyeras en Dios —dijo Joseph—, yo te guariré en nombre de Dios..."

»E fueron luego al templo e fizo llevar allá el cuerpo del hermano muerto, a quien... resucitó en nombre de Dios e de nuestro buen padre Jesu-Christo. E dijo: "Señores, agora veredes el poder de vuestros falsos dioses." E luego esto dicho, vino un trueno muy grande e grandes relámpagos, e la tierra comenzó a tremer e el aire a escurecerse, ansí que todos cuidaron de morir. Entonces vino un curisto (rayo) e dió en las imágenes de los dioses e quemólas todas... E cuando el hermano vió resucitado al muerto, comenzó a llorar de piedad... E luego fizo Joseph traer la otra parte de la espada e hizo la señal de la vera cruz con ella sobre la llaga de Matagrant e quedó éste guarido, e después tiró la pieza de la espada de su pierna, e la espada salió tan clara como si nunca hubiese estado en carne, pero de su punta caían gotas de sangre, de lo que maravillóse mucho todo aquel pueblo... E cuando Joseph vido las dos piezas de la espada, dijo: "¡Ay, espada buena e fermosa! ¡Ya más non serás juntada, fasta que te tenga en sus manos aquel que las grandes aventuras del Sancto Grial llevará al cabo, mas luego que te tendrá te juntarás a fina fuerza, e esta pieza que en mi carne entró, no será jamás vista que no eche gotas de sangre fasta que la ciña aquél!" E el caballero que tal narraba a don Galván e a sus compañeros acabó diciendo: "Sabed, en fin, señores, que yo e de nombre Eliascar, el fijo del rico rey Pescador, que tiene en su casa el rico Grial, en ando en la demanda de juntar esta espada" *(sic)*.»

Lanzarote del Lago.

DIEGO DE TORRES VILLARROEL

(1693-1770)

Personaje discutido y poco conocido, su vida está envuelta en nebulosas, pero a través de todas las lagunas destaca su intensa personalidad, perfectamente equiparable a muchos de los grandes «aventureros» del siglo XVIII.

Literato con gran dominio del castellano, sus obras están impregnadas de un sentido irónico que nos recuerda a Quevedo y otros escritores del Siglo de Oro español. Su gran conocimiento del ocultismo nos lo demuestra, entre otras, en su *Anatomía de ambos mundos,* de la que damos a continuación algunos extractos.

Publicó bajo el seudónimo del *Gran piscator de Salamanca* unos *Almanaques* muy del gusto de la época, en los que se indicaban algunas «profecías», en el estilo de Nostradamus, y se dice que en ellas se anticipaba al anuncio de la Revolución francesa.

Historia del mundo subterráneo

¡Válgame Dios, con qué viveza abulta el sueño imágenes, y copia figuras en el taller de la imaginación! ¡Con qué libertad vuela la fantasía sin el freno de la razón por espacios nunca descubiertos! Estaba yo padeciendo las primeras impresiones del letargo, cuando *(sic)* a mi parecer, más despierto, creí que me hallaba con mis amigos en una cueva (que es gran cosa el sueño para cabalgadura, porque en un abrir y cerrar de ojos se halla uno a mil leguas de su cama).

(...)

«Esta garganta lo es de una cueva, donde los demonios hicieron Universidad de Ciencias Naturales, y en ella imprimían las Magias a los que poco firmes en la Religión Católica miraban muy de lejos la eternidad. Ésta es la bodega donde hurtaron los espíritus infernales la sombra a aquel marqués, que después se volvió gigote y se hizo inquilino de una redoma, encomendándose a la diligente crianza de un mulato, siervo suyo, que tiene empalagados los oídos.» «Antes que

nos reciba esa gruta (dixo uno—sic—) sepamos de Vmd. que es curioso, y hijo de Salamanca, qué verdad contiene esta vulgarísima noticia, que anda apestando por todos los Pueblos de España, y en otros extrangeros». «Yo sólo sé (respondí) que a la chimenea de mis Padres oí decir a mis decrépitos Abuelos, que sus antepasados informaban de la historia de esta cueva diabólica, diciendo que primero había sido gloriosa habitación del Santo Cibrián, que acabó la penitente vida en una Ermita, cuya arquitectura formaron esas destrozadas ruinas que estáis mirando; esta Ermita dicen que se comunicaba a la cueva y el tiempo cegó el tragadero por donde el demonio se colaba para mortificar a este santo varón. La principal puerta de las Aulas, por donde entraban los estudiantes, es esa grande que veis ahí forrada en chapas de hierro, y esos cerrojos y candados, creen todos que los mandó echar el Santo Tribunal de la Inquisición [1].»

(...)

...Siendo el calor, luz y movimiento del Sol, las qualidades *(sic)* de la Luna y la naturaleza de los demás cuerpos etéreos universales, agentes que producen en la disposición elemental estas formas y especies. Hermes en su Tabla Esmaragdina lo explicó en estas palabras, las que diré en latín, lo uno porque hay en el corro quien me entiende, y lo otro porque no pierdan su virtud en mi versión: *Rei unius Pater est Sol, Mater vero Luna: portavit ventus hanc rem in suo ventre, et rursus quod prius nutrix terra est...*

(...)

...Cada metal trabaja con su influxo *(sic)* y qualidad *(sic)* más específica un cuerpo celeste; y así, el Sol cuida de cocer, calcinar y colorear al Oro; la Luna a la Plata; Saturno al Plomo; Marte al Hierro; Júpiter al Estaño y Venus al Alatón *(sic)*. Infiérese esta impresión y oculto influxo de la similitud, así en las qualidades, como en el color que tienen dichos metales con estos planetas, y como Saturno es frío y seco y de color ceniciento, y el Plomo contiene la misma tintura y qualidades *(sic)*, de aquí arguyo yo el especial influxo y ayuda de estas estrellas en cada uno de los metales.

[1] En la iglesia de San Ciprián de Salamanca se dice que existió en tiempos un subterráneo en el que se impartían iniciaciones ocultistas. Incluso existe una tradición que asegura que un tal Clemente Potosí enseñaba nigromancia en el siglo XIV. La iglesia de San Ciprián se unió posteriormente a la de San Pablo. (J. F. D. P.)

Anatomía del hombre

En quanto *(sic)* a la habitación y residencia del alma hay otras tantas opiniones y delirios como su definición, porque Erasístrato lo pone entre las membranas, Epicránides sobre el casco. Hipócrates con Hierófilo en los ventrículos del cerebro. Estrabón en el espacio que hay entre las cejas...

(...)

De la duración del alma han dudado también variadamente los filósofos, porque unos dixeron *(sic)* que moría inmediatamente con el cuerpo, y en este error acabaron la vida Demócrito y Epicuro. Los Estoicos discurrían con más racionalidad, pues aseguraban que si en esta vida se postra el alma con los vicios y no se levanta con algunos dotes, que muere quando *(sic)* el cuerpo, mas si en esta vida se adorna de virtudes heroycas *(sic)* y enriquece de dones, se hace por estos medios inmortal. Aristóteles (por común opinión de los Filósofos) no se determina a conceder la inmortalidad...

(...)

Considerando al hombre como compuesto de cuerpo material y alma racional, se diferencia de todas las cosas del universo, y es el mayor milagro de la naturaleza, que en este teatro del Mundo, no hay ente más admirable que el cuerpo humano; pero consideradas estas dos partes separadamente, conviene al hombre con las otras cosas de la universidad del Mundo; porque con el cuerpo es participante de las cosas corpóreas y el alma participa de las cosas espirituales...

(...)

Esta forma humana, en los dos estados de vida, el uno en el cuerpo en el tiempo que lo anima, y el otro fuera del cuerpo en el tiempo en que está separada de él, en uno y otro estado tiene potencia de obras en muchas maneras. En cuanto espíritu, tiene tres facultades con que obra espiritualmente: éstas son *memoria, entendimiento* y *voluntad;* y separada del cuerpo, afirman muchos filósofos, que le quedan solamente las dos de *entender* y *querer.*

De los signos del Zodiaco

...Han observado los Filósofos y Astrólogos que las partes o signos del Zodiaco influyen en la masa de los elementos que constituyen los

cuerpos mixtos, las cuatro qualidades *(sic)* de calor, sequedad, frialdad y humedad, engendrando, conservando y corrompiendo, esto es, dando principio a las cosas, haciéndolas perseverar en su estado y distribuyéndolas, que es su fin. De esta observación vinieron a notar que el Zodiaco estaba dividido en estos doce signos, los quatro *(sic)* que influyen las primeras cualidades, otros quatro que las conservan y otros quatro que las destruyen, y de aquí nace la generación y corrupción de todos los vivientes y mixtos de este Mundo inferior. Y porque el Sol es el Planeta de mayor virtud entre los cuerpos visibles del cielo, y el que despierta y pone en movimiento los Signos para que influyan en las cosas inferiores, según el movimiento que tiene por ellos, se ha dividido el Zodiaco en estas doce partes, las quales *(sic)* nunca perseveran en un estado, pues moviéndose el Sol con su natural movimiento de Occidente a Oriente, se lleva consigo los principales influxos *(sic)* y condiciones de estas partes.

(...)

Están estas doce partes en este Cielo único que hemos de conceder, y se llaman Signos, no porque en ellas se experimenten señales algunas, sino porque convienen en su influxo con las imágenes que están en él, y vimos ya, y así, se refieren a ellas, poniéndolas sus nombres mismos (según los Poetas y primeros Filósofos fabularon, para ocultar al vulgo estos altísimos secretos) por no faltar a la claridad que he prometido: no trato más largamente en los sistemas de esta Esfera y así trataré de cada una de sus partes, empezando por la primera, que es el signo de Aries.

De la naturaleza, dominio y movimiento de los planetas

El empeño más dificultoso de la Astronomía es indagar la especulación de los planetas, y para este fin imaginaron los Astrólogos en el cielo varios círculos para salvar todas las apariencias y movimientos desde la Tierra...

(...)

Pero en las Imprentas de España no ha quedado un madero ni una lámina de la descripción de estos Orbes, ni hoy se conoce un Oficial a quien confiar la rigurosa distribución y graduación de estos círculos, ni en nuestras Librerías públicas, y aun en las de las Comuni-

dades Seculares ni Eclesiásticas apenas se encuentra un Libro por donde podamos instruirnos, y así, cada pobre es fuerza que se ingenie y trabaje. Esto supuesto, digo que en el quarto *(sic)* cielo, respecto a la tierra, y octavo en el orden natural (esto es, contando desde aquí arriba), dixeron los Astrólogos que estaba este planeta Sol, que es el que gobierna el Mundo, y por quien se mueve todo lo que se mueve y nace todo lo que nace, crece y madura todo fruto y últimamente es el Padre universal de todas las generaciones, causa la salud y enfermedad, porque en la concordancia de su calor consiste la vida y la muerte de los cuerpos. En el cielo quarto *(sic)* de este Planeta imaginaron los astrólogos tres Orbes o cascos para salvar la máxima o mínima distancia que hace del centro de la tierra...

(...)

De los Ángeles malos o demonios, Bruxas (sic), Hechiceras y supersticiones

Tristes, enojados y descontentos venían mis amigos cerca del epiciclo de la Luna, y viendo que ya descubrían la Región Elemental, empezaron a gemir y suspirar por la celestial habitación que dexaban. Consolelos como pude, y rompiendo por la Esfera del fuego, apenas tocamos la media del ayre *(sic)*, quando de repente se formaron en él horribles figuras de todas especies que atemorizaban nuestra vista, y mis compañeros gritaron con estas voces: «*Bien hacíamos en resistir el descenso; Jesús mil veces, ¡qué horror!, ¡Dios mío, ayudadnos!*, y otras lamentaciones de este linage. Echando al ayre *(sic)* estas desentonadas voces, caímos a tierra, y aguardando un poco a que acabasen de sacudir el miedo, les dixe: «Gracias había dado a Dios, porque en todo el discurso de nuestra caminata no nos habían asaltado estos malignos genios o demonios, que en los lugares más ocultos, remotos, claros u oscuros del Reyno Elemental continuamente suben, baxan y dan vueltas por burlarnos y desposeernos del gusto, del sosiego y de la tranquilidad. Por cierto, que había callado a Vmds. en toda la peregrinación, sin determinarme a descubrir estos secretos; pero ya que su ruido ha despertado mi silencio, oigan Vmds. y echen fuera ese susto que la gente que es no nos puede hacer mal, y más es el ruido que las nueces, porque sólo son unos Perrillos, que los tiene ligados la poderosa mano de Dios, que a todos ladran, pero a ninguno pue-

den morder. Este ruido, pues, que hemos oído en el ayre es de los Espíritus, Angeles malos o demonios...»

(...)

...Después que fue hecha aquella justa y famosa Batalla en el Cielo, según dice San Juan en el Apocalipsi *(sic), Michael, Angeli ejus praeliabant cum'Dracone, Draco pugnabat, Angeli ejus,* fue vencido y derribado con sus ángeles... y arrojado del Cielo... Éstos, pues, son los Ángeles malos o Espíritus impíos. Tienen muchos sinónimos y nombran de diferentes maneras, como *demonios, diablos, serpientes, dragón, principado, potestad de tinieblas, beemot, apolion, satanás, voladores del ayre, bercebú, enemigo del hombre,* y de otras infinitas maneras. Distínguense éstos, o por estos nombres o por los lugares que habitan o por las malas obras, deseos o injurias que executan con las criaturas. Unos son *ígneos,* habitadores de la esfera del fuego; otros son *Aéreos o Celestes,* que son los que mueven las tempestades y los que han formado el ruido que nos atemorizó; otros son *Aqüeos (sic)* que mueven y alteran las aguas, causando terror a los navegantes; otros *Humanos terreos* que andan en la superficie de la tierra burlando los hombres; otros *Caseros,* que hacen mil cocos y visiones, a éstos llaman *Duendes Trasgos* en España, en Cataluña *Folletos* y en Italia *Farfareli;* y otros *Subtterráneos,* que asisten en la media e ínfima Región de la tierra y éstos sin distintos por sus Regiones...

(...)

...Apenas hay aldea en donde no nos cuenten enredos de Duendes, bien es verdad que los más son mentiras de Viejas, o aprehensiones de medrosos y de hombres de poco valor y espíritu. «Pues Vmd. bien puede hablar por experiencia de los tales Duendes», dixo uno. «Es cierto, respondí, y puedo asegurar que quince noches me tuvo en vela y desasosegado un ruido horroroso que oí en una casa en Madrid por el año de 1724 tan fuera del orden natural, como derribarse los quadros *(sic),* sin caer el clavo ni la argolla, abrirse las puertas estando cerradas con llaves y cerrojos, rodar los platos sin romperse, y puertas y ventanas tan furioso que apagaba las hachas de quatro pavilos, día quince de Agosto de dicho año. De esto son testigos la Excma. Señora Condesa de los Arcos, moradora que fue de tal casa, y veinte criados que se quedaban acompañando a su Excelencia; no nombro la casa porque no pierda el dueño sus alquileres; y últimamente dicen que estos Espíritus que corrompen el ayre y envían con permisión de Dios las pestes y las enfermedades...»

(...)

Las Bruxas y Bruxos *(sic)* es una infeliz especie, engañada por los demonios con sus transformaciones admirables; y así, la primera diligencia que hacen es renegar de la Fe verdadera de Jesu-Christo *(sic)* y de su santísima madre; se ofrecen al diablo, le presentan homenage y le adoran por su Rey y Señor. Hecha esta renuncia de la Fe, y la infame adoración, los marca por sus esclavos y les da el demonio uno de sus Ministros, en lugar del Ángel de la Guarda, que las sigue y lleva a los conciliábulos y juntas que ellas hacen, sin apartarse de ellas; a éste le dan el nombre de Martinillo o Maridillo, según dice el Padre Martín del Río en las *Disquisiciones mágicas,* y los conduce a los lugares y sitios señalados, adonde las espera su príncipe el diablo, el cual se les aparece en la forma de galán, o en la que a ellas les gusta, y también en figura de cabrón, cerdo, perro y de otros animales inmundos.

(...)

Después se sigue a la adoración la torpeza del acto carnal... Últimamente, acabadas estas maldades, se sientan a comer por su antigüedad lo que el demonio les guisa o ellas disponen, que regularmente es la carne de Bruxos recién muertos, o de los niños que matan o desentierran, sirviéndoles sus grosuras para hechizos y supersticiones y ungüentos...

Anatomía de todo lo visible e invisible: compendio universal de ambos mundos: viaje fantástico, etcétera, tomo I, Madrid, 1794, en la imprenta de la Viuda de Ibarra.

ROBERTO NOVOA SANTOS

(1885-1933)

Catedrático en las universidades de Santiago de Compostela y Madrid, este gran médico, escritor y pensador sintió profundamente la curiosidad del más allá de la tumba, como lo demuestran sus ensayos *El problema del mundo interior, El instinto de la muerte* y *Physys y psyquis.* Precisamente en el último de ellos dedica un amplio capítulo a las relaciones entre metapsíquica [1] y fisiología, que posee el enorme interés de estar tratado por un hombre de ciencia.

Como juicio crítico repetiremos unas líneas del doctor García Sabell [2]: «Cuando se les pregunta a las gentes que le han conocido, o que se han formado con él, *qué* era, *cómo* era el profesor Novoa Santos, todos contestan, indefectiblemente, diciendo que era una personalidad muy compleja, enormemente acusada y valiosa, un extraordinario médico, un investigador de rango internacional, un catedrático perfecto, un intelectual egregio y un conferenciante brillantísimo. Y todo esto es absolutamente cierto, todo es irrefutable verdad».

Metapsíquica y Fisiología

Nuestra existencia no sólo está influida por el medio físico y por el ambiente social en que vivimos, sino, además, por un conjunto de fuerzas espirituales cuya procedencia y cuyo cauce desconocemos por ahora. El estudio de estas influencias interespirituales, ajenas por completo a las interacciones que estudia la Psicología clásica, constituye uno de los problemas más inquietantes y turbadores que haya po-

[1] El término *metapsíquica* o *metapsicología* fue un término creado por Görres en 1837, pero quedó completamente olvidado hasta que Charles Richet lo introdujo en Francia. El término *Parapsicología* fue elaborado por Boisac en 1908, habiendo tenido una amplia y general aceptación en las literaturas alemana y anglosajona. El primero de ellos es, por lo tanto, el más antiguo y creemos que de más amplia significación.

[2] Conferencia homenaje a la memoria del profesor Novoa Santos, pronunciada en la cátedra de Historia de la Medicina de Madrid el 10 de abril de 1964 y publicada en *Arch. Fac. Med.*, vol. V, junio de 1964, núm. 6.

dido abordar seriamente la Ciencia de nuestros días. La *Metapsíquica* es, según la definición dada por Charles Richet, la nueva disciplina científica que estudia estas fuerzas inteligentes, cuyo carácter es la «intelectualidad», es decir, la elección, la intención, la decisión, conforme a alguna voluntad personal, desconocida.

El mundo del espíritu se nos aparece como algo comparable al espectro luminoso, con su zona de luz visible, que corresponde al plano de la consciencia, y con sus dos franjas invisibles, del infrarrojo, representada por el estrato espiritual de lo inconsciente, y el del ultravioleta, que corresponde, por decirlo así, a una franja de fuerzas espirituales que se manifiestan de muy diversa manera.

(...)

Uno de los más importantes problemas está en averiguar si los fenómenos metapsíquicos, o por lo menos algunos de estos sorprendentes fenómenos, pueden explicarse a partir de premisas fisiológicas, y por tanto, si la Metapsíquica ha de mirarse como un capítulo de la Fisiología... Queda, no obstante, una categoría especial de hechos que se escapan de momento a una interpretación estrictamente física y para los cuales no cabe más que una de estas explicaciones provisionales, o se trata de fuerzas físicas o fisiológicas, todavía desconocidas, o bien de una nueva realidad intelectual que no está ligada necesariamente a la organización de la vida, tal como la hemos considerado hasta ahora. Todo el problema se mueve en torno a uno de estos supuestos.

(...)

Parecen al abrigo de toda duda los hechos relativos al movimiento de objetos sin contacto material alguno, W. Crookes, Ochorowicz y otros han descubierto diversos fenómenos de telekinesia, sin que haya sido posible descubrir el más leve contacto entre el cuerpo del médium y el objeto desplazado, y sin que pudiera atribuirse el movimiento del objeto a una de las fuerzas conocidas y estudiadas por los físicos.

(...)

Se han observado también *fenómenos luminosos y de ectoplasmia.* Del cuerpo del médium brota como una substancia nebulosa que se concreta luego en una forma material. La substancia ectoplásmica reviste generalmente aspecto vaporoso, pero en ocasiones adquiere forma líquida o sólida (Schrenck-Notzing), presentándose entonces como una pasta de consistencia gelatinosa o como un conjunto de filamentos y cordones resistentes, o como una membrana, o adoptando, en fin, las formas más variadas y extrañas.

(...)

La fotografía instantánea ha podido sorprender alguna vez estas

formaciones plásticas, estos fantasmas que se modelan ante los ojos del observador y que luego se desvanecen, lentamente o con brusquedad, sin dejar huella alguna. Pero uno de los fenómenos más sorprendentes es que estas representaciones o fantasmas son capaces de producir efectos mecánicos, comportándose como órganos aislados o como materializaciones completas provistas de vida...

(...)

Cualesquiera explicación fisiológica del fenómeno deberá partir del supuesto de que el cuerpo del médium es capaz de segregar un fluido luminiscente, algo así como un vaho luminoso que se escapa por los orificios naturales y por diversos puntos de la superficie del cuerpo.

(...)

No se tropieza con grandes obstáculos para explicar algunas formas de actividad sensorial aberrante, para darnos cuenta de la audición a distancia y para comprender el mecanismo de los fenómenos autoscópicos. Como base para una interpretación fisiológica de los hechos, téngase presente que si el hombre normal es insensible a ciertas ondulaciones, algunos individuos poseen, en cambio, una extraordinaria hipersensibilidad para una categoría especial de radiaciones o de emanaciones materiales, o para un grupo de ellas.

(...)

... Como para explicar la *visión y la audición especial a distancia*, el punto de partida debe ser el concepto fisiológico de *hipersensibilidad ceptora* o de *hipersensibilidad central* a las influencias externas.

(...)

Para la comprensión de los fenómenos relativos a la sugestión mental a distancia (telesugestión), a la lectura del pensamiento y a la telepatía onírica y vigil, el único escollo está, no tanto en imaginar la naturaleza del vehículo energético, como en comprender la *forma peculiar* que éste adquiere... En todos los casos de telepatía hay una relación congruente entre la impresión recibida y un suceso acaecido a distancia; la impresión y el suceso son simultáneos, o bien aquélla precede o sigue de cerca al suceso. El estímulo director brota entonces en la lejanía, como una fuerza que avanza y se adentra en el alma del percipiente. En el instante preciso en que somos conmovidos por un suceso que está realizándose muy lejos de nosotros, quizá en un país remoto, y que se refleja generalmente sobre una persona a la que estamos ligados por vínculos de afecto o de interés, ¿qué emanación parte de aquel lugar o de aquella persona, que avanza con la celeridad vertiginosa de la luz y se adueña de nuestra alma? ¿Cómo esta emanación,

esta fuerza, este «algo», cuya esencia desconocemos, nos penetra mientras dormimos, transformándose en un sueño telepático, o nos sorprende en plena vigilia, determinando una impresión, cuyo aspecto varía, pero que está, desde luego, en relación congruente con el suceso?

Lo mismo aquí que en los casos de telesugestión y de lectura del pensamiento a distancia admitimos que entran en acción potencias energéticas de origen humano. No queda, pues, otra solución que admitir la existencia de influjos interespirituales a distancia, que se hacen sentir sobre reagentes psíquicos adecuados.

(...)

Podría, no obstante, aventurarse la hipótesis de que la finalidad de los fenómenos metapsíquicos consistiese en revelarnos la existencia de una Realidad inteligente situada fuera de nosotros y del mundo organizado en general. Así y todo, una tal hipótesis metafísica sólo abarcaría los hechos más complejos, particularmente los fenómenos espiritoides, pues conceptuamos que un grupo bastante numeroso de fenómenos metapsíquicos (o calificados como tales) son susceptibles de una interpretación estrictamente física.

Cuando estas fuerzas inteligentes de origen humano se manifiestan por intermedio de los médiums, en forma de escritura automática o de correspondencia cruzada, esto quiere decir que el médium es un reagente psíquico adecuado, capaz de captar y traducir a su lenguaje las formas inteligentes dispersas en el mundo que han sido liberadas durante la existencia de otras personas. Este maravilloso poder revelador de los médiums, del que carecen la inmensa mayoría de los hombres, no es ni más ni menos maravilloso y comprensible que la capacidad para el cálculo o que la intuición musical o el genio matemático tan desarrollados en algunos hombres excepcionales.

(...)

En términos generales, muchas de las creencias supersticiosas más extendidas entre nosotros tienen un contenido de superexistencia. No se trata simplemente de que las personas desaparecidas superexistan en sus reliquias, en los despojos corporales, en las prendas que les han pertenecido, en los retratos que nos han legado, etc., sino que el concepto de superexistencia se ha extendido a un dominio puramente espiritual. Los difuntos continúan actuando y mezclándose ocasionalmente en nuestra vida terrena. Presagios, apariciones, fantasmas aislados o procesionales, la Santa Compaña que avanza silenciosamente...; luego, leyendas de meigas y brujas que saben leer el porvenir y que atraen la malaventura sobre las personas con quienes tropiezan en una revuelta del camino; de poseídas dotadas de facultades maravillosas, capaces

de suministrar exactos detalles sobre la vida de personas emigradas a países remotos; de trasgos y duendes que penetran en las viviendas, sin saber por dónde, y que se entretienen en golpear los muebles o agitar las cortinas, o en rozar la cara de los habitantes de carne y hueso de estas casas malditas...

(...)

La superstición se apoya en la realidad y se nutre de acontecimientos extraordinarios e inexplicables. El carácter extraordinario de los fenómenos, juntamente con la imposibilidad de explicarlos con arreglo a las leyes físicas y fisiológicas conocidas, es lo que les imprime esa marca de irrealidad, que ha conducido a considerarlos como meras ilusiones o alucinaciones, o como expresión de potencias ocultas inteligentes y personales desligadas del complejo humano, que perduran después de la disgregación corporal, o bien, por último, como función de espíritus autóctonos, cuyo poder se nos revela de tan diferentes y sorprendentes maneras.

(...)

Es en la «voluntad inconsciente de superexistir» en donde tiene sus raíces el *temor a lo desconocido.* Sabemos que hay un más allá, un mundo metapsíquico insondable, de donde nos llegan raramente algunos resplandores, y en el que tendremos que penetrar algún día; pero en el instante supremo de decir « ¡adiós! » a esta vida, si la abandonamos con resignada pesadumbre, no es tanto quizá por lo que dejamos en ella, como por el temor que nos asalta ante lo que está por venir, ante esa nueva existencia de la que nada sabemos.

(...)

Antes, y en el mismo instante de franquear el umbral que da acceso a la nueva existencia que nos aguarda—que no es más que un fragmento de nuestra existencia geotropa, durante la cual ya han ido penetrando algunos elementos espirituales en el mundo del misterio—, es nuestro deber mirar serenamente a lo desconocido, y pensar que si nuestro cuerpo se continúa en los hijos a quienes no podemos jamás despedir sin dolor, nuestro espíritu también se extiende *más allá* de las reducidas fronteras de nuestra existencia corporal, como expresión de aquella ciega voluntad de vivir que late en la entraña de la Vida.

Con el pensamiento puesto en lo que dejamos y en lo que nos espera, penetrados de serena resignación, pero sin gran pesadumbre, puesto que todo lo que desaparece ha cumplido por esto mismo su misión en el mundo, y con la creencia de que nuestro espíritu irá a enriquecer el tesoro intelectual que palpita sobre nosotros, en la Vida y más allá

de la Vida, debemos penetrar en el Mundo de lo desconocido sin el más leve temor, puesto que estamos penetrando en él en todo momento, sin que nos demos cuenta de ello, y puesto que él nos penetra continuamente, sin solicitarlo y sin advertirlo.

Physis y psyquis, fragmentos para una doctrina genética y energética del espíritu, Santiago de Compostela, «El Eco de Santiago», 1922.

El deseo de morir en los místicos

Nadie ha puesto tanto fervor en el deseo de morir como los místicos de todas las religiones. Enciéndese en ellos el ansia de verse en presencia de su Dios, de recogerse eternamente en Él; pero un tal deseo resulta imposible de satisfacer ínterin no se quiebran las ataduras carnales que le ligan al mundo tangible.

(...)

Larga es la vida para quien se desea ver en presencia del Creador. No hay otra aspiración que la de alcanzar presto el día de la Gloria, y esto supone el deseo de dejar la carga de la vida, que es como una valla que nos impide fundirnos en el seno de Dios.

(...)

Es más perfecto quien desea la muerte que quien la espera sin temor, o que la persona que la teme.

(...)

Por más que este deseo de morir no siempre se resuelva en privación voluntaria de la vida, esto no anula la «intención de morir». Sólo en los mártires se satisface tal deseo, si no como muerte deseada y ejecutada por sí propio, como muerte deseada por ellos y ejecutada por los partidarios de otras sectas y religiones.

El instinto de la muerte, Madrid, ediciones Morata, 1927.

FRIEDRICH NIETZSCHE

(1844-1900)

Seguramente el lector se extrañará al ver que se incluye en esta *Antología* a un autor que hace constantemente gala en sus escritos de ser antimetafísico. Vamos a extractar algunos epígrafes de su ensayo *El eterno retorno,* cuya idea central podría muy bien calificarse de brahmánica o teosófica.

El eterno retorno

1

La cantidad de fuerza que obra en el universo es indeterminada, no «infinita». ¡Guardémonos de tales excesos de conceptuación! Por consiguiente, el número de posiciones, variaciones, combinaciones y desarrollos de esta fuerza es ciertamente enorme y prácticamente «incalculable», pero siempre determinado y nunca infinito; es decir, esta fuerza es eternamente igual y eternamente activa; hasta este momento ha transcurrido ya un infinito, esto es, ya se han verificado todos los posibles desarrollos de dicha fuerza. Por consiguiente, también todos los desarrollos momentáneos deben ser repeticiones; así pues, lo que esta fuerza produce y lo que de ella nace, y así sucesivamente, hacia delante y atrás. Todo ha sido ya infinito número de veces, en cuanto el conjunto de todas las fuerzas reproduce sus evoluciones.

(...)

3

Se han dado muchos sistemas de fuerzas, pero no un número infinito de sistemas de fuerza; esto último supondría una fuerza indeterminada. Sólo hay un «número» de cualidades posibles.

7

Si todas las posibilidades en el orden de las relaciones de las fuerzas estuviesen ya agotadas, no hubiera transcurrido todavía una infinidad de tiempo. Pero como esto ha sucedido necesariamente, ya no hay nuevas posibilidades y todo ha sido infinito número de veces.

15

Retrocedamos. Si el mundo tuviese un fin, debería haberlo alcanzado ya; si hubiera para el mundo un estado definitivo (impremeditado), debiera ya, igualmente, estar realizado. Si hubiera un estado permanente y un reposo, y durante su curso el mundo hubiera «sido», en el riguroso sentido de la palabra, sólo por un momento, no podría ya haber devenir.

16

El que no cree en un proceso circular del todo, tiene que creer en el Dios caprichoso; así se condiciona mi consideración contra todas las doctrinas teísticas del pasado.

21

El «caos del todo», como negación de toda finalidad, no está en contradicción con la idea de un movimiento circular; esto último es sencillamente una necesidad ciega, sin ninguna clase de finalidad formal, ética ni estética.

23

El mundo entero es la ceniza de innumerables seres vivos, y aunque lo que vive sea tan poco en comparación con el todo, este todo ya vivió en otro tiempo y volverá a vivir. Si admitimos un tiempo eterno, tendremos que admitir un eterno cambio de la materia.

25

(...)

Cualquier estado que este mundo pueda alcanzar lo habrá alcanzado ya y no una vez, sino un número infinito de veces. Igualmente este instante ya se dio en otro tiempo y volverá a darse, y todas las fuerzas serán distribuidas de nuevo como ahora; y lo mismo puede afirmarse con el instante que le antecedió y con el que le seguirá. ¡Hombre!, toda tu vida es como un reloj de arena, que sin cesar es vuelto boca abajo y siempre vuelve a correr; un minuto de tiempo, durante el cual todas las condiciones que determinan tu existencia vuelven a darse en la órbita del tiempo. Y entonces volverás a encontrar cada uno de tus dolores y de tus placeres, cada uno de tus amigos y de tus enemigos, y cada esperanza, y cada error, y cada brizna de hierba, y cada rayo de luz, y toda la multitud de objetos que te rodean...

(...)

Y en el curso de cada vida humana habrá siempre una hora en que, primero a uno, después a muchos, y después a todos, les iluminará la idea más poderosa de todas, la idea del eterno retorno de todas las cosas; ésa será para la humanidad la hora del mediodía.

33

¿Creéis que dispondréis de un largo descanso hasta vuestro renacimiento? ¡Pues os equivocáis! Entre el último instante de vuestra conciencia y el primer reflejo de la nueva vida no media «tiempo alguno»; es como un relámpago; aun cuando hubiera criaturas vivas que contasen por billones de años, y ni aun así podrían medirlo. Intemporalidad y sucesión se alían una a la otra en cuanto el intelecto desaparece.

35

¡Imprimamos el sello de la eternidad en nuestra vida! Este pensamiento contiene más que todas las religiones que desprecian la vida como pasajera y hacen mirar hacia otra vida incierta.

El eterno retorno.

ÍNDICE

Títulos de la colección
LA TABLA DE ESMERALDA

1. EL ESOTERISMO EN EL SIGLO XVIII
2. ZOROASTRO
3. ELIPHAS LÉVI
4. ANTOLOGÍA DEL OCULTISMO
5. LA REENCARNACIÓN
6. PARACELSO